

Luvina 59

Universidad de Guadalajara

Revista literaria

Verano 2010

\$50

CUENTO MUTANTE

DANIEL SADA

ESTHER SELIGSON

ALONSO CUETO

ANA MARÍA SHUA

EDMUNDO PAZ SOLDÁN

ANA CLAVEL

CRISTINA RIVERA GARZA

JOSÉ MARÍA MERINO

HIPÓLITO G. NAVARRO

ANTONIO ORTUÑO

ALBERTO CHIMAL ● JIS ●

Universidad de Guadalajara

Rector General: Marco Antonio Cortés Guardado

Vicerrector Ejecutivo: Miguel Ángel Navarro Navarro

Secretario General: José Alfredo Peña Ramos

Rector del Centro Universitario de Arte, Arquitectura y Diseño: Mario Alberto Orozco Abundis

Secretario de Vinculación y Difusión Cultural: Ángel Igor Lozada Rivera Melo

Luvina

Directora: Silvia Eugenia Castellero < scastillero@luvina.com.mx >

Editor: José Israel Carranza < jicarranza@luvina.com.mx >

Coeditor: Víctor Ortiz Partida < vortiz@luvina.com.mx >

Corrección: Sofía Rodríguez Benítez < srodriguez@luvina.com.mx >

Administración: Patricia León Patrón < pleon@luvina.com.mx >

Diseño: Peggy Espinosa

Viñetas: Diana Mata

Consejo editorial: Luis Vicente de Aguinaga, Carlos Beltrán, Jorge Esquinca, Verónica Grossi, José Homero, Josu Landa, Baudelio Lara, Pablo Montoya, Laura Emilia Pacheco, León Plascencia Ñol, Jesús Rábago, Laura Solórzano, Carlos Vargas Pons, Jorge Zepeda Patterson.

Consejo consultivo: Luis Armenta Malpica, José Balza, Adolfo Castañón, Gonzalo Celorio, Eduardo Chirinos, Luis Cortés Bargalló, Antonio Deltoro, François-Michel Durazzo, José María Espinosa, Hugo Gutiérrez Vega, Christina Lembrecht, Tedi López Mills, Luis Medina Gutiérrez, † Eugenio Montejo, Jaime Moreno Villarreal, José Miguel Oviedo, Luis Panini, Felipe Ponce, Vicente Quirarte, Daniel Sada, Sergio Téllez-Pon, Julio Trujillo, Minerva Margarita Villarreal, Carmen Villoro, Miguel Ángel Zapata.

PROGRAMA LUVINA JOVEN (talleres de lectura y creación literaria en el nivel de educación media superior): Sofía Rodríguez Benítez < ljuven@luvina.com.mx >

Luvina, revista trimestral (verano de 2010)

Editora responsable: Silvia Eugenia Castellero. Número de Reserva de Derechos al Uso Exclusivo del Título: 04-2006-

112713455400-102. Número de certificado de licitud del título: 10984. Número de certificado de licitud

del contenido: 7630. ISSN: 1665-1340. LUVINA es una revista indizada en el Sistema de Información Cultural de CONACULTA y en el Sistema Regional de Información en Línea para Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal (Latindex). Año de la primera publicación: 1996.

D. R. © Universidad de Guadalajara

Domicilio: Av. Hidalgo 919, Sector Hidalgo, Guadalajara, Jalisco, México, C. P. 44100. Teléfonos: (33) 3827-2105 y (33) 3134-2222, ext. 1735.

Impresión: Editorial Pandora, S. A. de C. V., Caña 3657, col. La Nogalera, Guadalajara, Jalisco, C.P. 46170.

Se terminó de imprimir el 31 de mayo de 2010.

www.luvina.com.mx

EL UNIVERSO ES INFINITAMENTE SUGESTIVO. Y nos afanamos en darle una significación: sacar a cada objeto de su oscuridad, de su estado mudo y cerrado a una existencia abierta y social. La realidad de la vida humana se vuelve, entonces, lenguaje: forma. Pero la vida está siempre delimitada por el tiempo, en tanto fugaz es histórica. Y, en tanto histórica, su lenguaje posee formas de uso: límites formales. Julio Cortázar concebía la vida y la expresión escrita de esa vida como una batalla fraternal, cuyo resultado es el cuento mismo. Vida viviente a la vez que sintetizada. Fugacidad y permanencia. En tanto es social, el cuento se compromete con la condición humana general desde el ángulo específico de la vida de los personajes.

En esta ocasión **Luvina** entrega a sus lectores un repertorio de cuentos provenientes de diversas latitudes. Mundos éstos contrastados, contrastantes unos con los otros. Todos, sin embargo, contienen en su interior una materia trabajada que logra el salto de la dispersión hacia el sentido. Una trama (la diversidad en tensión) que se nos impone de un solo golpe: síntesis significativa, acompañada de intensidad. Porque cada ficción transmite su misterio y su drama. Policial, científica, poética, fantástica, de amor, cada ficción es un conglomerado de acciones y hábitos que el lector de **Luvina** tendrá que experimentar.

Conjunto de cuentos armado con la conciencia del potencial del cuento contemporáneo y del amplísimo espectro en que es capaz de expresarse: desde la estructura lineal clásica hasta el hibridismo que entrelaza la poesía o el ensayo dentro de la narración, o los fragmentos de un mismo cuento cuya crisis es su propia materia. Lo que Alberto Chimal llama *cuento mutante*: forma capaz de encabalgarse consigo misma. El caos que impone un canon de renovación, que toca el estado oral naciente de la literatura, así como el estado onírico desde donde provienen las imágenes improbables: las que renuevan incesantemente todo arte.

Índice

8 • ESO VA A estallar •

DANIEL SADA (Mexicali, 1953). En 2008 obtuvo el Premio Herralde con la novela *Casi nunca* (Anagrama, Barcelona, 2008).

22 • Soliloquios •

ESTHER SELIGSON (Ciudad de México, 1941-2010). Su último libro fue la colección de cuentos *Cicatrices* (Páramo Editores, México, 2009).

25 • El artista del amor •

ALONSO CUETO (Lima, 1954). Su libro más reciente es *La venganza del silencio* (Planeta, Lima, 2010).

31 • Vigilia •

OLIVERIO COELHO (Buenos Aires, 1977). En 2002 obtuvo en Venezuela el Premio de la Bienal Latinoamericana de Literatura José Rafael Pocaterra por el libro de cuentos *Los que se quedan*, de próxima publicación

41 • Amim o la caída •

ANA MARÍA SHUA (Buenos Aires, 1951). Recientemente publicó el libro *Que tengas una vida interesante* (Emecé, Buenos Aires, 2009), que reúne sus cuentos completos.

50 • Los otros •

EDMUNDO PAZ SOLDÁN (Cochabamba, Bolivia, 1967). Su novela más reciente es *Los vivos y los muertos* (Alfaguara, Barcelona, 2009).

55 • POEMAS •

WISLAWA SZYMBORSKA (Kórkin, Polonia, 1923). En 1996 recibió el Premio Nobel de Literatura. Los presentes poemas pertenecen al libro *Amor feliz y otros poemas* (bid & co. Editor, Caracas, 2010).

58 • Diosas •

LUIS JORGE BOONE (Monclova, 1977). En 2009 obtuvo el Premio Nacional de Ensayo Carlos Echénove Trujillo con el libro *Lados B. Ensayos laterales*.

67 • MADISON, los puentes de •

CLARA OBLIGADO (Buenos Aires, 1950). Uno de sus libros más recientes es *Las otras vidas* (Páginas de Espuma, Madrid, 2005).

70 • La chica del UHF •

PATRICIA ESTEBAN ÉRLÉS (Zaragoza, 1972). Acaba de aparecer su nuevo libro, *Azul ruso* (Páginas de Espuma, Madrid, 2010).

77 • Una ADVERTENCIA Y TRES MENSAJES EN EL MISMO CORREO •

ANA CLAVEL (Ciudad de México, 1961). Uno de sus libros más recientes es *A la sombra de los deseos en flor: ensayos sobre la fuerza metamórfica del deseo* (uacm/ Fósforo, México, 2008).

81 • EL ENCARGO •

PABLO MONTOYA (Barrancabermeja, 1963). El presente cuento pertenece al libro *Cuentos anómalos*, que será publicado por Panamericana Editorial, en Bogotá.

85 • Gabriela, EL ESCRIBIENTE Y yo •

CAROLA AIKIN (Madrid, 1961). Es autora del libro *Las escamas del dragón* (Páginas de Espuma, Madrid, 2006).

90 • Prácticas corporativas •

ADRIÁN CURIEL RIVERA (Ciudad de México, 1969). Su título más reciente es la novela *A bocajarro* (Conaculta, México, 2009).

92 • El amanecer de Rothko (Cuento en seis villanelles narrativas, ocho cartas de póker y algunas líneas sueltas) •

CRISTINA RIVERA GARZA (Matamoros, 1964). En 2009 obtuvo el Premio Sor Juan Inés de la Cruz con la novela *La muerte me da* (Tusquets, Barcelona, 2008).

99 • Epidemia •

VICENTE ALFONSO (Torreón, 1977). Obtuvo el Premio Nacional de Novela Policiaca con *Partitura para mujer muerta* (Mondadori, México, 2008).

101 • El vecino de mis vecinos •

JUAN FERNANDO MERINO (Cali, 1954). Es el compilador y traductor del libro *Habrà una vez. Antología de cuento joven norteamericano* (Alfaguara, Madrid, 2002).

108 • Kimberle •

ACHY OBEJAS (La Habana, 1956). Su libro más reciente es la novela *Ruins* (Akashic, Nueva York, 2009).

122 • [He encontrado algún alivio...] •

EDUARDO MOGA (Barcelona, 1962). Su último poemario es *Seis sextinas soeces* (El Gato Gris, Valladolid, 2008).

125 • Parece una tontería •

AGUSTÍN GOENAGA (Ciudad de México, 1984). Su primera novela es *La frase negra* (Era, México, 2007).

- 132 • **CUENTOS para dormir infantas** (o la verdadera historia de la prima hermafrodita) •
 LUIS ENRIQUE GUTIÉRREZ ORTIZ MONASTERIO (LEGOM) (Guadalajara, 1968). Entre sus obras teatrales destacan *De bestias, criaturas y perras*, *Las chicas del 3.5 floppies* y *Sensacional de maricones*.
- 146 • **Círculos** •
 JOSÉ MARÍA MERINO (La Coruña, 1941). Su libro más reciente es la novela *La síma* (Seix Barral, Barcelona, 2009).
- 150 • **UN FALSO gemelo** •
 GENEY BELTRÁN FÉLIX (Culiacán, 1976). Recientemente publicó el libro de cuentos *Habla de lo que sabes* (Jus, México, 2009).
- 156 • **LA BOTELLA** •
 JULIO PAREDES (Bogotá, 1957). Uno de sus últimos libros es la novela *Cinco tardes con Simenon* (Norma, Bogotá, 2003).
- 162 • **La conspiración de los gemelos** •
 RODOLFO HINOSTROZA (Lima, 1941). Entre su obra más reciente está el poemario *Nudo Borromeo y otros poemas perdidos y encontrados* (Lustra Editores, Lima, 2008).
- 164 • **Versión de Eduardo** •
 ANTONIO LÓPEZ ORTEGA (Punta Cardón, Venezuela, 1957). Entre sus últimos libros se encuentra *Indio desnudo* (Mondadori, Caracas, 2008).
- 177 • **Sitiado por huracanes** •
 FEDERICO VITE (Apan, 1975). Su libro más reciente es *De oscuro latir* (Universidad Autónoma de Guanajuato, Guanajuato, 2008).
- 183 • **La pequeña OLIGARQUÍA de los vivos** •
 ÁNGEL OLGOSO (Granada, 1961). Acaba de aparecer su compilación *Los líquenes del sueño. Relatos 1980-1995*. (Tropo Editores, Zaragoza, 2010).
- 185 • **Tierra serás** •
 GUSTAVO MADE (Mendoza, 1954). Es autor de *Subterráneos privados* (El Corregidor, Buenos Aires, 1997).
- 189 • **Lección inaugural de la ESCUELA PERIPATÉTICA** •
 Hipólito G. Navarro (Huelva, 1961). Entre sus libros más recientes está *El pez volador* (Páginas de Espuma, Madrid, 2008).
- 197 • **Canción de Salomón** •
 LIZ LOCHHEAD (Lanarkshire, Escocia, 1947). Uno de sus últimos libros es *The Colour of Black and White: Poems 1984-2003* (Polygon, Edimburgo, 2003).

- 199 • **EL COLECCIONISTA DE PIEL** •
 MAURICIO MONTIEL FIGUEIRAS (Guadalajara, 1968). Su libro más reciente es *La brújula hechizada* (UNAM / El Equilibrista, México, 2009).
- 209 • **Fisiología del cuento** •
 ARTURO VALLEJO (Ciudad de México, 1973). Con la novela *No tengo tiempo* (Alfaguara, México, 2009) obtuvo el Premio Caza de Letras 2008.
- 215 • **Pavura** •
 ANTONIO ORTUÑO (Guadalajara, 1976). Su novela *Recursos humanos* (Anagrama, Barcelona, 2007) fue finalista en el Premio Herralde de Novela 2007.
- 220 • **Manifiesto del cuento mutante** •
 ALBERTO CHIMAL (Toluca, 1970). Uno de sus libros más recientes es la novela *Los esclavos* (Almadía, Oaxaca, 2009).

Plástica

- **JIS El arte de ver monos en todas partes** •
 JIS (Guadalajara, 1963). Ha publicado los libros *Sepa la bola*, *Paso sin ver*, *Mucho cerdo sabroso*, la colección completa de *El Santos contra la Tetona Mendoza* que realizó con Trino, y los cuatro volúmenes de *Otro día*, la tira que aparece a diario en el periódico *Milenio*. Ha expuesto su obra en el Museo de las Artes, el Instituto Cultural Cabañas y el Museo Carrillo Gil, entre otros espacios.

• P Á R A M O •

- Cine** • **No sólo de cortos** • HUGO HERNÁNDEZ VALDIVIA 225
Libros • **Cochecito** • VÍCTOR CABRERA 227
 • **Línea de fuga** • CHRISTIAN BARRAGÁN 229
 • **Ecos en la ausencia** • JORGE LUIS HERRERA 232
 • **La caricia del fantasma, según Rose Mary Espinosa** •
 ANDRÉS VARGAS REYNOSO 235
 • **Un montaje exiguo** • MIJAIL LAMAS 237
Lecturas • **Novelas en tres líneas** • MARIO SZICHMAN 240
Entrevista • «Los chistes son un componente secreto de la poesía»: Fabio Morábito •
 ÉDGAR VELASCO 242
Favores recibidos • **Luna, islas, cabras** • ANTONIO DELTORO 244
Visitaciones • **Bonobos. Fichero telegráfico** • JORGE ESQUINCA 245

www.luvina.com.mx

•••••

Luvina. Letras al Aire
 Radio Universidad de Guadalajara

104.3 FM

www.radio.udg.mx

Lunes, 21:00 h (quincenal)

•••••

Eso va A estallar

DANIEL SADA

ALLI ESTÁ, pacífico y guango, contemplando el hundimiento del sol en el mar. Observa con desgana desde la terraza, tendido en la hamaca.

Ojalá que no venga nadie del servicio, alguien que me diga «¿Qué se le ofrece?». De ocurrir la interrupción ¿cómo reaccionar? Si Fulano de Tal decidió acostarse en esa suerte de trampa tropical fue porque deseaba experimentar un encantamiento. Lo que pasa es que se le olvidó ordenarle a los del servicio que no lo molestaran.

Ya está oscureciendo, sin mayor problema. Terminó la pequeña historia del hundimiento... Parsimoniosamente.

La casa playera. Una que —cual si fuera una treta— está alejada de la civilización, o lo que se entienda por eso. Bueno, aquí cabe hacer una enmienda: la casa está a unos setenta kilómetros de La Paz, la capital del estado de Baja California Sur.

Todavía no es hora de dormir. Fulano de Tal no ha comido ni bebido durante seis horas. Abstinencia contra sí. Una disciplina antojadiza, nada más como tanteo y aprendizaje. Y de nuevo lo que se dijo de otro modo: el azar quiere que ningún empleado doméstico venga a la terraza a ver y preguntar qué.

Al contrario, tras abandonar su despatarre en la hamaca, Fulano de Tal busca a su cocinera. El hambre ya es rugiente y ¿dónde aquella, la del sazón? En esos momentos, la susodicha escucha una radionovela hasta allá: en su cuarto blancuzco (hay que gritarle). Pobre, quizás se divierta con angustia.

Lo inverosímil es creíble mientras desemboque en un «hasta aquí» plausible, pero los límites siempre se rompen, aunque sean precisos.

Algo vendrá: una verdad global y laxante. El engorro es saber por dónde habrá de aparecer. Sólo hay un camino angosto de tierra por el que pueden circular vehículos de todo tipo. Es la única conexión terrestre, transitable, digamos, a placer. Por esa vía irregular se va hacia las sociedades y sus variaciones mundanas: ranchos, pueblos, ciudades, gentío, la exageración, la facundia. Y... ¿algo vendrá? Queda, asimismo, el otro nexos: el mar, pero eso sí que es todo un lío. Queda el cielo: otro problema. Quedan los vericuetos: lo improbable, lo ambiguo.

Tal vez un día de éstos se forme una red, una emulsión que capture todo esto que parece ilimitado.

El servicio está conformado por cuatro personas. Una mujer llamada Prisca, que además de lavar y planchar se encarga de la limpieza de la casa, al igual que otra llamada Avelina, misma que es muy ducha para la cocina. La primera tiene 24 años y la otra 25. El dúo restante lo componen dos hombres. Uno es sólo chofer y por tal razón es experto en mecánica automotriz, se llama Fidel. El otro es un milusos: arregla hasta lo imposible, y lo hace muy bien, se llama Néstor Rito. Estos jóvenes tan indispensables ya alcanzaron los 30 años. El chofer es mayor que el milusos por diferencia de nueve días.

Hay fiesta en el cuarto de Avelina. El alboroto (lejano) es estrecho e inofensivo, por lo que no hay ningún desconcierto del patrón (Fulano de Tal), que peca de tranquilo y que no se atreve a gritarle a su cocinera, aun cuando tenga sospechas de lo peor... Prudencia, entonces.

No es difícil apreciar que las cosas se repiten, pero hay ligeros cambios que más bien no importan. La cotidianidad es inconsistente, aun cuando tienda a ser normal, o reiterada.

Pretexto la radionovela. Sólo un ruido estentóreo, engañoso, útil para distraer y desprevenir. Se oyen los gritos de la gente del servicio. ¿Había retaque allá? ¿Sí?

Todo lo demás del mundo es pedante o repipi, incluso insuficiente. Lo bueno es que siempre amenaza con desvanecerse.

Como a unos cincuenta metros de la casa playera se encuentran los dos cuartos blancuzcos de la gente del servicio. En uno duermen Prisca y Avelina y en el otro Fidel y Néstor Rito. Como esta gente es joven, a veces hay cambalache, ¿o no?

Seguir, interrumpir... Lo mejor es regresar a la cocina para ver si en el refrigerador hay algo que sea fácil de... Mmm... Hacerse una torta de jamón con queso y aguacate, también con unas dos o tres rajitas de chile jalapeño... Lo óptimo de esta vez... ¡Claro!

Hace unos tres meses Fulano de Tal compró la casa playera. Había robado muchísimo —no importa a quién ni cómo— y tenía que esconderse, aunque, eso sí, el escondite ¿dónde? No podría ser cualquier lugar, así que... vislumbrar la comodidad, una relajación interminable.

Del pasado: nada, ni una pizca de culpa... Para qué los recuerdos inútiles. Para qué las enmiendas, que por ser tardías son débiles.

Sin embargo, aquella mujer, su promesa... La que juró ser fiel. La que vendría para compartir con Fulano de Tal ese aislamiento.

No hay teléfono en la casa playera, ni internet ni celulares... ¿Será mejor?

La sustancia del presente: ¿qué me asalta?, y luego: ¿hacia dónde voy? Cualquier noción de futuro descoyunta, somete y más tarde se hace prescindible.

¿Alguien podría creer que Fulano de Tal llegue a cansarse de sí mismo? Lo que aquí sucede con este señor va en sentido inverso a la desesperanza. ¿Optimismo? No, eso no. Tiene que haber por lo menos mil conceptos no tan contundentes.

Ya toca que se hable con mayor detenimiento acerca de la compra de la casa playera. La operación fue en un tristrás y se efectuó en Los Cabos, Baja California Sur. El dueño: un gringo estafalario al que, bueno, se veía de inmediato que le encantaba usar cola de caballo y lucir tatuajes en sus brazos musculosos y poco velludos. Casa amueblada, estilo rústico: en serio, ¡parecía y parece ser lo adecuado! Tentación, o, más bien, la estricta oportunidad. Camino hacia lo sabroso.

Dormir ¿cuántas horas? El deseo supremo de Fulano de Tal es ni más ni menos que el de superar las horas de vigilia. O para ser más exactos: dormir casi el triple: unas 18 horas de sueño contra seis horas de lo otro, puesto que para él lo otro (la vigilia) —dicho sea— ya no vale la pena. Aspiración, sí, grandiosa, como de otro mundo y, por ende, demasiado enigmática.

Cierto que Fulano de Tal necesitaba empleados del servicio doméstico, hubiera querido mínimo una docena, pero tenía que actuar con rapidez y sólo consiguió a estos cuatro que, como él, estaban dispuestos a jugársela. Todo alejamiento es sinónimo de valentía.

¿Por qué alejarse hacia el sur de la península de Baja California? ¿Para imaginar que se vive como en una isla? ¿Qué garantía de escondite? ¡Vaya candor!

Lo increíble es que en La Paz había una pequeña agencia de colocación. Bolsa de trabajo (apenas): una oficina, un escritorio, un retrato de alguien importante, y ya. Pues hasta allí acudió Fulano de Tal para especificar lo que necesitaba: y: la repercusión: contrataciones sin contrato, selección al vapor, pues.

La juventud se impone, se impuso.

Entonces lo obvio: la compra de una camioneta último modelo. Luego: viaje de seis ilusos hacia la supuesta felicidad de allá. Aprieto delicioso, durante el traslado brincador, a causa del montón de maletas de los empleados. Los cuerpos se juntaban a fuerzas: roces y aplastes excitantes... Ese agrado.

Pareciera que por lo alejado de la casa playera la camioneta se acercara a un artilugio macabro. El punto, casi inaccesible, bien podría ser sinónimo de la palabra «enemistad».

Vida en contra, poco a poco: aunque vida parsimoniosa, mal que bien. Remedio: la asimilación de manías. La felicidad no es más que una mengua llena de dulzura.

Van creciendo las obediencias. Cada quien cumple con un guión cuya práctica diaria no es complicada. Pongamos un caso: el chofer va a La Paz cada tercer día, ¡trae encargos puntuales!, pero está disponible para cualquier asunto urgente y hasta comprometedor. De las labores de los otros empleados usted puede imaginar lo que quiera.

Casa amueblada, se dijo, de acuerdo al gusto de un gringo estrafalario. Digamos que la hamaca ya estaba allí. A saber desde cuánto tiempo atrás ha sido una prolijidad estratégica.

No es exagerado pensar que el cielo atesora algunos tejidos que jamás mostrará, lo mismo la tierra y el mar. ¿Cuántas horas de mecimiento en la hamaca servirán para descubrir lo más oculto?

Fue sorprendente. Cierta día Fulano de Tal durmió doce horas (récord, desde luego) en la hamaca. Pudo haberlo hecho en el gran camastro de su recámara, pero prefirió lo caricioso de la brisa. El castigo fue que lo picaron una docena de zancudos, de éstos que perforan la piel con suavidad, lo que casi ni se siente, sino hasta mucho después ¡Ni modo!: aguante más aguante, al fin. Consecuencia: el triunfo del sueño, más aún porque cuál comida, cuál bebida, durante esas doce horas de extraordinarias revelaciones.

Ah, en la casa no hay aire acondicionado, sólo ventiladores de techo cuyas hélices miden poco más de un metro.

Comer y rascarse; beber y seguir rascándose. El siguiente día fue de completo rascadero. El chofer tuvo la encomienda de ir a La Paz a comprar unos repelentes, los más caros, los más incomparables. Mientras tanto, Fulano de Tal le agarró gusto a las rascaciones, sobre todo tras detectar la erisipela de ronchas sin cuenta. Virulencia de abultamientos. Ay. Sí. Muchos ayes, al cabo.

Tiempo hecho a cercén, o mejor dicho: divisiones tras divisiones cuya resulta es el desánimo. A eso es a lo que se expone un Fulano de Tal que anhela experimentar una vida parásita. Y de una vez hablemos de disminuciones, mismas que deberían ser cada vez más redondas y macilentas.

¿Cuántas ideas pueden envolverse con desesperación?

Lo corrupto asedia: mancha efusiva de la memoria. Goteo dilatado. Tregua que semeja un retruco de rayos (lo de ayer, lo de mañana)... Si lo que se identifica como «el pasado» tuvo de pronto un estiramiento, ahora no pasa de ser más que una migaja. Una partícula que cae y nadie la nota. Quizás una brutalidad constreñida a una forma de nudo corredizo.

Y aquella mujer, su promesa. La misma que dijo que encontraría al Fulano de Tal en donde estuviese. ¿En el fin del mundo?, ¿dónde... a ver? El amor molesto. El amor gozoso. Escoger al tanteo lo sexual que escala peldaños frágiles.

Algo debe quebrarse y sonar como si fuera una explosión.

Ni para qué esforzarse en el arte culinario. Fulano de Tal no es pretencioso en el comer, por lo cual ¿tortas?, ¿tacos?, ¿qué más? Algún caldo, alguna ensalada, alguna carnita picosa. Avelina no tiene por qué hacer gala de ingenio al respecto. Así que pasa hartas horas viendo la televisión en su cuarto. En los dos cuartos blancuzcos de allá hay dos televisores, ¡créanlo! Un cálculo que significa mucho. El gringo estrafalario supo a buen tiempo que no podía dejar sin siquiera un placer (¿rancio?) a quienes fueran futuros empleados domésticos.

Sí, Fulano de Tal había matado por lo menos a unas diez personas (retroceso borrascoso), además de robar tres bancos y la caja fuerte de una empresa líder. ¡Corrupto insólito! ¡Modelo de modelos! Tantas habilidades. Tanta capacidad para escabullirse.

Tanta destreza para hacer amigos y después traicionarlos.

Tanta maña para ser agradable a los demás. Fulano de Tal era como un pulpo al que le nacían a diario más y más tentáculos.

Tanta persuasión... interesantísima.

Oh seductor sin igual.

Ja, ja,

Villanía que ataca: el viento; el calor, tal vez.

Digamos que los empleados hacen su trabajo sin recibir órdenes. Avelina inventa sus menús. Prisca barre y trapea sin tanta urgencia. Néstor Rito arma y desarma zapas, además de podar plantas: son tareas casi inútiles. Ciertos días se va a pescar. ¡Qué loco! Fidel va a La Paz a cambiar cheques y comprar abarrotes. Como se ve, a Fulano de Tal apenas lo molestan con frases cortas.

Sería un milagro que aquella mujer maravillosa llegara por el monte o por el mar el día menos pensado. Cuando se vive lejos del mundanal ruido las creencias se dislocan, de otra manera el escepticismo, que es tan lineal, sería una impostura arrolladora.

Millones de pesos depositados en el banco. Una cantidad incomprensible. Fulano de Tal sobornó (pacto fácil) a autoridades gubernamentales y bancarias. Inversión tan cínica como fructífera. Sea que la perversión se ramificó y aún es imparable. Portarse lo más mal que se pueda se ha convertido en una profesión... ¡rentable!

La película de una vida sui géneris, acaso virtuosa: la propensión hacia la maldad suprema. Oh deseo, que encuentra molde. Y he aquí esta filosofía: si uno mata a una persona es asesino, pero si uno mata a cien personas es héroe. Si uno roba mil pesos es ladrón, pero si uno roba millones de pesos es un zorro ejemplar. El mundo pide exageraciones. Ésa es la noción radiante del éxito.

Es común que los corruptos se asocien: secta con valladares por doquier, sin embargo, ¿cómo fue que Fulano de Tal logró escabullirse? Su independencia, su astucia, su duración. ¡Ojo!: un asesino, amén de corrupto, autosuficiente ¿cómo?

Últimos días. La holganza es un remate.

Por más que los empleados descubren objetos insólitos en la casa playera, no han encontrado armas, ni blancas ni de fuego. Tampoco dinero en efectivo, lo cual es lamentable. La circunstancia del aislamiento que están viviendo esas cinco personas se ha vuelto demasiado superficial, también ya es expansiva y pareja.

No es raro que de vez en cuando el mar y la tierra sean fétidos. Pareciera que un milagro ocurrirá... O un despojo, o una solemnidad, o un extracto de algo totalmente desconocido. Estoy aburrido. Quisiera acostarme con Prisca. Cogérmela hasta el hartazgo. Ella es la más joven de mis dos empleadas... Bueno, con que nos demos unos cuantos besos en la boca y, ¡claro!, un buen abrazo, creo que será suficiente.

¡Qué conformista! Pero es que sólo hay que imaginar que Fulano de Tal ya no quiere tener la más ínfima ilusión de nada.

Otra vez los gemidos allá. Ir, saber... Mejor no. La imaginación es poderosa y suele confundir al más ducho. De modo que Fulano de Tal ya puede imaginar la maraña de cuatro cuerpos encuerados. Es como una molienda de gente exitosa.

Prisca no es bonita, pero es joven... ¡y puta!

Purificarse es como desmandarse. Se necesita mucho nervio para alcanzar la más entera limpieza. Los antojos cunden. Preferible es dormir lo más posible a sabiendas que el cuerpo está amenazado por mil alteraciones.

El miedo exagera y es inverso. El miedo es gemelo del sueño. Lo indeseable se clarifica y llega a gustar. No se puede vivir tan prevenidamente.

En los últimos días los empleados platican demasiado. Rien, reflexionan, hacen ademanes en la cocina, en las recámaras, en sus cuartos blancuzcos, en el jardín trasero, casi todas las tardes en la orilla del mar.

Fulano de Tal tiene flojera de ordenar que si aquellos van para allá o que si vienen para acá, nomás por henchirse muy a las vivas, a bien de saberse un mandón peculiar.

Llovió. Sopló demasiado aire. Furia mayúscula. El oleaje fue una exhibición quizás ostentosa. También el mar está lleno de monstruos.

Es craso el desamparo. La lejanía, y más aún el aislamiento, es algo que se escurre sin acentuar nada, siquiera una grisura.

Como Fulano de Tal se ha olvidado de sus empleados (qué le van a preocupar sus continuos cuchicheos), con mayor frecuencia el chofer se ausenta de la casa playera. Tarda en volver. A veces regresa hasta el día siguiente.

Lo que pueda suceder, ya cuenta con un preámbulo absolutamente aparatoso.

La armonía cotidiana es como una plasta resbaladiza. Inutilidad culminante que se pega sin querer. Lastre. Distensión dada al fastidio.

Traigamos a cuento el recuerdo de aquella llegada. Detrás de la camioneta del gringo estafalario, iba la del Fulano de Tal, que esa vez, cual debe, viajaba con el retaque de todos sus empleados. En pleno mediodía se suscitó la muestra de la adquisición, un deslumbramiento que no puede narrarse con lujo de detalles. El ex dueño, orondo y alto, como es de suponerse, avanzaba por la casa sabiéndose un dechado de informaciones esenciales. Ustedes vivir cómodos aquí. El inmueble cuenta con servicios como drenaje, electricidad, gas y agua potable. En lo relativo al gas, bueno, había que traer tanques de una ciudad llamada «Constitución» (fea, muy fea), pero más cercana que La Paz. Para qué preguntar acerca de cómo era eso de que la casa playera contara con los servicios referidos considerando el supuesto aislamiento. Acierto inusitado, o en realidad no era tanta esa sensación de lejanía. Mentira, a fin de cuentas. Si tener problemas con agua y luz, ir a Constitución. Preguntar en Palacio de Gobierno por gente que trabajar en solución de agua y luz. Temor tal contacto: Fulano de Tal pensó que ¡nunca! Entonces, cualquier desperfecto ¡ni modo!, pues a ver cómo lo arreglaban. Porque tratos con el Gobierno ¡qué horror!

Hasta ahora no ha habido nada irregular.

Sin embargo, los grados de inseguridad, las dudas. Cómo no pensar en que cualquier día...

Desentenderse, a conveniencia.

Alguna vez a Fulano de Tal se le antojó ir a la ciudad, tenía ganas de un descarrío, pero... No, no podía. La casa playera se transformó en una cárcel... benigna, hermosa, aunque...

Tanto demérito.

Tanta hipótesis restrictiva.

Llegó el día del trasunto acelerado, mismo que culminó en cosa de diez minutos. Es que —como si se tratara de un juego de niños— el chofer huyó en la camioneta llevándose a los tres empleados domésticos. ¡Vaya trisca!, parecía redonda la desaparición. Lo planeado desde dos semanas antes por los cuatro tenía que derivar en la divergencia de destinos: ¿sí?: cuando llegaron a una localidad equis, conocida por ellos al dedillo. O ya había un acuerdo muy remachado con personas del Gobierno ¿sepa?!... o ¿con quiénes?, o cuál propagación definitiva.

Fulano de Tal, tendido en la hamaca, contemplando el hundimiento del sol en el mar. Dicho espectáculo ahora era más suyo que nunca.

Día al garete que se convirtió en un decurso inusitado, debido a que el señor había roto el récord de su periodo de sueño (ruptura de sobra): 19 horas continuas: allí: en la guala. Había empezado su transposición a las 11 de la noche del día anterior y terminó a las 18 horas del día siguiente: ¡créanlo!, porque se despertó y, tras mirar su reloj ¡iii¿¿¿qué???!: su fiesta fue una mezcla de apitos y buena cantidad de brincos leves.

La demasiada somnolencia es un estuche de sorpresas.

Empecemos por lo más inequívoco: la ausencia de aquellos entes tan libérrimos; pero antes de cualquier chasco, Fulano de Tal optó por acercarse a los dos cuartos blancuzcos. Al llegar encontró pura oscuridad o pura inexpressión: ergo: ningún gemido placentero o siquiera sibarita. Entonces, como si ordenara algo trascendental, gritó con gran potencia, ¡y nada!

Han de haber ido a una fiesta. No dudo que regresen muy de madrugada.

Despierto, vigilante, solo. Su escozor iba creciendo.

Seleccionar un método de vida que empezara en la noche. ¡Tip!: el ruido cadencioso de la marea.

Es necesario decir que luego de 24 horas de soledad aún Fulano de Tal fue optimista. No se dobló. Creyó con presunción que si los empleados se habían ausentado era porque vendrían con una muy agradable sorpresa. Luego de 48 horas ya no fue tan ingenuo: fue atiborrándose de horror. Mientras tanto comía tortas de jamón, mortadela y queso manchego. Hartazgo acuciante.

Caída en cuenta: su vida había sido rumbosa. Una pésima obra de teatro.

Luego de cuatro días de inopia, o más bien, de soledad macabra devino el convencimiento más desamparado: ¡se está acabando todo! Hombre sin empleados, sin camioneta, ya casi sin comida. Y las tres últimas opciones: ¿caminar por el desierto sudcaliforniano?, ¿o quedarse en la casa?, ¿o ahogarse en el mar?

Caminar por el desierto. Entregarse a las autoridades, ahora sí que con todo el peso de la culpa, ya sin ningún soborno, ni mínimo. Vencerse por completo.

Lo vislumbrado desde que vio por primera vez, tendido en aquella hamaca, el hundimiento del sol en el mar.

Y se dirigió a la playa y trató de avanzar sobre las aguas. ¡Dale!, y cuando las olas bañaron por completo su cuello...

¡No!, ¡ahora no! Después... Sé que mañana estaré más preparado... La muerte debía ser tierna y quizás acompañada.

Preferible aventurarse... El sol y el desierto... Esos plomos... Un avance de ¿cuarenta kilómetros?... Si la retirada a pie la hiciera por la noche de todos modos el día llegaría y a saber si Fulano de Tal aún conservaba la suficiente fuerza para seguir.

Hay que considerar que estos pensamientos de inmolación los tuvo cuando el hambre, que es un monstruo todoterreno, ya se había apoderado de él.

Los subterfugios de la supervivencia. Meros destellos.

Quedarse en la casa, tendido en la hamaca. Dormido, a expensas de la inanición. Tal posibilidad tenía la garantía de la aparición de alguien.

Morir soñando (je).

Decisión: la inmovilidad, como lucha, y con gotas (casi irreales) de aguardo y anhelo.

Una palanca apócrifa, ¿cuál?

Un acopio de perversiones que se diluyen.

Una aparición que no es.

De pronto unos ruidos. Unos derrapes. Unos cuasirrechinidos de llantas.

Levantarse... complicadamente. Ir a ver el redor de atrás. Dispersión. Amenaza terrena, por fortuna.

Espectáculo metálico. La extrapolación de un solo color.

¿Rebrillo azul agresivo?

Unas diez patrullas rodeaban la casa y una voz estentórea ordenó: «¡Entrégate... no tienes escapatoria!». Tuvo que hacerlo. Fulano de Tal estaba indefenso.

Se lo llevarían a una cárcel: ¡qué suerte! Viviría largo tiempo allí, ¿con boato?

¡Qué privilegio! ●

Soliloquios

ESTHER SELIGSON

a Gina

*If only one's whole life
Could consist in certain moments...*
ANNE CARSON, *The Beauty of the Husband*

Y CADA CUAL CON SUS recuerdos, su dolor, sus cicatrices, cada cual con sus muertos al hombro, los miedos, el niño que fue, su hambre, sus pesadillas colgadas al filo de un amanecer sin luz, cada cual tan soledad tan con nadie tan silencioso, escindido

Dime de qué colores fue el amor, el amor que fue que sería que estuvo siendo, di en qué puño cupo, con qué dedo lo tocamos, qué sílaba encerró su embrujo y cómo, acedo, de buenas a primeras reventó ampolla, fagocitó, cómo empezó a arder haces de leña

Un recuerdo mellado podrece en cualquiera de los abismos donde se abisma la memoria, y más lejos sólo el vacío, ningún corazón se renueva en sus cimientos roído, expuesto, cualquier tiempo es tiempo prescrito, y aunque no fuese sincera tal vez debí pedir perdón

Más artero aún el olvido cava trincheras donde envidioso en la memoria hubo hecho su labor de zapa, no obstante hay ecos que persisten, deseos sin extinguir las voces de su anhelo, anhelo sin propósito, vaga reminiscencia como borde de una herida, ráfaga, imprevista

Y cada uno en el día a día aguarda grave, inquieto, mustio, suspicaz, turbado, ni sabe qué a veces, tantas veces, cuántas dime arrinconamos para mañana la ocasión, el oráculo en desuso, el fuego extinto, la inercia a flor de piel, piel ahíta tejiéndose fugacidad aturullada

«No encontrarás nuevos países / no descubrirás nuevos mares... / Dondequiera que vayas, arribarás a la misma ciudad», se repetía a sí mismo Cavafis acosado por *las nimiedades, las despreciables rutinas*, triste poeta autoexiliado —como Pessoa y tantos otros— en el destierro de su propia alma; así muchos somos del desasosiego los turbios hijos sin causa, sin razón o lógica: dolientes, nada más

Yo regresé a Ítaca por mi voluntad aunque ahí nadie hubiese llorado mi ausencia, volví por puro cansancio de tejerme esperas, inventarme islas y sirenas, volví para no perderme en recuerdos —los propios y los ajenos— y andar náufrago recogiendo escombros de un barco no abordado

Si me preguntan diré que da lo mismo, y no por amargura huraña o por estar a la vuelta de todas las cosas, simplemente se trata de cansancio, de haberse extenuado el ímpetu, extraviado el coraje; no vine aquí para reencuentros, relecturas, algún debe o haber, saldo, pérdida

Toda locura es relativa y pude permanecer en cualquier parte como si fuese finalmente Ítaca. Hay imágenes que atraviesan los años y por sí mismas se evocan, frescas, vivas, sacras: un atardecer soleado, una mañana de olorosa lluvia; las sombras del amor, los sueños, dondequiera se proyectan y a cualquier hora, sólo la infancia tiene un lugar preciso, un intacto sabor irreductible

Nada ni nadie promete eternidad que por fortuna no existe. Bendito el tiempo y su deterioro, lo que caduca, lo que se olvida, *arcilla vil* diría el poeta; no se trata sin embargo de pasar inadvertido: de pronto no quiero oír, no quiero saber, prefiero no estar; de pronto da lo mismo, salvo por el cansancio, la opacidad de la Luz, y la boca del estómago

Toda locura es relativa
y pude permanecer en
cualquier parte como si
fuese finalmente Ítaca.

Difícil dar con la palabra justa, escrupulosa, veraz, a fuerza de tanto velo, máscara, sudario, atrofia, ruido, ruido sin tregua, cascarón impropio, demasiadas palabras, y aunque de poco valga protestar me indigno color de uva prieta, me resisto a cambiar de tema, a suavizar mi enojo, a reconciliar mi duelo

Hambre de Luz, sed de ya no-ser, de quebrar el manto de realidad que me asfixia amorfo cristal opaco; maduraron los preparativos de viaje, el desapego radiante centro de nada, ninguna propiedad en mano pues dueños de qué en un mundo de miseria —vivir devasta—, inhóspito paraje

Una miga de pan, un soplo de viento, larga es ya mi porción como una peladura de naranja espiralada pendiente de no sé qué espacio intermedio, una urgencia de partir la habita, un ritmo quebradizo ajeno a la paciencia de estar, una indescifrable desolación antigua huésped perenne de raíces rotas, un árbol que se lleva a cuestras y es morada y es errancia

Se ha consumido mi tiempo a medio camino entre una nada barrida por el viento y una pátina de tristeza —se diría al rojo vivo— que me recubre pétreo con finos trazos de lodo y humo. Cultivé lo transitorio, el asombro, la escritura a mano, leer y releer vigilia insomne, macetas en cada rincón posible, añoranzas de un edén inexistente

Entre la distancia y la lejanía el desencanto como refugio, la intemperie navío, soliloquio metáfora de un universo quebrado, fugitivo que sigue su cauce sin atar cabos; travesía incierta la realidad diluye sus texturas, deshila el cañamazo que une las horas, *nada hay nuevo bajo el sol...* La soledad no pregunta, es su propia respuesta... •

CIUDAD DE MÉXICO, ENERO DE 2010

El artista del amor

ALONSO CUETO

Juan se levanta con un ruido de pesadillas en la cabeza. Llega rápidamente al lavatorio. El dolor se diluye en el agua, le enfría la sangre. Se mira al espejo: ojos de halcón, piel color tierra, pestañas de gato, una espiral de humo en la cabeza.

El desayuno es un melancólico orden sobre la mesa desteñida: dos panes con queso, un plátano, yogurt, una taza de café. Hay un silencio rutinario, hecho de pequeños ruidos en la casa. De pronto Juan oye como a la distancia el sonido agudo, intermitente, de la cuculí.

Recoge los restos del desayuno, limpia la mesa (aprieta el trapo hasta ver el brillo de la madera) y pone un disco de boleros. El mundo cambia a su alrededor.

Sale a la soleada terraza de losetas blancas (un balde de ropa, una canasta de flores blancas, un caño roto). Algunos gorriones aterrizan cerca y empiezan a bailar alrededor de los trozos de pan. Las patitas tocan un tambor ansioso, los ojos brillan, los picos se mueven.

Juan sonríe.

Se viste. Termina su taza de café, va hacia la puerta.

Un microbús se acerca. Tiene parches de plomo. El microbús da un bufido ronco y las llantas se detienen. Hay un ruido de piedras sucias. Juan se sube. Mira su traje azul en la ruidosa grisura.



Llega al edificio en San Isidro. La oficina tiene paneles claros, ventanas con soportes de aluminio.

Por el corredor avanzan ejércitos de secretarías uniformadas de gris, mensajeros flacos y taciturnos. También pululan vendedores con maletines,

ejecutivos de pelo corto. Una cascada de pasos viene del corredor, mezclada con el ruido de una voz en la radio.

Sentado en su escritorio, hace las sumas del día. Ha estado trabajando en eso toda la semana. Tiene listos los estados financieros. Los imprime. Los envía a la gerencia. Queda libre.

Es la una. Llama a Karen.

—Aló —dice ella.

—Hola, Karen.

—¿Qué tal, Juan?

—Bien. ¿Y tú?

—Todo bien.

Una pausa rápida.

—Karen, te invito a almorzar, ¿puedes? Dime que sí.

—¿A almorzar?

—Sí, aquí en la esquina nomás. En El Danubio Azul.

Karen es la secretaria del gerente de ventas y trabaja en el piso de abajo. Es una joven sencilla, de ojos marrones, pelo negro y lacio hasta los hombros. Tiene una sonrisa cortés y, algunas veces, una voz suave y dulce. Pero de todos los rasgos de su cara son sus ojos los que llaman la atención. Ojos largos, estilizados, color almendra. Es una muchacha tan agradable, piensa Juan. Y sufre. La gente de la oficina la aprecia más que a otras secretarías porque ella tiene que soportar las neurosis de su jefe, el señor Uris (un organismo bajo, obeso y compulsivo que emite órdenes mientras respira).

—Bueno, pues, vamos, si quieres —dice Karen.

Un rato después están sentados frente a frente en El Danubio Azul. Hay una rosa de plástico presidiendo el centro de la mesa. Está en un recipiente lleno de agua. Unas lámparas antiguas flotan cerca.

Ella habla con sílabas tan claras. Sonríe con tanta gracia. Levanta delicadamente su vaso para tomar agua.

Hablan sobre una serie de temas cotidianos: el trabajo, el clima, los tragos preferidos. Una luz cristalina.

Pero de todos los rasgos de su cara son sus ojos los que llaman la atención. Ojos largos, estilizados, color almendra. Es una muchacha tan agradable, piensa Juan. Y sufre.



Ella pide una pasta primavera y una copa de vino. Él, lomo y puré de papa amarilla. Ambos comparten una porción de crema volteada. Mientras van escarbando del mismo plato, él se anima.

—Karen, mi vida es muy solitaria.

—¿Ah, sí? ¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Tú tienes la culpa en parte.

—¿Yo?

—Sí. No puedo dejar de pensar en ti. Por las noches, en mis sueños, al amanecer, mientras trabajo. Eres mi presente y mi futuro. No sé cómo pude haber vivido antes sin conocerte.

El pelo en cerquillo de Karen se mueve y tiembla. Sus ojos marrones brillan de lástima. Mueve la cabeza hacia la ventana. Su piel canela se aclara.

—Entiendo —contesta.

—¿Me aceptarías? —dice Juan—. ¿Puedo aspirar a un lugar en tu corazón?

—No, Juan. Lo siento. Lo siento mucho. Ya te lo he dicho muchas veces. Yo te quiero, sí, pero sólo como amigo. Me parece que no entiendes.

—¿No es posible?

—No. No es posible.

—¿De verdad?

—De verdad.

—Entonces no tengo esperanzas.

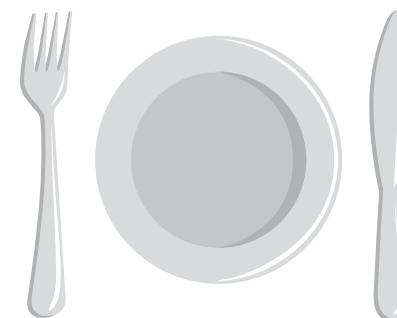
—Ay, Juan. Eres insoportable, la verdad.

Hay una pausa, una pausa larga. De pronto Juan comenta lo bien que hacen el lomo salteado allí. Ambos terminan su plato.

—Lo siento —dice ella.

Él duda. Los labios le tiemblan.

—No te preocupes. Está bien.





Juan vuelve a la oficina. El gerente le pide algunas precisiones sobre el balance financiero. Estos rubros no están bien detallados, le dice. A las cinco de la tarde, Juan se sirve un café de la máquina.

Tiene allí el teléfono del anexo de Susy, una rubia de ojos verdes y sonrisa traviesa. Es una practicante que acaba de entrar, recomendada.

—Hola, Susy —le dice Juan.

—Hola.

—¿Puedo pedirte algo?

—Sí. Claro.

—¿No te molestarías?

—No creo. ¿Por qué?

—Es algo personal.

—Dime, Juan. De una vez.

—¿Podrías ir a tomar lonche conmigo? ¿Ahorita?

—¿Otra vez?

—Sí, por favor.



Están en una tienda grande, con sillones.

En una esquina, un gordo canoso, con un mandil ensangrentado, corta una enorme lonja de carne. Su mesa está rociada de cebollas crudas.

—Dos butifarras y dos cervezas —dice Juan, dándole un billete.

Se sientan en la última mesa.

Susy está linda. Su pelo rubio y largo está amarrado con un lazo negro. La blusa azul, la falda estrecha, los zapatos ágiles de taco la hacen parecer una modelo.

—No sé cómo decirte esto, Susy.

—¿Qué?

—Es que pienso mucho en ti.

—Ay, no seas idiota, oye.

—Pero es verdad, Susy, pienso en ti todo el tiempo —dice Juan.

—No digas eso.

—Es que soy muy infeliz.

—Bueno, lo siento, Juan. ¿Qué te pasa?

—Nada.

—¿Nada?

—Me pasa que estoy en una cárcel de la que sólo tú tienes la llave.

Llevo siempre conmigo la luz de tus ojos, el sonido de tu voz. Dime, ¿me aceptarías? ¿Guardarías un sentimiento por mí en tu corazón?

Susy lo observa. Sus ojos descienden en un gesto grave.

—Siempre tan idiota, oye. ¿Naciste así o eres el resultado de un montón de errores de tus padres? Dime.

—¿Por qué hablas así?

—Mira, yo te quiero, pero como amigo. ¿Me entiendes?

—Bueno, bueno.

—¿Tienes algún problema? ¿Estás tomando tus pastillas?

—No. Bueno... o sea... la soledad. Estoy muy solo. Y eso... es el problema.

—Ya.

—Pero no quiero incomodarte, de verdad.

—Bueno, no quise llamarte idiota.

—No importa.

—¿Quieres salir a otro lugar? Podemos ir a bailar. Después si quieres vamos a mi casa. No hay nadie. Vamos a estar tranquilos. Nos podemos acostar, si quieres, para divertirnos un rato. Pero como diversión nomás. He visto unas poses nuevas en una revista.

—No, no. Gracias. Yo nunca, nunca...

Comen las butifarras. A Susy le gusta echarle grandes lonjas adicionales de cebolla.

Hablan de sus estudios. Juan le recomienda algunos libros.



Esa noche abre la puerta y se enfrenta a la oscuridad de su sala. El teléfono está junto a un sillón y a una lámpara.

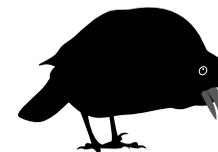
Se sienta.

Un timbre, un silencio, un timbre.

Hay una voz sensual al otro lado, una voz como pocas veces puede oír un hombre en sus condiciones. Es Denise.

—¿Qué te parece si vamos a comer?

—Bacán —contesta Denise—. Vamos.





Juan cuenta los billetes y baja las escaleras. La estructura de luces del taxi lo espera.

Por fin ella se sienta. Denise es una amiga de tantos años, de tantas noches. Pelirroja, pequeña, divertida, de piernas gruesas.

Van a un restaurante de carnes.

Piden parrillada, papas fritas y vino tinto.

—Denise...

Ella lo observa con sus anteojos marrones, atravesados por ráfagas de pelo rojo.

Cuando él termina su declaración («Te amo tanto, Denise. Tanto, tanto»), ella levanta un bocado de chorizo y le echa mayonesa. Luego lo engulle lentamente.

—Tú eres un rayado, un loco —repite con dulzura—. Come a ver si te ordenas un poquito. Qué mal que estás, oye. Hasta risa das, oye. Más loco que una cabra.

Denise saca un cigarrillo. Sus anteojos negros le dan un aspecto de cuervo. Un diablo disfrazado de cuervo.

—Perdón, ¿fumas? —pregunta ella.

La comida está, como siempre, muy bien. Juan pide la cuenta y una segunda botella de vino.



A la medianoche, Juan se acerca a la ventana y ve las luces del fondo. Allá está el mar. A lo mejor esas luces son de algún barco que se aleja para siempre. La luz irradia el agua. A lo mejor, algún día, él también se irá.

Prende la radio. La voz de Feliciano va doblándose en pliegues cálidos en el aire. Luego viene Lucho Gatica. Luego Bola de Nieve.

Sabe que ellas aceptan salir con él para escucharlo, para oír una declaración de amor que les permita seguir. Una frase. Una declaración. Alguien que diga «Eres la luz de mis ojos». Al final del mes, él recibe los pagos, puntuales, y el cronograma se reinicia. No hay un trabajo en el que un hombre sufra tanto •

Vigilia

OLIVERIO COELHO

ANTES DE ACOSTARME contaba las horas, una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete; miraba el reloj, las cuatro, por lo tanto cuatro y siete eran once, y once menos siete eran cuatro, de lo que deducía que dormiría siete horas, o mejor dicho, seis con quince si les sustraía los cuarenta y cinco minutos promedio que me demandaba encontrar posición en la cama y aislarme de los ruidos que hacía mi amo. Ahora bien, seis horas —no digo ni siquiera seis horas quince— eran suficientes para alguien que no trabajaba o no odiaba. Un trabajador, en cambio, precisaba por lo menos siete horas de sueño. Un trabajador que odiaba —a su patrón, por ejemplo—, ocho horas netas, esto es, ocho horas, ni más ni menos, ocho horas desde que conciliaba el sueño hasta el despertar y no desde que se acostaba y buscaba posición y se aislaba de los ruidos.

Mi caso a lo largo de los años varió según mis penurias económicas. De ser un ocioso irrecuperable que dormía seis horas, pasé a ser un ocioso atormentado por la desidia, por lo cual sumé quince minutos a mis horas de sueño. El asesinato de mi padre determinó mi necesidad de trabajar. Tardé meses en recomponerme de la pérdida. El proceso judicial iniciado contra el criminal llegó a su fin. El culpable, un odontólogo jubilado que al parecer había confundido a mi padre con su potencial víctima y por eso mismo se declaraba inocente —no había cometido el crimen que quería cometer—, pagó su delito: prisión perpetua. Recién entonces pude realmente llorar y desapeñarme. Después me dediqué a buscar trabajo. Mi apariencia, según me comentaron algunos maliciosos en las colas, estaba bastante desmejorada. A decir verdad yo nunca noté nada... ni antes ni después de la muerte de papá. Es más, sigo igual, las ojeras grandes, la palidez pronunciada. Así era incluso antes de que papá muriese... Pero esto no viene al caso; si hablo de mi padre ¿por qué no puedo hablar de mi madre, de quien sólo tengo imágenes lejanas? Lo

cierto es que sólo en un trabajo fui aceptado sin temores y sin discriminación.

Ocurrió de este modo. Un lunes, un año atrás más o menos, leí en el diario el siguiente aviso: «Se busca joven sin experiencia con facilidad para caminar. Buena visión. Tranquilidad. Pocos prejuicios. Artistas abstenerse». A primera vista me llamó la atención la ausencia de abreviaturas. Repasé el aviso y me resultó un buen augurio eso de «artistas abstenerse». Justamente, en aquel tiempo, lo más ajeno a mí era un artista. De modo que me puse en marcha hacia el lugar indicado. Me eligieron entre una gran cantidad de postulantes y ese mismo día empecé mi trabajo en la casa de Adolfo y Antonieta Voisin. En cuanto me encomendaron la primera tarea, sacar de paseo a Antonieta, el portero del edificio me abordó en un rincón del palier y no se ahorró comentarios:

—Así que usted es el nuevo empleado... Espero que tenga suerte, ninguno aguanta más de una semana —apreté el índice contra la sien—. Si ocurre algo raro, llámeme. Todos me llaman. Ahora vaya, a ver si Antonieta se da cuenta... Ahí viene.

Antonieta se unió a mí y me preguntó con quién hablaba. Con los días comprobé que ésa era una de sus preguntas predilectas: siempre creía que cuando no estaba a su lado hablaba con alguien.

—No se le ocurra hablar de nosotros... Tenga discreción —me dijo una vez—. ¿Cómo se sentiría usted si nosotros habláramos de sus intimidades? Por favor, sea discreto. En este barrio los rumores corren espantosamente rápido... Fijese cómo hablan de Adolfo y de mí. Hasta dicen que tenemos un hijo cautivo.

En infinidad de ocasiones le confirmé que no hablaba casi con nadie y que si alguna vez lo hacía no me atrevía a revelar bajo ninguna excusa la intimidad de mis patronos. Antonieta fingía no escucharme y cambiaba de tema para abordar otra de sus sospechas recurrentes: su marido la quería envenenar, ocurrencia tan extravagante como provechosa, pues

A primera vista me llamó la atención la ausencia de abreviaturas. Repasé el aviso y me resultó un buen augurio eso de «artistas abstenerse». Justamente, en aquel tiempo, lo más ajeno a mí era un artista.

secretamente me otorgaba una propina para que probara la comida antes de cada almuerzo y cena.

Ahora bien, mi trabajo en la familia Voisin no consistía sólo en pasear a la señora Antonieta por la Avenida de Mayo. Había algo más: Antonieta era ciega y pretendía pasar por vidente, lo cual dificultaba notablemente mi tarea de lazarrillo. Tenía una percepción y un dominio sorprendente de sus propias torpezas, y si daba un paso en falso o rozaba una pared transfería la responsabilidad del accidente a mi negligencia. Enseguida preguntaba si nos había visto alguien, y mientras más intentaba persuadirla de que nadie había reparado en el contratiempo, más se empeñaba en creer que le mentía. Perdía la calma, se aferraba más a mi brazo y me pedía por favor que le dijera que nadie nos miraba... Yo asentía a todo y, acto seguido, ella disentía y me tildaba de pelafustán y usurero. «Si mi marido se enterara del dinero que usted me saca... si supiera que usted me extorsiona con la excusa de que él me quiere envenenar. Usted es un monstruo. Por favor, lléveme de vuelta a casa».

Así era siempre. Durante meses repitió con ciertas omisiones o agregados la misma escena. En cuanto llegábamos al edificio olvidaba mi monstruosidad y me preguntaba si su marido no me parecía sospechoso. Tal era mi temor a mentirle que siempre le confirmaba lo contrario a lo que quería escuchar, por lo cual ella atribuía lo decepcionante de las respuestas a mi carácter impuro y desvirtuado por el comunismo que intuía en el consorcio y, en general, en cualquier situación de vecindad.

El señor Adolfo, por su parte, se mostraba siempre conforme con mis actividades. Yo no le inspiraba sospechas y cuando traía de regreso a su mujer tenía para conmigo ciertas confesiones halagadoras. Me llevaba al comedor mientras Antonieta descansaba las piernas en el cuarto, y me hablaba de su pasado de atleta, sus viajes por Europa, sus gruesas infidelidades. Luego, como si todo fuera una excusa para obtener alguna confianza de mi parte, me preguntaba por los pormenores del paseo. Al principio tomé esto como una indiscreción amistosa, casi solidaria, hacia su mujer. Poco a poco las exigencias de Adolfo se hicieron más precisas; puesto que entre ellos, según me dijo y según pude comprobar, no tenían ya trato verbal, me rogaba que le reprodujera con exactitud las palabras que ella había empleado durante la última caminata. Para aflojarme la memoria me ofrecía una buena propina, y yo, que creía deberle más fidelidad a él que a ella, ya que por momentos Adolfo me parecía el más cuerdo de los dos, le contaba todo, incluyendo lo del envenenamiento, y él, a cada frase mía, decía «Pobrecita mi Antonieta, ¿qué le estará pasando? ¿Usted qué piensa?». Para no ofender a mi dadivoso patrón,

le contestaba que no sabía. «¿No será algún trastorno de la vejez?», preguntaba él, y yo, encantado, le confirmaba la sospecha.

Cierta vez, cuando caminábamos por la calle Florida, la señora Antonieta dijo tener la premonición de que su marido y yo conspirábamos, ya que pasábamos mucho tiempo juntos después de los paseos. En vano intenté persuadirla de mi lealtad. «Desde ahora usted no prueba más mis comidas», sentenció todavía más irritada, e intentó echarse a correr. Por suerte chocó contra un puesto de diarios, perdió el equilibrio y pude alcanzarla antes de que cruzara la calle. Ella blasfemaba, blasfemaba tan rápido y con tanta furia que se atoraba en su propio odio. Ese día —¡hace tiempo ya, todo ha cambiado tanto!— regresamos en taxi. Adolfo, al ver entrar a su maltrecha mujer, me interrogó a solas, con gravedad, y por primera vez me reprendió al enterarse de que su señora se había dado la cabeza contra un quiosco.

El incidente dio sus frutos. Durante un tiempo Antonieta permaneció en cama con la cabeza vendada, y mi única tarea en la casa consistió en suministrarle alimentos y limpiarle el cuerpo, según lo dispuso su esposo, con un trapo húmedo, una esponja y un cepillo de cerdas blandas. Cuando se recompuso, ella me expresó el deseo de abandonar las caminatas y no salir más de su cuarto. Se lo transmití a Adolfo y él lo aprobó con entusiasmo, confiándome, en voz baja, con un pudor malicioso que nunca había percibido en él, que eso era lo que durante mucho tiempo había estado esperando.

Antonieta, a contrapelo de su inmovilidad, no dejaba de hablar. Adolfo, que escuchaba todo detrás de la puerta, cierto día me refirió la preocupación de que Antonieta enloqueciera si él seguía permitiéndole hablar sola. «Es apremiante —estas palabras utilizó— que usted se mude con nosotros». Agradecí y enumeré una serie de razones falsas que me impedían aceptar el ofrecimiento. Adolfo perseveró y ofreció duplicarme el sueldo. Le expliqué que no me importaba el dinero, hasta entonces había ahorrado los seis meses de sueldo que puntualmente me habían pagado porque no tenía en qué gastarlo. Él entonces perdió la compostura, se ruborizó y me gritó que no le importaban mis excusas, que ese mismo día yo me quedaba ahí y que dispondría de una cama en la biblioteca, junto al cuarto de Antonieta. Retrocedí espantado, y el señor Voisin, al advertir lo contraproducente de su conducta, empezó a gimotear y me tomó por los hombros. Sus manos eran frías y huesudas, como forradas en cuero. Me dijo que yo era para él como un hijo... «Estoy muy solo, dentro de poco yo también voy a necesitar a alguien que me escuche... Por favor, no sea así, míreme. Desde niño, cuando íbamos al campo y mi

mamá me sentaba sobre sus rodillas, empezó a atormentarme la idea de morir solo, la idea de morir hablando solo. Y mi temor no es infundado, mis padres murieron hablando sin ser escuchados. Mi padre en un manicomio; mi madre en el campo... sola, y todavía peor, hablando como si alguien la escuchara. ¿Qué me dice? Lo sorprende, ¿no? Ahora sí se va a quedar... ¿O va a dejar que nos volvamos... no me gusta la palabra... mejor decir perder la razón, porque yo nunca podría enloquecer... no, yo sólo podría perder la razón, ¿no cree?».

Al día siguiente mudé mis pocas pertenencias a lo de Adolfo. Recién entonces tomé conciencia de lo amplia que era la casa: cantidad de cuartos vacíos, ventanas selladas, corredores detenidos en penumbras que nadie transitaba desde hacía años. Mi cuarto, el más cercano al de Antonieta, era un salón-biblioteca imponente, con una mesa de roble ovalada y un sofá cama.

Tardé en acostumbrarme a la soledad que imponen los ambientes grandes. Por las noches, cuando el silencio de la calle era íntegro, percibía los gritos de Antonieta, los pasos de Adolfo en el corredor, deteniéndose y apoyando la oreja contra la puerta o las paredes del cuarto de su mujer. «Venga, escuche», me propuso alguna vez al verme salir. Por compromiso acepté, y francamente nunca percibí más que alaridos. «¿Qué dice? ¿Qué dice? Vamos, usted es joven, tiene que entenderla», me arengaba Adolfo, y yo, que nunca quise mentir, después de representar muchas veces la misma escena decidí inventarle que ella pronunciaba un nombre. No sé por qué se me ocurrió un nombre y no otra cosa... Él se sintió espantosamente intrigado e intranquilo. «Dígame a quién llama, por favor, ya es tarde para los celos, soy viejo, hable». Le dije que pronunciaba su nombre, y él, en lugar de desconfiar, empezó a sospechar que ese Adolfo al que invocaba era otro, un amante remoto, un sosias sentimental que lo había antecedido.

Al día siguiente el señor Voisin incorporó el hábito de detenerse también ante mi habitación. Yo oía cómo apoyaba cuidadosamente la oreja sobre la puerta. ¿También yo hablaba solo? Lo más terrible de hablar solo, pensaba, debe ser que uno no se da cuenta; quizá yo hable solo y no pueda saberlo nunca. ¿O pensaría en voz alta? Y apenas especulaba con esto, me quedaba inmóvil, recorriendo con la mirada el ambiente que en lo oscuro se asemejaba a la llanura que tanto me refería Adolfo. Me parecían tan misteriosos los objetos que había ahí. Lo más opresivo residía en la presencia de los libros. Eran tantos que por momentos los creía humanos y me sentía vigilado. Entonces tenía la impresión de que otra vez estaba hablando solo, y corría hacia un

espejo y buscaba mi imagen. Recién cuando a media noche Adolfo se retiraba a su habitación yo recobraba la calma y podía dormir. A esa misma hora, además, Antonieta dejaba de hablar en voz alta y pasaba a los susurros de entresueño.

Durante el día ocurrían cosas menos extrañas. A veces yo hacía mandados, pagaba cuentas o limpiaba ligeramente la casa con un plumero y una escoba. El resto del tiempo permanecía junto a la señora Voisin, escuchándola o aseándola. Pronto llegué a la conclusión de que sus crónicas tenían una coherencia interna pero eran incompatibles entre sí. Me refiero a que las formas de su pasado eran irreconciliables. Es inadmisibles que una misma persona, a lo largo de su vida, haya sido bailarina becada en el Bolshoi y en París, alpinista, profesora de tenis, instructora de polo, actriz de teatro, tejedora y manicura. Cada tarde se atribuía un destino distinto y después de un tiempo, a fuerza de soportar tanta insensatez, comenzó a intrigarle su pasado: comenzó a mortificarme el deseo de una verdad. Nunca hasta entonces me había preguntado por la identidad de mis amos... Y desde que me lo pregunté empezó a resultarme preocupante y sugestiva mi ignorancia. Tenía la impresión de que el anonimato los hacía más peligrosos. Debía cuidarme, qué sabía yo de lo que era capaz Adolfo; al fin y al cabo la postración de Antonieta era obra suya. Y así como se había tomado el hábito de vigilarme igual que a su mujer, podía estar preparándose un destino equivalente. Me imaginé cautivo en la biblioteca, tullido y hablando ante un joven contratado por Adolfo, a quien le diría que yo era su pobre hijo demente, y a quien lógicamente obligaría a alojarse en una habitación contigua. No, no podía consentir más la obra de Adolfo. No podía dejar que alguien me reemplazara. ¿No era obvio que nos sacrificaba cada noche para afirmar el fino hilo que lo ataba a la existencia?

A lo mejor no exageré mis sospechas. Quizás en lo que sucedió después yo tenga alguna responsabilidad. Ciertos hechos son irremediables. Y cuando algo es irremediable se vuelve necesario. Pensar eso rebaja mi desasosiego y la horrorosa situación en que me encuentro.

Lo cierto es que tomé mis recaudos para protegerme del comportamiento sospechoso de Adolfo. A la hora de la cena siempre me llamaba a su cuarto, un ambiente amplio y sin luz, de muebles oscuros y lustrosos, para interrogarme acerca de su esposa. Debía referirle todo lo que ella había dicho por la tarde; él, mientras, se reconfortaba meneando la cabeza, los ojos húmedos y fijos, pronunciando «Pobre mi Antonieta». Cuando yo finalizaba la crónica, me reclamaba una opinión, que siempre era breve, porque él me interrumpía y empezaba a hablar de sí mismo, de su

pasado de estanciero y de otras frivolidades menos indecorosas. Antes de que me retirara formulaba su pregunta predilecta: «¿Usted piensa que Antonieta morirá hablando sola?». Cierta vez, en lugar de responderle que no, que moriría delante de mí, decidí preguntarle por un misterio que hacía rato no llegaba a explicarme: ¿por qué evitaban verse? Se retrajo. Noté que las preguntas lo debilitaban: la incapacidad de controlarlas parecía empujarlo hacia una humillación que no podía reconocer como propia. Desde entonces, cada día, al salir, le hacía preguntas entre indiscretas y maliciosas, y él, con una mezcla de vergüenza y furia, me respondía que era un impertinente, que me retirara, que era la última vez que me permitía semejante falta de respeto. Pero el hecho de habitar aquella casa penumbrosa me daba derecho a preguntar, a avanzar sobre mi amo. ¿Acaso no sufría como un habitante más? ¿No tenía tanto derecho como él a vigilar a los demás si respiraba el frío de los corredores y la presencia de los ambientes clausurados?

Mi comportamiento cambió radicalmente. La conciencia que tenía de mi condición me confería ante mis amos un poder insuperable. De noche, después de que Adolfo efectuara sus maniobras detrás de las puertas, yo salía lleno de insolencia al corredor, y cuando él se encerraba en su cuarto, yo me reclinaba sobre la puerta para espiarlo. Las primeras veces me contenté con oírlo. Caminaba, de un lado a otro, los pasos atenuados sobre una alfombra, la tos ronca sonando a cada rato. Sabía que lo espiaba; desde mi llegada y a lo largo de mi estadía había estado esperando que me tomara aquella libertad tan obvia. ¿Qué más podía querer si no someterme a la visión de su intimidad? ¿Que más le quedaba sino el placer de ser espiado al final de su vida? Ante la idea de que en realidad me estuviera utilizando para satisfacer alguna perversidad senil, cedí a la tentación y espí a través de la cerradura. En efecto, comprobé que el saberse espiado por mí lo reconfortaba; andaba por el cuarto, desnudo, y lo que yo había tomado por tos era una risa escabrosa que le vibraba en la boca cuando se detenía a contemplar el modo en que oscilaba entre sus piernas el sexo flojo, largo como una lombriz.

Pero el hecho de habitar aquella casa penumbrosa me daba derecho a preguntar, a avanzar sobre mi amo.

Noche a noche, a pesar de los padecimientos morales que me aquejaban durante el día, no pude resistir la idea de volver al ojo de la cerradura. ¿Por qué lo hacía? Luchaba por no ceder a la tentación, ya no podía contentarme con escucharlo. Verlo caminar por el cuarto amplio y aprehender el instante en que la sonrisa se deslizaba en su cara cuando, con un movimiento leve de caderas, hacía oscilar su sexo tan particular, pasó a ser una necesidad que le devolvía sentido a mi vida. Y mientras más luchaba por no ceder, más importancia cobraba en mi vida esa incursión nocturna. Sólo quería vivir para que cayera la noche.

Durante todo el día esperaba, junto a Antonieta, a que llegara la ocasión. Contaba las horas. Mis estadías junto a la anciana eran cada vez más insufribles. Comencé a odiarla. Incluso pensé que su presencia exageraba mi ansiedad: todo mi drama especulativo parecía irremediable mientras ella existiera. Sufrí cada vez con más frecuencia la necesidad de torturarla. Y recién cuando esta tentación inaudita me abrumó, empecé a ejercer sobre ella mi pequeña venganza... Tenía derecho a vengarme de su presencia, me dije, del destino que me había traído hasta ahí y había transformado mi vida diurna en una mezcla de desesperación y ruido. Cuando ella me preguntaba por su marido, le comentaba que tenía ciertas actitudes sospechosas: deambulaba por la casa todo el día —lo cual era cierto—, como esperando a que algo interrumpiera esa rutina dolorosa, y por la noche, siempre de la misma forma, me ofrecía dinero para que la envenenara.

—Ve, usted ve, no le dije, lo sabía, es un monstruo —contestaba ella—. Yo también tengo dinero, voy a vivir para hacerlo sufrir... No se va a librar de mí tan fácilmente. Usted espere, él se va a morir primero, va a explotar, y yo le voy a dar, le voy a dar dinero para que usted haga lo que quiera y sea libre... No falta mucho. No ponga esa cara, no le tengo miedo, usted no tiene clase ni manos para matar a alguien que ha cenado con Ingrid Bergman.

Desde luego que no creía en las patrañas de la vieja y le manifestaba, para aterrorizarla más, que Adolfo me había prometido hacer un testamento a mi favor si la envenenaba. Para evitar escenas tétricas y conservar la dignidad, le aconsejaba morir rápido. Nada deseaba más intensamente que deshacerme de ella y quedarme solo, de una vez por todas, con la presencia de mi amo. Estaba decidido a derrotar a Antonieta; a medida que ella hablaba mi odio aumentaba y el sueño de llegar a poseer esa totalidad que suponía en Adolfo me impacientaba.

Un mes atrás, calculo —tal vez sean dos—, el desenlace de los hechos se precipitó. Yo mismo, que pregonaba un fin monstruoso, quedé azorado. Por la noche, a la hora en que Adolfo solía detenerse detrás de nuestras puertas, escuché ruidos y movimientos anómalos. Presumí que mi amo había dejado la rutina de espiarnos y había decidido entrar en la habitación de su esposa. Sonaron gritos. Yo escuchaba, apoyado en la puerta, paralizado por el horror ante eso que me parecía tan inminente y que en ese momento tomaba la forma de un lamentable exceso... Y sólo yo escuchaba... Él lo sabía. Sólo yo, el único testigo, y él lo sabía. Salí impulsado por una curiosidad morbosa, y observé en el corredor cómo Adolfo, desnudo y en pantuflas, arrastraba a Antonieta del brazo. Ella apenas conservaba fuerzas para protestar en voz baja. Sólo se resistió cuando él abrió la puerta del fondo e intentó introducirla en un cuarto al que yo nunca tuve acceso. Entonces mi amo, que parecía calmo a pesar de la situación, la empujó con un bastón que yo nunca antes había visto, y la dejó encerrada bajo llave.

Poco después Adolfo se mudó al cuarto contiguo al mío. Todo cambió... No sé cómo explicarlo, cómo aceptarlo. Durante el día se paseaba por la casa, desnudo, apoyado en el bastón, y hablaba, hablaba solo y a veces, creo, me ordenaba algo, pero enseguida se desdecía y empezaba a reírse y a agitar su miembro. Yo no sabía qué hacer: ya no podía espiarlo, y me preguntaba qué sentido tenía ahora un amo.

Hasta hace poco, por la noche, él solía volver al cuarto donde había arrumbado a su mujer. Creo que le llevaba algunos víveres. Varias veces, siempre durante el día, me acerqué premeditadamente a la puerta del fondo. Escuchaba rumores, pasos; sí, me entretenían los pasos lentos y duros como el tictac de un reloj, y me deleitaba pensar que esos sonidos eran lo único que quedaba de Antonieta.

Quince días atrás, creo, dejé de escuchar los pasos.

Sonaron gritos. Yo escuchaba, apoyado en la puerta, paralizado por el horror ante eso que me parecía tan inminente y que en ese momento tomaba la forma de un lamentable exceso...

Y Adolfo siguió andando de un lado a otro y cada vez que me cruzaba se reía a carcajadas y pronunciaba cosas inentendibles. Cuando se instalaba en la cama, por la tarde, me ordenaba que permaneciera a su lado. Entonces yo lo alimentaba con amor: le cortaba en trozos su comida preferida, carne y frutas... Me pedía, además, que lo afeitara y le cortara el pelo y las uñas; mientras, se reía y su estómago liso se hinchaba y sus ojos se llenaban de un brillo que me asustaba. Él me había privado de todo, incluso de Antonieta, a quien entonces yo creía haber apreciado más de lo que suponía. Ella hubiera podido salvarme, pensaba... Sí, ella, no *él*. Y ante semejante equívoco ni siquiera podía poseer a Adolfo y tenía que limitarme a un simulacro doméstico, ya que casi no le quedaban pelos ni uñas, y la barba no le crecía.

Lo más terrible residía en que no podía espíarlo porque de día él circulaba a gusto por toda la casa, y de noche deambulaba por su cuarto, anteriormente el de Antonieta, y golpeaba las paredes con el bastón. Entonces yo pensaba que lo odiaba profundamente y que podía dar cualquier cosa por deshacerme de él y de sus ruidos.

A veces él salía al pasillo y yo oía su respiración dificultosa, su risa disfrazada de tos. Con la punta del bastón raspaba mi puerta, no sé durante cuánto tiempo, igual yo no podía dormir, contaba las horas que me quedaban de sueño, una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, y hacía cálculos... Necesitaba dormir ocho horas, pero al amanecer Adolfo entraba en mi cuarto y me despertaba con su risa. Entonces pensaba que debía huir... Pero ya era tarde, algo estaba por suceder.

Hace dos días la espera terminó. Algo ocurrió. Dejé de escuchar a Adolfo. La última vez gemía; era temprano y no entró en mi cuarto. Lo oí caminar por el pasillo, detenerse en el fondo, abrir y cerrar una puerta. Lo busqué durante horas para curar mi sufrimiento: su ausencia me dolía más de lo que podía haber supuesto. Habría preferido tenerlo a mi lado, soportar su extravagancia, cortarle las uñas.

Varias veces fui hasta la puerta del fondo. La primera vez escuché pasos arrastrándose, casi raspando el piso; luego no los percibí más. Espié por la cerradura: todo estaba oscuro, muy oscuro y silencioso. Me pregunté qué habría ahí. Intenté entrar, pero la puerta parecía clausurada.

Supongo que tarde o temprano deberé forzar la puerta o huir. Mientras, la casa permanece vacía. Camino de un lado a otro y los ambientes enormes parecen espejos dentro de otro espejo. De pronto creo que hay alguien escondido y reviso los rincones y corroboro mi soledad. Ya no hay nadie, me digo, comiéndome las uñas. Camino otra vez. ¿Y ahora qué? ●

Amim o la caída

ANA MARÍA SHUA

A esa edad no hay caídas sin importancia, dijo el médico. Pero la señora Meme no se había roto la cadera, como todos los viejitos, sino la rodilla. Cayó con la pierna flexionada sobre la prótesis que reemplazaba su articulación artrósica. La rodilla golpeó contra el suelo con tanta fuerza que el vecino del departamento de abajo subió asustado. «Fue como una bomba», les decía a los hijos.

En la radiografía se veía con nitidez el fémur astillado. El traumatólogo explicó después que estaba roto en ocho trozos grandes y muchos fragmentos pequeños. La metáfora de la bomba era correcta: el hueso había estallado.

Lucía y Juan Pablo no se ponían de acuerdo acerca del momento en que había empezado la diarrea. Lucía decía que había sido antes de la operación, justo el día antes. La señora Meme estuvo internada cinco días esperando al traumatólogo, que estaba de viaje, participando en un congreso. Lucía pensaba que fue en esos días cuando se contagió el *Clostridium difficile*. Los médicos de la clínica decían que el *Clostridium* no siempre se contagia: es una bacteria que vive en el intestino de muchas personas. Los antibióticos tan fuertes que recibió la señora Meme para evitar infecciones en el hueso modificaron, sin duda, la flora intestinal y le dieron vía libre a la proliferación del *Clostridium*. Pero Juan Pablo, que estaba siempre pegado a la computadora, averiguó por internet que sólo el cinco por ciento de la población normal vive con el *Clostridium* puesto, y en cambio el 40 por ciento de la población hospitalaria lo tiene. De hecho, a partir del diagnóstico, todos los médicos, las enfermeras y los enfermeros se ponían guantes de goma antes de tocar a la señora Meme y se cubrían con un delantal blanco que colgaba de un gancho en la habitación.

Después de la operación, que salió muy bien, la diarrea se volvió pavorosa, constante, interminable. Con su color verde negruzco manchaba

los camisones y las sábanas; dos veces hubo que cambiar el colchón. No había tiempo de llamar a la enfermera, Lucía iba y venía con la chata. Al principio perdía mucho tiempo fregándola en el baño. Podría haberse dejado al personal de la clínica, pero le daba asco verla así. Las chatas eran de plástico y casi todas tenían una rajadura en el medio. Allí se amontonaba la suciedad y era difícil de sacar. Recién al otro día le dieron unas fundas de plástico descartables que hicieron el trabajo más sencillo.

El traumatólogo estaba contento. Explicó que había decidido dejar la prótesis en su lugar. Reconstruyó el hueso y lo sostuvo armado con una chapita y dos tornillos que se veían con mucha definición en las radiografías. El marido de Lucía había trotado por toda la ciudad para conseguir la maldita chapa, pero finalmente la proveyó el prepago. Al tercer día, contando desde la operación, la diarrea se detuvo y Juan Pablo se volvió a su casa en Columbia, Maryland.

Esa noche Lucía, que dormía al lado de su madre, se despertó con el trajín de enfermeras. «Vamos a tener que sacarle sangre», le dijo Soledad, la rubita de la noche. «No lo vamos a permitir», dijo Lucía con firmeza. «Es difícil encontrarle las venas, tiene los brazos llenos de derrames, está harta de que la pinchen. Su médico dijo que nos podemos negar. Hasta la gente de Hematología le aconsejó que se niegue». «Está perdiendo mucha sangre», dijo la enfermera. No tuvo que bajar la voz, porque la señora Meme dormía sin audífonos. «Son las hemorroides», porfió Lucía. «Le pasa muchas veces». Entonces la enfermera le mostró la chata y Lucía vio los enormes cuajarones negros de los coágulos asomando como islas en una laguna de sangre.

Un día después la hemorragia se había detenido pero el vientre de la enferma estaba hinchado y doloroso. El médico de cabecera convocó a un gran cirujano especializado en gastroenterología. El hombre llegó con su hijo, también médico, que trabajaba con él en la sala de operaciones. Cuando se acercó para palpar el abdomen, la señora Meme tendió los brazos hacia adelante, en un movimiento involuntario. «Casi no necesito tocarla», dijo el doctor Lerner dirigiéndose a todos los presentes en tono didáctico. «Ese reflejo defensivo es típico del abdomen agudo».

El colon estaba perforado. Peritonitis. Esa misma noche la operaron otra vez. A las tres de la madrugada el gran cirujano les dio una explicación muy complicada acerca de las modificaciones que había realizado en el tracto digestivo de la señora Meme. Lucía, que estaba con una de sus hijas y su marido, no entendía nada y pensó que la jerga ingenieril era la única manera que tenía el hombre de expresar su incertidumbre.

Al día siguiente, en Terapia Intensiva, por primera vez desde la caída, Lucía vio llorar a su madre, que se desesperaba porque el respirador no la dejaba hablar. Por suerte (o todo lo contrario, pensaba Lucía por momentos, pero enseguida se arrepentía), en la clínica las habitaciones de terapia intensiva eran individuales y dejaban quedarse a los parientes. En esos largos días de angustia empezaron los primeros síntomas. La señora Meme volvió de la anestesia muy desorientada y ya nunca recuperó del todo su control sobre la realidad, que por momentos se le deshacía en hilachas.

«Otra vez ella y yo, juntas y solas», pensaba Lucía, que cuando era adolescente se llevaba muy mal con su mamá: dos personas a las que el destino había decidido unir más de lo previsto, más de lo anunciado. Juan Pablo llamaba por teléfono desde Maryland dos veces por día y prometió venir para la siguiente operación. La señora Meme tenía ahora un ano contra natura y el gran cirujano le había asegurado que en un par de meses, en cuanto se recuperara un poco, le iba a reconectar el intestino. Hablar de la siguiente operación no era desalentador: en la salita de terapia intensiva sonaba como una garantía de supervivencia.

La señora Meme era una mujer orgullosa y tímida, que había vivido toda su vida bajo la sombra protectora de su marido, y la expresión estaba sin duda bien empleada: el papá de Lucía y Juan Pablo, con su personalidad extrovertida, fuerte y alegre, la protegía, pero también le hacía sombra. Lucía recordaba a su madre, incluso cuando era joven, siempre un poco excedida de peso, un poco descuidada en su forma de vestir, un poco indiferente, pero sobre todo un poco, demasiado poco. Lucía adoraba a su padre, y él era mucho. Su voz alta y desafinada llenaba la casa con canciones de moda en su juventud. Su madre, en cambio, mezquinaba hasta los besos, hasta la comida. Tenía un curioso sentido negativo de la vida, provocado, tal vez, por su infancia huérfana, desdichada. «Qué importancia tiene» era una de sus frases preferidas, tanto para lo bueno como para lo malo. Sin embargo, le daba importancia, mucha importancia, al dinero. «La plata sirve para estar tranquila», solía decir. Y con eso justificaba su resistencia, pasiva pero tozuda, a cualquier gasto que no fuera indispensable. Mientras su marido disfrutaba de todos los usos posibles del dinero, que incluían lucir, dar órdenes, ostentar, viajar, divertirse, y hasta derrochar, lo único que la señora Meme quería del dinero era saber que lo tenía.

Después de la muerte de su padre, Lucía se había resignado a ocupar el papel de protectora, un poco mamá de su propia madre, ya tan mayor. Había una sola persona en el mundo capaz de hacer reír a la señora Meme

a carcajadas: era su hijo Juan Pablo. Más de una vez Lucía había visto la escena con una mezcla de culpa y de celos. Su madre echaba la cabeza hacia atrás y le brillaban los ojos, y ella, que tanto quería a su padre, no podía dejar de reconocer la existencia de esa otra mujer que se asomaba por un momento a los ojos opacos de la señora Meme. ¿Cómo hubiera sido su vida con un marido menos brillante, menos frondoso? Durante años la hija se había sentido culpable por el tono de malestar que tenían las relaciones con su madre, en comparación con la espontaneidad que traía Juan Pablo. Sólo cuando ella misma fue madre, sólo mirándose por dentro con más crueldad de lo que es capaz la mayoría, se perdonó un poquito, a costa de una acusación mucho más grave. Las madres, había descubierto con horror, no sienten igual con respecto a todos sus hijos, no los tratan de la misma manera. Ella y su hermano, creyó entender, quizás no habían tenido la misma madre.

La confusión de la señora Meme empezó con las fechas y al principio parecía lógico que con tanta internación no supiese en qué día estaba. Una tarde, cuando ya había salido de Terapia Intensiva pero seguía internada en una habitación de la clínica, Lucía le contó que su hija casada, la mayor de sus nietas, estaba embarazada. «¿Acaso hacía falta más gente en el mundo?», contestó la señora Meme. Para Lucía fue como una bofetada, pero después pensó que esa respuesta extrema había sido una de las señales de que la mente de su madre se perdía por caminos extraños.

Antes de salir de la clínica fue necesario reorganizar la vida de la anciana (una palabra terrible, tanto más condescendiente que *vieja*, pensaba Lucía, que ya había cumplido los sesenta). Ya no podría quedarse sola en su casa. De a poco iba recobrando el uso de su pierna rota. Los médicos estaban satisfechos, volvería a caminar. No se puede decir que la señora estuviera siempre fuera de la realidad. Tenía largos períodos de lucidez y sólo algunos momentos, no muchos todavía, en que se la veía como perdida en una niebla espesa de la que salían de pronto algunos recuerdos nítidos, pero fuera del lugar que les correspondía. En esos días podía confundir a Lucía con su propia madre, que había muerto siendo ella muy pequeña, y la abrazaba con una entrega infantil y confiada que a la hija le conmovía las entrañas. Otras veces estaba como siempre, pero se echaba de pronto a reír de una manera extemporánea, como respondiendo a algo muy divertido que nadie más podía ver o escuchar. Un día, a la hora de la merienda, charlando con Lucía, se sirvió el té en el platito sin darse cuenta de que no estaba la taza.

Lucía consultó con Juan Pablo y decidieron no sacarla de su casa. Dos mujeres se turnaban para cuidarla, una de lunes a jueves y la otra los fines

de semana. Todos los días venía una enfermera que mandaba el prepagado para ayudar a bañarla y a hacer los ejercicios que le había recomendado la kinesióloga de la clínica. Cambiar la bolsa que llevaba pegada al ano contra natura era una tarea desagradable que la señora Meme, siempre tan orgullosa, aprendió pronto a hacer por sí misma y no quería delegar. La esposa del portero ayudaba también cuando alguna de las dos mujeres tenía que salir: no se puede tener a la gente encerrada todo el tiempo. Fue en esa época, entre la segunda operación y la tercera, cuando la señora Meme empezó a hablar de Luis.

Al principio eran frases sueltas, distraídas. Parecía quedarse pensando por un momento, y después miraba a Lucía o alguna de sus nietas y hacía un comentario perfectamente normal pero que nadie entendía, como «Pobre Luis, siempre un pobre diablo». A veces decía cosas más personales y por lo tanto más perturbadoras: «Lo que más me gustaba de Luis eran los dientes». Una vez confundió al marido de Lucía y se alarmó: «Andate, Luis», le dijo muy seria, «vos no podés estar acá». «Mamá, no es ningún Luis», le explicó Lucía, «es mi marido». La señora Meme, que entraba y salía de su niebla, la miró con perfecta lucidez y le dijo: «Gracias, pero ya me di cuenta. Luis era más buen mozo».

Lucía no sabía si comentárselo a su hermano. Pero cuando Juan Pablo decidió que para la tercera operación se venía por un mes entero con toda su familia, supo que era mejor advertírselo antes de que llegara. A Juan Pablo le costaba aceptar lo que Lucía le contaba sobre la mente de su madre: cuando él llamaba por teléfono, siempre la encontraba bien. Tenían conversaciones largas y cómodas en que la señora Meme se quejaba de la excesiva preocupación de Lucía. «No soy un bebé», protestaba. «¿Y si te volvés a caer?», le retrucaba su hijo. Y la madre se callaba, vencida, culpable: la caída había sido un error terrible. «Por una vez que me caí me ponen presa», rezongaba. Pero sabía que los chicos tenían razón, que se lo merecía.

Hacía un año que no veía a los hijos de Juan Pablo. Cuando entraron todos en su casa, directamente del aeropuerto, se los quedó mirando asombrada. «Qué lindos chicos», dijo. «Qué parecidos entre ellos. ¿Son parientes?». Pero enseguida recordó sus nombres y los convidó con sus famosas galletitas de manteca. «Las que más le gustaban a papá», dijo Lucía. «Y también a Luis», dijo la señora Meme.

La llegada de Juan Pablo pareció despertar una catarata de recuerdos que perturbaban profundamente a sus hijos. Ya casi no había una visita en la que no lo mencionara. «El día en que estabas por nacer, me tomé un café con Luis. Yo me agarraba de la mesa cada vez que venía una contrac-



ción, él estaba asustadísimo», le dijo una tarde a Lucía. Pero fue muchísimo peor cuando se quedó mirando a Juan Pablo con desaforada ternura. «Sos tan parecido a tu papá», le dijo, por primera vez en su vida.

El neurólogo miró la resonancia magnética, pronunció el nombre de la enfermedad, que todavía era incipiente, recomendó una medicación que no la curaba pero hacía más lento su avance.

La tercera operación resultó menos cruenta de lo que habían pensado. Después de una semana de internación, muy débil pero caminando con bastón, la señora Meme pudo volver a su casa. A pesar de los efectos de la anestesia, siempre peligrosa para la gente mayor, recuperar el uso de su esfínter le hizo tan bien que hasta parecía estar mejor de la cabeza. Sin embargo, tenía sus episodios de ausencia. Sobre todo, seguía mencionando a Luis.

¿Quién era Luis? ¿Quién había sido? Con la excusa de buscar el certificado de defunción de su padre, Lucía y Juan Pablo dieron vuelta la casa y miraron papel por papel sin encontrar absolutamente nada. Ni una esquela, ni una foto, ni la servilleta de un bar, ni una flor prensada dentro de un libro. «Mamá nunca fue romántica», dijo Lucía. Y su hermano tuvo que aceptar, sin palabras, que había estado esperando encontrar lo mismo que ella. En cambio, en el fondo de un placard, había una caja con recuerdos de su padre, con montones de cartas, fotos, papeles, invitaciones, un diario íntimo en clave, que Juan Pablo descifró enseguida, y hasta los menús de las fiestas en las que había estado.

Ahora, cuando la señora Meme mencionaba a Luis, empezaron a hacerle algunas preguntas. «¿Estabas mal con papá?», preguntó Lucía, previsible. «No era tu papá. Era yo, que venía fallada de fábrica», contestó la señora Meme. «¿Qué hacía Luis?», quiso saber Juan Pablo. «No tuvo suerte en la vida», contestó la señora Meme. Enseguida cambiaba de tema y no había manera de hacerla volver sobre la cuestión.

Antes de volverse a Maryland, como buen argentino, Juan Pablo quiso consultar a un psicoanalista muy conocido, muy caro, que trabajaba con gente de la tercera edad. «No tiene sentido que la vea», les dijo, después de escucharlos. «Tal vez un psiquiatra... pero incluso si el neurólogo la está llevando bien, déjenla así, no la molesten más». Como los vio tan angustiados, quiso hacerles una caricia de despedida. «¿Vieron que los chiquitos tienen a veces amigos imaginarios? A los viejos les puede pasar lo mismo. Amantes imaginarios. Es muy común. Deseos reprimidos durante toda la vida, fantasías quizás muy vívidas en su momento, que dejaron su huella. Fíjense el nombre que eligió: Luis. Es decir, Lu-is. Es decir, en inglés “es Lu”. Es decir, Lucía, la hija mayor. Ella tuvo la sensación de serle infiel a su marido cuando se produjo el desplazamiento de su libido hacia su primer bebé».

Un amante imaginario. Claro, tan evidente. La asociación de ciertas anécdotas con fechas de sucesos familiares, como el nacimiento de Lucía, lo confirmaba. Entre ellos, empezaron a llamarlo «el Amim» por «AMante-IMaginario». Usar el apodo era mucho menos perturbador que el nombre. Pero Juan Pablo, que desde lejos había negado la condición mental de su mamá, ya no podía seguir haciéndose el burro y se volvió a su casa con un nudo en la garganta. Hacía más de treinta años que se había ido del país y seguía doliendo.

Por teléfono, desde lejos, todo era más sencillo. Su mamá, como le contó a Lucía, jamás le mencionaba al Amim. En cambio Lucía, que antes había llegado, incluso, a ocultarle por un tiempo lo que pasaba, se divertía muchísimo contándole las historias del Amim que inventaba la señora Meme. Ahora se daba cuenta de que muchas eran imposibles, incluso contradictorias. Unos meses después la señora Meme desapareció.

Lucía ni siquiera podía echarle la culpa a las mujeres que la cuidaban. Estaba con ella, estaban tomando el té en la confitería Las Violetas, se levantó para ir al baño y cuando volvió a la mesa su madre ya no estaba. «¿Tenía plata en la cartera?», preguntó Juan Pablo. Lucía lo sintió como una acusación (la que ella se estaba haciendo a sí misma). «Por supuesto. Mamá no está tan mal. Plata, documentos, celular. Por las dudas un cartoncito con sus datos. Y los míos».

Ni una esquela, ni una foto, ni la servilleta de un bar, ni una flor prensada dentro de un libro. «Mamá nunca fue romántica», dijo Lucía.

«Por desaparición de persona hay que esperar hasta que pasen las cuarenta y ocho horas», le dijeron en la comisaría. Pero cuando ella explicó, entre sollozos, que su madre estaba enferma (trató de exagerar su situación y recién en ese momento se dio cuenta de que no estaba exagerando) y se ofreció a traer certificado médico si fuera necesario, le aceptaron la denuncia. «¿Cómo se hace para que salga en los diarios, en la tele?», preguntó. «Vaya a llorarle a la secretaria del juzgado», le aconsejó amablemente una chica policía muy eficiente, peinada con cola de caballo.

Esa noche no tuvieron ninguna noticia de la señora Meme. Al día siguiente llamó una señora diciendo que había encontrado la cartera, los documentos y el celular. Lucía pensó que podía ser la misma persona que le había robado la cartera y ahora quería un extra por devolverla. Con miedo, pero también con esperanza (quizás sabía algo más sobre su madre), aceptó encontrarse con ella en un café. Juan Pablo le aconsejó que fuera con su marido. Era una mujer joven, una cartonera, que entraba todos los días a la ciudad para su triste trabajo. Aparentemente no sabía nada, le dio las cosas sin pedir un centavo pero aceptó muy contenta la recompensa. Junto con la cartera, la billetera vacía y los documentos, le entregó el cartoncito con los datos.

Desde lejos, Juan Pablo se desesperaba. A cada rato llamaba a su hermana para pedirle noticias, para darle ideas, órdenes o instrucciones. «¿Voy para allá?», preguntó. Y, como preguntó, Lucía se dio cuenta de que no podía, tantos viajes eran una locura, estaba arriesgando su trabajo. «No tiene sentido», le dijo, «no cambia nada».

Recién una semana después salió el aviso del juzgado en los diarios y empezaron a pasarlo por la tele, en los canales oficiales. Lucía revisaba todos los días la página de policiales y se turnaba con su familia para montar guardia al lado del teléfono. Si la señora Meme estaba en condiciones de recordar algo, sin duda no serían los números de celular.

Un mediodía la llamaron del Juzgado. Con mucha calma, una asistente de la secretaria le explicó que su madre no estaba secuestrada. Le habían robado la cartera, se había perdido y estaba en la casa de un señor que no sabía cómo hacer para encontrar a sus familiares hasta que vio el aviso.

«¿Y por qué no hizo la denuncia?», preguntó Lucía, desconfiada. «Si todo el mundo hiciera todas las denuncias...», le contestó la mujer. «El hombre dio el teléfono y la dirección. Para estar más tranquilos, que los acompañe un policía. Pasen por aquí que yo les hago un papel, van a la comisaría donde hicieron la denuncia, piden que notifiquen a la comisaría de la zona y ellos les destacan un agente».

A esta altura no importaba perder unas horas más en el procedimiento burocrático. Lucía y su marido preferían ir con un policía; desde Maryland, Juan Pablo estaba de acuerdo. Lucía llamó antes por teléfono, y aunque la voz masculina que la atendió no sonaba cascada, se dio cuenta de que se trataba de un hombre muy viejo cuando le dijo «Ah, usted debe ser la nena». Y enseguida tosió un poco y se corrigió. «Quiero decir, la hija».

Era un edificio arruinado, cerca de la estación Once. Un palomar: como diez departamentitos por piso. Construcción vieja y barata, baldosas en los paliers, paredes con ese antiguo revestimiento en relieve que alguna vez fue tan moderno y ahora era patéticamente viejo y sucio.

Les abrió la puerta un viejo de tez morena, todavía con mucho pelo blanco. Era un departamentito de dos ambientes, pobre y limpio, y lo primero que vio Lucía, antes todavía que a su madre, fue una foto de su madre joven, una foto que no conocía, en un marco, sobre una repisa. No era muy grande, había otras fotos de otras personas, pero la vio inmediatamente y no podía sacarle los ojos de encima, como si se hubieran quedado pegados a los ojos risueños de su madre, entrecerrados por el sol de frente. Su marido la tomó de la mano. El policía, un muchacho joven, que no veía razones para intervenir, se mantenía discretamente un paso atrás. En ese momento apareció la señora Meme. Tenía puestas unas sandalias blancas y un vestido nuevo, floreado. Usaba colorete, se había pintado los ojos y parecía más vieja que nunca y más feliz. Retrocedió al verlos, lanzó un pequeño grito, se tapó la cara con las manos como tratando de que no la reconocieran, y estuvo a punto de escapar hacia el dormitorio, pero el viejito consiguió atraparla en un abrazo cariñoso. Le puso el brazo sobre los hombros y la apretó contra él, acariciándola para calmarla, como se acaricia y se calma a un perrito asustado por las explosiones de los fuegos artificiales.

—Shhh. Ya está, linda, ya está. Tranquila, está todo bien, son los chicos...

Lucía miró la escena con lágrimas en los ojos. No podía hablar.

—Usted es Luis —dijo su marido.

Una sombra de tristeza dolorosa oscureció la cara del hombre, que los miró con una expresión de desesperanza, como si asomara a sus ojos el lento fracaso de toda una vida.

—No. No soy Luis. Yo soy Jorge —les dijo, con voz rota—. A mí nunca me quiso tanto ●

Los otros

EDMUNDO PAZ SOLDÁN

a la memoria de Ph. K.

FRAN SE ENCONTRABA en su habitación cuando escuchó a su mamá llamándolo a gritos a almorzar. Suspiró: hubiese querido quedarse en esa luminosa habitación, continuar recreando, tirado en el piso con sus ejércitos de plomo, la batalla de las Termópilas. Le había tomado unos meses informarse de los pormenores de la batalla y proveerse de los mapas adecuados. Había estado encerrado allí toda la mañana, no había ido al colegio pretextando un resfrío; y era la libertad estar en sus pijamas azules y perderse en su mundo de juegos de estrategia, soldados que caían, generales que vacilaban, columnas en formación que incendiaban villorrios. Intentó ignorar los gritos, pero no por mucho rato. Cuando lo llamó su papá, debió bajar, cabizbajo, fingiendo tener la nariz congestionada para que no lo enviaran al colegio. Todavía en pijamas el jovencito. Seguro con tus soldados; ya no estás en edad. Algún día los haré desaparecer. Sentado en la mesa, papá hacía el crucigrama. Acababa de llegar de la oficina, no se había sacado la corbata. Me duele todo, papi. La nariz, la garganta. Cómo puedes tener un resfrío con este calor. Búscate una mejor excusa y charlamos. Escritor norteamericano de ciencia ficción, cuatro letras. En serio, anoche dormí con la ventana abierta y en la madrugada hizo mucho frío. No tengo idea, no sé de escritores. Igual, con ventana abierta o cerrada, no es motivo. A tu edad trabajaba a partir de las cinco de la mañana. Pero cuando uno tiene todo, se malcría. Había escuchado hasta cansarse el relato de la adolescencia sacrificada de papá, cómo el abuelo lo hacía levantarse temprano para que se hiciera cargo de los hornos en la panadería. Decía que hubiera querido criar así a sus hijos, pero su mujer se lo había impedido, consintiéndolos desde pequeños. Mamá se sentó a la mesa. Cómo te fue en el trabajo, preguntó. La respuesta fue un gruñido. Hubo otras preguntas, hubo otros gruñidos. El segundero en el reloj

del comedor se movía con parsimonia, el minuterero permanecía inmóvil como una espada en desuso. Fran estaba ahí, pero no estaba. Escuchaba a sus papás, pero no los escuchaba. La sopa de pollo la sentía insípida. O acaso había comenzado a creer de verdad en su resfrío. Esta tarde saldré temprano, decía su papá, que se estaba dejando crecer las patillas y tenía una expresión algo anacrónica, de guitarrista de banda de rock en los cincuenta. Voy al dentista. Las palabras lentas, las sílabas mordidas. Voy. Al. Den. Tis. Ta. Creí que habías ido ya la anterior semana, dijo su mujer sin verlo, con ese tono incrédulo que usaba ante cualquier plan de su marido. Sus lentes gruesos y su piel descuidada —archipiélagos de manchas negras en el cuello y las manos— la hacían ver más vieja de lo que era. Me sigue doliendo. Parece que me la tendrán que sacar. Papá partió el pan, y en ese momento Fran notó algo raro. Quizás era la forma en que había agarrado el pan, con la mano izquierda, él que era derecho. Continuó con la sopa, mirándolo de reojo. El ralo bigote, las ojeras que delataban las noches de póker. Fran tuvo la intuición, primero, y la certeza, después. Papá era él, y sin embargo no era él. Alguien lo reemplazaba, alguien aparentaba decir sus palabras con el mismo tono agobiado por la vida, y trataba de imitar su inimitable mirada sin lustre. ¿Mamá se habría dado cuenta de ello? Papá se levantó de la mesa y se dirigió a la cocina. Mamá, susurró Fran. ¿Qué? Papá... Se armó de valor para terminar la frase. No es el mismo. Papá no es papá. Yo también lo he notado. Hace mucho que no es el mismo. Tanto trabajo cambia a la gente. No me refería a eso, mamá. Papá... es otro. Eso también decía tu hermano cuando llegó a la adolescencia. Por eso aprovechó el menor descuido para mandarse a mudar. Para eso los criamos, para que algún día levanten vuelo. Todos los hijos son ingratos. Papá puso una cubeta de hielo sobre la mesa y regresó a su silla. Miró a Fran, y éste vio por un segundo un rostro de horror, como una máscara de plastilina que acabara de ser estrujada. Gritó, y saltó de la mesa y se dirigió corriendo a su cuarto. Papá y mamá se miraron. ¿Qué diablos le pasa esta vez? Yo levanto las manos, dijo ella. A ver si lo puedes poner en vereda. Ella siguió comiendo. Él tiró una servilleta al suelo y subió las escaleras a grandes trancos, acompañado por el crujido de la madera. Tocó la puerta del cuarto de Fran. Fran escuchó los golpes como si fueran el anuncio de algo siniestro. Se puso rápidamente unos jeans sobre el pantalón del pijama. Escuchó los ladridos de Springsteen, el malhumorado bóxer del vecino, y a lo lejos las campanadas de la iglesia. Escondió a sus soldados de plomo bajo la cama, abrió la ventana y, agarrándose del reborde, se dejó caer al jardín.

ESPERÓ A ERIC y Joaquín a la salida del colegio, en el quiosco de la plazuela donde solían encontrarse en los recreos. Bajo un jacarandá que dejaba llover flores sin cesar, les contó, agitado, lo que ocurría. Así que tu papá no es tu papá, dijo Joaquín, el rostro incapaz de contener la proliferación de pecas. No te entiendo. Y qué vida la tuya. Te olvidaste de cambiarte la camisa del pijama. Está hablando en metáforas, dijo Eric, que usaba lentes con montura de carey y tenía los incisivos salidos. El que no siente de vez en cuando que sus papás no son sus papás, que levante la mano. Todos tenemos que desconocerlos a veces. Fran volvió a contarles todo. Daba pasos inquietos de un lado a otro, estrujaba las manos sin descanso. El sol se había instalado en el corazón del cielo y caía como una plomada sobre la ciudad de calles vacías a la hora de la siesta. Al final, moviendo la cabeza y entre bromas, aceptaron acompañarlo de regreso a casa. Eran diez cuadras. Las cosas que uno hace por los amigos, dijo Joaquín. Tienes que dejar la bayer, dijo Eric. Saben que no tomo ni cerveza, dijo Fran. ¿Y aquella vez, viendo Tom y Jerry? La primera y la última. Llegaron y entraron con sigilo por el jardín. Springsteen volvió a la carga con sus ladridos. Se acercaron a la ventana del costado derecho. El papá de Fran leía el periódico sentado en el sofá de la sala, como si nada hubiera ocurrido. No veo nada raro, dijo Eric. Tu papá parece el mismo de siempre. Esperen, esperen. Pasó un minuto. Fran, de pronto, comenzó a enumerar las sutiles diferencias entre su papá y el que creía un impostor: la forma en que agarraba el periódico y pasaba las páginas, la manera en que doblaba una pierna sobre la otra, el ángulo en que caía un mechón de pelo negro sobre la frente. Logró que la duda se instalara en Joaquín; Eric permanecía escéptico. Mucha televisión, dijo, pasando un trapo por los vidrios de los anteojos. Yo me voy, si quieren quédense ustedes. Parece un juego, encuentre los siete errores. En ese momento apareció la mamá de Fran; se acercó a su marido, le dio un vaso de limonada con hielo y desapareció rumbo a la cocina. Ni se te ocurra moverte, le dijo Fran a Eric. Mi mamá corre peligro. Está allí adentro con un extraño. Quién sabe, robará la casa y la matará. Tendrás eso en tu conciencia. Quizás tu papá declaró contra la mafia, dijo Joaquín, y lo metieron en un programa de protección de testigos, y trajeron a un actor para que lo reemplace. De por ahí es un clon, dijo Eric. ¿No han visto esa mala película de Schwarzenegger? No se hagan la burla, dijo Fran. Había que hacer algo. ¿Qué? Los soldaditos de plomo debían cobrar vida; podría ordenarles que marcharan hacia la sala y atacaran al extraño. No debía imaginar tonterías. Springsteen lo estaba poniendo más nervioso aún,

qué manera de ladrar, un día de éstos le daría pan con vidrio molido. Joaquín sugirió entrar por la puerta de la cocina. Lo atacamos entre los tres, lo amordazamos y llamamos a la policía. Eric dijo esas cosas sólo se le pueden ocurrir a Joaquín. *Amordazamos*, qué palabrita. Te pasa por ver tanta televisión. Como si fuera coser y cantar. Mi papá es fuerte, dijo Fran con algo de orgullo; hace mucho que no va al gimnasio, pero igual se conserva bien. Eric sugirió que podía ir corriendo a su casa y traer un revólver, sabía dónde estaba el de su papi. ¿No que no creías? Entre el dolor y la nada, prefiero el dolor. El tono de Eric era de falsa solemnidad, se dijo Fran, como cuando declamaba en las clases de literatura. No es momento para bromas. Se preguntó cómo siendo los tres tan diferentes habían terminado de mejores amigos. Acaso cada uno, a su modo, no terminaba de encontrarse en el mundillo adolescente del colegio, hecho de seres que jugaban a ser hombres a base de violencia y morbo sexual. Acaso había una explicación más práctica: a los once años, los tres habían descubierto que les fascinaba el fútbol en tapitas, y durante dos años se habían reunido casi todos los sábados por la tarde, en la sala de juegos de Joaquín, a jugarlo sobre una frazada gris que Eric había robado de su casa. Fran volvió a observar al extraño que hacía el crucigrama del periódico y recordó con nostalgia a su papá; a duras penas aguantó las lágrimas. Quizás el impostor lo había asesinado y había tirado el cadáver al río con una piedra maciza amarrada a los pies. No volvería a verlo más. Era cierto, no se llevaban bien, papá era tan hosco, tan poco dado a muestras de cariño. No había sido siempre así. Fue él el que le regaló los primeros soldaditos de plomo, con tal de sobornarlo para que fuera al colegio esa primera, traumática, lluviosa semana. Con él fue de niño al estadio todos los domingos, a ver mediocres partidos de fútbol. En el entretiempo comían sándwiches de carne con chorrellana. Esos días no volverían. Después de una breve discusión, acordaron ir juntos a casa de Eric. Irían en micro, sería más rápido. Fueron corriendo a la parada, a una cuadra y media. A lo lejos, se volvieron a escuchar las campanas de la iglesia.

FRAN DESEABA que el micro avanzara más rápido. El chofer escuchaba música clásica y paraba en cada esquina; el bus se iba llenando de gente: oficinistas gesticulantes, colegiales de mala traza, secretarias sin sonrisas. ¿De dónde salía tanta gente? Sus amigos charlaban en el asiento delantero y lo miraban de reojo. Acaso lo creían un ser patético

y sólo le estaban siguiendo la corriente. Era difícil culparlos, después de todo. Ellos no habían sentido lo que él a la hora del almuerzo, al ver que detrás de la cara tranquila de papá se escondía una cara de horror, y que la máscara caía apenas un segundo para revelar a él la verdad, si tenía los ojos para verla. La había visto, y por eso se había salvado; mamá no, y por eso, si seguían demorándose, la aguardaba un fin atroz. Nos bajamos en la próxima esquina, dijo Eric abriendo la boca más de la cuenta, mostrándole sus dientes amarillentos. Y Fran, de pronto, comprendió todo. Por eso Eric había querido ir solo a traer el revólver. Y todo su escepticismo había sido una actuación. Porque el Eric que conocía no tenía todos los dientes amarillentos; un molar en el lado superior izquierdo era negro, gracias a un puente que le habían puesto hacía un par de años. No podía estar equivocado, lo veía todos los días en el colegio. Eric se levantó de su asiento, Joaquín hizo lo propio. Fran notó que Joaquín se levantaba dando primero un paso hacia adelante con el pie derecho, y no con el izquierdo, como recordaba que lo hacía, como creía recordar que lo hacía. ¿Vienes o qué?, preguntó Eric. Ese timbre de voz no era el de Eric. Una ligera diferencia, pero la suficiente para su oído aguzado. Momentos antes no se había dado cuenta de ello. La rutina de la realidad era tan fuerte que a veces era imposible notar cambios leves, trastornos en el orden de las cosas. Ahora sí, Fran estaba seguro de que, como su papá, Eric y Joaquín eran otros, unos impostores. Se aferró al reborde metálico del asiento delantero, trató de ganar unos segundos mientras discurría su próxima movida. Miró al chofer, a las secretarias, a los oficinistas, a los colegiales en torno suyo. Sospechó con pavor que todos eran otros. En la ventana se apoyaban las montañas en el oeste, teñidas de un resplandor entre púrpura y anaranjado. Fran se dio la vuelta y corrió hacia la puerta trasera; el micro se hallaba todavía en movimiento; saltó y cayó pesadamente, golpeándose contra el pavimento. El micro se detuvo. Fran se incorporó a duras penas. Dio unos pasos vacilantes, luego comenzó a correr antes de que la gente descendiera del micro. Le dolía todo el cuerpo, pero aun así siguió corriendo. Sentía que lo seguían, creía sentir que lo seguían; percibía el golpeteo apurado de unos pasos en el pavimento de la calle. No volteó la cabeza para mirar si era así. Con la respiración acezante, se dijo que debía llegar al lugar al que habían llevado a todos los que estaban en la ciudad antes de que llegaran los otros. O al lugar al que se habían fugado todos los que estaban en la ciudad antes de que llegaran los otros. No sabía dónde se hallaba ese lugar, pero estaba seguro de que existía. Cruzó un puente. Debía seguir corriendo •

AMOR A PRIMERA VISTA

**Ambos están convencidos
de que los ha unido un sentimiento repentino.
Es hermosa esa seguridad,
pero la inseguridad es más hermosa.**

**Imaginan que como antes no se conocían
no había sucedido nada entre ellos.
Pero ¿qué decir de las calles, las escaleras, los pasillos
en los que hace tiempo podrían haberse cruzado?**

**Me gustaría preguntarles
si no recuerdan
—quizá un encuentro frente a frente
alguna vez en una puerta giratoria,
o algún «lo siento»
o el sonido de «se ha equivocado» en el teléfono—,
pero conozco su respuesta.
No recuerdan.**

**Se sorprenderían
de saber que ya hace mucho tiempo
que la casualidad juega con ellos,**

**una casualidad no del todo preparada
para convertirse en su destino,
que los acercaba y alejaba,
que se interponía en su camino
y que conteniendo la risa
se apartaba a un lado.**

**Hubo signos, señales,
pero qué hacer si no eran comprensibles.
¿No habrá revoloteado
una hoja de un hombro a otro
hace tres años
o incluso el último martes?
Hubo algo perdido y encontrado.**

Quién sabe si alguna pelota
en los matorrales de la infancia.

Hubo picaportes y timbres
en los que un tacto
se sobrepuso a otro tacto.
Maletas, una junto a otra, en una consigna.
Quizá una cierta noche el mismo sueño
desaparecido inmediatamente después de despertar.

Todo principio
no es más que una continuación,
y el libro de los acontecimientos
se encuentra siempre abierto a la mitad.

AMOR FELIZ

Un amor feliz. ¿Es normal,
serio, útil?
¿Qué saca el mundo de dos personas
que no ven el mundo?

Encumbrados hacia sí mismos sin mérito alguno,
dos al azar entre un millón, pero seguros
de que así tenía que ocurrir. ¿Como premio de qué?, de nada;
la luz llega desde ninguna parte.
¿Por qué cae precisamente sobre ellos y no cae sobre otros?
¿Ofende eso a la justicia? Así es.
¿Viola principios cuidadosamente almacenados, derriba
de su cima a la moral? Viola y derriba.

Mirad qué felices:
¡si disimularan aunque fuera un poco,
si fingieran aflicción para animar a los amigos!
Escuchad cómo ríen. Es insultante.

Qué lenguaje utilizan, aparentemente comprensible.
Y esas ceremonias tuyas, esas celebraciones,
sus rebuscadas obligaciones de unos para con otros,
¡parece una conspiración a espaldas de la humanidad!

Resulta incluso difícil prever qué sucedería
si pudiera cundir su ejemplo.
Qué podrían hacer religiones, poesías;
qué se recordaría, qué se abandonaría,
quién querría permanecer en el círculo.

Un amor feliz. ¿Es necesario?
El tacto y el sentido común nos obligan a callar al respecto
como si de un escándalo en las altas esferas de la Vida se tratara.
Espléndidos bebés nacen sin su ayuda.
Nunca podría poblar la tierra,
no es, que digamos, muy frecuente.

Que la gente que no conoce un amor feliz
afirme que no existe un amor feliz en ningún sitio.

Con esa creencia les será más llevadero vivir, y también morir.

VERSIONES DE GERARDO BELTRÁN
Y ABEL MURCIA SORIANO

Diosas

LUIS JORGE BOONE

para Bernardo Esquinca

Ahora que ha muerto, no me propongo juzgar a Tadeuz Balthazar. Como todos los hombres, tuvo ciertas perversiones; como todos, vivió su propia forma de violencia; como todos, fue devoto de la belleza; y, también como todos, reclamó su ración de sangre y carne. Pero, como muy pocos, todo esto lo hizo al mismo tiempo.

La desaparición de la viuda Balthazar, la señora Helkia, me ha dejado sin la fuente más directa de información de la que he dispuesto a lo largo de mis investigaciones. Si bien reconozco que su testimonio no podía calificarse de confiable, me es imposible pensar en ella como un personaje secundario en este particular. Conocía su don: era perfecta. Nadie ha entrado ni salido de su departamento en las últimas dos semanas. La luz nunca se enciende. Debo conformarme con imaginarla huyendo deprisa, una noche de despedidas o de encuentros.

Muchas otras mujeres hablaron. El tono de sus relatos se debatía entre la pena y la complacencia. Al hablar de sí mismas en pasado, usaban la tercera persona. Como si las jorobas, la gordura inabarcable, el profuso vello corporal, la constitución famélica de los esqueletos andantes, las facciones enormes o apenas insinuadas —ridículas líneas que no podían llamarse boca u ojos—, las deformaciones de nacimiento o producidas en accidentes violentos, no tuvieran ya nada que ver con ellas. Como si hablaran de un libro que han cerrado y nunca más piensan abrir. Sobre decir que, mientras las interrogaba y comparaba con las fotografías de los expedientes, tenía problemas para establecer identidades. Eran un ejército de *barbies*, decenas de rubias perfectas encarnando un ideal de hermosura, talladas con el filo de un punzón ardiente: el que labra las más exigentes fantasías sexuales.

Cuando mis notas habían saturado inútilmente dos libretas y empezaban a formarse patrones absurdos, llevaba tres días de interpelaciones

sucesivas y me dije que era suficiente: todo coincidía. Estaban convencidas de que ese hombre había salvado sus vidas, sacándolas del pozo de la ignominia y elevándolas al pedestal de la admiración social y del éxito.

Me costaba imaginar que habían sido criaturas horrendas. Adivinaron mis pensamientos. Sólo Balthazar, me dijeron, solía prodigarles mayores afectos y caricias cuando recién se ponían en sus manos. Después —y la mirada se les ensombrecía levemente al decirlo, aunque afirmaban que en su tiempo habían entendido el gesto— se volvía un poco frío, y las miraba como un glotón mira un plato vacío, igual que un cazador que descubre desconcertado que ha dejado un bosque hundido en el silencio para siempre. Lo cierto es que, como en el resto de las investigaciones que se mueven alrededor de la obra del doctor Tadeuz Balthazar, no tuve acceso a testimonio alguno de sus últimas pacientes. Sin duda, los enigmáticos ases con que pensaba justificar una vida de trabajo.

«*Dudo legítimamente* que un oficinista pueda amar su trabajo: de niño nadie sueña con contestar teléfonos, archivar memorandos al ritmo patológico que se producen, asistir a juntas y echarse la culpa de los errores de su jefe. Pero hay oficios —mejor: destinos— a los que imagino imposible llegar a menos que se ame lo que éstos entrañan. Aunque sea de una forma torcida. Todo policía es un terrorista disfrazado; todo abogado lleva dentro un anarquista esperando saltarse la ley; todo deportista es una bestia salvaje que busca enterrar su raciocinio. Entre los pliegues del cerebro de todo Cirujano se oculta una vena de locura: sólo un perturbado puede dedicar sus horas más laboriosas a rasgarle a un ser humano la piel y las entrañas.

»Cuento estas cosas para exorcizar de mi trabajo cualquier halo santificador. Los motivos de la mente —aun de las más brillantes y lúcidas— son oscuros.

»Me muevo entre los márgenes de una Ciencia poco explorada. Es lógico que cometa excesos. No son una prueba de mis apetencias, sino de los errores que la Humanidad ha cometido a lo largo de su existencia en la búsqueda de conocimiento.

»Solía pensar, como todos, que sólo ciertas mujeres estaban destinadas a ser admiradas por su belleza. Ahora entiendo que tal hecho es una aberración de Dios. Que Él nos ha permitido atisbar a lo largo de los siglos en sueños y mitos —un mito no es sino un sueño colectivo que se presenta en la vigilia— el verdadero rostro de la Perfección. Mis primeros trabajos fueron guiados por banales medidas, por estándares comerciales. No me arrepiento: la adolescencia es una etapa de carencias

que se cura con el tiempo y que toda gran carrera debe superar, dejando de lado sueños románticos, y arrojándose a los abismos a los que su propia búsqueda impulsa. Sin importar si debe transgredir un transitorio, relativo “bien común”. Las puertas prohibidas habrán de convertirse, a base de violar nuestros propios prejuicios, en el sendero que habrán de caminar las generaciones por venir.

»Algunas pacientes han muerto en la plancha por la agresividad de las intervenciones. Otras sufrieron ataques de ansiedad tan profundos que derivaron en depresiones con tendencias autodestructivas o paranoia. Lo más triste fue deshacerme de los cuerpos. Enterrar en lugares ocultos un objeto científico que debería exhibirse como prueba del conocimiento del hombre. Estudiarse. Quizá algún arqueólogo del futuro encuentre los restos y alucine la existencia de una antigua y desconocida raza de seres formidables.

»Me ha asaltado la duda de si las psicosis serán una característica inmanente a la nueva estructura fisiológica que busco producir. ¿Estaremos destinados, por mediación de la evolución dirigida, a ser una raza magnífica de suicidas y locos?».

La señora Helkia casi nunca respondía de forma directa a mis preguntas. Creo que, si revisara mis libretas, podría confirmar que en realidad nunca dio respuesta satisfactoria a una sola.

Pero me admiraba la manera como idolatraba a su marido. Su estoicismo al referirme que cada nueva paciente se convertía sin excepción en la amante de Balthazar. El amor en sus ojos al confesarme que cada vez lo había perdonado. Era un gran hombre, aclaró, como si hiciera falta verbalizar lo que sus ojos gritaban al mundo.

Después de las entrevistas yo disecaba mis horas pensando en qué tantas operaciones había requerido la señora Helkia para ser la belleza que era. ¿De qué pozo de repugnancia provenía para deber tanta lealtad?

A mis dudas sobre su vida como soltera contestó narrándome cómo el niño Tadeuz había reunido una colección de mariposas con más de cien especímenes, los cuales atravesaba con alfileres sobre las paredes de su habitación a la edad de nueve años. A los diez, sus padres le prohibieron continuar con su pasatiempo, justamente el día que encontraron empaladas sobre su pequeña cama a dos palomas pequeñas.

Cuando le pregunté sobre las credenciales médicas de su esposo —cuyo proceso de autenticación demoraba ya casi seis meses, debido a lo intrincado de las fechas y a lo distante de las universidades donde

solía declarar haber estudiado, a la multiplicidad de ramas de la medicina que le interesaban, a las habilidades que deseaba dominar—, me refirió un episodio de la adolescencia de Tadeuz, cuando su padre lo obligaba —para ayudarlo a madurar— a tomar distintos trabajos después de clases. Del único que no desertó fue del que tuvo cuando los fines de semana ayudaba a un hermano de su madre en la granja que éste administraba, a media hora de la ciudad. Nadie en su casa se enteró —hasta meses después— de que Tadeuz había pedido ayudar en el sacrificio de cerdos.

Otra vez, sin que viniera a cuento —mi grabadora llevaba apagada un rato—, me habló sobre un juego sexual que tenía con Balthazar. Solían escarificarse antes del coito. O, más bien, él solía producirle a ella heridas superficiales con una navaja. La única vez que Helkia propuso cambiar papeles, Tadeuz se puso como loco y la golpeó. «No muy fuerte», me dijo, «lo necesario para que entendiera que no debía volver a hacerlo». Tadeuz le confesó que él nunca había visto su propia sangre. No sabía, me contó ella, qué podría sucederle si alguna vez recibía un tajo. Para el inminente cirujano, la integridad de su cuerpo, la continuidad de su piel, eran sagradas.

Las autoridades calificaron el hallazgo de distintas formas. Todas poco serias y nulamente científicas. La ausencia de cuerpos en los restos del sótano de la avenida Larrea, arrasado por un incendio, acaparó las atenciones de las instituciones de seguridad y multiplicó absurdos operativos que buscaban redes de trata de blancas en prostíbulos y hospitales clandestinos, opacando la importancia de un descubrimiento alucinante. Nada había más importante que la labor de recuperación de los registros del doctor. Lástima que sólo se dieron cuenta de ello días después de que desaparecieron de manos de la custodia policiaca. Casi todo se había vuelto cenizas. Incluido el mismo Tadeuz Balthazar. Pero un par de cajas archivadoras se salvaron en parte de las llamas.

Los medios sacaron todo de contexto. No sólo fueron los acostumbrados bocetos y las frases canallescas con que pretenden ilustrar lo macabro, sino que se colaron fotografías, cintas con los apuntes del cirujano grabadas durante las intervenciones, fotocopias de expedientes; salieron a la luz desligados de su trama experimental, revelándose por obra y gracia del sensacionalismo como las instantáneas de una mente torcida, de un carnaval de monstruos y agónicas aberraciones fisiológicas, de un matadero donde se violaban las más elementales líneas de acatamiento hacia la creación divina y de respeto hacia la naturaleza humana.

Pero a todo caos debe sobreponerse la sensatez. Va siendo hora de reivindicar a Tadeuz Balthazar como el gran cirujano que fue, y no como el loco adicto a practicar cirugías innecesarias y crueles en mujeres que no sobrevivían mucho tiempo en las condiciones precarias y atroces en las que las sumían sus «caprichosos experimentos». Va siendo hora de poner en perspectiva el sufrimiento de algunos individuos ascendidos de carroña humana a dignos sujetos de experimentación. Estas mujeres —según dicen algunos, inmigrantes ilegales, huérfanas y drogadictas, vagabundas— son ahora próceres anónimas y, en todo caso, han dejado la baja escala social en la que se arrastraban para inmolarsen en aras de un bien más alto.

Por otro lado, es mentira que hubieran tenido lugar secuestros para abastecer de individuos los procedimientos. El doctor seleccionaba a sus pacientes de acuerdo con sus carencias, con el grado de dificultad que entrañaban.

En una de las libretas, con una apretada caligrafía, el médico señala: «El juramento me parece un enorme estorbo. He tenido relaciones sistemáticamente con cada mujer a la que he intervenido, antes y después de cada Cirugía, y sólo en contadas —pero siempre necesarias— ocasiones durante los procesos de reconstrucción y recuperación. Sostengo que el impulso erótico es indivisible de la Práctica Quirúrgica. ¿Cómo rasgar un Seno con el fin de moldearlo, sin haber sentido antes su realidad más auténtica, sin haber paladeado el latido más hondo de su Carne? ¿Cómo distinguir el camino a la floración del Cuerpo que debe marcar el filo del Escalpelo, los golpes del Martillo quebrando el Hueso, para renacer a una estancia superior, a una organización más elevada de la Carne, sin ahondarse antes en la deformidad, en la imperfección? ¿Cómo buscar la forma perfecta si uno no está dispuesto a mancharse de Sangre? ¿De la Sangre del Otro? Debe uno perderse en ese laberinto, en esa casa de espejos que son la repulsión y el Deseo, hasta que ambos se confunden en un sentimiento superior. La relación del Cirujano con el paciente se parece a la del Asesino con su víctima. Las amé. Mi corazón pronto buscó nuevas musas. Me sorprende pensar que una misma materia ha cifrado mi Némesis y mi salvación. Pero he de ir más allá. He de borrar límites entre el cielo y la tierra. Entre la imaginación de los hombres y su realidad».

No es labor de legos juzgar a la mente eminente. ¿Qué gran compositor no interpretó sus propias sonatas la primera vez? ¿Qué gran científico no somete a sucesivas pruebas su más elevada teoría?

«...una de las patologías tras este fenómeno de nuestro siglo es la dismorfobia, psicosis que consiste en el rechazo hacia partes del cuerpo que se perciben poco agraciadas [...] otro tipo de adicción al quirófano surge al considerar la apariencia como el centro de la vida, se establece una relación de idolatría [...] El único objetivo del sujeto es conseguir belleza y perfección [...] la presión de la sociedad que pondera la apariencia física. Ciertas personalidades inmaduras con tendencia neurótica son propensas a desarrollar pretensiones exageradas o poco realistas [...] nunca estarán conformes con su apariencia y no alcanzarán la felicidad que atribuyen a la belleza [...] Trastorno Dismorfóbico Corporal en Espejo. Variante de la psicosis que orienta la disconformidad hacia los demás [...] No tolerar la fealdad en los demás, sentir un ansia total por desaparecerla [...] Casos de sujetos que han realizado extirpaciones con cuchillos de cocina, que han desfigurado a sus víctimas [...] compulsión violenta que busca el sometimiento ajeno».

Tal fue el veredicto de mentes pequeñas. De cómodos moralistas. Yo entiendo que los caminos de Dios, de tan extraños, semejan a veces bizarros desfiladeros.

La introducción a la opinión pública del trabajo del doctor Balthazar no fue la mejor. Yo aún confío en que mentes despiertas sabrán reconocer, detrás del sensacionalismo y la oportunidad del escándalo, el verdadero postulado que motivó el trabajo de este prominente hombre de ciencia. Uno de los periódicos —no el mejor— logró filtrar ciertos documentos y enriquecer con ellos su investigación tan parcial. Fue el primer vistazo que un mundo azorado dirigió dentro de la mente del doctor:

Si bien no se ha logrado recuperar ningún cuerpo, los documentos gráficos no dejan lugar a dudas. Especialistas hablan de una inquietante semejanza con las intenciones de ciertas prácticas de los científicos nazis. Se describe a continuación el contenido de algunos de estos documentos que han podido recuperarse, junto a lo escrito en las etiquetas que los acompañaban:

1. *Sekhmet. «La terrible». Símbolo de la fuerza y la ira. Diosa de la venganza. Cabeza de leona. Amputación del puente nasal. Alargamiento de los maxilares. Adelgazamiento de los ojos. Cultivo profuso de suave vello facial. Adecuación superficial de los rasgos. Sustitución de dentadura por la de un carnívoro. Ablación de orejas; prótesis en los costados del hueso frontal. Extirpación de uñas; prótesis de garras.* La imagen está tomada desde el ojo de buey de una puerta metálica. Los reflejos en el vidrio hacen perder la visión constantemente. Gritos. Golpes y zarpazos sobre una

pared acojinada. La mujer siempre de espaldas. Se cubre el rostro con las manos. Gritos. Desaparece del campo de visión de la cámara. Antes de que la grabación se interrumpa, dos hileras de dientes afilados se abren contra la ventana.

2. *Hathor: «Templo de Horus»*. Fotografía. Cuernos de vaca implantados en la parte superior del hueso frontal.

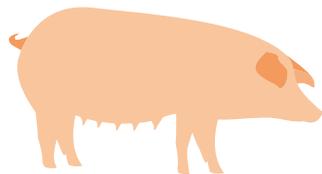
3. *Coyolxahuqui. «La que se pinta el rostro con figuras de cascabeles»*. «*La desmembrada*». Una cama cubierta por una sábana blanca. La sábana es retirada. La cabeza, el tronco y las extremidades de una mujer están esparcidas sobre la cama. *Zoom in* sobre una mano: un dedo se mueve. *Zoom out*: tubos y electrodos mantienen comunicadas a la distancia las partes del cuerpo. La mujer está con vida. En toda su cara, tatuajes simulando cascabeles.

4. *Coatlicue. Diosa de la tierra y la fertilidad, en diversas representaciones encarna la dualidad vida-muerte, pensando en la descomposición y degradación que hace de la tierra fértil en primer lugar. Tonantzin: nuestra (to-) madre (nān-) venerada (-tzin)*. Dos fotografías rotuladas con el mismo número de caso clínico. La primera: perfil derecho de una mujer morena. La segunda: perfil izquierdo de una calavera descarnada.

5. *Sin etiqueta*. La imagen es borrosa. Luego se enfoca en la boca de una joven de tez trigueña. La cámara asciende. Sus rasgos parecen normales. La cámara continúa ascendiendo. Un párpado cerrado en medio de su frente. Cuando abre, un ojo se mueve con desesperación sobre su órbita.

6. *Sin etiqueta*. Alas se arrastran por un piso sucio. Plumas blancas. Una mujer desnuda de espaldas. Se levanta. Mastectomía radical. Los labios vaginales han desaparecido, sellados con sutura quirúrgica.

7. *Sin etiqueta*. Fotografía de una mujer a la que se le han implantado en el abdomen y el área del plexo cerca de —no se aprecia el cuerpo completo en la imagen— nueve pechos.



Los nombres de Nut («La del vientre estrellado») y Tueris («La grande», eternamente embarazada, cabeza de hipopótamo, patas de león, cola de cocodrilo), por ejemplo, alcanzan a leerse en etiquetas semicarbonizadas cuyo documento original fue destruido por el fuego. ¿Estas flechas apuntan los derroteros futuros del doctor Balthazar? Cada vez los diseños eran más complejos. Cada vez era menos probable que las pacientes sobrevivieran durante periodos largos de tiempo.

En La fábrica del cuerpo, su libro sobre la historia de la anatomía, el médico y ensayista Francisco González Crussí relata cómo los griegos Herófilo (335-280 a.C.) y Erasístrato (325-250 a.C.) hicieron avanzar considerablemente la ciencia anatómica con sus contribuciones. La vivisección —es decir, la disección de cuerpos vivos de seres humanos— fue la causa del rechazo que recibieron en su época, pero también se trata del método que les permitió extender las fronteras del conocimiento. González Crussí refleja esta ambivalencia al reflexionar: «No se sabe cómo referirse a su memoria: ¿se trató de sabios que incurrieron en la crueldad impelidos por su invencible deseo de adquirir conocimiento y beneficiar a la humanidad? ¿O fueron quizá sanguinarios carniceros que justificaban su sevicia con el falso pretexto de perseguir un fin altruista y noble?». Luego, hacia el final de su erudita y amena disertación, el doctor aventura: «Esto nos pone frente a una vieja pregunta, a saber, si está justificado poner barreras al artista, si es o no apropiado señalar límites que ningún ser humano puede transgredir. ¿Puede un artista contravenir costumbres ancestrales, so pretexto de que la búsqueda de la belleza lo ha derivado por derroteros insólitos? Si exceptuamos a los científicos del respeto a los seres humanos porque buscan el beneficio concreto y material de todos nosotros, ¿no podrán solicitar la misma excepción los artistas, cuyo trabajo también beneficia a la comunidad, en el no menos importante plano moral y espiritual?».

En la antigüedad, cuando la práctica de las artes y las ciencias era indisoluble —la raíz común de ambas palabras era evidente, un mismo vocablo griego: *technos*—, al hombre de ciencia y al artista los unía un lenguaje común, la metafísica, y una misma cualidad espiritual: la búsqueda de la verdad, cuya advocación material es la belleza. Al mirar hacia atrás deberíamos contemplar como un paraíso perdido esa época donde el raciocinio y la manía podían complementarse en la búsqueda de fines trascendentales.

Cometeré la imprudencia de hacer un comentario al margen: me parece una pena que ciertos estudiosos distraídos confundan ciertas apor-

taciones de Herófilo con las de su colega más joven Erasístrato. Un abismo separa al visionario del peón. El genio ilimitado y la simple pericia no pueden cohabitar. Nadie puede sentirse el legatario verídico de la sabiduría balthazariana. Con los eventos que han tenido lugar en los últimos meses, habrá, éstos sí, humildes eslabones en esta cadena preeminente. No tengo ya en mi poder las dos cajas con su contenido. Como siempre sucede, costó poco corromper la estructura que resguarda nuestra justicia. Luego, los representantes de ciertas compañías farmacéuticas transnacionales me convencieron de *donarles* estos papeles para sus fines de investigación y desarrollo. El Primer Congreso de Cirugía Recreativa y Métodos de Neoconstrucción Biológica anunciado para el siguiente verano dará mucho de qué hablar. De sus mesas de trabajo se desprenderán otros acercamientos al trabajo de Balthazar. Nuevas mentes, más abiertas y prevenidas, sabrán darle otro enfoque a una obra que no ha encontrado aún sus interlocutores más sagaces. Ahora sólo es cuestión de tiempo. Los nuevos procedimientos quirúrgicos, los nuevos usos para viejos fármacos y las nuevas sustancias requeridas para el éxito de las intervenciones —no está de más decirlo: las ganancias que de estos productos y servicios se desprenderán— son el principal acicate para que las transnacionales y las agrupaciones médicas no cejen hasta modificar la percepción actual. El mercado actuando a favor del progreso.

Saqué una copia de todo, y con ese material puedo continuar mi labor. A veces sus pensamientos son difíciles de comprender; a veces dudo si seguir leyendo, pero ¿qué mortal no se arredra ante las visiones del profeta? Las estadísticas indican que cada nuevo proyecto necesitaba mayor número de intervenciones. También, que Balthazar era un perfeccionista. Alrededor del 67 por ciento de las operaciones eran de primera intención; el 22 por ciento para corregir resultados fallidos, y un 11 por ciento no parece tener justificación. ¿Abrir la carne durante horas sólo para maravillarse del deslizamiento del bisturí sobre las formas frágiles de las entrañas? ¿Mirar los fluidos desbordarse hasta rebasar los límites de sus torrentes y mancharnos? No lo sé. ¿Quién puede juzgar cuál es el momento en que el genio queda satisfecho consigo mismo? Este primer escrito está destinado a abrir una de las sesiones de trabajo del congreso próximo; sólo me queda esperar la respuesta del comité organizador, que deberá llegar la semana entrante. Cada quien tendrá, entonces, el lugar que le corresponde. Dentro de no mucho tiempo el mundo conocerá el nuevo rostro, el nuevo cuerpo de la belleza, su advocación más imperecedera: entes divinos, hermosos y terribles, que caminarán entre nosotros ●

MADISON, los puentes de CLARA OBLIGADO

En lugar de seguir con su marido, como cuenta la película, en ese instante tenso bajo la lluvia, detenida ante el semáforo, la mujer baja del coche familiar y se sube al de su amante. No da explicaciones, ni tiene tiempo de dejar una carta. Tampoco puede despedirse de sus hijos, pero todo el mundo sabe lo que es la fuerza de la pasión. En la platea, los espectadores lanzan un suspiro de alivio, les gusta el nuevo final de *Los puentes de Madison* y, con su dosis de romanticismo intacta, salen del cine.

Más allá de las cámaras, sentada en el asiento del copiloto, la mujer comienza el viaje. Conoce a su amante desde hace días, pero son suficientes para desear una vida juntos, ha sabido despertar en ella el eco de una juventud aletargada. No se trata de una mujer cualquiera. Hace años, empujada por un fuego incontenible, dejó Italia y siguió a un soldado para casarse con él. Era un héroe norteamericano, y ella, sin dilación, aceptó ser la esposa de un hombre bueno y acompañarlo a una granja en los Estados Unidos, donde le nacieron dos hijos.

Vuelve la cabeza y observa cómo ese soldado, que ahora es un granjero, se pierde en la distancia. Se siente culpable, pero no demasiado: ¿quién habría podido resistirse al llamado de la pasión? El amante apoya la mano en su rodilla. Como no llevan maletas, antes de coger el avión en Nueva York él le regala ropa para el viaje. La mujer siente que ha cambiado de piel y ahora es otra: más joven, más elegante, más ágil. Mientras conoce la ciudad, él hace entrevistas, visita bibliotecas, le hace conocer en dos días más gente que la que le ha presentado su marido en años de convivencia. Se siente satisfecha de haberse unido a un fotógrafo de fama internacional. Es la amante de un artista, de un bohemio y, cuando él la abraza en la habitación del hotel en Tanzania, ella flota. Dormir velada por el tul del mosquitero,

despertarse con el rugir del león, ser una hembra ansiosa que espera la brama, asomarse a la tienda para descubrir amaneceres como brasas, vadear ríos que revientan en cascadas, cobijarse de tormentas pavorosas, repasar las imágenes de las fotografías una y otra vez, hasta encontrar el mejor encuadre, preparar con manjares desconocidos una cena para dos, viajar sin dirección fija. Al cabo de un tiempo ha visto veinte países, cientos de atardeceres, miles de caras. En los raros momentos de descanso, en algún hotel perdido, escribe a sus hijos. No recibe respuesta y lo achaca a los constantes cambios de domicilio. Esto la hace sufrir y su amante le recomienda que no piense en ello.

Una mañana se despierta con una corazonada. Están ahora en el norte de Rusia, entrevistando a un pastor de renos que ha descubierto, entre la nieve eterna, el cuerpo de un mamut. Es una cría, y permanece, en su estado de congelación, en la misma postura en la que se topó con la muerte, plegado sobre sí mismo, como un niño con miedo. Vuelve al hotel enferma, siente que en lugar del antiguo animal se ha topado con su propio dolor. Es una sensación helada que la hace encerrarse en el baño y vomitar, parece que tuviera que arrancarse de las entrañas cubitos de hielo. Por la tarde, aprovechando que su amante no está, pide una comunicación con su antigua casa y, mientras el teléfono suena, lo imagina sobre la mesa de siempre con su carpeta de ganchillo, junto a los sillones de flores, la chimenea encendida y los visillos descorridos. Lo imagina en esa vida donde nada cambia. Desea, cómo desea, hablar con sus hijos. Desea también conversar con su marido, preguntarle cómo está. Pero nadie lo coge. Esa noche duerme mal.

Como el hielo bajo el que se ocultaba el animal, algo se ha quebrado dentro del corazón de la mujer. Ya no le gustan tanto los viajes y se siente sola cuando su amante, a veces durante semanas, tiene que dejarla en el hotel ordenando fotografías, repasando su contabilidad, organizando las entrevistas. Hace tiempo que es además su secretaria, todos admiran la inteligencia de esta unión apasionada. «¡Qué romántico!», exclaman, cuando él cuenta en público su historia, y la miran como si fuera una heroína, alguien capaz de sacrificarlo todo.

Un día él le comunica que tiene que hacer un reportaje en Roma. La mujer se conmueve. Piensa ahora que puede volver a casa de su madre, que podrá hablar con alguien de su pasado. Está nerviosa durante todo el viaje, que, a causa de los compromisos de él, dura varias semanas.

Aprovecha que él tiene una reunión importante para tomar un autobús hasta su pueblo. Todo ha cambiado, donde la guerra había sembrado destrucción hay ahora villas hermosas, campos de vides,

aire de riqueza. Casi no la reconoce su madre, pero se abrazan hasta hacerse daño. «Cómo has cambiado», le dice. «Estás muy guapa», le dice también. Prefiere no responder, su madre es ahora una anciana. Luego, cuando por fin se calman, la invita a entrar en casa, se sientan frente a frente, se cogen las manos y se miran sin saber qué decirse. Por fin la madre suelta: «Hija, lo siento mucho». Ella se sorprende y le pregunta por qué. «Por lo de tu esposo», dice. «Era un buen hombre». Así se entera de que es viuda, aunque su madre no sabe qué tipo de enfermedad fue la que terminó con esa vida. Le cuenta, sí, que los hijos escriben a su abuela muy de tanto en tanto y que parece que están bien. Le muestra una foto. De pronto la mujer siente que su vida, su vida verdadera, está desplegada sobre esa mesa, en esa casa que dejó hace siglos para seguir a un hombre. Piensa qué hubiera pasado con ella si hubiera elegido un marido del pueblo, si se hubiera afincado allí. Piensa también en esos hijos que le parecen extraños. No dice nada de lo que siente y regresa a tiempo al hotel para que su amante no le pregunte dónde ha estado.

Aunque se quedan varios meses en Roma, no vuelve a visitar a su madre. Ha adelgazado y le sienta bien, cada vez asiste a recepciones más lujosas y la fama de su amante la precede. Él es ya un hombre casi viejo, ella una mujer casi joven. Los separan quince años que ahora se notan. No obstante, el cuerpo de él sigue despertándole ternura, aunque no sería reticente con alguien más joven. Tiene alguna oportunidad y la aprovecha, pero sale de la aventura sintiéndose mal. «En realidad», piensa, «ese muchacho debe de tener la edad de mi hijo».

A veces recuerda los abrazos del amante bajo los puentes de Madison. Otras, la cría de mamut. Un día recibe una carta, es de sus hijos. «Querida mamá», le dicen, «ya somos mayores, nos gustaría verte. No te guardamos rencor, sólo queremos hablarte de nuestro padre. Mi hermano y yo nos preguntamos cómo en un hombre tan sencillo podía haber tanta pasión. Tú, que lo conociste bien, podrás darnos una respuesta. Ordenando sus papeles encontramos este sobre con tu nombre, te lo enviamos». La mujer despliega el papel donde navega una sola frase: «Te querré hasta la muerte», dice. A partir de entonces sueña con él. A veces se pregunta si ha acertado al bajarse del coche en aquella mañana lluviosa. Cuando el dilema la punza trata de espantarlo, como si fuera una mosca •



La chica del UHF

PATRICIA ESTEBAN ERLÉS

ERAN TAN PEQUEÑAS. Eso fue lo primero que pensó Antonio Puñales cuando por fin se atrevió a retirar la sabanita rosada que cubría sus dos cuerpos enmarañados. La sombra que había oscurecido el rostro pelirrojo de Puñales en cuanto entró por la puerta de la funeraria aquella mañana y le dieron el aviso se hizo más intensa. Había que preparar para el entierro a un par de siamesas sin nombre y unidas por el tórax a las que no se había podido reanimar después del parto, le dijo su jefe, Marcelo Limón, «Deben estar listas para las doce». Antonio Puñales no contestó, tragó saliva y se dirigió al taller con los ojos vidriosos del insomne que sigue viendo de día los mismos horrores que le acompañan por la noche, hacia la camilla infantil que estaba colocada ya en el centro de la sala, bajo el potente foco de luz blanca. Se detuvo junto a ella y contempló el sudario rosa, temiendo ya el mínimo bulto de aquellos dos bebés enredados en un abrazo vegetal. Pensó que la pieza de tela afelpada aún olía a nuevo y sin duda formaba parte del ajuar infantil que las niñas nunca estrenarían. Tiró de la manta con los ojos cerrados. Todavía tardó un rato en abrirlos, en atreverse a mirarlas.

Eran tan pequeñas.

Una de las gemelas aún se chupaba el pulgar, la otra sonreía con los ojos entrecerrados y la carita apoyada en el hombro de su hermana. Daba la sensación de que estaban soñando algo tan agradable en su anterior mundo líquido que no les había apetecido despertarse, y Antonio Puñales se sintió un profanador de acuarios mientras les aplicaba el fijador de pupilas y peinaba con colonia el remolino oscuro de sus cabellos tiesos. Tenía que intentar vestirlas también, con las prendas que alguien, una mujer sin duda, quizás la madre, o la madre de la madre, había dejado en la funeraria, dentro de una bolsa de unos grandes almacenes. Desplegó sobre la mesa dos vestidos mullidos de angelote, con sus etiquetas aún

puestas. Idénticos pero en distinto color, uno rosa, el otro celeste, seguramente comprados, como el resto de su ropa, con la idea de que sirvieran para identificar a cada niña durante los primeros meses de vida.

Incluso aquellos trajes de muñeca les quedaban grandes.

No pudo probar bocado a mediodía, y casi vomitó el desayuno sobre la mesa del despacho de su jefe cuando, al presentarle un borrador del presupuesto para que diera el visto bueno, Marcelo Limón se limitó a negar con la cabeza sin levantar sus ojos mezquinos del papel y le ordenó que multiplicara por dos el coste total. «Que no, Puñales, que no, da igual que ocupen un solo ataúd, los monstruitos se cobran al doble».



EL RECUERDO de las siamesas persistió durante horas y acompañó a Antonio Puñales en el vagón de metro, de vuelta a casa. Allí donde miraba veía la mantita de cuna, bajo la que se adivinaba la silueta falsa de mariposa de aquellas dos niñas que no habían llegado a respirar. Ya en su desangelado piso, colgó el abrigo en el solitario perchero de la entrada y descolgó la bata de cuadros rojos y verdes que solía ponerse para estar por casa, casi en un solo movimiento. Después, con los gestos maquinales del que arrastra una misma rutina, comenzó a prepararse el sándwich de atún con mantequilla de cada noche. Absorto, y siguiendo el orden exacto de todos los días, Antonio Puñales sacó el paquete de pan de molde y una lata redonda de conserva de uno de los armarios de la cocina. Encendió la tostadora y dejó que se calentara mientras buscaba un tomate y el envase de margarina en la nevera. Y ya casi estaba a punto de colocar la loncha amarillenta de pan sobre las dos rodajas de tomate cuando las vio allí, tan juntas y redondas como las cabezas de las siamesas. El olor aceitoso del atún en escabeche le dio náuseas y el sándwich entero le pareció un cadáver más, inmóvil en el centro del plato. Comprendió que no iba a comérselo y lo cubrió con un trozo de papel de aluminio antes de meterlo en el frigorífico, pensando que en realidad toda su vida olía a formol y estaba iluminada a medias por el parpadeo mortecino de un fluorescente de tanatorio.

Después marchó al salón y, como cada noche, se dejó caer en el viejo sofá de *skay* que el anterior inquilino había abandonado allí al mudarse. Era la hora en que Antonio Puñales tomaba el mando del televisor y pulsaba mecánicamente el segundo botón, para sintonizar una vieja cadena estatal desahuciada por los espectadores, que tenía por costumbre emitir hasta las tantas documentales de animales salvajes. Las horas empeza-

ron a deslizarse firmes hacia la madrugada mientras Antonio Puñales se quejaba para sus adentros, sin hacer caso a la pareja de erizos negros que en la pantalla cruzaban sin prisas la suntuosa superficie desértica del Gobi. Recordó sus tiempos de estudiante, cuando tan feliz le hacía restaurar cabezas de plástico en la academia, ensayar la reconstrucción de un maxilar destrozado por herida de bala o borrar las huellas de una enfermedad degenerativa en un bello rostro de mujer consumido por la quimio. «Pero qué va, los muertos son otra cosa», masculló ahora Antonio Puñales, viéndose a sí mismo atravesar la puerta de su taller con ese miedo de mercurio lastrando cada paso, adivinando al fondo de aquel sótano, alargado y estrecho como un ataúd, el bulto de un cadáver tendido sobre la camilla, bajo una de esas sábanas de hospital que dejan al descubierto los pies, un par de pies descalzos, de muerto, que hacían que a él, sólo de verlos, le entraran escalofríos.

Los dos erizos se perdieron a lo lejos y la estepa helada se adueñó de toda la imagen. Ni siquiera se escuchaba la voz en *off* del documentalista. Durante un buen rato no pasó nada, no se oyó nada que no fuera el silbido de un viento fantasmal, que barría las tenues huellas de un camello pretérito, devolviéndole al desierto su eternidad de papel en blanco. Pero Antonio Puñales no prestaba atención. Se lamentaba de que todo había cambiado mucho en los últimos años. La verdad es que el día en que enmarcó un diploma lleno de sellos que certificaba su extraordinario potencial como técnico en pompas fúnebres no podía figurarse lo desgraciado que llegaría a sentirse por culpa de su trabajo. Cómo iba a saber entonces, o cuando recibió la primera llamada citándole para una entrevista, que su jefe iba a ser alguien tan despreciable como el dueño de la funeraria Os Sea Leve, Marcelo Limón, un tipo nervudo, con ojos de comadreja, a quien llegaría a odiar con una rabia aguda y profunda de bisturí. Trabajar con muertos no era bocado de gusto, no señor, y Antonio Puñales lamentaba que nadie le hubiera avisado del miedo atroz y la pena que iban a agarrotarle los dedos cada vez que una viuda inconsolable le suplicara entre sollozos «Por favor, señor, mire de ponerle a mi marido los ojos y la nariz en el mismo lugar donde los tenía esta mañana, antes de coger el coche. Que los niños no le vean así».

Nadie, nadie había estado allí para avisarle que cada día iba a sentirse como el veterinario vocacional que gasea mascotas en la perrera, y Antonio Puñales, el mejor artista funerario de la ciudad, sufría tanto por ello que apenas lograba conciliar el sueño. De hecho, hacía tiempo que padecía de insomnio crónico y ya ni se molestaba en acostarse en su habitación. «Para qué», se decía él, «si los muertos no me dejan tranquilo,

y me tiran de la manga del pijama cada vez que intento cerrar los ojos».

Eran tan pequeñas, repitió una vez más aquella noche, abatido frente al televisor, arrebuñándose en su vieja bata de cuadros. Tan pequeñas.

No se percató de que justo entonces, a pocos centímetros de su sofá, el desierto del Gobi era engullido por una nebulosa de interferencias. La oscuridad se adueñó de la pantalla y, si Puñales se sobresaltó, no fue por aquella negrura de cuenca de calavera, a la que ya se había acostumbrado, de tanto encontrársela cada día en las pupilas yertas de sus clientes, sino porque un segundo después, allí, al otro lado, fue surgiendo líquida, igual que en un espejo mágico, la imagen de una chica con el pelo verde como un mar resacoso, mirándole con los ojos muy abiertos.



AL PRINCIPIO Antonio Puñales parpadeó, sin entender muy bien qué hacía una muchacha ahí adentro. Por instinto, se echó hacia atrás en el sofá replegando las piernas, y en una fracción de segundo le pasó por la mente que quizás la intrusa era una de cientos de clientas a las que él había atendido en el tanatorio a lo largo de los últimos años y que ahora regresaba de ultratumba, cómodamente instalada en una mecedora y dispuesta a atormentarle vía satélite. Pero enseguida descartó tal posibilidad. Antonio Puñales no sabía olvidar a un cadáver, y ése era su principal problema, por eso podía poner la mano en el fuego y afirmar que nunca antes había visto a aquella chica de cabellera vercosa. «Además», se dijo, estudiando con ojos de experto disecador sus rasgos, «me temo que aunque quisiera sería imposible olvidar un rostro como éste». Porque la desconocida tenía una cara ciertamente irreplicable. Era, se dijo Antonio Puñales, «como si un adulto se hubiera propuesto divertir a un niño dibujándole un personaje mágico, una chica pez con enormes ojos abovedados, de color gris ballena», que él siguió mirando, hipnotizado y sin decir palabra, hasta que escuchó el sonido de una suave voz femenina, proveniente del interior del aparato.

—Hola, ¿quién eres?

Contra todo pronóstico, la hermosa alienígena hablaba un perfecto castellano y le sonreía afable con la cabeza ladeada, esperando una respuesta.

—Me llamo Antonio, Antonio Puñales.

—Pues yo soy Tuula. Qué cosa tan rara ha pasado, estaba viendo una película del Oeste y de pronto has aparecido ahí...



A **TUULA** le sorprendió que aquel chico pelirrojo de la bata escocesa se expresara en perfecto finés, y le alegró mucho poder hablar con alguien después de llevar tanto tiempo sola en su cabaña de madera. Tuula era la última habitante de Runäehiemi, un pueblo abandonado al norte de Finlandia, desde que su padre saliera a pescar salmones la primera noche boreal de hacía dos veranos. Afuera soplaba un viento enloquecido y todo estaba tan oscuro que Tuula se limitó a esperar pacientemente asomada al cristal helado de la ventana, pero su padre no apareció. Cuando después de diez semanas de negrura abisal pudo aventurarse al exterior, encontró un gorro forrado de piel de oso que le resultaba muy familiar sobresaliendo en la nieve, a pocos pasos del río helado, y comprendió que aquello era la muerte.

Por lo demás, Tuula era feliz. Solía sonreír por casi todo, sin necesidad de que hubiera alguien cerca para verlo, como hacen, en definitiva, las personas que son realmente felices. Le gustaba el collar de vértebras de bacalao que había heredado de su madre. También que un enorme reno blanco se acercara a la cabaña cada amanecer y olisqueara el cristal de la ventana como para darle los buenos días. Era aficionada a hacer figuras en la nieve, a cocinar pastelitos de arroz y salmón y a tejer jerseys blancos, siempre blancos, de lana. Pero desde luego, lo que realmente encantaba a Tuula, lo que más le gustaba en el mundo, era ver viejas películas del Oeste.

—Sí, es que desde la cabaña sólo sintonizo un canal donde ponen *westerns* las 24 horas. Me gusta ver a esa gente que lleva la ropa cubierta de polvo, los cactus y, sobre todo, esos cielos rojos y rosas, como incendiados, que salen en las películas de John Ford.

Mentiría quien dijese que, a partir de su primera noche con la finlandesa, la vida de Antonio Puñales no fue un poco más feliz. Por las mañanas procuraba marchar al trabajo con la cabeza bien llena de nieve y de viento polar, para que no se le crispasen los nervios cada vez que el cetrino Marcelo Limón entraba en las pompas fúnebres con sus eternas hojas de estadísticas en la mano, despotricando de la poca gente que se muere en estos tiempos, «...si es que los hospitales están llenos de abuelos de cien años, coño, a quién se le ocurre vivir un siglo, la culpa es de los médicos, tanto cuidado paliativo y tanta gaita...». Antonio Puñales ya no pensaba tanto en el pavor que le daban los muertos mientras tallaba sus narices o dulcificaba el rictus de sus cejas, porque había decidido ahorrar todo el dinero que pudiese para viajar cuanto antes a Finlandia y

conocer a Tuula, la chica verdirrubia que hablaba castellano. Cada día de trabajo era un día menos en la cuenta atrás, y a Antonio Puñales le gustaba planteárselo así, en términos positivos. Desde que Tuula apareció todo era más bello, mucho más luminoso. Le bastaba recordar fragmentos sueltos de sus largas conversaciones de madrugada para sentir que ahora su vida tenía un sentido.

—Iré a verte.

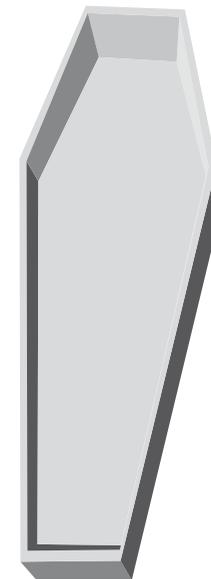
—Te esperaré.

Tuula y su sonrisa boreal. Antonio Puñales pensaba en ella, en su carita de pez bondadoso y su pelo con reflejos verde manzana, de camino al trabajo en el vagón de metro, mientras calculaba el precio del billete de avión a Helsinki y del largo viaje en trineo que debería hacer después, acompañado con un guía sami, para llegar al pueblo de Tuula. Tuula con su collar de huesos de bacalao y sus jerseys blancos como la nieve. «Aquí no existe otro color, por eso me gustan los cuadros de tu bata», solía decirle ella, melosa.

Tuula, ay, el amor.

Realmente, ninguno de los dos hubiera podido imaginar por entonces que el mismo destino que había decidido ponerlos en contacto a partir de una simple interferencia de señales televisivas, ese destino caprichoso que hasta les había hecho de traductor para que pudieran entenderse, tenía previsto separarlos así, de cualquier modo, igual que puede destrozarse de una simple patada el muñeco de nieve más sonriente. Y es que ni Tuula ni Antonio Puñales contaban con lo que sucedió esa mañana de lunes, en apariencia tan triste y nublada como todas las mañanas de lunes.

Le bastaba recordar fragmentos
sueños de sus largas conversaciones
de madrugada para sentir que ahora su
vida tenía un sentido.



—Ésta de aquí es Dulce. A partir de ahora te ayudará con el pelo de los fiambres —le dijo Marcelo Limón al presentársela—. Así practica para cuando abra su propio negocio y de paso deja un poco presentable al personal, que falta le hace. Dile tú dónde puede dejar sus cosas, Puñales.

Marcelo Limón salió del taller y los dejó a solas, parados frente a frente. A Antonio Puñales no le hizo ninguna gracia tener que compartir su espacio con la hija del jefe, que además seguro que era tan desagradable como él, pero supo que no le quedaba más remedio. Saludó con un frío movimiento de cabeza a Dulce Limón, que ya llevaba puesta su bata impoluta de peluquera, y le indicó con un gesto el armario en el que podía colocar el maletín de los peines y sus secadores de pelo. Dulce Limón le dio las gracias con voz de azúcar y sonrió al pasar a su lado, dejando en el aire un ligero aroma a jabón de almendras. Aquella mañana estuvo trabajando incansablemente, y Antonio Puñales se sorprendió varias veces mirándola maniobrar con sus tijeras y la plancha alisadora. Dulce era morena, llevaba el pelo corto como una monjita y tenía cara de corazón. Trataba las cabezas de los muertos con una deferencia exquisita, como si fueran clientes vivos de su peluquería a los que deseara mimar para que volvieran. No dudaba en masajearles el cuero cabelludo con sus dedos regordetes y hasta les aplicaba mascarillas especiales para hidratar sus raíces muertas. También les cantaba bajito, como acunándolos, al ponerles los rulos, y además olía como los ángeles. No temía a los muertos, podría decirse incluso que le gustaban, y él se sentía a salvo en el taller cuando la tenía cerca. Tal vez por esa razón, después de unos cuantos días, Antonio Puñales se descubrió reconociendo que Dulce Limón no se parecía en nada a su padre.



TAL Y COMO había prometido, Tuula continuó esperando noche tras noche, a pesar de que hacía mucho tiempo que aquel español que hablaba con tanta gracia el finés ya no aparecía nunca en la pantalla del televisor. A veces reponían *Centauros del desierto* o *La diligencia* en la televisión, y las noches boreales se le hacían un poco más llevaderas. Seguía sonriendo, pero quizás algo menos que antes, porque ya no era tan feliz. Una madrugada, el reno blanco no se acercó hasta la ventana para estampar su hocico en el cristal. Tuula jugueteó pensativa con una de las vértebras de bacalao del collar de su madre y comprendió, al fin, qué cosa es el olvido •

Una **ADVERTENCIA** y tres mensajes en el mismo correo

ANA CLAVEL

Habitar la casa de otro
es extraña experiencia.

JOSÉ LUIS CUEVAS



Querido Samuel:

Cuando me cambié a tu casa no me importó echar por tierra varios de mis planes. Tenía pensado irme de vacaciones a la playa o tomar ese curso de fotografía que te había comentado, pero las vacaciones de este año se sumaron a las de años anteriores. La verdad es que aunque no me hubieras presionado yo me habría ofrecido a quedarme en tu casa. A fin de cuentas, pensaba, somos amigos. Ahora te escribo por lo que va quedando de esa amistad. Tu beca de especialización en Inglaterra (¿recuerdas cuánto luché yo también por obtenerla?) está por terminar y, por lo tanto, tu regreso es inminente. Pero, Samuel, no vuelvas. Quédate por allá. ¿Acaso no me dijiste la última vez que llamaste por teléfono todas las oportunidades que te han brindado para que permanezcas en Liverpool? La razón que argumentas para rechazarlas me parece insustancial. ¿Que te has dado cuenta de que amas a Lorena? No regreses, Samuel, te lo pide tu buen amigo Luis, ¿recuerdas?, el que presentaba por ti los exámenes de geometría analítica y análisis químico. No regreses.

Buenos días aquellos, ¿no? Yo iba a tu casa a pasarte los apuntes que perdías por no asistir a clases. La pobre doña Carmen se mortificaba mucho cuando descubría tus inasistencias, pero siempre la calmabas con un beso. ¿Te acuerdas? En esa época yo sólo tenía acceso a tu recámara y, de vez en cuando, al comedor, donde, por cierto, está el único espejo que hay en toda la casa. Ahora es distinto, y aunque puedo abrir todas las puertas, no lo hago. Sólo uso las que conducen a la cocina y a tu dormitorio. Creo que cuando vivía tu madre hacías lo mismo: por las mañanas a la hora del desayuno y en las madrugadas al regresar de tus parrandas.

Quizá te sorprenda si te digo que llevo más o menos la vida que hacías aquí. En serio. El buen Luis ha cambiado, tanto que es probable que ya no lo reconozcas. O quizá lo conozcas demasiado. Sé que bastará un dato para que te convenzas de ello. ¿Recuerdas ese disco de Jimi Hendrix que te regalé cuando cumpliste los veintiuno? Sí, aquel disco de colección con portada de muchachas desnudas que no podías conseguir por ningún lado. A mí el tal Hendrix (a pesar de que tú repetías que era el mejor requintista del mundo) nunca me agradó mucho que digamos, y cada vez que me invitabas a oírlo prefería inventarte cualquier excusa e irme a mi casa. Hoy, sin embargo, me gusta. Pero no creas que de repente haya comprendido el error de mis apreciaciones, sino que tengo la sensación de conocer el disco a fondo. Es más, la primera vez que lo escuché a solas pude precisar sin ningún trabajo cuáles transportaciones de tono, arreglos musicales y armonías continuaban. Era como si lo hubiese escuchado, según tu costumbre, noche tras noche antes de dormir.

Sin embargo me parece que no estoy cumpliendo con la finalidad de este correo porque, aunque te he platicado algunas de las cosas que están ocurriendo, hay otras de las que no estoy completamente seguro y prefiero confirmar antes mis sospechas. De cualquier forma...

► 2

Samuel:

Al paso que voy mucho me temo que tampoco podré terminar este segundo mensaje. ¿Las causas? No quiero saberlas del todo. ¿Las disculpas? Perdón, perdón, perdón, perdón, perdón (las que faltan para mil, si te interesan, compléталas tú). Ya en serio, si tus amiguitas del club llegan puntuales a la hora convenida para la fiesta de hoy, es probable que no lo concluya y que, obvio, no te lo envíe.

El buen Luis ha cambiado, tanto que es probable que ya no lo reconozcas. O quizá lo conozcas demasiado.

¿Sabes? Al principio no entendía cómo te las arreglabas sin espejos. Porque salvo el que cubre de extremo a extremo una de las paredes del comedor, no hay otro en toda la casa, y eso de bajar cada mediodía semi-dormido con riesgo de resbalar no me ha hecho ninguna gracia. Es por eso que mi barba chayotera —como tú acostumbrabas llamarla— está tupida y ya me explico que tú tampoco te afeitaras. Pero debido a que la cuestión de los espejos no me dejaba en paz (creo que hasta llegué a comentártelo en el mensaje anterior), formulé varias hipótesis. Sólo que ninguna me convenció por completo.

Roído por conjeturas idiotas que no me conducían a ningún lugar resolví coger el asunto por la cola, meterlo en un frasco vacío y arrojarlo a la basura.

La respuesta vino después por sí sola. Bastó llevar una vida nocturna (con sus crudas realidades por las mañanas) para entenderlo. A nadie le gusta verse a primera hora en un estado tan deprimente. Es por eso que ahora yo también evito los espejos, por lo menos en seguida de levantarme. Es más, este hecho me obligó a cambiar mi forma de vestir, a preocuparme por estar más presentable. Lo bueno es que las chicas de la compañía se han dado cuenta de mis esfuerzos y hasta me coquetean. No es broma. Ya era justo que no me tomaran sólo como el «amigo de Samuel».

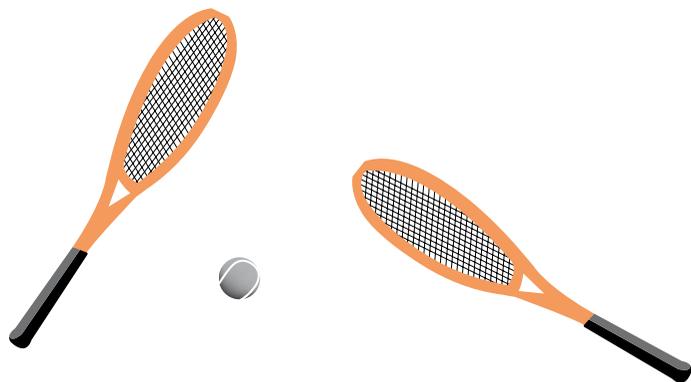
La casa la mantengo en las mismas condiciones en que tú la tenías antes de marcharte. Luchita sigue viniendo una vez por semana como cuando estabas aquí. Como ves, no ha habido gran cambio después de tu partida.

Pero hay algo por lo que debo pedirte disculpas. ¿Recuerdas mi cuerpo enclenque y debilucho? Pues he subido varios kilos, de modo que tu ropa me sienta a la perfección. También la de deportes. Y he tomado tus raquetas y hecho uso de la membresía que tienes en el club. Después de todo, ¿no crees que es mejor que alguien las aproveche? Pero no creas que fue tan sencillo. La primera vez que me atreví a ir al club estaba nervioso, temiendo que de un momento a otro me descubrieran. Sin embargo, no sucedió así.

Me imagino que a pesar del frío y del engorro del curso de especialización la has de estar pasando muy bien. ¿Ha cambiado tu envidiable color bronceado? Dicen que allá hay albercas con aire acondicionado y luz de playa artificial. ¿Las frecuentas? Yo, gracias al club y a tu condominio de Cuernavaca, tengo un color de *latin lover* que nada tendría que envidiarle al tuyo.

¿La estás pasando bien allá? Pero qué pregunta. Conociéndote, es seguro. Y ésa es otra buena razón para que te quedes definitivamente. Aprovecha las oportunidades que mencionaste y, por favor, no regreses.

Los mensajes anteriores debieron llegarte la semana pasada. Pero como no los mandé, ni siquiera puedo culpar al correo. Los añadiré a éste que apuradamente escribo. Te envió los tres porque repetir los dos anteriores con todos los datos que ahora sé y que entonces desconocía es —tú mejor que nadie lo sabe— bochornoso para quienes odiamos el género epistolar. Si no fuera porque conozco tus gritos de la misma manera que empiezo a acostumbrarme a los míos, te hablaría por teléfono para terminar con todo esto. Mira, como el tiempo apremia —y las ganas también— sólo podré referirte a grandes rasgos lo que sucedió. ¿Recuerdas la última vez que me enviaste un correo? Entonces me dijiste que lo que te impedía quedarte en Liverpool eran tus deseos de volver a ver a Lorena. Que tu rompimiento con ella había sido una locura. Hoy te comprendo. Antes sólo la conocía por referencias tuyas, pero precisamente el día que escribía el mensaje anterior llegó con las demás chicas. Venía dispuesta a hacer las paces. Dice que estuvo una temporada en la playa —como se lo recomendaste para sus nervios— antes de venir aquí, a esta casa y conmigo. De nuevo, al igual que con los discos y tantas otras cosas, bastó que la viera para reconocerla y saber lo que pasó entre ustedes, es decir, entre nosotros. Eres un maldito mentiroso. Ella no tuvo la culpa. Bueno, comprendo que quisieras salvar el orgullo. Lo que no comprendo es cómo pude dejar que en mis mensajes anteriores el buen Luis aflorara y te pidiese que «por favor» no regresaras. No lo hagas. Sería lamentable. Mira, ya basta. No quiero llegar tarde a mi boda. Hazme caso y no vengas, no tanto por las propiedades de que me he adueñado sino porque conoces a Lorena y dices amarla. Le causaría una grave crisis enterarse de la existencia de dos Samueles •



EL ENCARGO

PABLO MONTOYA



Cuando Cristóbal prendió el carro, flotaba en el aire el rastro de los encapuchados. Poco antes habían salido del bosque de eucaliptos aledaño a la carretera que conduce a Itagüí. Jesús estaba descubierto y fue el único que habló. Cristóbal prendió un cigarrillo y ofreció el paquete a quienes quisieran. Ninguno aceptó. El golpe del bulto en la maleta fue seco. Uno de ellos se frotó las manos con aceleración y varias veces se escupió sobre las palmas. Pesado el hijueputa, exclamó Jesús con una sonrisa portentosa de dientes. Los dos subalternos afirmaron con la cabeza.

Cristóbal tenía que llevarlo hacia el otro extremo de la ciudad. Ondular, con su chevette amarillo, por entre las subidas y bajadas que las montañas del occidente de Medellín propician. Allá en Betania, sentenció Jesús, hay espacio suficiente. Diga que va de parte nuestra y no tendrá problemas. Había pocas horas para efectuar el trabajo: sólo las que iban de la medianoche hasta el amanecer. Pero la temperatura estaba fresca y en el cielo titilaba un prodigio de estrellas.

El chevette era viejo cuando Cristóbal lo compró. Despoblado de ornamentos, pronto fue atiborrado de imágenes de Cristo, de María Auxiliadora y de frases desprendidas de los Evangelios. Ahora era un altar con estrellas fulgurantes, cruces psicodélicas y corazones sangrientos. Cristóbal se encomendaba a él todos los días con fervor. El radio se veía exhausto pero aún sonaba en las emisoras, y al poner los casetes la música tardaba un poco en emerger, coja y desafinada, del pasacintas. Una vez más, miró la misericordia de los corazones rojos, se echó la bendición, pisó el acelerador y el taxi se hundió en la oscuridad.

Fue en el paso por la iglesia de La América que Cristóbal escuchó el silbido. Un viejo compadre, tocayo suyo, le alzaba la mano desde la otra orilla de la calle. Trabaron un saludo de sorpresa porque eran muchos los años sin verse. Sucedió el abrazo, no demoraron en precipitarse las anécdotas y supieron encontrar la calidez de la antigua cotidianidad compartida. El nuevo Cristóbal invitó a un par de aguardientes en una caseta cercana. Se aparcó el taxi y la música empezó a sonar. El alcohol favoreció el hambre. Comieron morcilla y papas que acompañaron con un par de copas más. Ante la insistencia de su tocayo, Cristóbal dijo que iba para Betania. Tiene que estar uno muy desocupado para meterse ahora por esas faldas, exclamó la vendedora. Parecía la mamá de las morcillas que se extendían, brillantes y negras, en la cacerola. Cristóbal sonrió y le propuso al otro que lo acompañara.

Mientras cruzaban Belencito, las trompetas de un mariachi gritaron afónicas en el pasacintas. De inmediato, tal vez por el reconocimiento de que nuevamente transitaban calles y casas en medio de la quietud de las madrugadas, se despertó la nostalgia. Hablaron de los años pasados cuando, en Manrique, habían trabajado para una banda de narcotraficantes. Evocaron aventuras surcadas de mujeres, marihuana, cocaína y asesinatos. Rieron con las extravagancias de algunos de sus amigos ya fundidos con la muerte. ¡Qué locura, cierto!, exclamó el segundo Cristóbal. El primero lo miró cómplice y fue cuando relató su conversión. Eran pocas palabras —güevón, encontré a Dios y ahora Él me habita— para decir que su mundo se había tornado no feliz pero sí llevadero. Existían obstáculos económicos, pero el alma estaba por fin protegida de tanta incertidumbre y aceleración. La paz siempre tiene su precio, concluyeron con seguridad.

En Betania se desgajó la lluvia. Las estrellas se habían ocultado poco antes por unos resplandores que provenían del sur. Un solo limpiaparabrisas se movía con un ruido quejumbroso. Cristóbal, mientras iba desempañando con el dulce abrigo el vidrio delantero, contaba su historia. Desintegrada la banda, se largó para Urrao y allí le había sobrevenido también una suerte de conversión. Laboraba desde hacía dos años en la vigilancia privada y se turnaba en las porterías de varias unidades residenciales de El Poblado. En ésas estaba, especificando lo de los horarios de trabajo, cuando el taxi frenó de repente. Un hombre espigado y cubierto con un impermeable se aproximó. Tenía una metralleta y en el casco una linterna. La música se desvaneció y quedó suspendido en la atmósfera el vaivén desacompañado del limpiaparabrisas. Cristóbal dijo a su tocayo que esperara y se bajó.

Los dos hombres se perdieron por un momento del horizonte de la visión. Cristóbal cambió el casete y puso el de vallenatos. Tomó de la cajetilla uno de los cigarrillos. Al dar la primera bocanada se asustó por el golpe de la maleta que se cerró. Enseguida vio el rostro incómodo de su amigo. ¿Qué pasa, compadre?, dijo. Nada, respondió el otro, que tenemos que seguir para arriba. Explicó que en Betania no había espacio y que por los lados del Socorro tenía más probabilidades para que lo atendieran. Todas están llenas, maldita sea, exclamó Cristóbal mientras prendía el carro. El portero sonrió y dijo que no había problema. Aún falta para que amanezca, agregó, y subió el volumen de la música.

Subieron por una carretera llena de huecos. A esa hora de la madrugada, y a tales alturas, empezaron a sentir frío. A Cristóbal, que tenía húmedos los pies, le provocó tomarse otro aguardiente. Ahora los truenos traspasaban con ímpetu sordo las ventanillas del chevette. El tocayo hubiera dicho que no, pero ante el aguacero desatado aceptó parar. Entraron a la Salzamentaria Uribe. Adentro había varios hombres que escuchaban corridos. Todos parecían ensimismados viendo desde las mesas caer la lluvia. La historia de un guerrillero y un paramilitar, que habían sido grandes amigos y que al final de la canción se destrozaban en una cantina, parecía suceder en un universo distante. Y ustedes para dónde van, dijo uno que estaba armado. Cristóbal se acercó y, mientras se secaba la cabeza con las manos, dijo que se trataba de una diligencia. Pronunció el nombre de Jesús y se alivió la prevención. La lluvia, afuera, no amainaba. Arremetía a través de ráfagas intermitentes, como si alguien desde arriba maniobrara una inmensa arma invisible. El cielo se nos va a venir encima, dijo el viejo que atendía tras el mostrador. Los relámpagos iluminaban de vez en cuando una intemperie de arbustos y casuchas que aguantaban las sacudidas del viento y los latigazos del agua.

Hace días que estamos copados, dijo el militar. Cristóbal frunció el ceño con impaciencia. Entonces, dijo, me lo llevo para la casa o qué. El hombre levantó los hombros, se encaró con el taxista y le susurró al oído: Es problema suyo. Lléveselo si quiere y ábrale un hueco debajo de su cama. Luego regresó a su silla, apoyó la frente contra la culata de la metralleta y volvió a mirar con indolencia el rencor del aguacero. El viejo sirvió las copas. Tenía un temblor en las manos. Su voz fue pedregosa cuando comentó que por los lados de Santa Rosa de Lima no había tanta congestión. Ayer nomás alguien como usted estaba en las mismas y por allá lo desembalaron. Los dos Cristóbal se hicieron un solo hombre en los



destellos de los ojos. Apresuraron los aguardientes y pagaron. Abordaron de nuevo el taxi y, después de patinar en la calle empantanada, se enrumbaron hacia el otro barrio.

La geografía era extraña y la lluvia la tornaba aún más inhóspita. Ninguno de los dos conocía las vías sin pavimentar que formaban el ventisquero de Santa Rosa de Lima. Durante un tramo largo no vieron a nadie. La música también se había difuminado. Afuera, una calma súbita mermaba los torrentes de la lluvia. Sólo caía una garúa que dejaba un vaho en los vidrios del carro. Al portero se le ocurrió lo de la pala. Pero en la maleta del taxi sólo estaba el gato. Ni siquiera tengo linterna, repuso triste el tocayo. De pronto, la calle se interrumpió. Salieron del chevette y comprobaron que más allá del rayo de luz que despleaban las farolas había un barranco. Fumaron durante un rato y sopesaron las posibilidades que tenían. Ya no alcanzaba el tiempo para cavar una fosa así tuvieran dos palas. A Cristóbal no le sonaba la idea de dejar el encargo tirado en cualquier parte y tomar el camino a Itagüí. La risa de Jesús se le interponía a cada instante y, además, el pago aún no se había realizado.

De súbito, un disparo sonó y su eco cortó el resuello del taxista. El cuerpo de Cristóbal se derrumbó y sus ojos crecieron hasta paralizarse en un gesto impertérrito. Compadre, llamó varias veces el otro. Este último había podido protegerse detrás del taxi. El cigarrillo del taxista todavía estaba suspendido en los dedos y ardía como un brasero diminuto en medio de la llovizna. Otro bombazo se produjo y estalló una de las ventanillas del carro. Y otros más sonaron en la noche mientras Cristóbal desbocaba el taxi, como un tobogán enloquecido, calle abajo.

A lo lejos, en el oriente, surgió el amanecer. Con lentitud, el sol ponía una estela translúcida de amarillos sobre las cimas de las montañas. Cristóbal cuadró el carro en la orilla de la avenida del río y abrió la maleta. El bulto no era muy pesado. Cauteloso, lo acomodó al lado de unos arbustos. El rumor del metro, que pasaba al otro lado del río, apresuró sus pasos. Se lanzó al carro y pisó el acelerador con fuerza. Más tarde, en una calle de Itagüí, descendió. Antes de cerrar la puerta y arrojar las llaves por una alcantarilla, recordó la música y los cigarrillos. Tomó los casetes y el paquete y, con rapidez, abandonó el taxi •

Gabriela, EL ESCRIBIENTE Y yo

CAROLA AIKIN

Da miedo la ciudad vacía de gente. Da miedo el caos de objetos esparcidos. La Gran Avenida es un cementerio de autos, carteras, motos tiradas, bolsos, documentos, maletines, autobuses, llaves, ¡tantas, tantas llaves! En el aire rosa ululan los edificios: se estiran, se contonean como gigantes vertiginosos. Nadie. No ha quedado nadie salvo la mujer parada en la acera, el vestido algo desordenado. De sus manos cuelgan las bolsas de la compra, sus ojos recorren despacio el techo de la ciudad, se pierden en el cielo, en las formaciones rosáceas que parecen irse disolviendo unas en otras. Abajo, los edificios ya no bailan sobre sus goznes. Es plena hora punta en la Gran Avenida. Hora punta para el silencio, para lo incomprensible. Las pertenencias de los desaparecidos yacen agolpadas en las escaleras del metro de donde la mujer acababa de salir hoy lunes, día de mercado. No sólo se han desvanecido las personas, sino también los árboles, los gorriones, las palomas. La mujer está muy pálida. Parece una estatua con escote floreado en uve. A sus pies, entre el revuelto de periódicos y revistas, hay un montón de zapatos. Tras ella, junto a la boca de metro, el quiosco donde ha buscado refugio hace apenas minutos, o apenas horas o días o siglos. En algún pedazo de tiempo ella salía, luego intentó parapetarse en ese pequeño kiosco mientras estallaba el ruido, todo el ruido, y los remolinos de eco chocaban entre sí y contra todos y le levantaban las faldas y liberaban su cabello del moño tirante, lo sacudían en el aire colapsado de gritos y sombreros. Quizá fue por puro instinto que la mujer chilló a la vez que aullaban las ondas sonoras, con ojos prietos, hasta que todo paró. Una mujer fuerte y hermosa y compacta. Una mujer que se agacha, rompiendo

la extraña quietud que emana de la súbita inmovilidad de la materia. Lentamente, deposita sus bolsas. Toma, uno a uno, los zapatos que se apilan sobre la acera. Con qué delicadeza los examina, los sitúa en abanico a su alrededor. Todos zapatos impares y absurdos.

Al fondo de la Gran Avenida brilla hoy la puerta de la ciudad, con su vencedor en lo alto, erguido e indómito sobre un caballo de piedra. Más allá, envueltos por la bruma, se extienden los suburbios, las grúas, las grúas que ya no chirriarán, la autopista fantasmagórica, silente, que acorralla a las montañas. Ya no coge el horizonte en el horizonte. Pareciera que el cielo se hubiese achicado unas cuantas tallas y se desprendiese por los bordes. Un cielo de papel.

Esto no es forma, le oigo decir a la mujer. No es forma ni hay derecho. Ha reacomodado las sagradas bolsas junto al semáforo. Se está quitando la rebeca, la dobla, la pone encima de las compras, se ordena el pelo, se alisa la ropa. Comienza a organizar la calle. Maletines aquí, paraguas allá. No piensa. No debe pensar. Carteras todas juntas, después incluso podrán clasificarse por nombres. Complementos. Paños. Joyas, anillos, pulseras, pero ¿y los relojes? ¿Es que nadie llevaba relojes? No debe pensar. No piensa. Es bonito el escote floreado en uve, los pechos asomados y blancos y el correr de las manos tras el sudor. El vestido se adhiere a su cuerpo, lo redondea, aprieta su cintura. ¿Y las llaves? ¡Tantas llaves! La mujer respira hondo, toma el aire enrarecido, luminoso, violáceo. Respira fuerte. Murmura. Es una de esas mujeres que hablan mientras trabajan, que están acostumbradas a dialogar con los pasillos interminables, sucios, sucios de sueños, de deseos ahogados en cubos de agua con lejía. Ella sabe de los espacios que ocupan otros. Sabe dejarlos como si no hubiesen pasado por allí, como si no hubiesen dormido o comido o trabajado allí. Conoce bien las limpiezas, los rastros, los secretos que nadie se molesta en esconder, ¿a quién le importa lo que piense una fregona? La mujer ríe, se tapa la cara con las manos. Tiembla. Lloro ante la avenida regada de coches, abrigos, casas de mil plantas, carteles publicitarios, corbatas, medias, blusas. ¿Es que han marchado desnudos?

¿Es que esperan que ella se ocupe de todo hasta que les dé la gana de volver? Da miedo. Da miedo la ciudad vacía. Hay hasta carritos de bebé con sonajeros, chupetes. Todos idos. Igual que en esas fotos antiguas donde nadie existe ya. Tanta gente. ¿Por qué?, se pregunta,

¿y por qué no yo? Y las azoteas de los edificios, imponentes como monolitos, incrustan sus antenas en el cielo. No imaginó que se podía llegar a esto en una mañana de lunes, en el atasco permanente de vehículos y cuerpos, en la lucha por llegar cada quien a su destino. La Gran Avenida, hoy.

La mujer se ha echado en la acera. Parece una diosa dormida al final de una batalla, los cabellos sueltos y castaños, la nuca destapada. Cómo deseo acostarme a su lado, comprobar que aún le late el corazón. Olerla. Decir su nombre: Gabriela, Gabriela. Le explicaré que nada importa, que fue el ruido harto de tanto ruido lo que estalló. No se podía seguir así. No se podía, susurro en su oído. Ella grita, me aparta con rabia. ¿Quién es usted? Sus lágrimas caen sobre mi camisa arremangada, mojan mis muñecas. Sólo quedamos nosotros, le digo. ¿Cómo «nosotros»? ¿Quién se cree que es usted y cómo sabe mi nombre? Reprimo la risa muy a duras penas. Quiero acariciarle la mano, tranquilizarla, pero Gabriela se ha levantado furibunda a recoger sus cosas. Mire, no estoy dispuesta a aguantar prepotentes, dice, los ojos duros, irónicos. Y menos ahora.

Se marcha cargada con sus bolsas, la rebeca puesta de cualquier manera sobre los hombros. Avanza con seguridad, pisoteando todo lo que encuentra a su paso.

No podrá ir muy lejos, me digo, y deleito mis ojos con el contoneo de sus nalgas fuertes, musculosas. Toda una inspiración. Ha colocado las bolsas del mercado sobre su cabeza, como hacen los indígenas cuando tienen por delante un trayecto largo y cansino: un brazo en la cadera, el otro sosteniendo el equipaje. Gabriela camina por la avenida, una figura esbelta, pequeña, tan pequeña. Se dirige a las montañas con paso firme. Ni una sola vez se ha vuelto a mirarme. No le intereso. No le intereso yo.

He comenzado a sentirme débil. Estoy cansado, de pronto muy cansado. En el pequeño cerco que Gabriela ordenó me siento en otro país, un país seguro con fronteras delimitadas a base de montones de periódicos, de prendas y zapatos. Me rodea sin embargo un continente salvaje, inexplorado, y tengo miedo. Pienso con rabia en Gabriela: yo había cambiado el mundo para tenerla conmigo. Yo he descrito a Gabriela. Yo la he convocado: le hice salir del metro para que todo estallara. Odio las multitudes, me hacen sentir solo. Y ahora

estoy terriblemente solo en este pandemónium creado por mi propia desesperación. Gabriela me ha abandonado en el fin del mundo. Pienso que quizá me apresuré en revelar su nombre. Sí, eso es. Debí haber sido más cauto, haberme disfrazado de personaje que sufre el mismo estentóreo destino. El afán por sobrevivir juntos me habría llevado a su lecho, sólo que no me pude aguantar. Mi Gabriela.

Inesperadamente se ha puesto a llover. El cielo descarga unas aguas azuladas que tintinean como campanillas de iglesia antes de tocar el suelo. El aire transporta olores metálicos. Pareciera que la ciudad estuviese encerrada en un gran vaso de vidrio, las campanas se escuchan cada vez más alto. He tenido que refugiarme en un soportal. Dudo de todo. ¿Dónde estará Gabriela con sus bolsas en la cabeza? Decido buscarla y salgo y corro. Todo se ha salido de mi control. Estoy perdido, perdido. La humedad empaña mis ojos. Avanzo a golpe de fuerza bruta, con una especie de instinto animal. No noto mi cuerpo. Sólo oigo entrar y salir el aire y el sonido metálico de esas diabólicas campanas. No importa qué le diga a Gabriela cuando la encuentre, necesito refugiarme en su calor.

Llego por fin hasta ella. No puedo dar crédito. Se me ha abalanzado cual pantera y me araña el pecho y grita: ¡Hay alguien más! ¡Otro hombre!, y no sólo sabe que me llamo Gabriela, también dice que usted se llama Sebastián. ¿Será posible? Increpa con furia. ¡Somos tres! Y sí, somos tres. Y él, el otro está aquí, como siempre, conmigo. Está con nosotros, en la lluvia, en el sonido de las campanas, en el repiquetear de las letras. Él entra y sale de este escenario techado en vidrio. Y así debí decirle a Gabriela. Pero de nuevo miento y con un hilo de voz le pregunto ¿Sabe usted adónde fue? Ella se echa a llorar en mis brazos. Ahora, por el momento, es mía y no de él. Él no la creó.

Estoy tranquilo. Hace días que Gabriela y yo estamos juntos. Ella parece haber desistido de su idea de irse a las montañas. No quedan plantas ni animales, le he dicho repetidamente. Ella pregunta por el resto del mundo, pero no sé nada, está muy lejos, demasiado. El problema es la comida, la falta de electricidad, la escasez de agua. Tenemos el tiempo contado. Gabriela ha organizado una buena despensa, yo encontré la mejor *suite* de la ciudad para los dos. Ella me hace muchas preguntas, parece aceptar el desastre con buen ánimo. A veces

baila, le encanta bailar. Es bailarina, dice, era bailarina, mejor dicho. Esto me violenta un poco, sobre todo porque vaya a enterarse de que la tomé por fregona. Pero la tengo conmigo. A menudo me repito: Gabriela está conmigo. Sólo que no siempre. A veces caen grandes aguaceros y ella me pide que la deje tranquila un rato. Entonces salgo a mojarme y a correr y a sacar afuera la desesperación que me causa ese sonido de campanas. Cuando vuelvo está acostada y desnuda y sudorosa. No oculta su relación con él.

Sebastián, me dice en un susurro, Sebastián, ¿por qué no intentas escribir de nuevo? Creo que si lo hicieras podríamos salir de aquí, tener una vida normal.

Me echo junto a Gabriela, le hago cerrar los ojos, intento borrar las caricias, los rastros que él deja en su vientre. «La noche era una hembra de tobillos rosados», escribo sobre su piel. No, quejiquea ella, no vuelvas con eso, venga y dale con lo mismo. Me levanto afligido de su cama. Me asomo a mirar con impotencia la destartalada ciudad. Luego, sin poder retener la ira tomo a Gabriela por los cabellos, le exijo que me diga cómo se llama su amante. Pero no lo sabe porque él no tiene nombre. Es un narrador sin nombre, un escribiente. Sólo espero no hacer con Gabriela lo mismo que hace él. Y me avergüenzo.

Hoy, siempre hoy, hemos descubierto en la segunda planta de unos grandes almacenes un ordenador que funciona con baterías. Gabriela me ha ido dictando el nuevo orden de la ciudad y yo he escrito con suma obediencia cada una de sus palabras. Me preocupa bastante la credibilidad del texto. También quizá la estructura, algo desenfrenada, no acabe de soportar el problema del tiempo. Pero para Gabriela nada de eso importa. Ella asegura que las necesidades básicas están cubiertas. Después de hacer el amor se ha quedado dormida. Qué plácida se la ve. Ha pedido un gran teatro, una maravillosa orquesta, una villa con jardines, fuentes, pavos reales. Y todo, todo exquisitamente ordenado. La lista es inmensa. He optado por las comas. Sólo al final hay un punto y antes del punto su nombre y el mío. Él no nos ha dejado ninguna otra opción. Ahora empieza el verdadero duelo entre nosotros. No paro de repetirme que, suceda lo que suceda, lo que importa es que hoy Gabriela está conmigo y no con él •

Prácticas corporativas

ADRIÁN CURIEL RIVERA

En Herámburo, país oriental de reciente creación cuyas jurisdicciones y fronteras cambian como las fases de la luna, el vicepresidente de una próspera compañía que se ha propuesto la humanitaria, loable y onerosa meta de satisfacer la demanda sexual de los que por distintos motivos están solos en el mundo pero cuentan con el apoyo solidario de un teléfono, móvil o convencional, el vicepresidente, decíamos, fue llevado al banquillo de los acusados por hacer una llamada obscena a una telefonista de la propia compañía. El fluctuoso cuerpo deliberante que conoció la causa, compuesto un día por cinco magistrados y al día siguiente por uno, magistrado este último que a la sazón era también el presidente de la empresa, de Herámburo y del Tribunal Único de Justicia, haciendo caso omiso de que la pena que imponía no estaba prevista en código alguno, cosa que es comprensible puesto que en Herámburo no hay códigos, dictó, por no decir que apuntó en una hoja de papel que no aparece por ningún sitio, una sentencia de cadena perpetua. Según la versión más difundida, la operaria se había negado a practicar un beso negro, ya que «hasta en las peores profesiones debe guardarse un poco de ética», como ella misma manifestó en el juzgado antes de describir la forma en que su interlocutor había montado en cólera resolviendo acto seguido acudir personalmente a la cabina para hacer valer sus derechos de cliente digital. Hay que tomar en cuenta que en Herámburo la *pornoconomía* activa se persigue con severidad, mientras que sus nacionales están autorizados, espoleados más bien, al constituir

una valiosa fuente de empleos y un incentivo imponderable para el crecimiento del producto nacional bruto, a sobrellevar con resignación casi alegre la *pornoconomía* pasiva. El magistrado que integraba el tribunal del segundo día, al levantar la sesión, quiso destacar, a título personal, «el mal gusto del condenado, pues un beso negro no se pide ni por teléfono».

Las circunstancias que rodean el caso no dejan de ser nebulosas. Si escarbamos un poco sobre la pátina del expediente, que por supuesto ya fue archivado, lo que dificultará un poco la tarea, y se presta oído a otras versiones extrajudiciales, descubriremos los recelos e intereses monopolísticos que se ocultan en el fondo de este asunto. Resulta que el presidente de Arúmbaro, país vecino de jurisdicciones y fronteras tan lunares como las de Herámburo, planeaba colocar las primeras piedras de una prometedor compañía análoga. No se sabe a ciencia cierta si con la mejor de las buenas voluntades o de las malicias, en señal de amistad, le obsequió al cándido vicepresidente caído en desgracia un teléfono portátil rojo. El líder de Herámburo fue informado de «la traición» por los *auriculaespías* encargados de radar la frecuencia y espacio de cobertura de la competencia. En el calabozo, sin embargo, en una era en que las telecomunicaciones han sustituido la voluntad popular de Rousseau, y las empresas a los estados, el prisionero mantiene viva la esperanza de que los vientos de las ganancias mercantiles cambien de rumbo: los accionistas de Arúmbaro «fusionarán» a los de Herámburo, a él lo incorporarán a los nuevos puestos directivos y, teniendo la sartén por el mango, hará que su arruinado verdugo repte por los suelos implorando un escarmiento benigno. Entonces se invertirán los papeles y tendrá oportunidad de cobrar aquella vieja deuda oscura porque, al fin y al cabo, el cliente siempre tiene la razón ●



El amanecer de Rothko

(Cuento en seis villanelles* narrativas,
ocho cartas de póker y algunas líneas sueltas)

CRISTINA RIVERA GARZA



I: LO QUE EL PÁJARO OBSERVA A TRAVÉS DE LA VENTANA:

Hay un hombre que coloca piezas de ropa dentro de una maleta grande.
Poco a poco, a un ritmo regular, el hombre se desliza con cierta lentitud desde los pies de la cama, donde se encuentran desperdigadas todas las prendas, hacia el clóset, en cuya parte baja se abre de par en par el equipaje. El hombre emprende el mismo recorrido una y otra vez: órbita lunar.

Lo hace metódicamente, sin levantar la vista.
Caminar: un pie delante del otro.
Hay un hombre que coloca piezas de ropa dentro de una maleta grande.

Hay una mujer también, pero ella está sentada sobre las almohadas de la cama, la espalda contra la pared.
Sobre las piernas cruzadas en forma de flor de loto sostiene un libro que lee en voz alta.
El hombre emprende el mismo recorrido una y otra vez: órbita lunar.

* VILLANELLE: 1586, from Fr., from It. *villanella* «ballad, rural song,» from fem. of *villanello* «rustic,» from M.L. *villanus* (see *villain*). As a poetic form, five 3-lined stanzas and a final quatrain, with only two rhymes throughout, usually of pastoral or lyric nature. *Online Etymology Dictionary*, © 2010 Douglas Harper.

Una lámpara de pie a su derecha.
Una lámpara encendida.
Hay un hombre que coloca piezas de ropa dentro de una maleta grande.

El pájaro inclina el cuello, como si reaccionara ante las palabras que no puede escuchar del otro lado del vidrio.
El abrir y cerrar de los párpados.
El hombre emprende el mismo recorrido una y otra vez: órbita lunar.

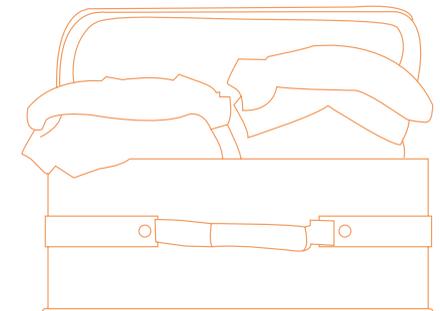
La noche oscura; tan oscura.
Si éste fuera el pájaro que visitó la ventana de una novela de DeLillo, seguramente estaría gorgoreando las palabras «mundos imposibles».
Hay un hombre que coloca piezas de ropa dentro de una maleta grande.
El hombre emprende el mismo recorrido una y otra vez: órbita lunar.



*La luz que emite la ventana de la habitación alumbra apenas una calle solitaria
bordeada de encinos*



II: LO QUE OBSERVA EL PASEANTE NOCTURNO:
Un pájaro que canta de noche.
Qué raro.
Hay un pájaro que canta de noche.





III: LO QUE LA MUJER OBSERVA CUANDO CIERRA EL LIBRO Y NO DICE YA NADA MÁS:

El hombre se ha desplomado en el centro de un sillón mullido, de espaldas a la ventana por la que un pájaro negro espía la habitación.
Empequeñecido por el tamaño del mueble, el hombre parece más agotado de lo que está. Los brazos caídos a los costados del cuerpo.
Los ojos abiertos.

La frente inmóvil.

La mujer seguramente imagina un sombrero sobre esa cabeza de cabellos cortos y rubios.

El hombre se ha desplomado en el centro de un sillón mullido, de espaldas a la ventana por la que un pájaro negro espía la habitación.

Piensa, esto también con toda seguridad, que se trata de un hombre atormentado.

Un hombre de tiempo atrás; otro siglo incluso.

Los ojos abiertos.

Alguien que no sabe.

IV: LO QUE EL HOMBRE OBSERVA DENTRO DE SU CABEZA:

El hombre se ha desplomado en el centro de un sillón mullido, de espaldas a la ventana por la que un pájaro negro espía la habitación.

Si la mujer leyera el poema elegido al azar, deteniendo el dedo índice sobre las hojas en movimiento, ahora mismo volvería a posar la vista sobre sus letras y emprendería, de nueva cuenta, la lectura en voz alta.

Leer, a veces, es huir.

Los ojos abiertos.

El pájaro escucharía el eco: *You want to get out, you want to tear yourself out, I am the outside, I am snow.*

Y afuera, entonces, nevaría.

El hombre se ha desplomado en el centro de un sillón mullido, de espaldas a la ventana por la que un pájaro negro espía la habitación.

Los ojos abiertos.



La noche convertida de súbito en un blanquísimo sudario al contacto con la voz. *Wrenching your way through*, continuaría, tartamudeando.

This is urgent, cerraría el libro entonces, un golpe seco, y él, desde el sillón, luchando contra un cansancio infinito, la conminaría a continuar.

Los ojos abiertos.

It is your life, murmuraría en un tono cada vez más bajo, avergonzada.

La noche convertida de súbito en un blanquísimo sudario al contacto con la voz.

The last chance of freedom.

V: LO QUE EL AUTOR DEL POEMA OBSERVA DESDE LA VENTANA DE SU ESTUDIO LEJOS DE AHÍ, EN OTRO LUGAR:

This is urgent, cerraría el libro entonces, un golpe seco, y él, desde el sillón, luchando contra un cansancio infinito, la conminaría a continuar.

Un par de niños juegan con bolas de nieve.

Ríen, eso es obvio por los gestos de los rostros, aunque la risa no puede atravesar el cristal.

La noche convertida de súbito en un blanquísimo sudario al contacto con la voz.

Sus cuerpos dejan marcas sobre la nieve que, sin embargo, desaparecen pronto. Tabula rasa.

This is urgent, cerraría el libro entonces, un golpe seco, y él, desde el sillón, luchando contra un cansancio infinito, la conminaría a continuar.

VI: LO QUE EL HOMBRE OBSERVA DESDE LA CAMA (RETROSPECTIVA):

El pájaro lo mira con curiosidad desde la intrincada rama de un encino.

La noche convertida de súbito en un blanquísimo sudario al contacto con la voz.

This is urgent, cerraría el libro entonces, un golpe seco, y él, desde el sillón, luchando contra un cansancio infinito, la conminaría a continuar.



Negro sobre negro.
Se han borrado ya las arrugas que su cuerpo hizo brotar en la tela del sillón.
Nadie ha estado ahí, cavilando.

Sopesar significa levantar algo como para tantear la importancia que tiene o para reconocerlo.
Nadie escuchó en ese lugar los sonidos de las palabras que lo hicieron sonreír al incorporarse lentamente, como si tuviera más años o más peso.
Negro sobre negro.

Esto: un cuerpo que se aproxima a través de mucho tiempo.
Nadie evitó mirar atrás: el rostro bajo el sudario de la nieve.
Nadie ha estado ahí, cavilando.

Nadie.

VII: LO QUE EL HOMBRE OBSERVA DESDE LA CAMA (PROSPECTIVA):
Negro sobre negro.

Los pies, bajo las mantas grises, forman escarpadas montañas pequeñísimas.
Las rodillas.
Nadie ha estado ahí, cavilando.

Las caderas.
Recuerda las palabras y ve las letras flotando dentro del aire tibio de la habitación.
Negro sobre negro.
Nadie ha estado ahí, cavilando.



Recuerda las palabras y ve las letras flotando dentro del aire tibio de la habitación.
Respirar es un movimiento.
El techo, sin grieta alguna, tabula rasa hecha de nieve.

Cuando se inclina sobre la cabeza de ella, como el pájaro antes sobre la escena de los dos, se pregunta sobre sus sueños.

Gorgorea: Mundos imposibles.

Recuerda las palabras y ve las letras flotando dentro del aire tibio de la habitación.

Un hilillo de saliva sobre el mentón.

Qué raro.

El techo, sin grieta alguna, tabula rasa hecha de nieve.

Hay un pájaro que canta de noche.

Las manchas del labial sobre las orillas de las almohadas.

Recuerda las palabras y ve las letras flotando dentro del aire tibio de la habitación.

Impresionismo.

Los cabellos: jirones en forma de signos de interrogación.

El techo, sin grieta alguna, tabula rasa hecha de nieve.

El omóplato es una quimera óptica.

El hombre, su mano derecha sobre el hombro de la mujer, finalmente cierra los ojos.

Recuerda las palabras y ve las letras flotando dentro del aire tibio de la habitación

El techo, sin grieta alguna, tabula rasa hecha de nieve.



VIII: LO QUE NADIE VE:

Es un amanecer estupendo.

La luz emerge poco a poco por las orillas del mundo visible hasta que se derrama, todavía con delicadeza, en el centro de todo.

Iridiscente.

Los árboles adquieren forma.

VIII: LO QUE NADIE VE:

Una rama es una rama.

Los troncos.

La luz emerge poco a poco por las orillas del mundo visible hasta que se derrama, todavía con delicadeza, en el centro de todo.

La multitud trepidante de las hojas.

Dicho de un ave, aletear significa mover frecuentemente las alas sin echar a volar.

VIII: LO QUE NADIE VE:

Dicho de un hombre significa mover los brazos a modo de alas.

En el rectángulo de la ventana, al que conforman dos cuadrados claramente diferenciados, se asienta poco a poco el color rojo.

La luz emerge poco a poco por las orillas del mundo visible hasta que se derrama, todavía con delicadeza, en el centro de todo.

El proceso de impregnación.

Se trata de un momento apenas; no más.

VIII: LO QUE NADIE VE:

La luz emerge poco a poco por las orillas del mundo visible hasta que se derrama, todavía con delicadeza, en el centro de todo.



El pájaro emprende, de repente, el vuelo. Aletear también significa cobrar aliento •

Epidemia

VICENTE ALFONSO



DE LEJOS se veía como una mancha flotando en el agua verdosa; en medio del océano como un nido de sargazos. No era ni la sombra del cadáver recio que debió ser días antes: el sol lo había lamido, el mar lo había escaldado. Cuando nos acercamos nos dio lástima verlo al garete, sin coronas de flores, sin lápida, sin oportunidad de cumplir la vocación de los muertos, que es regresar al polvo.

Llevábamos casi siete semanas sin tocar tierra. Así como el barco dejaba atrás una estela de espuma blanquecina que se perdía en el agua, nosotros comenzábamos a abandonar la esperanza del regreso. Y no era por el tiempo, sino por los rumores que llegaban cada vez con más fuerza: se decía que en tierra se había desatado una epidemia, que las víctimas se contaban ya por miles. Eso nos contagiaba de una preocupación oscura que en el rigor de las noches se parecía mucho al miedo.

Era mediodía cuando lo encontramos. No estaba totalmente desvestido, llevaba un pantalón de tela blanca sucio y roto, guantes en ambas manos y una alpargata en el pie izquierdo. Flotando así, boca abajo, era imposible determinar su origen: los días en el agua salada habían hinchado el cuerpo y nos fue difícil reconocer desde la borda el contorno de lo que podía haber sido un tatuaje en su espalda, pues ahora era sólo un bulto de carne corrupta. Sin embargo, el capitán dio la orden de recuperar los restos y guardarlos en un barril, por si acaso después obteníamos más elementos que permitieran aclarar la identidad de aquel sujeto o al menos la causa de su muerte.

Allí comenzó la discusión. Era inevitable. El médico a bordo advirtió que la decisión podía ser peligrosa, pues no podíamos descartar que el cuerpo incubara males contagiosos.

—Usted cumpla con su tarea —ordenó el capitán.

—Mi tarea es también asesorarle, capitán.

—Bien, pues ya lo hizo. Suban el cuerpo.

—Entienda, es un riesgo innecesario —insistió el médico.

La expresión del capitán se endureció aún más. Algunos de los que figoneábamos comenzamos a alejarnos no sólo por temor a que su ira estallara como un cristal contra el suelo, sino porque entendimos que izar al muerto podía ser peligroso si en verdad había sido víctima de la epidemia. Sin que mediara una palabra nos dividimos: una parte de la tripulación, menos de la mitad, miraba desafiante al capitán; el resto exploraba detalles nunca vistos sobre el piso de cubierta, oteaba el húmedo infinito o cruzaba gestos silenciosos y cómplices. Eso sí: nadie se movía.

—¡Muévanse, carajo! —gritó el capitán—. ¡Olviden el barril: quiero ver a ese hombre tendido en la cubierta!

Retardando las acciones, algunos comenzaron la tarea de rescatar la carroña flotante: practicaban con parsimonia los nudos en las cuerdas, respiraban aire salado mientras con largos travesaños acercaban el cuerpo descompuesto.

—No sea idiota, capitán. Le repito: es peligroso —insistió el médico—. Ya no podemos salvarlo. Lo único que gana es ponernos en riesgo a los demás.

—¡Cállese! Usted ya cumplió con su deber; le aseguro que ahora yo voy a cumplir con el mío.

—¡Es una estupidez!

El capitán no contestó, sólo lanzó un golpe seco al estómago del médico, que cayó pesado y aturdido sobre la cubierta.

—Tiren a este idiota al agua —ordenó a quienes no participábamos en el rescate del cadáver.

Así lo hicimos. El médico se ahogaba, manoteaba en medio de un miedo verdoso como el agua mientras los demás hombres extendían el cuerpo putrefacto sobre los tablonos salados de cubierta. El viento olía a zozobra.

Las súplicas del médico manoteando en el agua se oían cada vez menos. O será tal vez que nos concentramos en examinar al muerto. La parte izquierda del rostro estaba mordisqueada por los peces, pero fueron sus manos enguantadas las que nos revelaron su verdadera historia: fue fácil reconocer que también era un médico arrojado por la borda de cualquier otro barco •

El vecino de mis vecinos

JUAN FERNANDO MERINO

Nada más crucial cuando habitas una ciudad tan impredecible y riesgosa como Nueva York que conocer minuciosamente a tus vecinos. Íntimamente. Con mayor razón cuando el destino te ha llevado a vivir en el tercio inferior de Manhattan y a comienzos del nuevo siglo.

No me refiero por supuesto a los vecinos de oficina, fábrica o aula, a los cuerpos que te rodean en el autobús o el *subway* o a los individuos que usurpan tu aire y tu espacio dentro de un elevador atestado, sino a esos vecinos: los habitantes del mismo piso en el edificio que ocupas: aquellos desconocidos que comparten contigo la latitud y la longitud de tus coordenadas exactas, tu rincón mínimo en el mundo: los únicos que escuchan tus sollozos o risotadas detrás de las paredes o por entre las rendijas de los ventanales que dan al patio interior: los únicos que podrían activar la llave de gas en la cocina una de aquellas madrugadas en que se queda entreabierta la puerta de tu apartamento.

Cuando Nueva York es tu ciudad y tus coordenadas se inscriben en los parámetros mencionados no queda más opción que conocer rigurosamente a tus compañeros de piso y determinar el grado de riesgo que corres y las precauciones que debes asumir. Confiar en las personas que te rodean podría ser al peor de tus errores. Mis experiencias fallidas en edificios de varias ciudades de Estados Unidos y en un pueblo de Chile que en aquel entonces no tenía edificios me han enseñado la importancia de la secuencia, el método y la disciplina para llevar a cabo la indagación meticulosa de tus vecinos.

Lo más importante es la disciplina.

Lo más importante es la supervivencia.

Esta vez no voy a fallar.

Ha llegado el momento de tomar cartas en el asunto. Ya no me quedan pretextos para aplazar la tarea: el jueves a mitad del día me despidieron del trabajo. De aquella oficina en el Upper West Side a la que no había faltado un solo día laboral en los últimos diez años. Nueve años, cuatro meses y cinco días para ser precisos. Dicen los periódicos y las emisoras de radio que la mitad de la ciudad se está quedando desempleada y eso fue justamente lo que repitió el jefe de mi jefe. De mi ex jefe. Lo cual no justifica en absoluto que me hayan despedido sin darme tiempo a vaciar los cajones y borrar del computador los mensajes y las fotos que nadie más debería ver. ¡Nadie! Pero no voy a permitir que una cosa afecte la otra. Al contrario, debería pensar que se trata de un guiño del destino, de una indicación patente de que no puedo posponer un solo día la tarea de seguimiento. ¿Qué es un despido más o menos en el gran esquema de las cosas? Poco. Los trabajos van y vienen, los jefes se jubilan, los despide alguien más o se suicidan... En cambio la indagación minuciosa del vecindario podría ser tu tabla de salvación, la clave para asegurar tu supervivencia.

Entonces, ¿por cuál de los vecinos empezar la pesquisa? ¿Por el apartamento de la izquierda inmediata? ¿El segundo de la derecha? (el contiguo está desocupado, o eso parece). ¿Por la veterana actriz de teatro *off-off-Broadway* que siempre me dice *hello*, de vez en cuando esboza una sonrisa y una vez me deseó que tuviera un buen día? ¿O por la joven analista financiera del 7-H (o ejecutiva, o empresaria o manejadora de dineros ajenos; en todo caso con suscripción al *Wall Street Journal*, el *Financial Times* y *Business Week*) que nunca me saluda, jamás me mira más arriba del botón medio de la camisa y una mañana de junio incluso me dio la espalda en el elevador? También podría empezar por la viuda polaca que cinco veces al día saca a pasear por la avenida al perro lanudo (y mal peinado), por el cabrón del 7-D que todos los martes de tres y media a cuatro y media recibe en el dormitorio a mujeres que no llegan a la mitad de su edad, o a un tercio, algunas ni siquiera a la edad legal. O por el suizo de la bicicleta, la coleccionista de plantas y bonsáis del 7-B, el ajedrecista búlgaro...

Por supuesto que hubiera querido investigar en primera instancia al viejo lujurioso del 7-D. Pero antes de concretar la metodología, el seguimiento, los horarios y las coartadas de emergencia, lo pienso mejor y decido cambiar de prioridades. Empezar por la actriz. Tiene que ser así: resulta muy sospechoso que un vecino te demuestre tanta

cordialidad cuando te has quedado solo y con el ánimo por el piso. Si no estaba escrito, ya lo está: desconfía de la amabilidad ajena cuando te duele hasta el alma.

Han pasado seis días desde que me vi obligado a conocer íntimamente a mis vecinos. En vano. Una de las pocas conclusiones útiles de esta primera parte de la misión es lo poco útil que resulta la observación directa de otros ocupantes de un edificio. Después de tres días seguidos de sus noches —con breves intervalos para dormir diez minutos aquí, veinte allá, para comer un bocado, acercar o vaciar el balde con las necesidades humanas— vigilando la sala-comedor-alcoba de la actriz veterana, el sofá-cama de la suscriptora del *Wall Street Journal*, y las porciones de los cuatro dormitorios que se alcanzan a divisar desde mi ángulo, la información servible que he recopilado es muy limitada. Casi desdeñable. Porque la verdad es que me tiene sin cuidado que el lituano del 7-E y la novia del empleado del MTA que alquila el 7-J ensayen posiciones eróticas múltiples mientras el pobre funcionario se gana el pan diario con el sudor de la monotonía. ¿Y qué me importa que la pareja serbia del 7-M consuma algunas noches botella y media de vodka y que luego intercambien ropas, roles y accesorios sexuales? ¡No es para eso que me desvelo! ¡Desde luego que no! Tampoco me interesa que el senegalés del quinto piso, la vecina franco-canadiense del 7-E y el dominicano barbado de quién sabe qué piso y qué edificio estén tratando de formar un grupo de rock. O de fusión-electro-pop-caribe. O de lo que sea. ¡Si son malísimos! Y además no tienen en su repertorio ni una canción original.

Tantas horas en vela, comiendo alimentos extraídos de latas o ya fríos, sin estirar las piernas al sol y tan sólo para descubrir nimiedades como éstas. Enterarme de pequeñas miserias personales, secretos que no tienen importancia fuera del recinto en que ocurren, traiciones a sí mismos, coitos *interruptus* o desastrosos, banalidades, tristezas... Pero ni el menor aporte a la misión de ponerme a salvo. De protegerme de tal o cual vecino y de ese otro no tanto. Ni la más mínima pista que me indique cuál de ellos tarde o temprano se va a colar en mi apartamento para dejar abierto el gas, va a tratar de envenenar la pizza a domicilio de Domino's, a introducir cristal molido en las botellas de Coca-Cola o de jugo Tropicana que Emilio el de la minitienda de la esquina me deja junto a la puerta los martes y los viernes.

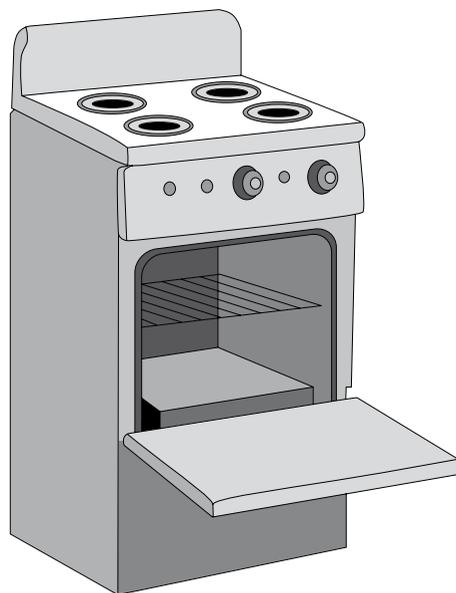
Tantas horas de observación exhaustiva y ni siquiera he logrado aclarar quién escribió aquella nota miserable que un amanecer hace doce días apareció clavada contra mi puerta.

Si Ud. no reduce el volumen de la música después de las ocho de la noche, de la máquina de escribir después de las diez y media y no deja de hacer ruidos guturales al amanecer, nos veremos obligados a acusarlo ante el supervisor del edificio. El piso Séptimo merece consideración y respeto.

ATENTAMENTE
GRUPO DE VECINOS RESPONSABLES

¡Grupo de vecinos! ¡Eso es falso! Con seguridad que no es un grupo. Que es un solo vecino. O vecina. Detrás de esa nota había uno pero no había dos. La dificultad es que puede ser cualquiera de ellos y son doce apartamentos, algunos con dos y unos pocos con tres ocupantes (los bebés, los niños menores de 11 y los inválidos están prohibidos en estas unidades habitacionales). Cualquiera de ellos pudo haber dejado la nota infame. Menos la franco-canadiense, que hace más ruido que yo y hasta más altas horas.

Es indispensable pasar a otra etapa de mis investigaciones. Más moderna y tecnológica.



Si la observación visual y directa de mis vecinos resultó deficiente, la fase tecnológica fue aún menos fructífera. A pesar del comienzo prometedor. En la primera hora y cuarto de la nueva etapa de observación por internet reuní los nombres con que aparecen mis vecinos en el listado de arrendamiento del edificio y los respectivos sitios de estudio, empleo o desempleo. Sin embargo, el posterior seguimiento electrónico resultó nefasto. Siento vergüenza ajena de sólo pensar en las estupideces que descubrí sobre mis vecinos en googlepunto, libredecara.com, romancespunto, etcéterapunto.net. Lo cual a su vez resulta poca cosa si se compara con las banalidades con que me topé al entrar a sus cuentas de correo electrónico. No sabría por dónde empezar a burlarme, a insultarlos, así que no empiezo. Ni siquiera voy a revelar la ridiculez de los mensajes que le envía Rita, la novia del funcionario de Metro Transit Authority, a Kolicius el lituano. Desde una cuenta privada y confidencial de internet que sólo los dos conocen. Cierro sus comillas.

Me he visto en la obligación de hacer un paréntesis. De salir del edificio y del vecindario antes de que las cosas se compliquen aún más. Es por ello que tengo alquilado desde hace día y medio un cuarto de hotel en otro condado, fuera de Manhattan, lo más lejos posible de Union Square. No me importa que sea casi un albergue de ínfima categoría, un cuarto sin ventanas en los confines más desangelados entre Brooklyn y Queens. Al menos no se encuentra demasiado cerca de ninguno de los cementerios, que abundan en esta zona. De eso me aseguré desde un principio. No me gustan los cementerios. Ni el olor de sus árboles y arbustos; menos aún las flores para sus muertos. Es un olor que siempre me pone nervioso. ¿El nombre del hotelucho? No. En las páginas que siguen no voy a escribir el nombre ni el barrio ni la ubicación aproximada. En este momento no confío ni en ti.

La desazón de fondo, el error grave que no me deja dormir, es que al salir tan precipitadamente del apartamento me calcé un mocasín marrón en el pie izquierdo y un zapato negro de cordones negros en el derecho. Lo grave es que en la sala de mi apartamento quedaron juntos y solos un mocasín derecho y un cuero izquierdo. Espero que aquello no despierte las sospechas de los detectives, bomberos y po-

licias que a estas horas estarán revisando todos y cada uno de los apartamentos del séptimo piso. O de sus escombros.

¿Tendría por fuerza que haber pasado así? No lo sé. De verdad que no lo sé. Tal vez no.

El caso es que esta vez, al igual que me sucedió en Saint Louis, en Albuquerque y en Vilcún, las cosas no salieron como había planeado. En parte por culpa mía, sí, por mi culpa, no lo voy a negar, pero sobre todo por el cansancio. Por culpa del agotamiento después de tantos días y tantas noches de desvelo.

Pero volvamos al día D, del desastre.



Había suspendido la vigilancia directa de mis vecinos, aunque con ocasionales reincidencias. La electrónica-cibernetica no iba tan bien; tampoco tan mal. Avanzaba. Pero todo se complicó cuando uno de los vecinos cometió un error garrafal y entonces no me quedó más remedio que pasar a la acción. Con o contra mi voluntad.

Ocurrió más o menos así: una tarde que tuve que bajar al sótano a arrojar mi basura y mis desperdicios —que llevaban tres días y medio acumulándose— se rompió la bolsa de plástico por su propio peso y salieron rodando escalera abajo latas de aluminio, cartones vacíos, cáscaras de huevo y cortezas de fruta. Después de agrupar en el rellano lo que alcancé a recoger, volví corriendo a mi piso en busca de nuevas bolsas.

¡Fue allí cuando la pillé *in fraganti!* Una mujer joven y rubia que llevaba de la trailla un gato persa con la pelambre recientemente peluqueada excepto por la cabeza y la cola. Tenía los ojos clavados a la altura de la mirilla, hacía gestos extraños y mascullaba algo. Un monólogo sin sentido, una oración, una letanía... ¡No! Nada de eso. De repente lo vi claro: lo que esta mujer hacía, aprovechando mi ausencia temporal (que debería haberse prolongado diez u once minutos si hubiera bajado hasta el sótano), era un conjuro. No había duda: la vecina del 7-E estaba lanzando contra mi puerta, mi apartamento, mi persona y mis pocas pertenencias un conjuro envenenado. Una maldición por estrofas.

¿La vecina del 7-E?

Sí, sí, era ella; por supuesto que era ella. La rubia alta y esbelta del 7-E, la franco-canadiense aspirante a compositora y flautista de una banda, la vecina trasnochadora que se lanzaba a cantar, entre tema

y tema de rock ácido, antiguas baladas irlandesas en lengua gaélica, a la una, dos, tres de la madrugada. Sí, claro que era ella. La del 7-E. Hélène.

¡Hélène!

Sólo entonces recordé que una noche congelada, cuando regresábamos muy tarde y muy ebrios de sendas fiestas (o sea, ella de una fiesta con amigos o conocidos y yo de una libación larga y solitaria), me invitó a entrar a su apartamento. No recuerdo bien lo que se dijo, pero por la razón, los impulsos o las carencias que sean, aquella noche nuestros cuerpos se encontraron y se encajaron. Tuvimos o fingimos los orgasmos, da igual, pero antes de separarnos nos dimos un beso en la boca.

¡Lo juro!

Mis labios lo recordarán hasta que todo lo demás sea el pasado. O hasta que sea un tanatorio.

Fue un beso.

Después ella nunca volvió a invitarme, a saludarme, a mirarme. Ni siquiera respondió a la postal de Aruba (comprada en un quiosco; nunca he estado en el Caribe) ni a la nota que introduce con dos alfileres en su buzón de correos.

La verdad es que en su momento aquello me dolió, debo confesarlo. Me dolió muchísimo. Pero todo pasa. Ahora el episodio se me había olvidado por completo. Son ya semanas, o meses, quizás incluso un año desde que pasó aquello.

Es tan sólo una coincidencia más. Hélène y yo coincidimos una noche en la cama (en realidad el suelo) como coinciden tantas personas en este edificio, lícita o ilícitamente, con voluntad y deseo o por pura inercia. O hábito. A veces por confusiones de la noche o zancadillas del alcohol. Poco más. Y casi nunca se besan, como he podido constatar durante estos días de observación y vigilancia.

Pero llegado a este punto de mi misión, los sentimientos y la nostalgia no tienen absolutamente nada que ver.

Porque la pillé *in fraganti*. Sin vuelta de hoja. De modo que era ella el vecino que pretendía hacerme mal. Hundirme más. Acabarme.

Las cosas salieron mal. Lo siento. De verdad que lo siento. Lo repito por última vez: lo siento. Sólo que llegados a ese punto, entre la vecina del 7-E y yo el asunto no tenía otra solución posible. Era sólo cuestión de días. O menos. Quizás sólo de horas.

Su estufa de gas o la mía. Había que decidirlo esa misma tarde •

Kimberle

ACHY OBEJAS

—*Alguien* me tiene que parar —dijo Kimberle. La respiración hacía borrosas sus palabras, transmitiendo un sonido como un uuuch que me obligaba a alejar el celular del oído—. Bueno, *OK*, quizá no es que me tengan que parar. Más bien es algo que alguien debiera hacer... pero claro que entonces eso nos deja con el porqué. En fin, ¿qué más da? Quizá todo lo que ocurre es que yo necesito que alguien me pare. ¿Me oyes?

Y sí, claro que la oía, la oía perfectamente bien. Me estaba pidiendo que no la dejara suicidarse. Todavía no había elegido el método —podía cortarse las venas, o acostarse sobre los rieles del tren en las afueras del pueblo (después admitió que eso nunca hubiera funcionado, que se hubiera levantado al primer temblor del riel, que se hubiera echado a correr, aterrada todo el tiempo de que sus pies se enredaran en los listones y su muerte se considerara un simple accidente... como si ella fuera tan descuidada y vulgar), o sencillamente podía volarse los sesos con una pistola polímera —digamos, una Glock 19— que podía comprar en Wal-Mart o, a mitad de precio, al mismo cretino que le vendía cocaína.

—*Helloo?*

—Te oigo, te oigo —le dije por fin—. ¿Dónde estás?

Dejé mi vw Golf en casa y tomé un taxi hasta el bar de mala muerte en que se encontraba; era la única cara pálida en todo el lugar. El individuo de la puerta —un negro que debía de haber sido adolescente en la era de la lucha por los derechos civiles, pero que sin duda se había criado con la cortesía de la generación anterior— respiró aliviado cuando agarré a mi amiga tatuada, la lancé en su carro y me la llevé para la casa.

Era lo único que se me ocurría y que guardaba cierto sentido para las dos. Kimberle se había quedado en la calle y vivía en el carro —un Toyota Corolla antiquísimo y desbaratado que ahora andaba inestable, con la defensa amarrada con cinta adhesiva. En honor a la verdad, yo andaba

bastante inestable también, afligida con la clase de soledad que se siente en las tripas como una náusea crónica que nunca acaba de salir.

Y era otoño —un tiempo magnífico pero, en nuestro pueblo del medio oeste de Estados Unidos, una estación peligrosa para muchachas de edad universitaria como nosotras. Era como si en estas fechas se produjera una desaparición anual —alguien se esfumaba del dormitorio o no llegaba a la biblioteca. Acto seguido, había un florecimiento de volantes en los postes y murales de anuncios (nunca en los árboles) en que se veía a una muchacha de sonrisa sencilla y se ofrecía recompensa por cualquier información. Como la muchacha siempre era blanca y corriente, había en ella algo familiar. Todos estaban seguros de haberla visto en los predios o en la librería, esperando el autobús o en el Bluebird el fin de semana anterior.

Puede parecer perverso decir esto pero, cada año, esperábamos por esa desaparición no horrorizadas ni despavoridas ni para buscar nuevas pistas que nos llevaran al culpable. Me había criado en ese pueblo y siempre había sido así: esperábamos con anticipación el alivio. Una vez que el psicópata secuestraba a la muchacha, se aplacaba y eso nos permitía escuchar con menos desasosiego los pasos detrás de nosotros en el parqueo y preocuparnos menos cuando salíamos a hacer *jogging* al amanecer. Perdonadas de momento, mirábamos con culpa los volantes, que ya estarían descoloridos y rasgados para cuando llegara la primavera y un granjero, al preparar su campo de maíz para la siembra, descubriera a la muchacha entre los restos delicados de la cosecha del año anterior.

Cuando Kimberle se mudó conmigo en noviembre, la muerte anual todavía no se había producido —el carnicero se había retrasado— y yo me preocupaba por las dos, ella en su carro y yo en mi apartamento de planta baja, con la ventana abierta para que mi gato, Brian Eno, pudiera entrar y salir cuando quisiera. La había arreglado de modo que no se podía abrir más de unas pulgadas —era todo lo que Brian Eno necesitaba—, pero eso significaba que nunca estaba cerrada por completo, ni siquiera en lo más crudo del invierno.

A mi entender, Kimberle y yo éramos presas fáciles. Ambas éramos muchachas varoniles, sonrosadas y tristes. Ella tenía el pelo rubio y lacio, y se le movía como un todo; su rostro era angular, con sombras cinemáticas. (Yo, por el contrario, era suave y algo tropical, con cabellos que terminaban en un carnaval de rizos). Lo que pasaba era que su novia la había descubierto *in fraganti* y la había dejado. Después, se sumió en la depresión. No podía concentrarse en las clases o en su trabajo en el

restaurante, confundiendo órdenes simples, ladrándoles a los clientes, de modo que pronto se encontró en la oficina de empleo (donde su insistencia en salir afuera a fumar le costó el lugar en la cola tantas veces que al fin se dio por vencida).

Días después, al llegar a su casa al amanecer, Kimberle descubrió que el dueño del edificio, por entero consciente de que no tenía derecho alguno a hacerlo, pero convencido de que Kimberle (ahora con cuatro meses de atraso en el alquiler) nunca lo llevaría a los tribunales, la había echado, apilando todas sus pertenencias en la acera, donde las habían registrado los residentes del International House, el dormitorio de estudiantes del Tercer Mundo con becas que ni siquiera cubrían el costo de los libros. Sólo le habían dejado una raqueta de tenis con las mallas rotas, algunas camisetas (todas negras) de festivales de música femenina, libros de sus viejos estudios de teoría marxista (uno con una nota entre páginas que decía: «COMUNISM IS DEAD!», que nos maravilló por su falta de ortografía), y, para nuestra sorpresa, su iBook estropeado (con la pantalla rajada aunque todavía funcionando).

Cuando traje a Kimberle a vivir conmigo, no había reemplazado nada y todo cupo en un solo viaje del Toyota. Le di el futón de la sala para que durmiera, vacié una gaveta de mi cómoda, empujé mi ropa a un lado del clóset y le expliqué mi sistema de ordenar compactos, mis horas de trabajo en un negocio de ahumar carnes que quedaba en un pueblo cercano (le prometí que jamás nos faltaría la carne) y le enseñé mis libros.

Como Kimberle nunca me había visitado después de que yo me había ido de la casa de mis padres —para ser sincera, éramos más bien conocidas que amigas—, recalqué mucho lo de los libros, que había estado coleccionando desde mi primer cheque. Hice hincapié en el librero de primeras ediciones, entre ellas *Native Son* de Richard Wright, *American Dreams* de Sapphire, *Orlando* de Virginia Woolf, una copia rarísima de *The Cook and the Carpenter*, y una edición limitada de la traducción por Langston Hughes y Ben Carruthers de *Cuba libre* de Nicolás Guillén, envueltos todos en Saran Wrap. Había también un puñado de libros de memorias de viajes por la Cuba del siglo XIX, fascinantes por sus comentarios racistas, y algunos volúmenes firmados por sus autores, que incluían novelas de Dennis Cooper, Mario Szichman e Isabel Miller. Con la excepción de *Orlando*, ninguno valía mucho, aunque para mí eran inestimables.

—Éstos nunca salen del librero, nunca se sacan del celofán —dije—. Si quieres leer uno, me lo dices y te conseguiré una copia comercial o una fotocopia.

—Vale —susurró con desinterés. Se inclinó, agotada, en el futón y puso las manos detrás de la cabeza. La musculatura de sus extremidades tatuadas era elegante y relajada, dotada de una flexibilidad que yo llegaría a conocer después en circunstancias muy diferentes.

Kimberle no llevaba en mi apartamento más de un día o dos (llorando y gimoteando, rechazando la comida con la determinación típica de los que recién tienen el corazón partido) cuando noté que *Native Son* había desaparecido. Supuse que ella lo habría bajado en algún momento en que yo le había dado la espalda. Fui al futón y miré alrededor y debajo de la almohada. Las sábanas estaban dobladas cuidadosamente, la frazada también. ¿Había estado alguien en el estudio aparte de nosotras dos? No, ni un alma, ni siquiera Brian Eno, que andaba cazando. Me puse a pensar sobre el dilema: ¿cómo preguntarle a una suicida si te está engañando?

Supongo que debía haber estado mucho más preocupada por Kimberle, dada la amenaza del suicidio que con tanta audacia había anunciado. Pero no era así. Asistí a mis clases; cumplí mi horario de trabajo. No boté mis maquinillas de afeitar, no oculté mis cintos ni apagué el piloto del horno. No que no creyera que ella estaba en peligro, porque sí lo creía. Es que cuando me dijo que necesitaba que la parara, entendí que necesitaba que la cuidara hasta que se recuperara, que, imaginaba, sería pronto. Pensé, de hecho, que cumplía mi deber con traerla a casa y brindarle un sándwich de jamón cereza-ahumado.

La verdad es que me preocupaba mucho más el maniaco cuya presa todavía saltaba por los campos yermos. Cuando iba al trabajo en el carro, miraba los acres de maíz, ahora un terreno de tallos con puntas como lanzas, buscando pistas. En la tienda de carnes ahumadas abría el periódico e iba directo al reportaje policiaco en busca de algo que me diera alguna idea anticipada sobre lo que el hombre haría. Una vez hubo un incidente en el bosque en que un blanco cincuentón, cetrino y vil, se acercó a un par de muchachas e intentó agarrar a una de ellas. La otra resultó ser miembro del club universitario de taecuandó y le desbarató la cara a patadas antes que el tipo lograra escapar. Varios días después me mantuve atenta por si veía a cualquier hombre cincuentón con cara de bistec machacado que fuera a entrar en la tienda. Y evité todos los senderos pastoriles, incluso las rutas de jardines cuidados entre los edificios de la universidad.

Porque la tienda de carnes ahumadas, que por necesidad produce mucho humo y olores fuertes, estaba bastante apartada y, como su clien-

tela era bastante especializada, no había mucho tránsito pedestre y yo pasaba horas sola. (Vendíamos carne para *gourmets* —entre otras de bison, avestruz y cocodrilo— sobre todo por teléfono e internet, aunque lo que más se vendía era una especie de salchicha alemana, tan común por aquí como los perros calientes Oscar Mayer). Después de procesar las órdenes, preparar los paquetes para el correo, llenar las vidrieras, hacer café y agregarle algunas virutas al ahumador, no tenía mucho que hacer más que estudiar mientras evitaba dar demasiada importancia a los ruidos procedentes de afuera que parecían pasos furtivos en el césped, o a las sombras que hacían pensar en cuerpos agachados debajo del alero de la ventana, esperando que yo levantara el marco y expusiera el cuello para ser estrangulada.

Una tarde, regresé a casa y me encontré a Kimberle con mi cuchillo Santoku ante unas pequeñas pirámides que había hecho en la meseta de la cocina: la primera de aros de cebolla, la segunda de ají verde en lascas y la tercera de tentáculos resbalosos de pulpo. Brian Eno estaba de pie en el piso, sus patitas y su vientre de tres colores estirándose hacia el paraíso prometido fuera de su alcance.

—La cena —anunció Kimberle cuando entré en el apartamento.

Me quité las botas a patadas, me quité la bufanda de alrededor del cuello y dejé que el abrigo cayera de mi cuerpo, comentando todo el tiempo sobre el psicópata y su evidente desinterés este año.

—Quizá por fin murió —dijo Kimberle y encendió la llama bajo el wok.

—Sí, eso pensé cuando teníamos quince años, porque aquella vez le tomé hasta enero, ¿te acuerdas? Pero entonces me di cuenta que tenía que ser más de uno.

—¿Piensas que tiene cómplices? —preguntó Kimberle mientras un zarcillo de humo escapaba del wok.

—O un copión —continué—. Quizá más de uno. Ésa es mi teoría.

Fue en ese momento que noté que Sapphire se inclinaba de una manera rara en el librero. *Orlando*, de Woolf, ya no estaba a su lado, dándole apoyo. De haberme puesto a pensar cuál hubiera sido mi reacción en cualquier otro momento, hubiera dicho qué rabia. Pero al ver los libros colocados en una forma que parecían arreglados a propósito, como en un retablo de decoración interior, sentía como si me hubieran dado un golpetazo en el estómago. Todavía

intentaba coger aire cuando me di vuelta y vi a Kimberle. El Santoku había dejado su mano derecha y estaba encajado en los nudillos de su izquierda. La sangre apenas fluía entre sus dedos pero corría con rapidez alrededor de la pila de pulpo, que ahora parecía herida y viva.

Llevé a Kimberle al hospital, en donde le cosieron la piel. En el viaje de regreso a casa apoyaba la mano, ahora brillante e hinchada como un anfibio aposemático, sobre el tablero de instrumentos del carro. Viajamos en silencio. Llevaba la cabeza inclinada y los ojos cerrados, amenazando con salirse por el parabrisas.

Cuando llegamos a casa, las pirámides de cebolla y ají estaban intactas pero el pulpo había desaparecido. Las huellas de las patas de Brian Eno iban directas a la ventana. Kimberle se colocó inestablemente bajo la luz, su cara en las sombras.

—¿Qué pasó con *Native Son*, con *Orlando*? —pregunté, sentándome en el futón.

Se encogió de hombros.

—¿Te los llevaste?

Giró lentamente sobre el talón de su bota, arrastrando el otro pie a su alrededor.

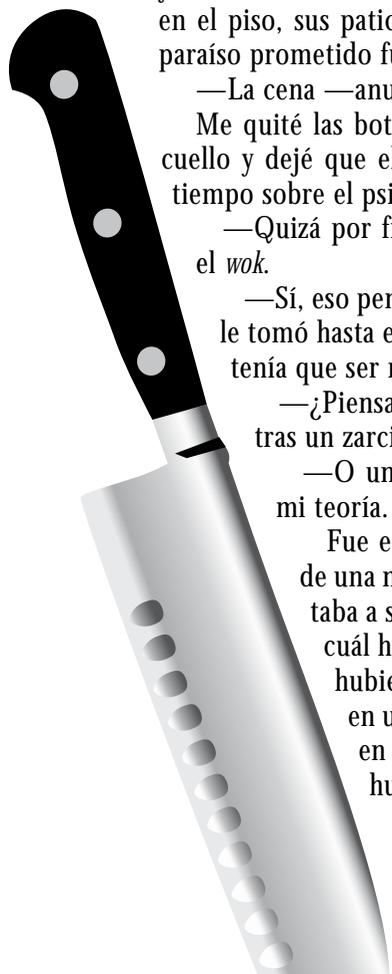
—Kimberle...

—Me duele —dijo—, de verdad que me duele. —Su piel se había puesto roja, azulada. Entonces se lanzó a mi regazo, hecha un mar de lágrimas.

Una semana después, *Native Son* y *Orlando* seguían faltando, pero Kimberle y yo no habíamos podido hablar del asunto. Nuestros horarios no coincidían y mi mamá, viuda y sola al otro lado del pueblo (confundida por mi decisión de vivir lejos de ella, pero mostrando tolerancia), había ido a visitar a unos parientes en Miami, dejándome a cargo de su gato —hermano de Brian Eno—, un equilibrista atrevido al que había dado el nombre de Alfredo Codona, como el trapecista mexicano que había matado a su ex esposa y después se había suicidado.

Esto complicaba mi vida un poco más de lo usual y me sentía hecha leña después de vérmelas con Alfredo, preso por el momento en su casa, cuyas frustraciones lo llevaban a tumbar sillas, romper marcos y regar revistas y todo tipo de adorno a diestra y siniestra. Sentía como que tenía que reconstruir la casa de mi mamá cada noche mientras ella estaba de viaje.

Una vez, llegué a mi apartamento tan cansada que fui directo a la bañera; acabé de desnudarme cuando el agua caliente pellizcaba mis



rodillas. Ajusté la temperatura y me dejé hundir, soplando burbujas ruidosas. Emergí sin ni siquiera levantar los párpados. Usé los dedos de los pies para cerrar la pila y entré en un estado semisonámbulo del cual ni mi madre ni Alfredo Codona podían sacarme, *Native Son* y *Orlando* estaban milagrosamente en su lugar de nuevo y Kimberle... Kimberle... reía.

—¿Cómo...?

Me levanté de un tirón; el agua salpicó la ropa que había tirado en el piso. Oí abrir la puerta del refrigerador y después voces tenebrosas. Saqué el tapón y tomé una toalla para cubrirme pero, cuando abrí la puerta, me asustó la oscuridad de la sala. Oí el crujir del futón, una risita de complicidad y el maullido ansioso de Brian Eno del otro lado de la ventana, inesperadamente cerrada. Para mi sorpresa, Kimberle había traído a alguien a la casa. No me gustaba para nada la idea de que se acostara con alguien en mi sala, pero no habíamos hablado de eso —me había imaginado que con ella, una supuesta suicida, no habría necesidad de esa charla. Ahora me veía desnuda y mojada, mirando a Kimberle sobre su amante, tan ágil como el verdadero Alfredo Codona en la cuerda floja.

Afuera, Brian Eno maullaba golpeando ligeramente con sus patitas sobre el vidrio. Me encogí de hombros, como si ella pudiera entender, pero todo lo que logré fue que chillara aún con más fuerza; llovía afuera. Me aseguré la toalla y comencé a atravesar la habitación en el mayor silencio posible. Pero cuando intenté abrir la ventana, sentí una mano en el tobillo. Su calor subió por mi pierna, infundió mi vientre y se trabó en mi garganta. Miré y vi el brazo de Kimberle, sus tatuajes palpitando. En lugar de hacer que me soltara, me incliné para abrir sus dedos y ahí me encontré con ella cara a cara. Sus labios relucían, y debajo de su barbilla se veía una curva lechosa con el pezón excitado... ella se movió para acomodarme como si fuera la cosa más natural del mundo. No sé cómo o por qué, sólo que mi boca ansiosa se abrió al pecho extraño, probando su sabor mezclado con el ligero olor a tabaco de la saliva de Kimberle.

Fue luego, cuando Kimberle y yo descansábamos a cado lado de la muchacha, que la reconocí como vendedora de una librería del pueblo.

Para mi sorpresa, Kimberle había traído a alguien a la casa. No me gustaba para nada la idea de que se acostara con alguien en mi sala, pero no habíamos hablado de eso...

Parecía deslumbrada y satisfecha, su hombro junto a Kimberle mientras acariciaba mi vientre con suavidad. En ese momento me di cuenta de que, a pesar de haber estado juntas en las más íntimas maniobras, Kimberle y yo no nos habíamos besado y apenas tocado.

—Dale, *banana boat queen* —propuso Kimberly con una mueca astuta mientras me pasaba una cachada. ¿*Banana boat queen*? Y pensé: ¿De dónde sacaba eso? ¿De dónde coño sacaba que tenía permiso para eso? La muchacha entre nosotras se erizó.

Entonces Kimberle rió.

—No te preocupes —le dijo a nuestra invitada—. Puedo hacer lo que me dé la gana; ésta y yo nos conocemos hace mil años.

En realidad no sé cuándo conocí a Kimberle. Siempre había estado presente, a partir del momento que llegamos de Cuba, refugiados agradecidos pero confundidos. El suyo era un mundo solitario y misterioso. De eso me di cuenta por primera vez en mi tercer año de secundaria, cuando regresaba de la escuela un anochecer de invierno. Kimberle detuvo su Toyota a mi lado y preguntó si quería botella. En cuanto me monté me ofreció un cigarro. Dije que no.

—Un hábito repugnante de todos modos. ¿Quieres ver algo?

—¿Qué?

Sin decir palabra, Kimberle dirigió el Toyota hacia las afueras del pueblo, más allá del último bar de mala muerte, de los pequeños centros comerciales y de los parques de tráilers, más allá de la entrada a la carretera, hasta que se metió por un caminito de grava con campos de maíz en pleno florecimiento a ambos lados. Había un olor salobre, a tierra mojada mezclada con nicotina. El Toyota se revolvía en la grava pero Kimberle, doblada sobre el timón, tenía una expresión bien decidida.

—¿Estás lista?—preguntó.

—¿Lista... para qué? —repose, mis dedos aferrados al cinturón de seguridad que llevaba sobre mi hombro.

—Para esto —susurró.

Entonces apagó las luces del carro. Hundió el pie en el acelerador y nos lanzó por un túnel negro, los neumáticos escupiendo piedras mientras el carro bailaba de un lado a otro, siguiendo el proyector misterioso que la luna proporcionaba ... por un instante, quedamos suspendidas en el aire y el tiempo. Mi vida no pasó frente a mis ojos como tal vez hubiera esperado; en lugar de ello, vi imágenes de gente desesperada en un mar sin orillas; multitudes ante el rostro del Che, vagando por la Quinta Avenida o el Támesis o las costas del Bósforo; espejos, mercurio y agua; un

retrato de mi familia en La Habana de años atrás; mi madre con su pelo enredado, mi padre inclinando su sombrero en Nueva Orleans o Galveston; las sombras de aves del paraíso contra una pared de mampostería; un sepulcro profundo y acuoso, después otro paso más largo, y un rastro de huesos. En ese momento, la plata lunar grabó los filos de los tallos del maíz, convirtiéndolos en espectros con capas negras...

—¡Nos matamos!— grité.

Minutos después, el Toyota dio un frenazo mientras ambas jadeábamos desorientadas. Una nube de humo nos rodeó; apestaba a podredumbre y gasolina. Abrí la puerta de un empujón y me arrastré afuera, donde inmediatamente vomité.

Kimberle gateó por el asiento, prácticamente encima de mí. Sus brazos me sostuvieron.

—¿Estás bien? —preguntó, respirando con fuerza.

—Dios mío —exclamé, mi corazón como un tambor—. ¡Eso fue increíble!

No había pasado una semana de la cita con la muchacha de la librería cuando Kimberle trajo a la casa a otra mujer, esta vez una profesora de estudios de Europa occidental que había andado con un cubano durante un semestre en Bucarest. En lugar de esperar a que me topara con ellas, habían ido directamente a mi cuarto, envueltas en frazadas y tan desnudas como recién nacidas. Iba a protestar —desconcertada por su intrepidez— pero casi al momento me sedujo el calor sedoso de la piel a ambos lados de mí. Segundos después, sentí algo duro y frío contra mi vientre y vi a Kimberle con un arnés y una salchicha alemana colocada en ella. La profesora suspiraba mientras yo guiaba el punto de la carne. Me lamía y mordía mi barbilla mientras Kimberle empujaba pulgada a pulgada sitiofilica dentro de ella. En un momento, Kimberle se apoyó en mí en busca de equilibrio, su boca rozando la mía. Traté de alcanzarla pero se volvió. Le acaricié la oreja, pero sacudió la cabeza, rechazándose.

Después —la profesora entre nosotras— nos estiramos suntuosamente, el cuarto con fragancia de ajo, pimienta y sudor.

—Tremendo sandwichito cubano que tenemos aquí —comentó Kimberle, pasándome la hierba para lo que ahora parecía como la cachada obligatoria después de templar acompañada por el comentario un tanto racista. La profesora se puso tensa. Igual que la muchacha de la librería, le daba la espalda a Kimberle. En vez de frotar mi vientre, colocó la cabeza en mi hombro y se durmió felizmente.

—*Kimberle*, tienes que parar —dije. Vacilé conteniendo la emoción—. Ah... me tienes que devolver mis libros. ¿Me entiendes?

Tenía la cabeza enterrada bajo la almohada en el futón, la luz brillante de la madrugada cubría su hombro desnudo. Con la sábana a medio camino por su espalda, parecía un ángel sin cabeza.

—Kimberle, ¿me estás prestando atención? —Hubo un movimiento imperceptible, una contracción nerviosa—. Tú... oye, estoy hablando contigo.

Se irguió, los ojos nublados.

—¿Por qué piensas que me los llevé yo?

—¿Qué...? ¿En serio?

—Pudo haber sido la muchacha de la librería, o la profesora.

Después del *ménage*, la muchacha de la librería había llamado para invitarme a cenar, pero no acepté. Y la profesora había pasado dos veces por casa, una vez con flores para mí, otra con una primera edición de *Mental Radio* de Upton Sinclair. A pesar de lo tentadora —lo dolorosamente tentadora— que era esa rareza de 1930, había dicho que no.

—Le diré a Kimberle que estuviste aquí —anuncié, mordiéndome el labio.

—No vine a ver a Kimberle —había respondido la profesora, sus dedos estirando mis rizos, cosa que me había sacado de quicio.

Kimberle me miraba ahora, esperando respuesta.

—Los libros habían desaparecidos antes de lo de la muchacha de la librería y la profesora —insistí.

—Oh.

—Tenemos que hablar de eso también —tragué. Tenía la boca seca. Bajó la cabeza de nuevo.

—¿Ahora? —preguntó, su voz distante y débil, como si fuera la última comunicación de una nave hundiéndose.

—Ahora.

Saltó del futón: el fibrocartilago de los huesos de su cadera tenía un aspecto puro. Tembló.

—Ya —anunció, dirigiéndose al baño.

Me deje caer en el futón, oí su orina caer en la taza y el agua de la pila correr. Exploré el librero con la vista, imaginando dónde hubiera puesto *Mental Radio*. Silencio.

Entonces:

—¿Kimberle?... Kimberle, ¿estás bien? —Corrí al baño y agarré el pomo de la puerta—. Kimberle, déjame entrar, por favor —le rogué, imaginándola colgada del techo; las venas lanzando una cascada roja a la

bañadera; o esa pistola polímera, comprada justamente para el momento en que ella se la metería en la boca y...

—Kimberle, coño, carajo... —Entonces le entré a patadas a la puerta, una y otra vez, hasta que la cerradura se dobló y la puerta abrió—. Kimberle... —Pero allí no había nada, apenas mi aliento que el frío convertía en vapor mientras contemplaba la ventana abierta, la tela metálica inclinada sobre la bañadera.

Salí corriendo del edificio y miré a todas partes, pero no había rastro de ella, ni huellas en la nieve, nada. Cuando intenté arrancar mi vw para buscarla, el motor gimió y murió. Tomé las llaves del Toyota, el cual cobró vida como en burla, y lo puse en marcha atrás, sólo para tener que frenar de inmediato a fin de evitar un pisicorre que iba de paso. El Toyota se sacudió, la defensa atada con la cinta adhesiva cambió de lugar, casi desplomándose, mientras que yo me aferraba al timón con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos; el corazón me saltaba en el pecho.

Después de eso, me aseguré de que pasáramos el mayor tiempo posible juntas: leyendo, haciendo *jogging*; cocinando venado que traía de la tienda de carnes ahumadas, rellenándolo con pasas y peras, o haciendo hamburguesas de bisonte ahumado con cebollas Vidalia y tomillo. Cualquier noche, ella podía traer a casa alguna muchacha a quien atendíamos con nuestra creciente pericia acrobática. En un momento, me di cuenta de que *American Dreams* faltaba del librero, pero ya no me importaba.

Una noche a finales de enero —nuestro psicópata todavía suelto, aún sin víctimas— regresé a casa del trabajo oliendo a mezquite y encontré a Kimberle esperándome.

—Te tengo una sorpresa —dijo, ayudándome a quitarme el abrigo—. Dios mío, hueles... ay, ¡estás riquísima!

Me llevó a mi cuarto, en donde una mujer claramente ansiosa, y muy embarazada, nos esperaba en la cama.

—Vaya, Kimberle, yo ...

—Hola —dijo la mujer en una voz ronca, aterrorizada. Llevó la sábana a sus amplios pechos. Podía ver sus areolas gigantes y negras a través de los hilos de la tela, su vientre como si fuera a explotar.

—Esto va a estar buenísimo, te lo prometo —susurró Kimberly, empujándome hacia la cama mientras me quitaba el suéter.

—No sé... yo...

En cuestión de minutos, Kimberle conducía mi mano dentro de la mujer, que apenas se movía mientras nos rogaba que nos besáramos, que por favor nos besáramos para complacerla.

—Lo necesito, necesito verlas...

Volví hacia Kimberle, pero estaba atenta a su tarea. Dentro de la mujer embarazada, mis dedos medían lo que parecía un cráneo fetal, dientes de bebé, un hilo de sangre. De buenas a primera, la mujer comenzó a sollozar y saqué la mano; me sentía turbada y confundida. Tomé mi ropa del piso y me disponía a salir del cuarto cuando sentí algo suave y blando debajo de mi pie. Me incliné y descubrí un ratón de campo a medio comer, una ofrenda sangrienta de Brian Eno, quien me lo acercaba a zarpazos, los colmillos expuestos y salvajes.

Monté en el vw y, después de un rato dándole cranque, logré arrancarlo. Lo conduje fuera del pueblo, más allá de los centros comerciales, los campos de maíz y la carretera en donde, años antes, Kimberle me había hecho sentir tan cabronamente viva. Cuando llegué a la tienda de carnes ahumadas, me subí a la litera que mi jefe tenía allí para cuando trasnochaba trabajando con carnes delicadas; emanaba a carne acre y a hombre. Afuera, podía oír ramas que se rompían, pasos ajenos, un búho. Cerré los ojos para evitar las sombras que se agitaban en la ventana sin cortinas. La frazada rasguñó mi piel, las paredes gimoteaban. Temblando en la oscuridad, comprendí que quería besar a Kimberle... y sólo por mi propio placer.

Tomé mi ropa del piso y me disponía a salir del cuarto cuando sentí algo suave y blando debajo de mi pie.



A la mañana siguiente, hubo una tormenta de hielo y mi carro una vez más se negó a arrancar. Llamé a Kimberle y le pedí que me viniera a buscar. Cuando el Toyota entró en la calzada, monté antes de que Kimberle pudiera parquear. Me incliné hacia ella, pero me viró la cara de nuevo.

—Oye, lo de anoche... mira, discúlpame... —pidió, evitando mirarme a los ojos.

—Ok. —Los neumáticos del Toyota giraron en el hielo por un instante, después lograron tracción y cogieron camino—. ¿Qué pasó con tu amiga?

—No sé. Se fue para su casa. Le dije que la llevaría pero no quiso.

—No me sorprende...

—¿No te...? Mira, la cosa era divertirnos, nada más. No entiendo por qué se tuvo que joder todo.

Recosté la cabeza en la ventanilla que el hielo hacía borrosa.

—¿Cómo coño se te puede haber ocurrido eso?

—Nada, pensé que podíamos... hacer algo diferente. ¿No quieres hacer algo diferente de vez en cuando? Eh... si tú quisieras hacer algo, yo lo tendría en cuenta.

¿Había algo que yo quería hacer? En cuanto lo dijo, sabía lo que era, pero sólo por razones perversas:

—Quiero hacer un pastel con un hombre.

—¿Con... con un hombre?

—¿Por qué no?

Kimberle se sorprendió tanto que de momento perdió el control del carro, que resbaló en el borde de la carretera, después patinó y volvió al camino.

—Pero... qué... ¿qué haría yo?

—¿Qué te imaginas? —el tipo iba querer vernos, vernos tocándonos.

—Mira, yo no voy a... y él... —Pasaba la vista de mí al camino, cada curva rumbo al pueblo ahora un poco más resbaladiza, menos segura.

Asentí, exasperada:

—¡Pues claro!

—¿Pues claro qué?...

—Kimberle, ¿nunca se te ha ocurrido pensar en nosotras?

—¿Nosotras? No hay ningún *nosotras*.

Apreté el freno antes de que quedáramos más allá del asfalto, pero la resistencia fue catalítica: el carro describió un arco en el aire y giró en doble ocho mientras los neumáticos traseros golpeaban otra vez la carretera. Mi vida tal como era —mi madre viuda, mi pasaporte cubano, la

tienda de carnes ahumadas, el dolor en el pecho tan enorme que parecía imposible de contener— quemaba mi ser. Dimos dos vueltas en el aire y aterrizamos en un laberinto de tallos puntiagudos de maíz sazonados por una nieve fuliginosa. Hubo un momento de silencio, de calma, y después la cinta adhesiva se rajó y el frente del Toyota se desplomó, sacudiéndonos una vez más.

—Estás... ¿estás bien...? —pregunté sin aliento.

El carro se había volcado. En unos segundos, *Native Son*, *Orlando* y *American Dreams* resbalaron de debajo de los asientos, que ahora quedaban sobre nuestras cabezas, y se deslizaron por el techo, ahora abajo. Todavía estaban envueltos en el celofán, atrapados en su azul y cobre como capullos de mariposas monarcas.

—Ay, por Dios... Kimberle... —Comencé a llorar con un hipo suave.

Kimberle sacudió la cabeza y salpicó una constelación sangrienta en el parabrisas. Abrí su cinturón de seguridad, lo que hizo a su cuerpo caer con un ruido sordo. Ella intentó ayudarme con el mío, pero se había trabado.

—Déjame salir y dar la vuelta —dijo, su boca un lio de rojo. Vi sus dedos buscando dientes, pedazos de lengua.

Golpeó el vidrio de la ventana con el pie. Quitó cada fragmento de cristal del marco y se deslizó hacia fuera. Mi cabeza pulsaba; cerré los ojos. Podía oír el crujido de los pasos de Kimberle en la nieve, el esfuerzo de sus movimientos. Oí su gemido de asombro y estrangulación y entonces el ruido junto a mi ventanilla.

—No mires —pidió, su voz rajada mientras extendía las manos ensangrentadas para cubrir mis ojos—. No mires.

Pero era demasiado tarde. Sobre su hombro, se podía ver la cosecha anual, cerosa y blanca salvo por las areolas negras y el sexo carnoso. Era ordinaria, corriente, y sus ojos muertos nos reflejaban a Kimberle y a mí •

[He encontrado algún alivio...]

EDUARDO MOGA

He encontrado algún alivio en no pensar en mí. [No es verdad: uno nunca deja de pensar en sí: cuando algo me duele —y siempre me duele algo—, pienso en mí; cuando sueño —y nunca dejo de soñar—, pienso en mí; cuando escribo —y siempre lo hago, aunque no redacte ni una línea—, pienso en mí. Pensar es tener pies, que duelen; o ano, que duele; o resignación, que me carcome, con una sonrisa feroz, hasta el hartazgo. Pensar es sostener este lápiz, inflexible como el yo, lacerante como el yo; mirar a mi alrededor y no percibir sino tránsito; reparar en la inevitabilidad de la piel y lo sombrío de la piel]. Tomarme unas vacaciones de mí mismo, como sugirió el psiquiatra. Ha sido un lenitivo eficaz. Quizá la sanación definitiva provenga de ayudar a los demás. Ayer lo vi enunciado —anunciado— en un cartel publicitario: «Paradójicamente [me sorprendió el uso pertinente de un adverbio que es ya un cultismo], la mejor forma de ayudarse a uno mismo es ayudar a los otros». Sigue pareciéndome una frase extraída de alguna de las flatulencias pseudomísticas, apropiadas para los débiles mentales, de Paulo Coelho, pero encierra un grano de verdad. No he llegado a él, no obstante: aún estoy varado en la conciencia, y entregarse al mundo supone renunciar a ella —o amordazarla—. La conciencia —prohijada por el pensamiento: por el maridaje bioquímico que nos hace bípedos y hablantes— es un mármol vegetal, una zona espermática en la que hormiguean divertículos y meteoros, una asamblea de huesos taciturnos, un largo sorbo de agua corrompida. La conciencia coloniza al yo, que se ofrece a la mirada como una fronda torturada por águila y fantasmas.

[No cesa el rumor del ordenador. ¿Es el ruido del yo?].

Tengo hambre. Siento la dobladura cervical: la tensión a la que me obliga el gesto de escribir. Tiendo a las ventanas, que acumulan luz como si rezumaran luz. Tiendo a los huecos que hay en mí, a las úlceras que son también claraboyas, para apresar las nubes que veo alejarse, para abandonar los párpados, los libros a los que huyo, las manos deshabitadas. Todo queda atrás. ¿Fabulo? ¿Concibo? ¿Vomito? En todo llueven los fragmentos del reloj que soy [de nuevo lo he dejado en la mesa, boca abajo: así no cedo a la tentación de mirarlo a cada momento]. Deshacerme delimita el mundo: lo vallan mis omóplatos y mi cobardía. Y lo sobrevuelo, como si todo se aplacase y, no obstante, llameara; como si deflagrase un gran depósito de nada, atravesado por bronce, limpio como un parto, sin lo escrito y sin quien escribe, abismado en la huida, erecto hacia el no, vertiginosamente otro, sin orillas, como el amor de Lull, que es un mar atribulado [versículo 228], desposeído de carne pero abrazado a la carne, enarbolando una voluntad sin psique, una voluntad de árbol y moléculas.

[Tengo la sensación de que el poema me empuja, y ya no estoy seguro de que eso sea bueno. Me empuja, aunque se resiste. Quizá le haya consentido una excesiva abstracción, o me haya abandonado a la deriva regocijada de la polisemia. Debo devolverlo a la realidad: a este despacho sembrado de pasos, a esta cápsula derramadamente sola. Es la una y veinticinco. Dentro de poco saldré a comer. Luce un sol flaco, que pinta sin esmero los tejados. ¿Es esto la realidad? ¿No lo es el poema? ¿No lo es afirmar cosas que no comprendo, aunque sepa que son ciertas? Tengo hambre].

[Me sorprende haber encadenado estos párrafos (¿son párrafos?). Creía atravesar un periodo de sequía, o de voluntario silencio, como consecuencia de un deliberado alejamiento del yo. Sea como fuere, me turbaba: escribir es mi única justificación; si no lo hago, me arrastra el vértigo de no saber, de diluirme. Pero, paradójicamente —de nuevo, el adverbio—, esta ignorancia, esta disolución, no me resultan balsámicas.

Bel me preguntó en nuestro último encuentro: ¿te sientas y fluye? (Fluye, en realidad, en el sentido contrario a la creación, porque yo no escribo: corrijo; alumbrar es una negación). Recuerdo el cuadro satírico recogido por Bioy Casares en *De jardines ajenos*: ¿A Ud. le brota?, le preguntó una vez cierta pundonorosa poetisa. Luego Adolfo la calificó de *brotada*. Un cuento que leí hace tiempo describía a un letraherido que construía su discurso con constantes citas o referencias literarias, que nunca recordaba con exactitud, ni sabía quién había formulado. (Tampoco yo recuerdo ahora quién escribió el relato, ni cómo se titulaba, ni dónde lo he leído).

Anoche Jordi, que vino a cenar a casa, me planteó la pregunta sin respuesta del fin del arte. Él, melómano, se preguntaba: tras la música atonal, ¿qué? ¿La electromúsica?, respondía, volviéndose a preguntar. Yo pensaba en la poesía fonética, la videopoesía, la holopoesía, la ciberpoesía, la polipoesía y un burbujeante etcétera de nuevas formas de desarticulación del lenguaje poético —es decir, del lenguaje, es decir, del pensamiento—. También estos poemas que escribo lo son, aunque para los más rabiosos guardianes de la actualidad acaso sólo representen una lírica declinante, una manifestación obsoleta de la eterna duda entre el sonido y el sentido. Sin embargo, dentro de no muchas décadas, también la holopoesía y la infopoesía lo serán, reemplazadas por algo hoy inimaginable].

Regreso al yo. ¿He salido alguna vez de él? ¿Salimos de él alguna vez, incluso cuando olvidamos, cuando morimos?

Experimento el fervor de la anulación. Todo fervor es intelectual. Toda angustia es luminosa.

Y la botella de agua recién abierta, manchada de discretas fluorescencias por este sol indeciso.

El poema me afirma, aunque yo quiera negarme. Para desembarazarse de la literatura hace falta la literatura, adivinó Cortázar. Aspiro a desaparecer en el silencio: a sobrevivir en él. Imitaré a esta agua que ondula a causa de las vibraciones que produce la mano que escribe •

Parece una tontería

AGUSTÍN GOENAGA

The boy looked at them, but without any sign of recognition. Then his mouth opened, his eyes scrunched closed, and he howled until he had no more air in his lungs. His face seemed to relax and soften then. His lips parted as his last breath was puffed through his throat and exhaled gently through the clenched teeth.

RAYMOND CARVER, «A Small, Good Thing»

I.

Cierro el libro de cuentos y me levanto del sillón para ir hacia el cuarto de Isabel. Ella parece dormir boca arriba, pero en realidad tiene los ojos abiertos y mira el techo. No hace ningún ruido, se entretiene con las formas de sus manos o las sombras de las cosas que caminan en la oscuridad. Todavía no amanece. Me sorprende que no tenga miedo. Quizá es demasiado pequeña para tener miedo. Aún está demasiado cerca de todo y por lo tanto le pertenece. Ella es todavía el mundo. Y la oscuridad. Y el silencio. Hace apenas unos meses eran su hogar. La levanto en brazos y la traigo conmigo a la habitación. La luz de la lámpara la hace pestañear.

El cuento continúa con las llamadas del pastelero a la casa de aquella pareja que acaba de perder a un hijo. Me he aprendido el cuento de memoria. Debo haberlo leído diez o quince veces y siempre la figura del pastelero se vuelve el centro de todo. Es una historia sobre la banalidad del mal. O sobre la fragilidad de los seres humanos. O sobre la banalidad de los seres humanos y la fragilidad del mal. Entonces se trata de otro lloriqueo sobre la fragilidad de la naturaleza humana y de su tendencia hacia la maldad y de lo banales que resultan sus acciones a la mañana siguiente, cuando el pan sale del horno y la tetera silba en la estufa. Por supuesto que no. No se trata de eso. El cuento lo escribió Carver, el alcohólico,

no Kant, el eunuco. El niño se muere en la historia. Se muere después de algunos días en coma. Despierta gritando, con los ojos fijos en sus padres, y luego se muere. Por eso cerré el libro y fui a buscar a Isabel. Ella juega en la cama. A veces veo que se adormece y la llamo sin pensarlo.

Tal vez Carver escribió el cuento y creyó que debía esconder las costuras, el revés del bordado. Cuando uno le da la vuelta resulta terrible. Los padres de aquel niño van y vienen del hospital a su casa, a comer algo, a darse un baño y descansar unos minutos. Mientras tanto el pastelero llama, los persigue para que recojan el pastel que mandaron hacer antes del accidente. Ellos quieren volverse locos. Pero todo eso sigue siendo una sola cara del tapiz. El niño despierta gritando del sueño. Sólo regresa para aullar de dolor y miedo y lanza todo el aire de sus pulmones hasta quedarse hueco por dentro, acostado en una cama de hospital. Sí, en el lienzo está el llanto de los padres, la desesperación, el dolor de perder un hijo, incluso está el niño que despertó gritando.

Isabel se ha quedado dormida. Siento el impulso de despertarla y levantarla en brazos. No, la ficción es ficción. Que descanse. La dejo entre las sábanas revueltas. Acomodo un poco el edredón para que bloquee su paso si se desliza hacia la orilla. No sé qué haría si algo le sucediera. Me quedaría solo de nuevo. Bajo a la cocina a preparar café. Sí, Carver escribió el cuento al revés. O, bueno, no al revés, pero se limitó a describir la conducta de los que rodeaban al niño. No hay nada sobre su muerte. No hay nada sobre el vacío encerrado en el silencio del niño, como si el cráneo fuera la cáscara de una nuez. Nadie sabe qué hay dentro de la cáscara de la nuez. Pero el niño despertó gritando y se murió.

Me sirvo una taza de café y me encamino de regreso a la habitación. Debería escribir el otro lado del cuento. La idea de pronto me emociona y abre un hueco en mi estómago, como si alguien me desprendiera el diafragma igual que una calcomanía mal pegada. Hay algo mezquino en ello. Tal vez Carver no lo hizo por pudor hacia el niño, por respeto a los padres. Pero es que despertó gritando. Si tan sólo pudiéramos suponer lo que vio en esos días. Qué sueños puede tener un niño con un coágulo apretándole el cerebro, abrazándolo como una orquídea. Apuro el paso. Quiero ver que Isabel esté bien. Me sentaré en el escritorio y esbozaré algunas ideas para ese relato. Hace mucho tiempo que no escribo algo breve. Me vendrá bien. La novela está detenida. Derramo algunas gotas de café en la escalera. Las seco con la planta del pie, con el calcetín marrón que me he puesto para dormir.

Isabel está bien. Duerme. El pecho apenas se mueve, pero el sosiego, la casi sonrisa, me tranquilizan. Mis miedos son ridículos. Supongo que a

todos les pasa en algún momento, cuando salen del cine y en los semáforos se vuelven para asegurarse que no haya nadie escondido en el asiento trasero. La ficción no maldice, ni vaticina. No existe.

Enciendo la computadora y comienzo a escribir. Primero es el golpe, es el automóvil que no alcanza a frenar y manda al niño contra el pavimento. No fue un golpe estremecedor, la escena no fue espectacular, no salió el cuerpo dando vueltas por encima del coche hasta el otro lado de la calle. En realidad el carro redujo bastante la velocidad antes de chocar contra el niño. Él cae al suelo y se levanta. Su amigo le pregunta cómo está y luego cómo fue, qué pensó cuando cayó al piso, pero él no contesta. Regresa caminando a su casa. La madre le dice algo, limpia los rasguños con desinfectante y él se queda dormido en el sillón.

Entra un poco de luz por la ventana. Las siguientes imágenes en el relato sólo pueden ser las de un sujeto monstruoso acostándose sobre el niño. Es el coágulo que comienza a formarse en el cerebro. Él está tendido en el sillón y siente cómo un hombre se acuesta encima. Siente la hebilla helada del cinturón contra su espalda. No puede respirar. Intenta llamar pero la voz se detiene en el camino y regresa a sus pulmones. Cuando abre la boca descubre que ya no puede volver a cerrarla, como si le hubieran metido una bola gigante de algodón, o tal vez se trata de la mano del sujeto que tira de su mandíbula. Empieza a llorar. El tipo extiende su abrazo. No puede mirarlo, pero sabe que es un hombre gigante, deforme, con los ojos inyectados. Su madre estaba ahí hace un momento, pero ahora se ha ido, como si supiera lo que está pasando y a propósito mirara hacia otro lado. Lo levantan en peso, el hombre lo lleva cargando, lo saca de la casa y lo mete a un automóvil. Esto es estar muerto, le dice al oído. Pero él no puede estar muerto. Cuando uno se muere ya no tiene cuerpo y él ha sentido cada parte, todo lo que hizo el tipo mientras estaba encima. No puede llorar, no le salen lágrimas. A lo mejor es cosa de tiempo, el cuerpo se va perdiendo poco a poco. Pero tiene miedo. Le duele mucho la cabeza, como si el sujeto se le hubiera metido también ahí adentro.

Después vendrá la imagen del hospital. Apenas la intuición de llegar a algún lugar parecido a una cárcel. Él vería a su madre conduciendo el automóvil. No. Escuchó su voz. Nada más.

Me siento culpable. No puedo escribir así de un niño. Aunque no haya existido, no puedo escribir así de un niño. Miro a Isabel que sigue dormida. Sería horrible poner estas imágenes en su cabeza. Si supiera que su padre piensa en estas cosas me abandonaría también. Es demasiado pequeña para irse. Me necesita. Pero hay que abrir la nuez para ver

qué hay adentro. Si consiguiera entender lo que vio el niño en esos tres o cuatro días que estuvo en coma... Me dirán que no vio nada, que su cerebro estuvo apagado, pero no, despertó gritando, despertó gritando contra sus padres, clavó los ojos en ellos y gritó hasta que sus pulmones quedaron como bolsas del supermercado mojadas.

II.

Conduzco hacia el Hospital Civil. Acabo de dejar a Isabel con mis padres. Se sorprendieron de que la llevara tan temprano. Lloró cuando la cambiamos de brazos.

El teléfono sonó hace un par de horas. Serían las cinco o seis de la mañana. No me despertó el timbre del teléfono sino el llanto de Isabel. Debe haber sonado varias veces. El hijo de mis amigos se cayó de las escaleras de su casa. Laura tenía la voz llorosa. Calmé a Isabel y volví a dormirla. Me metí a la regadera mientras esperaba que se hiciera de día y llamé a mis padres. Ellos despiertan temprano. Ya no pueden dormir muchas horas seguidas. En el baño me acordé del cuento. Es como el texto de Carver, con algunos cambios menores aquí y allá, como si ese editor salvaje que perseguía a Carver (¿o Carver lo perseguía a él?) le hubiera metido mano. No, ni siquiera. Porque Lish sí le cambiaba el sentido al cuento. Aquí pareciera ser lo mismo, sólo que en vez de automóvil fueron unas escaleras, y en vez de pastelero voy yo a hacerles compañía. ¿Yo soy el pastelero entonces? Sí, es como si un editor hubiera hecho algunos cambios. Pero hay dos versiones del cuento de Carver. En una se muere el niño y en la otra no, o por lo menos el relato termina antes. ¿Cuál estamos viviendo? Si Laura y su marido supieran que estoy pensando estas cosas me matarían. Espero que su hijo no tenga nada malo. También los padres del niño del cuento esperaban eso. También ellos se repetían que el niño sólo estaba dormido, que despertaría de un momento a otro. En la segunda versión no. En la segunda versión también eso quedó fuera. Lish era un editor salvaje. Despojó el cuento de cualquier rastro de humanidad. La figura del pastelero resulta una voz detrás de la línea telefónica. Los padres del niño apenas hablan, su sufrimiento parece de cartón. El niño no muere gritando. «El baño» lo titula entonces. «El baño». Sí, en algunos cuentos las cosas fueron distintas, le dio forma al sentimentalismo de borracho de Carver y luego lo enfundó en el traje de caballero minimalista, como la leyenda de aquellos gatos bonsái que hacían crecer en botellas cuadradas. Hay que ser salvaje para hacer algo así. Hay que carecer de toda empatía. Es como editar la vida de una persona. Sobre todo si Carver le había rogado que no lo

hiciera, que por piedad no lo hiciera, porque no podría volver a escribir. Hay que ser salvaje. Hay que ser salvaje.

III.

Laura está deshecha en un sofá del área para visitantes. Su marido habla con unas enfermeras. Ella se quita el pelo de la cara cuando me ve llegar pero no se levanta. Me acerco y le doy un abrazo. No puedo imaginarme lo que siente. No sé qué decir. Pienso en Isabel. Debe de seguir dormida.

—¿Cómo está?

—Dicen que es probable que no despierte.

—¿Cómo?

—Está estable pero inconsciente. Temen que se quede así. ¡Es mi hijo!

—...

—Fue por agua. Estaba asustado. Había tenido una pesadilla y no quiso despertarme. Bajamos cuando oímos el golpe. Él todavía estaba lúcido, lloraba un poco pero no mucho, pensé que no era grave pero se desmayó después.

No sé qué más decir. Me quedo sentado junto a ella. Se acerca Rodrigo. Me levanto y me da un abrazo. Se asoman algunos cañones de barba en su cara. Me dice que va a estar bien, que los doctores ven posibilidades de que mejore. Sólo ha sido un fuerte golpe.

—Íbamos por un café, pero las enfermeras dicen que ninguna se puede quedar con él mientras estamos fuera.

Ellos son buenas personas. Son buenos amigos. Nos acompañaron al principio, durante los primeros días después que Ana se fue. En cuanto dejó de amamantar a Isabel dejó también la casa. Ahora ya no preguntan por ella. Desde hace un par de meses dejaron de preguntar, a diferencia del resto, que todo el tiempo me preguntan por Ana y se les nota en la cara que por dentro desean que les responda que todavía no sé nada, o que la policía la encontró en una zanja o que se fue con alguien más. No, ellos no preguntan.

Él se sienta junto a su mujer y ella inclina la cabeza sobre su cuerpo. Su hijo está dormido, está inconsciente, está muerto.

—¿Puedo verlo?

Ambos levantan la vista. Me queda claro que les extraña la petición. A mí también me sorprende. Jamás he jugado con el niño, lo habré visto una o dos veces hasta ahora.

—Sí, por supuesto. Vamos.

Me conducen por el pasillo y luego entramos a una habitación. Seguro

olvidaron ya el café. El niño duerme en la cama, boca arriba, con una venda que envuelve su cabeza, cubre un ojo y la oreja derecha. Rodrigo se queda afuera del cuarto. Laura se sienta en la orilla de la cama y yo permanezco de pie, a un costado, sin decir nada.

—Puedes hablarle. El doctor dijo que puede escuchar si se le habla.

No se me ocurre nada qué decir. No digo nada. Me quedo de pie, mirándolo, sin decir nada. Intento sonreír al menos, mostrar simpatía.

—Cayó de las escaleras porque tuvo una pesadilla y no quiso despertarme. Los calcetines resbalaron en la madera y se golpeó la cabeza. Cuando escuchamos el ruido salimos a ver. Había un poco de sangre en los escalones. Parece que rodó desde arriba.

—No deberías hablar así. No enfrente de él. Ya ves lo que dijo el doctor, puede oírnos.

—No, no puede oírnos, es como si estuviera muerto.

Él no responde. Desaparece por el pasillo.

—Cuando bajé respiró un par de veces y abrió los ojos. Casi no lloraba, me dijo que tenía miedo, que había tenido una pesadilla, y se desmayó. Tenía la cabeza abierta y el brazo doblado debajo de su cuerpo. El doctor dice que también se rompió varias costillas. Creo que por eso casi no lloraba, no podía, le dolía.

Ahí está el niño, encerrado en un cadáver, escuchando de labios de su madre la historia de su muerte. Oye al padre armar el ataúd fuera del cuarto. Así tendría que seguir el cuento. La madre habla en la orilla de la cama, aguantándose el llanto, mientras el niño escucha todo pero no puede moverse. Su cuerpo se ha convertido en una mortaja. Miro a Laura, se ha soltado a llorar. No sé si deba acercarme. No sé cuánto tiempo hace que está llorando. Sé que debería decir algo. Sé que por lo menos debería sentarme en la orilla de la cama y pasarle el brazo por los hombros. Pero no puedo. Además hay algo hermoso en la escena, algo conmovedor en cómo el hijo se ha convertido en un pedazo de madera. Una frase así no podría quedar en el cuento, habría que dejarla sugerida apenas. Sin embargo es cierto.

—Vete por un café. No te preocupes, yo lo miraré mientras no están. Si se despierta les avisaré enseguida.

Ella se levanta sin alzar la cabeza. Pongo la mano sobre su nuca, acaricio sus cabellos por encima y la conduzco hacia la puerta. Laura mira al niño una vez más y desaparece también por el pasillo. Busco dónde sentarme, no quiero ocupar el lugar de Laura en la orilla de la cama. Hay una silla en una esquina. Voy hacia allá y me siento. Debería llamar a mi madre, preguntar cómo está Isabel. Lo haré en cuanto regresen. El niño

tiene el rostro impávido. Me pregunto qué estará viendo detrás de sus ojos. Me levanto otra vez de la silla y lo miro de cerca, como cuando voltee en el cine y veo los rostros de la gente. Pero él no se mueve, no mueve un músculo. A lo mejor tiene abierto el ojo debajo de la venda y nos está jugando una broma a todos. A lo mejor se está saliendo el vacío por la abertura en el cráneo. De un momento a otro se levantará gritando, escupiendo contra sus padres y morirá entonces. Sí, si la ficción dejara de ser ficción. Hay un cuaderno colgando al pie de la cama con una pluma atada a un pedazo de hilo. Las enfermeras marcan ahí sus rondines. Debería anotar todo esto antes de que lo olvide. Podría terminar el cuento sobre el niño de Carver. El coágulo se está formando en el cerebro y nadie lo sabe. Una segunda cabeza, roja, demoníaca, le está creciendo dentro del cráneo. Lo abraza por dentro, como nunca lo abrazará ninguna amante. Nunca lo abrazará ninguna amante. Punto. Debería anotar estas ideas. Nadie se dará cuenta si arranco una de las hojas del cuaderno. Podría escribirlas antes de que lleguen ellos y guardarme la hoja en el bolsillo del pantalón. No, no podría. De todos modos no tendría sentido. Me matarían si alguna vez leyeran eso. Para qué tomar las notas si nunca escribiré el relato. Tal vez antes podría haberlo escrito, pero no ahora, no ahora, pensarán que estoy escribiendo sobre ellos. Jamás creerán que esté hablando de otro niño, de un niño que no ha existido nunca, que apenas aparece en el cuento de Carver, que no es nadie real. ¿Y si Isabel lo leyera? ¿Si viera de lo que es capaz su padre, de las cosas que nacen en su mente cuando ella está dormida? Pero la imagen es insustituible, irrepitible. El muchacho se va a levantar de un momento a otro con un grito terrorífico, como si volviera de la muerte nada más para decirnos que sí, que es todo lo que tememos que sea, y después morirá de manera definitiva. Entonces tengo que saber qué es lo que vio, qué es lo que está mirando ahora. Si lo cuento quizá no nos dará miedo en adelante. Traducir el grito. Es el sujeto tendido sobre él en el sillón. Es el viaje en el automóvil, escuchando la voz de su madre mientras conduce y pronuncia una letanía incomprensible, es el sujeto que lo lleva en las piernas, en el asiento trasero, y le repite al oído que eso es la muerte, una y otra vez. Y después no es el desconocido, sino su propia madre que le repite la historia de su accidente al oído, que le describe cada golpe contra los escalones, hasta quedar inconsciente, hasta llegar adonde está ahora. Tal vez Ana regrese si por fin publico algo que valga la pena. Tal vez cuando vea que sí puedo ponerme en los zapatos de alguien más, meterme en el cráneo y ver lo que ellos ven, que no soy un cerdo egoísta •

CUENTOS para dormir infantas (o la verdadera historia de la prima hermafrodita) *Fragmento*

LEGOM

para Alejandra mi furia

*...y así, una canción del alto medioevo aconseja
a las muchachas no brincar con las piernas
muy abiertas, para evitar que les crezca un pene,
como le sucedió a Tiresias.*

ARZOBISPO ASHBY

*No escribas diez poemas a la vez parece decirme la lectora
escribe cuatro: uno
a mis ojos, otro
a mis axilas de perra, otro al Dios
que hay en mí en lo sagrado
de los meses, y si te queda tiempo no escribas
el último, ponte en mi caso, estoy
tan triste, tan llena de hombre,
con tanta vibración de hombre en el espinazo, y adentro
tanto otro fulgor que duerme en mí, a tan
sagrados días del parto.*

«No escribas diez poemas a la vez»

GONZALO ROJAS

NARRADORES: UNO Y DOS.

APUNTES PARA LA REPRESENTACIÓN

Es probable que cualquiera de los personajes, pero no ambos, vista parcialmente de dama isabelina, y si así fuera, Dios no quiera que parezca mujer o travestido, mucho peor que figure como uno de esos tristes remedos de machembra que ahora abundan en el televisor. Elegante, pobre y masculino, tres adjetivos importantes para su *atrezzo*. Prevéngase el lector de ciertas interpolaciones entre los narradores de la obra, donde con frecuencia UNO se apropia del discurso de DOS y viceversa. Las relaciones unívocas entre personaje, actor y universo de representación están totalmente dislocadas en este texto, y esto es importante para el juego escénico.

ADVERTENCIA

Queda prohibido representar esta obra en secundarias abiertas con computación e inglés. Si usted comienza a leerla y no la entiende cuando piensa que debería entenderla, está bien, por favor ciérrela y aleje inmediatamente su estulticia de ella. Es peligrosa para el alma. Narrador en este caso es sinónimo profundo de histrión, tal vez de ave, pero nunca lo será de diletante, aprendiz de comediante o luciérnago desempleado.

CAPÍTULO ÚNICO

La escena está dada

UNO: En el principio todo era hambre.

DOS: La propuesta fue muy sencilla, el que quiera comer que mate a otro.

UNO: Así parece fácil, así parece fácil andar por ahí creando universos.

DOS: Todo comenzó cuando un dios violento y asesino propuso a las especies comer y ser comidas.

UNO: Pero el hombre, cansado de Dios, sintió algo parecido al miedo.

DOS: Algo en las vísceras que se parece al miedo.

UNO: Pero no llovía, no tronaban los relámpagos.

DOS: Todo era el hambre.

UNO: Era miedo.

DOS: El hambre se parece al miedo.

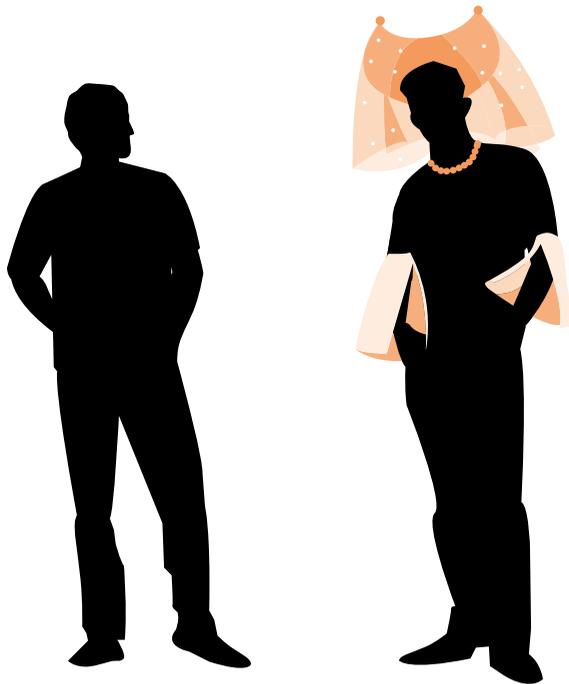
UNO: El hambre viene del miedo.

DOS: Y vio Dios que era bueno.

UNO: Pero teníamos hambre.
DOS: Parece que eso no lo solucionó muy bien. ¿Recuerdas?
UNO: Había un hombre.
DOS: Un hombre enamorado de su prima hermafrodita.
UNO: Ésta es su historia.
DOS: Supongamos, más allá del hambre, que ésta es tan sólo la historia de un hombre que sufría por su prima hermafrodita.
UNO: Lo conocí muy joven.
DOS: Fuimos compañeros de trabajo.
UNO: ¿Trabajo?
DOS: Supongo que de trabajo.
UNO: No nos pagaban.
DOS: Pero se le puede considerar empleo. En estos tiempos escasea.
UNO: Entonces lo conocí.
DOS: Ya derrotado.
UNO: Pero era joven. Joven y lo había perdido todo.
DOS: ¿Estás seguro?
UNO: Cargaba con la foto de su prima en la cartera.
DOS: También a la prima había perdido.
DOS: No, a la prima no. Podemos perderlo todo en la vida.
DOS: Pero el primer amor. Mierda.
UNO: Mierda.
DOS: El primer amor no se pierde.
UNO: La mierda con el primer amor de mierda.
DOS: No se pierde. Mierda.
UNO: Podemos perderlo todo. Pero el primer amor. Dios nos cuida de todo, menos del hambre, pero nos cuida. Gracias, Dios mío, eres mejor que el dios de los africanos.
DOS: Que los tiene todos sidosos.
UNO: Y bárbaros muertos de hambre.
DOS: Gracias, Dios mío. Nos tienes como a los africanos.
UNO: Te doy gracias, Señor, por permitirme no ser como ese hombre que todos amábamos en el trabajo.
DOS: No nos pagaban.
UNO: Ni siquiera teníamos horario fijo.
DOS: Todo era llegar de madrugada, preferentemente en el invierno.
UNO: Durante la madrugada más fría del invierno.
DOS: Llegar al pie de la carretera y brincar.

UNO: Sobre un pie y sobre otro. Primero el izquierdo, el derecho después, luego muchos brinquitos sobre el izquierdo y el frío, con las manos sobre el aliento, con...
DOS: A veces pasaba una camioneta.
UNO: Casi nunca.
DOS: Pero pasaba.
UNO: El hombre de la camioneta nos miraba sin bajar el cristal.
DOS: Era un buen hombre.
UNO: Un tipazo.
DOS: Contaba buenos chistes.
UNO: No sé, nunca pude escucharlo, sólo lo veía mientras nos revisaba lentamente. Desde el cristal de su cuatro por cuatro.
DOS: Si lo mirabas a los ojos no te escogía.
UNO: ¿Ah, entonces era eso? Yo pensé, perdón, pensé que era por este pequeño defecto que aún tengo en la pierna. Lo suponía más observador. Menos autoritario.
DOS: Si lo veías a los ojos era seguro que jamás te llevaría en la camioneta.
UNO: De todos modos casi nunca pasaba.
DOS: Desde el interior de su cabina climatizada hacía una pequeña seña.
UNO: Era la seña.
DOS: ¿La recuerdas?
UNO: Cómo no hacerlo. Maravillosa. Una pequeña seña. Casi una mueca.
DOS: Y se llevaba a alguno.
UNO: De jornalero.
DOS: O de su puta.
UNO: Yo no sé por qué nunca me escogió. Parece, según dicen, que sólo te levantaba si no lo veías a los ojos.
DOS: Estás equivocado. No te levantaba si lo veías a los ojos. Eso es distinto.
UNO: Siempre sabes lo que es distinto.
DOS: Pues yo estoy mejor enterado. Te digo, de jornalero o de su puta.
UNO: Pero por estar ahí no nos pagaban.
DOS: Claro que no.
UNO: Conocías gente. Gente interesante. Venían de todos los pueblos de alrededor. Eran cientos de hombres fuertes y decididos.
DOS: Decididos a llevar el pan a sus casas.
UNO: Se dice así, ¿verdad? Se dice el pan. Era eso, llevar el pan a sus casas.
DOS: Podría decirse la tortilla.

UNO: Pero se confunde con esas señoras.
DOS: ¿Qué dices, imbécil?
UNO: Se confunde con esas señoras.
DOS: ¿De qué estás hablando?
UNO: De mujeres, creo que hablan de mujeres que se tocan. Unas a otras, por eso se dice llevar el pan a la casa...
DOS: Estábamos en los hombres decididos.
UNO: Sí, perdón, en esos hombres decididos a dar el culo con tal de que sus hijos coman y caguen.
DOS: ¿Eran maricones?
UNO: No.
DOS: Pues entonces es muy diferente el tono a como lo dices tú. Porque un hombre que se va de puta o jornalero para que sus hijos puedan llevarse una tortilla.
UNO: O un pan.
DOS: Una tortilla o un pan a la boca es un hombre que vale su culo en oro.
UNO: Y no es maricón.
DOS: Digo que no.



UNO: Tampoco hermafrodita.
DOS: ¿Recuerdas a aquel hombre que tenía una prima hermafrodita?
UNO: Claro, ésta es su historia.
DOS: Se paraba con nosotros junto a la carretera y nos decía:
UNO: Yo, yo, yo pude haber tenido un mejor destino, pero amé con una pasión de negros a mi prima hermafrodita. La veía en la regadera tocándose como hombre o mujer, le digo prima por cariño, y para salvar mi hombría, claro, le digo mi prima y yo realmente estaba enamorado de ella. Un día le dije, prima, aunque tengas el clítoris de veinte centímetros déjame verte tus cosas.
DOS: Eso no es un clítoris.
UNO: La regla son siete milímetros.
DOS: Eso era una tolocha.
UNO: Por eso mi prima decía soy la hermafrodita, me salen tetas pero tengo novias. Y sufría. Yo. Sufría por ella. Dios es una mierda. Digo yo. Si no fuera por ella mi vida sería muy diferente, de entrada yo sería el que está en la camioneta.
DOS: No levanten la mirada.
UNO: El asunto es que un animalito se come a otro animalito. Si no se muere. También puede formarse, a mitad del invierno, al borde de la carretera. Pero es lo mismo. Un animalote se come a un animalito. Siempre habrá animales más pequeños.
DOS: No la levanten para que nos escoja.
UNO: Puta madre, Dios piensa en todo.
DOS: Bien tiesos todos, hombros adentro. No, suéltense un poco. Que se vea esa derrota. Por lástima lo vamos a ganar ahora. Aflojen, aflojen todo, sientan su ano.
UNO: Ya se fue.
DOS: ¿Se fue? ¿Se fue? ¿A quién se llevó?
UNO: A los del otro pueblo.
DOS: ¿Los chinos?
UNO: No son chinos, sólo parecen.
DOS: Pinches chinos, están acabando con nuestras fuentes de empleo. Y nuestras mujeres.
UNO: Sí, claro, échale la culpa a los chinos.
DOS: Qué es esa mamada de no verlo a los ojos.
UNO: Si lo ves a los ojos no te levanta.
DOS: ¿Y cómo sabes que te levanta si no puedes ver la seña?
UNO: Era una seña sutil.
DOS: Casi imperceptible.

UNO: Un movimiento muy lento del dedo.
DOS: A la altura de los ojos.
UNO: Por eso nunca nos llevaba.
DOS: ¿Recuerdas a alguien que haya ido?
UNO: Claro, claro que lo recuerdo, difusamente.
DOS: ¿Y crees que haya vuelto? ¿Qué crees, los regresaba? Porque es posible que eso de jornalero o puta fuera sólo uno de esos trucos publicitarios. Y ya en la camioneta...
UNO: Y ya en la camioneta...
DOS: Está cabrón.
UNO: Está bien cabrón.
DOS: Ahora que lo dices no, no recuerdo a nadie que haya vuelto. Qué curioso.
UNO: No es curioso. Está mal. Si un hombre se va de jornalero o puta para llevar el pan a sus hijos, entonces es necesario que regrese en un momento dado.
DOS: Y de preferencia con el pan.
UNO: Y para que regrese es necesario que se haya ido.
DOS: Por eso te lo digo. Dios piensa en todo. Siempre hay un animal más pequeño. O una plantita.
UNO: Y fue entonces cuando nos dijo.
DOS: Supongo que fue entonces, aunque casi siempre hablaba del asunto.
UNO: Muy apesadumbrado.
DOS: Muchachos, amigos, camaradas.
UNO: Así, acaso sin el camaradas. Sé todo sobre la vida. Todo lo que un hombre debe saber de sus semejantes, su madre, enfermedades venéreas, pero nunca, nunca antes vi un clitoris tan grande y tan hermoso.
DOS: No podía llenar una solicitud de empleo sin mencionar a la prima.
UNO: A mí lo que me late son las hermafroditas. ¿A usted no?
DOS: Puta madre. Así nadie le da trabajo a nadie. Así no se puede.
UNO: Les daba asco.
DOS: Ahora que tampoco había muchas fuentes de empleo, muchas oportunidades de ser algo en la vida.
UNO: ¿Algo en la vida?
DOS: Algo para presumir con tus amigos, las mujeres.
UNO: O con tu prima hermafrodita.
DOS: Algo de lo que se sintieran orgullosos tus hijos, ya sabes.
UNO: ¿Orgullosos de comer?

DOS: No, más que eso. Algo en la vida. Llegas a tu casa, prendes el televisor, te pones unas buenas babuchas, ves a tu mujer con cierto cariño, volteas y los chiquitines juegan con el perro, prendes el televisor.
UNO: ¿Otra vez?
DOS: Lo prendes dos veces. Te jalas un cartón de cervezas y te pones a ver el beisbol. Entonces dices, puta madre, he hecho algo, algo con mi vida.
UNO: A eso te referías.
DOS: Sí, más o menos.
UNO: Pues no, no conozco a nadie que haya llegado tan lejos. Por eso dicen: no somos nada.
DOS: Ni madres.
UNO: ¿Perdón?
DOS: Eso dicen. No somos nada, no somos ni madres.
UNO: Entonces no está mal que se haya enamorado de su prima. De todos modos.
DOS: De todos modos.
UNO: A mí me hubiera gustado eso. Tuve una mujer, con un clitoris nada fuera de lo común. Tenía cierto olorcillo. Como a papel de revista. Tenía ese olor de papel e imprenta, pero más podrido. Andábamos agarrados de la mano por todas partes. Ella escarbaba en los basureros y me decía: cuando tengamos un hijo. Cuando tengamos un hijo. Es fácil. Es fácil decir eso cuando te huele la papaya a revista pornográfica. Yo sí creo en el amor.
DOS: Mi padre decía eso. También que mi madre andaría de perra por las cantinas de Tijuana. Siempre vio a mi hermana con buenos ojos.
UNO: ¿Eso hacía?
DOS: Pero no era su padre. Ya sabes, una historia de ésas. Mi madre, supongo que tuvo una madre, y ella tuvo una vida decente, se vio obligada, la santa, a fornicar con los presos que liberaban. Vivíamos cerca del penal. Demasiado cerca. Ella sabía todo, los guardias la querían mucho, y la tenían bien informada. Mañana sale éste que lleva veinte años en un hoyo sin recibir visitas conyugales. Le decían. Mañana sale. Báñate, lávate tus cosas, ponte algo bonito y que se quite fácil, para que no te lo vaya a desgarrar.
DOS: Esa historia me gusta más que la de la prima hermafrodita.
UNO: Es verdad. Y tiene desgarramientos.
DOS: Pero ya me la has contado muchas veces. Mejor haríamos hablando de otras mujeres.

UNO: ¿Tu madre?

Dos: Por ejemplo, mi madre.

UNO: Gran mujer.

Dos: Enorme. Razonable tonelaje.

UNO: Rugosa al paladar y al tacto.

Dos: Algo afeitada, tal vez, pero no mucho.

UNO: Platícanos de ella.

Dos: Mi madre era. Mi madre era. ¿Es necesario que toquemos lo de mi madre o mejor volvemos con el tipo aquel?

UNO: Mi madre se paraba en la puerta del penal, vestida de jagüayana, y le ponía un collar de flores al reo. Después lo traía a la casa y nos lo presentaba como el Tío José. En ocasiones eran tres tíos José por semana. Los metía al cuarto, les revisaba bien las partes, ya sabes, las enfermedades. Lo suyo eran las enfermedades. Ponía un disco viejo de Leo Dan y nos mandaba a la vinatería por unas cervezas. Siempre, al volver, estaba llorando.

Dos: Ese tipo no me quiere.

UNO: ¿Quién?

Dos: El Tío José. Dice que soy una costra. Me dice que soy una costra. Lo estuve esperando toda la mañana bajo el sol. Estuve en la cola con los perros, grandes perros que a veces muerden. Lo traje a casa, lo traté como a un hombre libre, y me dice que soy una costra de perro el muy canalla.

UNO: Eso no explica lo de tu hermana.

Dos: ¿Dices?

UNO: Eso no explica lo de tu hermana. Si era hija de un tío José y tú de otro es imposible que fueran por las cervezas cuando apenas, cuando apenas, ya sabes, cuando apenas los estaban... ¿Sabes eso de la fermentación?

Dos: Claro.

UNO: Un hombre se sienta sobre la barriga de una mujer y se toquetea sabroso. Puede pensar, si quiere, en una cabra. En dos cabras, por qué no. Motivación es lo importante. Después la mujer, en este caso tu madre, que siempre debió sonreír con los ojos cerrados.

Dos: ¿Siempre?

UNO: Siempre durante la primera parte de la fermentación.

Dos: Entonces no siempre. Sólo cuando él se toquetea.

UNO: Exacto. Ella para la segunda parte toma la leche de la vida con sus uñas.

Dos: Eso suena interesante.

UNO: La recoge con las uñas y después el hombre, el Tío José, pues, le ayuda a meterse el puño en el... en el...

Dos: Así es.

UNO: Así es, no te burles. Son las cosas del amor. Algunos manuales lo llaman atravesamiento, otros, encruza, pero siempre es amor. Sin amor no levanta la fermentada.

Dos: ¿Entonces?

UNO: Pues si tu tío José se encontraba en esos momentos acomodándose en el vientre de tu madre o, o ya sabes, con el puño, ustedes no podían haber ido por las cervezas porque todavía estaban camino a ser el milagro de la vida.

Dos: Permíteme apuntar. Eso es lo más interesante que has dicho en toda la tarde. El milagro de la vida. Puta madre. Yo que creí que tú eras de éstos, pero no. El milagro de la vida. Es algo bello lo que dijiste.

UNO: ¿Y entonces?

Dos: Las cervezas.

UNO: Sí, las cervezas.

Dos: Pues es algo que tampoco se explicaba mi padre. Por qué hacía eso la vieja, tampoco se lo podía explicar. De todos modos pasan tantas cosas a nuestro alrededor y no entendemos nada. Nada lo entendemos. Creemos que sí, que somos... ya sabes, sabemos, y no, tenemos pedazos de información, la vamos poniendo en orden, y luego qué, ni siquiera los pedazos eran confiables, mi padre nunca entendió por qué la vieja se metía a jugar con los presos.

UNO: Ya no. Ya no eran presos.

Dos: Con los recién liberados se metía a darle a la fermentada. Eran hombres pobres.

UNO: Como todos.

Dos: Bueno, seamos sinceros. Estos tenían algo de dinero.

UNO: Eso no lo sabría tu padre.



Dos: ¿Cómo iba a saberlo? Los abuelos de sus abuelos tuvieron un billete premiado, creo que un reintegro, después de eso nada, pura mierda, siempre andar sobreviviendo en basureros y mojando perras para perpetuar la pobreza. Él ni se imaginaba que en la cárcel tienen programas federales. Te enseñan a escribir, a recitar. Eso es bien importante. Te dan trabajo. Muñecos de peluche. De haberlo sabido, pobre, mi viejo, hubiera matado al primo ese que tanto quería para pasarse una buena temporada en el fresco.

UNO: ¿Eso explicará la conducta de tu madre?

Dos: No, perdón, no, de ninguna manera, la traición no se explica con nada. Ni tiene remedio. Puedes mentir, pero traicionar no. Puedes andar en la vida metiéndote el puño con la ayuda de un exconvicto, pero no, de ninguna forma.

UNO: No me refería a eso.

Dos: Pensándolo bien. Disculpa que dejemos ahora lo de mi madre. Pensándolo bien, ¿por qué será que hacen esos muñecos de peluche?

UNO: ¿En la cárcel?

Dos: No me estás atendiendo, claro que en la cárcel. Por qué será. Podrían hacer pan, por ejemplo. Ropa, no digo que la gran ropa, pero sí la indispensable. Yo no entiendo eso.

UNO: Es para darles trabajo.

Dos: Sí, pero de qué sirve el trabajo. Mejor que hicieran panes. ¿Para qué son los peluchitos esos?

UNO: No me lo vas a creer, pero hay gente que los pone en el tablero de su cabina climatizada.

Dos: Ah, era eso. ¿Recuerdas a ese hombre?

UNO: De eso estoy hablando. De ellos estoy hablando.

Dos: A mí me gustan los peluches. Esos patos. Los patos y los tigrillos con la cara culera. Son muy simpáticos.

UNO: Si no tienes una camioneta con cabina climatizada ni te hagas ilusiones.

Dos: Perdón, perdón, estaba optimista. Imagino que optimista.

UNO: Además nunca los regresaba.

Dos: Su casa era grande, en la cima de un cerro. Desde ahí controlaba todas sus posesiones. Tenía un hijo idiota. Había sido un buen muchacho, destinado a los imperios, buenas calificaciones, huesos sanos, era el orgullo de su padre. Pero ahora estaba idiota. Sentado todo el día en una silla rodante.

UNO: ¿Climatizada?

Dos: Imbécil. Totalmente imbécil, algo tenía mal con la digestión. Lo que iba comiendo inmediatamente le salía por el culo. Era horrible y su padre le decía, desde el balcón de la casa en la punta del cerro, Cuando seas mayor, cuando seas mayor todo esto será tuyo. Las vacas, los terrenos, los jornaleros, las putas. Todo esto será para ti. Espero que se te quite lo idiota. Y lloraba. Desde los campos se oían los gemidos del hombre y entre ellos el viento los repetía. Ojalá se te quite lo idiota.

UNO: Ojalá se te quite lo idiota.

Dos: Ojalá se te quite lo idiota.

UNO: Ojalá se te quite lo idiota.

Dos: Y dejes de expulsar por el culo lo que apenas estás masticando. Pero en verde.

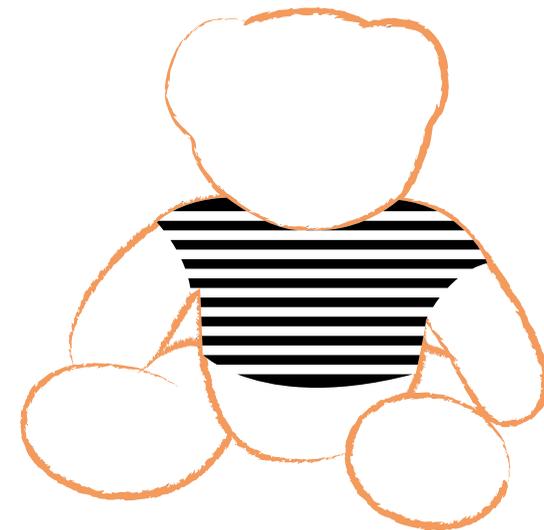
UNO: Es una desgracia. Vivir pegado a una silla.

Dos: Y que para comer te pongan un babero, te amarren la cuchara a la mano y te ensarten un catéter por el culo. Eso es terrible.

UNO: Pues aun así lo prefiero a esto. A mí no me molesta. Nada. No me molestaría estar comiendo todo el día.

Dos: A mí no me molestaría comer todos los días.

UNO: Sabes a lo que me refiero, con un tubo pegado, no me molestaría. Y no soy maricón.



Dos: Se entiende. Te entiendo. Perfectamente. Sólo estaba bromeando.
UNO: Entonces alguna vez estuviste con él en sus campos.
Dos: Es probable.
UNO: Y volviste.
Dos: Te digo que es sólo probable.
UNO: Mientras yo bajaba la vista tú ibas por el pan para tus hijos.
Dos: No lo tomes así.
UNO: Así lo dices.
Dos: Son conclusiones que sacas.
UNO: ¿Cómo fue que el hijo se quedó idiota?
Dos: El tipo que estaba enamorado de su prima con tolocha me contó la historia, pero ahora no la recuerdo.
UNO: ¿No habrá sido de un navajazo?
Dos: Tú la conoces.
UNO: Supongo. De muchos navajazos en el vientre.
Dos: Tú, tú tuviste una navaja.
UNO: De joven. Tuve una.
Dos: Dónde está.
UNO: ¿Si te digo que la dejé en la escena del crimen creerías que he estado leyendo tus revistas?
Dos: No es importante entonces.
UNO: Es algo que tiene que ver con la lucha de clases. ¿Sabes algo de eso?
Dos: Sí, claro, una clase que se pelea con la otra. Así pasa. También los renos luchan, pero con las clases es peor. Hay mujeres y niños.
UNO: Mi padre decía que es mejor andar vendiendo heroína en las secundarias a morirse de hambre.
Dos: Eso parece difícil, hoy en día, en las secundarias los muchachos no traen ya para su leche.
UNO: Entonces debería pensarse en productos más económicos para pervertir a la juventud, más accesibles para sus bolsillos.
Dos: Te lo digo de verdad. Ése es un mito. Es imposible hacer negocio con esos chamacos. Son unas fieras. Andan armados, no traen dinero, si te acercas te asaltan.
UNO: Mi padre sabía de negocios.
Dos: Nadie lo pone en duda. Si me dices rentar a mi mamá a los presos liberados, suena razonable, tienen dinero de los fondos federales.
UNO: Eso.
Dos: Y el gobierno les tira comida en paracaídas.
UNO: Como a los indios.

Dos: Estamos de acuerdo, pero arriesgar el patrimonio frente a una secundaria. Chingado, no sé en qué estaría pensando tu padre.
UNO: Tenía una prima, una prima con tolocha.
Dos: Tu padre.
UNO: Sí. Mi padre. Parece que ya vamos llegando a algo.
Dos: Eso parece.
UNO: Él me decía, hijo, ya eres mayor, tienes treinta años y no se ve que vayas a hacer algo decente con tu vida, ni siquiera has ido a la secundaria como te pedí desde hace meses.
Dos: Entonces ése era el asunto.
UNO: Un hombre enamorado de su prima hermafrodita.
Dos: Sufría. Sufría mucho.
UNO: Mi padre.
Dos: Sí, tu padre.
UNO: Una noche le pidió que se pusiera de panza.
Dos: Sí, claro, el amor.
UNO: El amor, cochino amor.
Dos: Creo que mi padre se le sentó a la prima en la panza.
UNO: Y ella.
Dos: Ella le metió el clitoris por el culo.
UNO: Eso no puede ser.
Dos: Es algo que no debe permitirse.
UNO: Mi padre la amaba.
Dos: ¿Dices que la ahorcó?
UNO: No lo recuerdo, pero hablaba de la prima con nostalgia.
Dos: Si no fuera por mi prima hermafrodita, algo habría hecho con mi vida.
UNO: Tú debiste hablar con él. Seriamente. Preguntarle si la ahorcó como es que decían.
Dos: O le clavó el cuchillo en la panza y la dejó con un tubo desde la garganta hasta el culo.
UNO: Y por las noches los jornaleros escucharán en la distancia.
Dos: Ojalá.
UNO: Ojalá se te quite lo pendeja.
Dos: Ojalá se te quite lo pendeja.
UNO: Ojalá se te quite lo pendeja.
Dos: Ojalá.
UNO: Ojalá.
[...] ●

Círculos

JOSÉ MARÍA MERINO

Intentando alcanzar el sueño, había imaginado unos seres extraterrestres en forma de enormes pulgas a quienes denominó cúmices. También se le ocurrió otro nombre: surus, pero no sabía a qué ser atribuírselo. ¿Cómo es un surus? ¿Antropomorfo, reptiloide, aviforme? Antes de quedarse dormido, le dio vueltas en su imaginación a las diversas posibilidades: ¿visible, invisible? ¿Orgánico, inorgánico? ¿Hecho solamente de energía?

Se quedó dormido. La medicación le hace soñar mucho, pero es raro que al despertar recuerde los sueños, salvo por el leve poso desasosegante que dejan en él, un sabor agrio, infausto. Pero en esta ocasión soñó tan claramente que parecía materia real, propia de la vigilia:

El eco de un golpe lo despertaba. Algo enorme había caído en la explanada que hay detrás de su casa, pero en la oscuridad completa de la noche era incapaz de distinguirlo desde la ventana.

El incidente lo desasosegaba tanto que ya no pudo conseguir quedarse dormido otra vez, y cuando empezaba a amanecer se asomó de nuevo a la ventana: junto a la casa había un bulto tirado, con traza humana pero gigantesco.

Bajó, se acercó con precaución y comprobó que se trataba de un cuerpo vestido, al parecer de varón, que mediría cuatro metros de largo y que parecía desvanecido por el golpe. El tamaño del rostro producía espanto, por lo descomunal de los rasgos. Advirtió que, a su lado, había un largo y ancho mango de lo que tenía aspecto de red para cazar mariposas, a la escala del enorme cuerpo.

Su terror ante el hallazgo iba creciendo.

De repente, el gigante salió de su desvanecimiento, se sentó, se frotó los ojos y, sin advertir al parecer su presencia, se levantó, sujetando el mango de la red, echó a correr hacia el monte, y el soñador vio su gigantesco cuerpo alejarse y desaparecer súbitamente en un claro de la espesura, como si hubiese cruzado alguna abertura invisible en el espacio.

Iba recuperando poco a poco el sentido de la realidad, cuando escuchó cierta agitación de hojas y ramajes en un extremo del jardín, y al acercarse descubrió un cuerpo, que le pareció el de un gran pájaro, enredado en un rosal. Pero enseguida comprobó que no era un pájaro, sino una mariposa descomunal: tendría casi sesenta centímetros de extremo a extremo de cada ala.

Invadido por una curiosidad urgente, entró en la casa y buscó una sábana para atrapar a la mariposa, envolviéndola con la tela, y cuando lo consiguió fue con ella a la sala y la dejó libre. La mariposa se quedó posada sobre la mesita, quieta, con un suave vibrar de alas. Era una mariposa negra y naranja con lunares blancos, y desde su gran cabeza parecía contemplarlo con la misma curiosidad que él a ella.

«Un surus», se dijo, incorporando al sueño una de sus elucubraciones de la vigilia.

Pero en pocos momentos comprendió que la mariposa estaba creciendo, haciéndose cada vez más grande, y de nuevo se apoderó de él un gran temor. Abrió el ventanal, para facilitar su marcha, pero la mariposa no se iba.

Cuando la dimensión de su cuerpo era la de un gato grande, y sus alas ocupaban el centro de la sala, extendió de nuevo la sábana y, con enorme esfuerzo, logró envolverla en ella y tomó la determinación de encerrarla, aunque sacarla de la casa y bajar al piso de abajo, donde se encontraba el trastero, le resultó muy dificultoso.

Al fin, envuelto en una nube del polvillo negruzco anaranjado que habían soltado las alas del enorme insecto, con las ropas del todo teñidas por él, cerró a sus espaldas la puerta del trastero y despertó.

La experiencia soñada había sido tan intensa como si la hubiese vivido realmente, y permaneció durante un rato estupefacto, todavía con los nervios alterados por la sensación de horror ante aquella enorme mariposa que no dejaba de crecer.

Decidió olvidarse de los surus, mientras se disponía a levantarse. Sin embargo, no consiguió moverse, y comprendió que todavía estaba sujeto en las redes del sueño. A través de sus párpados entreabiertos vislumbraba la luz del cuarto de baño aclarando levemente el pasillo, pero no era capaz de abrirlos del todo, ni de mover ninguno de sus miembros, atenazado por una parálisis que había experimentado en otras ocasiones, que era la última frontera del sueño, un punto del que sólo podía despegarse mediante un esfuerzo concentrado y repentino o con la ayuda de Mónica.

En otras ocasiones había logrado llamar la atención de Mónica, dormida a su lado, farfullando con mucho trabajo su nombre: «Mónica, por favor, ayúdame a despertarme, por favor», pidió, una y otra vez.

También ahora Mónica se despertó y lo zarandeó suavemente.

—¿Pedro, te pasa algo?

—Que no me podía despertar —dijo él, con la sensación jubilosa de haber podido abandonar el círculo opresivo.

—¿Otra vez?

—Me parece que estoy despierto, pero no consigo moverme, ni abrir los ojos. Y mover los labios para hablar me cuesta un trabajo grandísimo. No te imaginas cuánta angustia se siente.

—Pobre Pedro —musitó ella con voz soñolienta, antes de volver el cuerpo para el otro lado y quedarse dormida de nuevo.

Él se levantó, se hizo un zumo de naranja para tomarse sus pastillas y salió de la casa.

En el amanecer había un frescor grato, y la luz lechosa difuminaba el pequeño jardín con un aire también de sueño. Contempló el resplandor del sol naciente sobre las hierbas y las rocas, el firme volumen de

los ramajes, que la falta de total claridad hacía más corpulentos, la disposición perfecta de las plantas con sus flores.

Sentía el olor de la mañana estival, oía el jolgorio de los pájaros, y los trances quirúrgicos de la intervención que lo esperaba dentro de pocos días se hacían más acuciosos, más seguros, emborronaban con una sombra añadida el claroscuro del amanecer, hacían arrugarse las imágenes como algo ya reseco y perdido.

Se echó en una de las dos tumbonas, cerró los ojos, se quedó dormido inadvertidamente hasta que lo despertó la voz de Mónica:

—¿Pero te has quedado dormido?

Él se levantó sin decir nada, la siguió, entraron en la casa, comió pausadamente las tostadas, bebió a pequeños sorbos el café. Cuando Mónica hubo terminado también su desayuno, le pidió la llave del trastero.

—¿Es que está cerrado con llave? —preguntó él.

—Pues sí. Y debe de haberse quedado encerrado alguno de los gatos, porque no te imaginas el barullo que hay allí dentro.

Bajó apresuradamente. El suelo, en el pequeño vestíbulo en el que se abría la puerta del trastero, estaba cubierto de polvillo negruzco anaranjado, y dentro del cuarto se oía un alboroto, un eco de aleteos, de trastos caídos, de cristales rotos.

Subió otra vez con prisa y entró en la cocina. Mónica, que estaba guardando en el lavaplatos la vajilla del desayuno, se volvió al sentirlo entrar.

—¿Se había quedado dentro algún gato? ¿Han hecho destrozos?

—Mónica, por favor, despiértame. Por favor.

—Pero Pedro, no me mires así, estás despierto, estamos despiertos.

—Por favor, Mónica —reclamó él de nuevo con terror, sintiendo que esta vez estaba a punto de no conseguir despertar •

UN FALSO gemelo

GENEY BELTRÁN FÉLIX

«**ELEGÍ TU NOMBRE** porque me dije: Esta persona, Anna, sabrá entender aunque sea sólo por hoy tus palabras». Y no se disculpaba esta mujer por irrumpir con páginas no pedidas ante los ojos de un destinatario fortuito: «Me importa poco o nada que me leas, mañana buscaré otro nombre en el directorio telefónico y así cada día habré de ir desatando ésta mi ansia de cifrar en una hoja fragmentos de la médula que están de más en mí».

Ya en su cama después de haber cenado una pieza de pan y una taza de leche, el hombre dedujo que daba lo mismo que fuera él o el individuo solicitado por el sobre blanco en la parte inferior derecha quien leyera la botella al mar. Él encarnaría todos los nombres que ella pudiese elegir de ese libro en el que, por lo demás, nunca se habría de encontrar el suyo propio.

Los días siguientes, ya con una interesada inquietud por reunir nuevas confesiones de Anna Stesse, puso el hombre un exclusivo celo en retener y violar cualquier carta que trajera el nombre de ella, y así fue conociendo la historia como ninguno de los destinatarios elegidos (siempre distintos) podría haberla conocido.

A la mujer parecía no importarle escoger cada día un nombre diferente: iba más bien construyendo su historia sin recapitular ni resumir los sucesos narrados el día previo, la semana anterior. Diseminaba su autobiografía en personas que habrían de leer ¿con estupefacción? un pedazo desmembrado de su vida, como si para ella fijar un mismo (y definitivo) lector fuera menos importante que llanamente escribir y desvestirse ante la sola negrura del bolígrafo, o tal vez —llegó a pensar el hombre durante los primeros días— estaba multiplicando sus destinatarios para divisar que por lo menos uno de entre veinte o cuarenta se determinase a llegar a su casa (y preguntarle *Qué pasó antes, qué ha pasado después*).

LUEGO DE LEER la primera carta, el hombre se quedó mirando el nombre y la dirección de Anna Stesse en la parte superior del sobre. Solo en su cuarto, se preguntaba de qué necesidad se trataba (por qué tenía la mujer que escribir *eso*):

«Mi hermana melliza salió esta mañana muy temprano. Me dijo que iba a recorrer varios lugares durante el día y que no regresaría hasta bien tarde. Me levanté con flojera a atender a la niña. Le cambié el pañal, le di el biberón, la vestí. Hacia las diez, luego del desayuno, salimos al parque. Pasé por la Sucursal de Correos a depositar la carta de ayer, que tu antecesor, no tú, recibirá, y cuando regresamos la pequeña estaba dormida. La pasé de la carriola a su cuna y me puse a escribir en el comedor.

»Me he sentido ya bien desde hace dos meses, pero no creo buscar trabajo en un buen tiempo. Mi hermana me entiende y me ha dicho que no me preocupe, todo saldrá bien. Me parece que ella cada vez mira a la niña con mayor tibieza. Recuerdo cuando nació», y entonces le narraba al nombre fantasmal tomado del directorio telefónico con qué solidez le llegaban los dos días que Emma, parturienta, pasó en el hospital, y lanzaba nombres o apellidos de —¿qué serían?— quizá doctores, parientes (o amigos), con natural conocimiento, sin aclararle entre comas (ni entre paréntesis) esa información habitual de «Macedo, *el ginecólogo*», o «el Gordo Felisberto (*el vecino*)».

No pocas veces llegó el hombre a sentir el impulso de buscarla. ¿Por qué no atreverse a ir a la dirección de Anna Stesse? Podría ayudarle en algo, tal vez sólo el llegar y saludarla fuese para ella la gratificación esperada por tantas cartas enviadas a gente desconocida, nombres huecos del directorio telefónico, decirle:

¿Anna Stesse?

mucho gusto, leí su carta, estoy muy inquieto por su historia, ¿me invita a tomar un cafecito?

muchas gracias, ¿ella es la niña?

¿y el papá quién es?, no me lo ha mencionado, ¿fue en otra carta?

ah, bueno —y todo parecía dibujarse en su mirada (y ya las cartas se estaban convirtiendo, sin que él lo advirtiese, en mucho más que un sordo entretenimiento) con la fugacidad de las imágenes probables de futuro que sin existir transitan por la retina del presente y engolfan las espaldas del recuerdo con un mar de cosas que nunca tuvieron lugar.

LAS CARTAS SIGUIENTES empezaban del mismo modo: esta mañana pasó esto y lo otro, la niña tenía tos y me desvelé atendiéndola, mi hermana me dijo no vendré a comer, y ya para el momento en que todo parecía tan cotidiano la mujer aprovechaba para esbozar una remembranza, «como el día, éramos pequeñas, que llegamos a vivir a la Ciudad, yo me extravié en el aeropuerto y cuando mi padre me encontró Emma me veía con ojos de rechazo», o también «aquella vez, en primero de prepa, cuando después de la clase de química Óscar invitó a mi hermana al cine y mi padre, distraído, le dijo *Ve*, y al regresar a la tarde ya casi noche del sábado ella feliz me presumió de besos y caricias oscuras que yo no conocía, me sentí humillada»... Con el paso de los días el hombre comenzó a imaginarse a las mujeres como si fueran conocidas suyas de mucho tiempo, cada mañana llegaba a su escritorio en la Oficina Postal pensando *Y ahora qué sucedió o me contará*, siempre atento a la aparición en la cascada de sobres de la carta con el nombre de Anna Stesse en la esquina del remitente. Casi todos los días su espera era retribuida con la letra ya tan fácil de identificar, la A inicial de Anna se elevaba como una catedral famélica —las dos eses de tanta cercanía parecían transformarse en una eme muy amplia.

LUEGO DE VARIAS cartas había logrado entender que la niña, de poco menos de un año y nombre no aludido, era hija de Emma, quien trabajaba mucho, salía siempre temprano y regresaba ya de noche a la casa: se trataba de una exitosa repretransante de laboratorios médicos que con los meses se había —según Anna— desapegado (qué cosa) con mucha frialdad de su hija.

De la rutina de la melliza también discernía el hombre que la escritura de una carta diaria se había convertido en una suerte de hábito liberador o introspectivo, un tiempo abierto en el que Anna partía del llanto de la niña, el paseo por el parque, el pago en la Sucursal de Correos, las compras en el mercado, para perseguir después una memoria en la que Emma estaba siempre a su lado: la llegada, procedentes del extranjero en orfandad materna, para radicar en la Ciudad, sus años de escuela, los amoríos seguidos y volubles de la otra y la no explicada soledad propia, la ausencia definitiva del padre (un tal Gelarzio Stesse), cuando ambas habían ya empezado a trabajar, hasta el día en que Emma dio a luz, y esto coincidió con la enfermedad de Anna y su abandono (forzoso al principio y después resignado) de su empleo en un banco, donde habría trabajado durante ¿qué?, quizá cuatro o cinco años como cajera antes

de padecer por lo visto algo serio, y desde entonces pasaba casi todo el tiempo aislada en el depa, cuidaba de la niña, preparaba la comida, escribía, y debido a las alusiones irregulares e incompletas el hombre no podría decir qué tipo de enfermedad era ésa, si bien lograba entender que Anna no tendría necesidad de escribir *Sufrió de esto o de lo otro* pues ella, que lo padeció, conocía muy bien de qué se trataba y aclararlo sería tan superfluo como decirse a sí misma «me llamo Anna Stesse», y a final de cuentas su lector casual y cambiante ignoraba tantas cosas que una más (se decía el hombre) no importaba o acaso para ella ese espectro azaroso invocado del directorio era un solo pretexto para fingir el otro término del hilo de la confidencia e irse convenciendo a sí misma de que, debido a tanta abnegación y dolencia suyas en el pasado, el futuro le debía una compensación... Aunque él a veces no podía alejar de sí la sospecha de que la enfermedad de Anna quizá no habría existido nunca, y recelaba que la melliza habría estado inventando, mediante menciones jamás cabales de este grave mal, una metáfora física de su sentimiento de dependencia ante Emma.

«**CADA VEZ QUE** miro hacia el pasado me digo *Por qué no le respondí esto, o Debí haberle abierto las piernas a, o Qué tonta fui al dejar que*, y si en las cartas anteriores, que tú jamás leerás», leía él la más reciente, dirigida a un tipo de nombre Daniel Abigeo Gamal, «me he reprimido de lanzar esta clase de invectivas al pasado, es porque no sabía, y hasta estas últimas mañanas he venido intuyéndolo, que de un golpe todas esas cosas se pueden trastocar».

Y esa difidencia, que las páginas de los días previos habían ido gestando en el hombre, quedó confirmada en las nuevas palabras, con las que anunciaba Anna Stesse (sin precisarlo) su paso siguiente, la justificación de tantas cartas entregadas a gente inalcanzable, al viento de los (¿tanto así?) nombres sin carne: «en este momento la repulsiva, la aberrante me llama desde la cuna, y sé que he venido escribiendo para reunir las pruebas que me dan la razón: el desagravio, su hora, está llegando: ¡es ya! ¡Es hoy, hoy! ¿Me entiendes?».

El hombre no pudo sostener más el papel en su mano (un temblor agrietaba su frialdad de siempre). Había venido siendo usado ¿como cómplice para una venganza? Era... ¿se trataba de una niña! ¿Cómo protegerla? ¡Ya era tarde!

Se había ya levantado de la cama: se acomodó los zapatos mientras revisaba la dirección anotada bajo el nombre de Anna en tantos sobres.

ESA CALLE, Constitución, habría de estar a unas veinte o treinta —quizá más— cuadras de su casa (tenía que ir y buscar a esa gente). ¡Cómo no se dio cuenta! Detrás de tantos recuerdos y pormenores se hallaba la búsqueda de una indulgencia para ésa su resolución. Ahora tenía la respuesta a su inicial pregunta de hacía ya cosa de dos meses, sobre *Qué necesidad tiene Anna de contarme estas cosas...* Su silencio (el silencio de este nadie múltiple que él había sido) la había hecho creer justificada para su retaliación final.

Cuando llegó a la dirección, en taxi, unos quince minutos más tarde, dudó entre tocar directamente a la puerta de las Stesse o interrogar antes a un vecino. El rumbo se veía calmo. La casa tenía un jardín pequeño que las luces de la calle delataban bien cuidado, y de la puerta exterior, de rejas blancas, partía un camino rodeado de césped que terminaba en la entrada a la casa, a unos cinco metros y a cuya izquierda se veían unos ventanales cubiertos desde dentro por cortinas de tono claro. Al lado de la puerta exterior se veía un timbre.

Oprimió el botón.

Una luz se encendió. A través de las cortinas el movimiento de una sombra. Se vio la silueta de un hombre que entreabría la puerta interior, estiraba la cabeza y le gritaba, apenas cortés:

—¿Qué se le ofrece? ¿No se le hace que ya es un poco tarde?

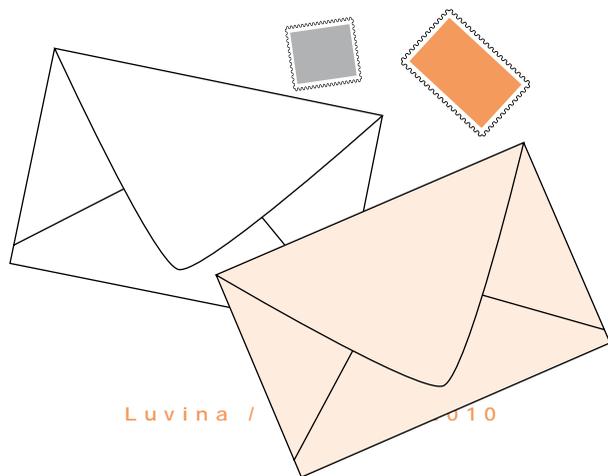
Desde la reja el hombre gritó, maleado ante la intuición de su error:

—¡Las hermanas Stesse! ¿No viven aquí? ¡Stesse!

El hombre de unos 55 años, de rostro arrugado y cabello escaso, terminó por salir al jardín y, a unos tres metros, se quedó mirando al extraño antes de decir:

—No. Aquí vivo yo, con mi esposa —y para entonces nuestro héroe ya ciertamente balbuceaba:

—¿Anna? ¿Emma Stesse, la bebé?



Impávido, el tipo se le acercó y le dijo, en un tono de confianza:

—No, Gloria Villarreal, y no tenemos hijos.

El clasificador de correspondencia sacó de un bolsillo de su pantalón el último sobre y se lo mostró.

El otro lo revisó. Parecía decirse, *Eh, qué curioso*, y con calma su voz de nuevo le llegaba a nuestro héroe como un burdo homenaje a su aislamiento, su incapacidad para hablar y saber de gente real y no fantasmas:

—Pues no, señor. Ésta es la dirección, pero nosotros vivimos aquí desde hace 20 años. Y nadie en esta calle tiene este nombre, que yo sepa... Anna Stesse —y lo repitió como si quisiera aprendérselo de memoria o por lo menos despojarse de cualquier perplejidad—: Anna Stesse, bueno. ¿Por qué no la busca en el directorio telefónico? —y apenas el señor le hubo extendido de regreso el sobre a través de las rejas, él se dio la vuelta, con la cabeza baja, y sin responderle (a ese desconocido que lo miraba escrutándolo) dirigió los pasos hacia su casa mientras en su mente, asediada por astillas y luces súbitas, sólo se repetían palabras sueltas:

—...niña, una bebé, cómo era...

A LA MAÑANA SIGUIENTE, apenas hubo llegado a la Oficina Postal asaltó el segundo volumen de la guía de teléfonos. Lo abrió con violencia, ¡y de Sterne pasaba a Steven! No se hallaba registrado el apellido Stesse; con la sensación de un bloque de hielo derritiéndose en la espalda, silencioso caminó a su escritorio.

Se sentó (la mirada inencontrable), y con un fiel resquicio de esperanza fueron sus ojos, llenos de ansias conjeturas, poco a poco asentándose sobre los paquetes de cartas por clasificar: quizá —se dijo—, quizá ese último párrafo de Anna Stesse habría sido una broma o locura pasajera, tal vez lo aguardaba un nuevo sobre con el nombre de la melliza y la dirección falsa, ¡no importa!, ahora la mujer habría reanudado su ronda de destinatarios con alguna historia diferente y Emma y la bebé no habrían nunca existido, o bien podría ser que Anna Stesse hubiese sido un pseudónimo y a partir de hoy ella sin duda usaría su nombre real o cualquier otra nueva máscara de tinta para contarle a él (su cómplice de ojos siempre ajenos) sus fabulaciones de mujer solitaria enclaustrada en falsos espejos a quien él jamás encontraría en dirección alguna porque ella no deseaba hablarle ni conocerlo: sólo imaginarse que alguien —un falso gemelo— podría leerla en esta Aciaga Ciudad numerosa en nombres y sin embargo vacía de rostros •

LA BOTELLA

JULIO PAREDES

Después de pagar por adelantado la tarifa de una noche, Isabel recibió la llave y vio, por encima del mostrador, que el encargado de la recepción se la entregaba con una sonrisita, acompañada de una rápida inclinación de cabeza, en un gesto casi imperceptible. En apariencia se trataba de una muestra de cordialidad, pero Isabel entendió que en el gesto había un guiño cómplice. El hombre, con un bigote grueso y muy oscuro, quería hacerle ver que adivinaba el secreto de su presencia, las razones ocultas para este registro solitario, en este hotel en particular y a esa hora de la tarde. Por simple experiencia, pensó Isabel, sabría que tanto el nombre como los otros datos trazados por ella en el libro de registro eran falsos.

Apretó la llave en la mano y dio las gracias en voz baja. De inmediato, el muchacho que actuaba de botones se le adelantó en una carrerita hasta el ascensor y le sostuvo la puerta para que siguiera, con un gesto en la cara copiado del otro, como si él también en silencio comprendiera cosas de antemano. Mientras se acercaba a la entrada del ascensor, la mirada fija en la caja adentro, donde se veía un espejo, Isabel supuso que ninguno de los dos le quitaba los ojos de encima, atentos al movimiento de sus piernas y nalgas entre los pliegues de la falda. Bastante probable que fueran los mismos hombres de hace cinco años, cuando se registró por primera y única vez, presentándose también sin compañía, una hora antes de que apareciera F.

Se sintió incómoda y, mientras subía hasta la habitación en el tercer piso, se miró en el espejo y se pasó una mano por el pelo, recién teñido de un marrón suave y con uno que otro resplandor dorado. Imaginó que a la suspicacia en la mirada de los hombres

la alimentaba el hecho de haber llegado a pie, con un maletín que apenas si remedaba un equipaje y el aroma de un perfume que probablemente ninguno de los dos habría olido antes. Se trataría de una sospecha previsible, pues quizás los desconcertaba su aspecto, la juventud aún patente en la moldura del cuerpo, el traje de dos piezas y los zapatos nuevos; o, como solía pensar, las líneas de sus labios gruesos, que siempre mostraban un raro brillo natural.

Nada extraño que abajo empezaran ya a pronosticar cuánto tiempo pasaría antes de que apareciera su acompañante anónimo. Sería una de las maneras que tendrían para matar el tiempo y medir la naturaleza furtiva de estos encuentros pasajeros, de dos o tres horas, de idear el posible carácter de los innumerables protagonistas. Agradeció no tener que cruzarse con nadie más en el corredor, y cuando abrió la puerta y entró, respiró profundo, como si llevara muchas horas de viaje sin descanso.

Había un fuerte olor a desinfectante. Le echó un vistazo al cuarto y tuvo la impresión inmediata de encontrarse en un espacio de una desnudez irreal. A excepción de la pequeña reproducción de un paisaje campesino, colgada a un lado de la puerta del baño, no había nada más en las paredes. El tono blanco intenso que las cubría no parecía pintura sino cal, como la que pondrían en los muros de una casa deshabitada. Recordó que el cuarto de la vez anterior tenía una ventana que daba hacia la calle, pero había olvidado por completo esta parquedad, como también la altura de los techos, un desamparo físico que no se correspondía con la felicidad y los estremecimientos que experimentó al final de aquella otra tarde.

A primera vista, la cama y el piso estaban limpios, y la especie de felpudo blanco que cubría parte del piso se veía suave y nuevo. No le importó entonces la sensación de encontrarse en un territorio sin dueño, pues había logrado llegar. Estaba ahí, finalmente.

Se sentó en el borde de la cama, se descalzó y en un vaso se sirvió agua de la jarra que había en la mesa de noche. El agua se veía transparente y fresca, pero al final de cada sorbo le quedaba un leve gusto en la lengua, un sabor raro que la hizo pensar en madera húmeda, guardada mucho tiempo bajo la sombra. Pasó la mano sobre la colcha de hilo, un cobertor barato que no estaba pensado para cubrirse, ni para protegerse del frío. Echó

otra mirada alrededor y tuvo un estremecimiento, un temblor que la obligó a frotarse los brazos con fuerza. Aún no sabía muy bien cuál sería la ceremonia que pensaba llevar a cabo ahí dentro. Durante los últimos días la única imagen que le llegaba a la cabeza era la del recorrido que haría en solitario desde la oficina hasta el hotel. Una imagen de sí misma que terminó por comparar, sin ninguna razón obvia, con la del resto de alguna cosa que, después de años de sacudidas, un mar lanzaba a la misma playa.

Caminó hasta la única ventana en la habitación y que daba a la parte trasera del edificio. Allí al hotel lo rodeaban las paredes sucias de otras construcciones y descubrió un patio abajo. En una de las esquinas habían acomodado un jardín sobre una cama de ladrillos y tierra, con una acacia joven y varias materas con florecitas de colores, regadas alrededor. Vio además, como un objeto incongruente y caprichoso para los propósitos del hotel, un triciclo de colores, apoyado de medio lado contra una pared.

La combinación de las cosas y la escasa luz que bajaba a esa hora de la tarde le provocaron una repentina melancolía, como si observara los encantos de un mundo desaparecido, los objetos y artículos de otro naufragio que sólo hasta ese instante tenía la oportunidad de presenciar. Recordó haber escogido el hotel al azar cinco años atrás, mientras buscaba una calle silenciosa en medio del ruido. Al final se había decidido por los falsos balcones en hierro forjado que adornaban la fachada. Cuando, en esa otra oportunidad, F. entró al cuarto y se asomó también por la ventana, felicitó a Isabel por la elección y comentó que tenía un encanto natural y sencillo.

Se tendió en la cama. Las fundas de las almohadas despedían el mismo aroma a desinfectante que bailaba en el aire de todo el cuarto. ¿Cuántas cabezas y caras se habían acomodado ahí? Los dos hombres en el primer piso sin duda tendrían una cuenta exacta, un registro pormenorizado de las señales que dejaban los cuerpos. ¿Conocerían alguna otra mujer que se haya tendido sola en esta cama? Se preguntó también si ya para ese momento sabrían que no existía ningún acompañante, ningún hombre entrando furtivo como ella.

(*)

Entonces, la sorprendieron de nuevo la serenidad y la naturalidad con las que respondió al llamado de F. Un consentimiento inmediato que no fue el resultado, ni mucho menos, de la sumisión simple de una mujer que llevara sola varios años, pues sabía que entrelazarse a F. significaba ralentizar el avance de cualquier desdicha inesperada, nada más complicado que eso. Fue como querer aprovisionarse de un escudo que no se desgastara con facilidad; una coraza como la que llevaban las criaturas fantásticas para proteger el corazón y a la que no corroían, en sus cruces ideales, los forzosos estragos de los días.

Así F. no lo confesara nunca, Isabel aún tenía la certeza de que, mientras estuvo con ella, experimentó en silencio una conmoción semejante a la suya. Quizás la certeza se la transmitió su voz, esa manera liviana de hablar, sin énfasis pero encantadora, en la que a veces, acercándose a su oreja, intercalaba sonrisas cariñosas y entonaba palabras sin trucos, sin promesas embusteras sobre el porvenir de los dos.

Buscó entre el maletín y sacó la botella. Sintió el sudor en la frente. Sería la cuarta en las últimas tres semanas, desde la noche cuando quedó a merced de este nuevo arrebató y que, como todos los anteriores, la acorralaba sin aviso y sin tregua. Ignoraba cuántas le faltaban aún para llegar al momento más agudo; el punto desde donde iniciaba el retorno a la sobriedad controlada y benéfica de todos sus otros días. Tuvo la tentación de empezar a beber del pico de la botella, pero la idea le nubló la mirada y los ojos le ardieron, como si otra vez le subieran lágrimas mezcladas con arena. Marcó el par de números que la comunicaban con recepción.

—¿Tienen hielo?

—Sí, señora.

—¿Me podría enviar una cubeta, por favor?

—Sí, señora. ¿Algo más?

—¿Tienen agua tónica?

—No, tónica no, señora.

—¿Soda?

—Soda sí, señora.

—Dos botellitas, por favor... no, cuatro, mejor cuatro.

—¿Necesita vasos?

—No, gracias.

—Ya se las llevan.

Le habría gustado aclararle a esa otra voz, la del hombre con el bigote grueso, que lo único que ella se había propuesto para esa tarde era detenerse un momento, nada más. Hacer una parada, como cuando bajaba del carro para estirar las piernas y los brazos y respirar con fuerza un aire nuevo, más tibio. Cuando abrió para recibir el pedido y pagar, se encontró de nuevo con la sonrisa maliciosa del hombre joven. No podía considerarse una experta, pues el número de sus escauceos sentimentales era limitado, pero entendía desde hacía tiempo que los hombres identificaban en una mujer sola una tácita oportunidad sexual, velada, pero siempre posible.

Se acomodó otra vez en la cama y mientras servía el primer trago recordó con una sonrisa la fotografía en blanco y negro, tomada en la sala de su casa, que decidió regalarle a F. Un montaje que hacía pensar en la instantánea de una estatua en pose dramática; la cabeza echada hacia atrás, mirando hacia un rincón impreciso, bajo una luz inventada entre las sombras y un velo encima que ocultaba y distorsionaba a propósito la firmeza y la suavidad de su cuerpo. Un cuerpo que podía adoptar sin ninguna vergüenza, ahí sobre la extensión completa de la cama, cualquier postura y ademán, curvando los brazos y las piernas, como cuando F. se aferró a ella, como queriendo fundirse.

Rellenó el vaso con un trago largo y cerró los ojos. La sorprendió el silencio alrededor. Parecía increíble que Bogotá fuera una ciudad que en su interior contuviera esta especie de universos paralelos; un rincón, levantado en la mitad de uno de los sectores más ruidosos, descompuestos y desorganizados, donde la calma era absoluta. Sin embargo, Isabel sabía que podía agregar a esa particular simultaneidad otra capa sombría, pues éste era un hotel donde cualquiera podría forzar la puerta, entrar y maltratarla, llevársela lejos, aprovechándose del creciente desfallecimiento de su cuerpo.

De llegar a suceder algo semejante, todos la culparían del desastre. Justificarían su pérdida por la continua equivocación emocional de abrirle paso a estas furias sin cordura, que periódicamente inundaban todo alrededor, como un dique resquebrajado: la tranquilidad familiar, la estabilidad laboral, la confianza de los amigos... Influencias lunáticas que enrarecían

el mundo razonable y la llevaban, de nuevo, al cuarto de un hotelucho para buscar el abrazo improbable de un fantasma.

(*)

No se dio cuenta en qué momento oscureció. Decidió dejar la luz apagada. Tanteó con la punta de los dedos el cuello de la botella en el piso, al lado de la cama. La volvió a asustar no saber con absoluta certeza si con el trago que acababa de servir, ya sin hielo ni agua tónica, vaciaba el contenido de la botella. Por la quietud y el silencio del cuarto, que la oscuridad parecía incrementar, creyó por unos segundos ser el único ser vivo alojado en el hotel.

Recordó la emoción creciente que le había dejado la proximidad del placer animado por F., el delicioso avance de una seducción callada, el calor en el pecho, el temblor en las piernas, como si todo no hubiera sido otra cosa que el acercamiento a un vacío. Así como los inesperados silencios en esta ciudad, como si transcurrieran en zonas de otros mundos, seguía considerando inaudito no haberse cruzado nunca más con F. Se trataba de un acontecimiento de una realidad apabullante, pero del que no podía concluir si era falso o verdadero. Buscó la botella, estiró los dedos y palpó el piso, pero no la encontró. Con extrema lentitud, se arrojó con la colcha de hilo. ¿Habría otra mejor manera que ésta de buscar aquel feliz estremecimiento?

En unas horas, cuando avanzara la noche, empezarían a buscarla. Algunos más furiosos que otros; varios, como su hermano mayor, cada vez más cerca de desistir, de no seguir por más tiempo las pautas de su incongruente juego sentimental, como si tuvieran que lidiar con los caprichos rancios de una de esas heroínas que entraban y salían del mundo a fuerza de impulsos fantásticos ●

La conspiración de los gemelos

RODOLFO HINOSTROZA

Todo comenzó con una traición. El Emir El Fasher, de uno de los califatos petroleros del Golfo Pérsico, acababa de descubrir una conspiración contra su vida, encabezada por su Primer Ministro, que era al mismo tiempo su primo hermano. Después de hacer rodar su cabeza, y la de sus coaligados, se encerró en su palacio, a meditar. Convocó a los viejos imanes, a los sabios eruditos, a los filósofos educados en las grandes universidades occidentales, y los colegios coránicos, y los conminó a revelar la verdadera naturaleza de la traición. ¿Era el hombre naturalmente malvado? ¿Eran todos los hombres real, o potencialmente traidores? ¿Se podía confiar absolutamente en alguien? La asamblea convocada por el Emir se encerró durante varias semanas tratando de hallar una respuesta, pero sus encarnizadas discusiones se revelaron estériles: nadie pudo decirle a ciencia cierta al soberano sino que Alá era el único ser absolutamente confiable, dejándolo librado a la incertidumbre.

Fue un aventurero, vagamente rumano, Otakar Enescu, quien, jugando ajedrez con el Emir, le dio la ansiada respuesta: «¿Qué importa», dijo «que el hombre sea bueno o corrompido por naturaleza? Lo que usted necesita es, simplemente, tenerlo bajo total control, para impedirle que sea tentado por la traición».

«A nadie se le puede controlar completamente», repuso el soberano, fastidiado.

«A los mellizos, sí», repuso Enescu, «pero tienen que ser del mismo óvulo, para que tengan idénticas reacciones». «Cómo así?», repuso el Emir. «Si su majestad toma a uno de los mellizos como Primer Ministro, y encierra al otro en prisión donde médicos y psicólogos chequeen sus reacciones las 24 horas del día, su ministro no podrá traicionarlo, porque el mellizo lo delatará mucho antes, sin quererlo».

«¿Es seguro eso?», dijo pensativo el Emir.

«Sí, pero le repito que para eso tienen que ser mellizos univitelinos, nacidos del mismo óvulo, pues sólo así tienen reacciones idénticas».

Al cabo de un mes juramentaba el nuevo gabinete, compuesto, en su totalidad, por hermanos mellizos univitelinos: uno de ellos vibrando de emoción en el estrado, y el otro vibrando de temor, en una prisión dorada, acondicionada en los sótanos del palacio, controlado las 24 horas por personal médico especializado. El sistema marchó estupendamente bien: cotidianamente el Emir revisaba informes sobre sus prisioneros, y así podía conocer íntimamente los estados de ánimo de sus ministros, adivinar sus intenciones, e impedir toda traición. Por otro lado, vista la eficacia del sistema, toda pareja de hermanos mellizos tenía su porvenir asegurado en la Administración Pública, donde podía aspirar a los más altos rangos, menos, naturalmente, al de Jefe de Estado.

El mundo árabe, continuamente convulsionado por movimientos extremistas y conspiraciones palaciegas, comenzó poco a poco a adoptar el sistema —que desde entonces se conoció como Sistema Pérsico—, con admirables resultados, pues se logró la estabilización del Ejército y del Aparato de Estado. Sólo así se pudo realizar el sueño del Panislamismo, y pronto todos los países árabes se unieron bajo un solo Gobierno, el del Emir Ben Kassala.

De allí en adelante, las cosas se sucedieron muy rápidamente: la democrática Unión Europea desgarrada por el terrorismo y las luchas de las minorías étnicas se adhirió al Sistema Pérsico, y pronto el Parlamento Europeo pudo decretar la unificación del Viejo Continente, con mellizos presidiendo a cada uno de los países de la Unión, y bajo la presidencia del mellizo Giuliano Cavenetia. Todos los aparatos industrial-militares y administrativos fueron confiados a los mellizos. Y poco a poco todo el mundo se convirtió al Sistema P.

Hacia 2019, el planeta se había dividido en siete grandes regiones administrativas: América Latina y Antártida, América del Norte y Ártico, Europa y Groenlandia, África Islámica, África del Sur, Asia, Australia e Islas. Al año siguiente, un golpe de Estado blanco, simultáneo y pacífico, puso a la cabeza de cada uno de los siete gobiernos a un mellizo, que hasta entonces había sido privado de los máximos poderes.

Poco después corrió por el mundo entero un atroz rumor, y es que, el inventor del Sistema Pérsico, el aventurero Otakar Enescu, tenía seis hermanos gemelos —eran séptuples— y que eran ellos los que ahora gobernaban el mundo bajo diferentes identidades: siete rostros disfrazados por la cirugía plástica, un solo y totalitario espíritu •

Versión de Eduardo

ANTONIO LÓPEZ ORTEGA

En el recuerdo más remoto, estamos con renacuajos. Los pescábamos en cualquier zanja para verlos evolucionar en una pecera improvisada, sin filtro ni carbón. Al cabo de los días, suponemos, con la inmundicia acumulada, reproducíamos el mismo hábitat de la zanja. Nos metíamos con botas de caucho que nos cubrían hasta las rodillas, y era siempre un desafío llegar a lo más hondo para saber si las botas respondían. «Éstas me las trajo papá de Holanda», decía el gordo Sánchez, pero al minuto sabíamos que era mentira, pues lo veíamos salir con los pies empapados. Era siempre un milagro descubrir a las ranitas saliendo de la envoltura transparente. Ocurría, las más de las veces, sin que supiéramos. Nos despedíamos de tarde, cada quien para su casa, y a la mañana siguiente las ranitas nadando en la pecera. Entrábamos en las zanjas con mallas, y a veces hasta con mascarillas (invento de Eduardo), para asegurar bien las presas. Pienso ahora en el tiempo transcurrido en las zanjas, entre brotes de hierba mala y agua estancada, y siento que allí está el núcleo de todo, el origen de la amistad más duradera. Nosotros en la zanja, Eduardo y yo, desde siempre y por siempre.

Lagunillas era en ese entonces un paraíso, y más específicamente Campo Carabobo, donde vivía la nómina ejecutiva de la compañía. Nuestras casas eran especies de palafitos y estábamos a escasos metros del lago. Visto desde el aire, Campo Carabobo sería una cuadrícula perfecta, de escasas diez hectáreas o incluso menos. He vuelto a esos espacios para reconocer nuestras andanzas y no he logrado calzar mis recuerdos. Todo me ha resultado de una dimensión pequeña cuando para nosotros era la infinitud. La mirada del niño, lo sé, lo engrandece todo. Y la verdad es que me he arrepentido del viaje; hubiera preferido preservar las vivencias intactas, sin distorsiones de tiempos cercanos, porque es finalmente lo que cuenta. Allí teníamos el dique, para nosotros un dragón dormido,

que retenía el impulso del lago; allí teníamos los jardines de todas las casas, que eran nuestros patios de juego; allí teníamos el club social, donde veíamos cine, escuchábamos conciertos, nos bañábamos en la piscina, jugábamos fútbol y hasta aprendimos boliche. Todo mezclado y a la vez, todo para nosotros. Nuestras rutinas eran exclusivas, y nos podíamos perder desde las mañanas sin que los hogares se inmutaran. Sencillamente llegábamos a casa a fin de tarde, vueltos unos harapos, y nuestras madres casi nos cogían con pinzas, pensando en que era mejor echarnos completos en una lavadora antes de subir a los cuartos.

Esa libertad de los inicios, ese tejido de pureza, estuvo siempre entre Eduardo y yo, como una malla que nos recogía de cualquier caída. Nuestra historia común, que difícilmente otros compartían, y que para muchos pertenecía a un país desconocido, gravitaba en el fondo, esgrimía unos valores y terminaba convirtiéndose en un código de conducta, donde el uno iba en auxilio del otro, sin importar las circunstancias. Adicionalmente, nunca conocí tal coincidencia de miras en todo. A Eduardo y a mí nos gustaba siempre lo mismo: la pesca, el fútbol, la música, los álbumes para coleccionar barajitas. Y ya entrados en bachillerato, el amor por el conocimiento fue el mismo: la biología (con iguanas que disecábamos), la física (con péndulos colgando de un hilo) y la química (mezclando traviesamente sodio con agua en las pocetas del colegio). Más allá de las imágenes de la niñez, que son muchas, mi mente lo rescata siempre vestido en uniforme caqui y con libros amarrados contra el pecho. Me temo que recreo la estampa de una foto de fin de curso, donde posábamos como ángeles. Ha debido de ser entre quinto y sexto grado, cuando comenzamos a sentir que cambiábamos de intereses, cuando el conocimiento se nos abría como un territorio por conquistar, insaciable. Tres maestros inolvidables (Lugo en castellano, Reyes en matemáticas y Rondón en biología) nos cambiaban las perspectivas del mundo y Eduardo y yo éramos de los aventajados del curso, contestando preguntas sin parar. A la par de las clases, el conocimiento lo vertíamos en todo, y entonces era cómo tensar las cañas de pescar para lograr más arrastre o cómo girar la mano en el momento de lanzar la bola con piquete para que hiciera un arco preciso y se llevara la mayoría de los pines. Todo debía tener una razón, siempre, y a ella nos aplicábamos con esmero y pasión.

La pesca en el lago fue uno de los grandes capítulos, al menos durante tres años seguidos. Se la debemos a Juan Andrés, o más precisamente a su padre, quien disponía de una lancha rápida en el mismo muelle desde el que viajaban los obreros de perforación. En muy poco tiempo, gracias

al impulso de dos motores fuera de borda, nos alejábamos del dique y de las torres y llegábamos al centro del lago. Allí pescábamos sobre todo corvinas con cañas laboriosas y carnadas muy frescas. Seguíamos instrucciones al pie de la letra, insertando el anzuelo a todo lo largo de un camarón. Nos cuidábamos de que el engarce fuera perfecto, sin ningún reborde metálico, pues la corvina era astuta y advertía a tiempo cualquier engaño. Los tirones podían llegar a ser fuertes, nos ponían a prueba, y más de una vez, de la dura faena, sólo nos quedaba un carrete deshilachado. Pienso que la corvina adiestró no sólo nuestros músculos; también nuestras mentes fueron luego otra cosa. Abajo en el lago veíamos el dolor serpenteando, la resistencia a dejarse sacar, y arriba en cubierta nosotros tirábamos como posesos, como si en ese solo acto se nos fuera la vida. Puedo recordar la cava llena de pescados, amontonados unos tras otros y salpicados de hielo en escarcha. Retengo una imagen, no importa si cierta o falsa, en la que llego a casa con dos ejemplares grandes, uno en cada mano sujetos por la cola, como gran trofeo del día. Mi madre los recibe con alegría y no deja de alabarme.

Desde tercer grado, o quizás desde antes, estuve con Eduardo. La maestra Lugo nos enseñaba el arte de la acentuación, con un método que siempre me pareció más musical que memorístico. «Pájaro», decía Eduardo, «relámpago o cúspide son palabras esdrújulas». Yo me quedaba con las graves —*árbol* o *áspid*, por ejemplo— al sentir que eran menos obvias. Pero ese enunciado de *pájaro* o *relámpago*, dicho en un salón mínimo y bajo cualquier mañana soleada, se me antojaba como una fórmula mágica: el pájaro, creía yo, también podía ser relámpago cuando se movía de una rama a otra, y por otro lado el relámpago también sabía ser pájaro cuando su luz quebradiza venía acompañada de canto. Llegamos a sostener torneos en los que, si alguno de los dos pronunciaba una palabra acentuada, el otro no podía tardar más de dos segundos en hallar otra de la misma familia. El conocimiento se convertía rápidamente en juego, incluso en travesura, moldeando todos nuestros actos. Las grúas que hacíamos con mecano llegaron a ser sofisticadas, de varias plataformas de remolque, y las torres que armábamos con lego, casi faros, alcanzaban alturas desproporcionadas. Eduardo en un círculo, rodeado de piezas y herramientas, y yo en otro contiguo, con cajas abiertas y bloques de construcción. Cada quien operaba desde su esfera, ensimismado, y en cierto momento alguno de los dos mencionaba algún tropiezo —un tornillo que no encajara o una instrucción mal seguida— para que el otro sugiriera soluciones o atajos. Al final, sólo quedaba una especie de confrontación, la obra ya terminada en cada círculo, para que cada quien

calibrara la del otro en silencio o con pocas palabras. «Es la más alta que has hecho», decía Eduardo de una de mis torres, sin que eso significara aprobación o crítica.

El padre de Eduardo, conocido en Campo Carabobo como el ingeniero Fuentes, venía de un país extraño —Guayana Francesa— y parecía tener allá algunos familiares porque se ausentaba al menos una vez al año. La madre era Beatriz, oriunda de Barquisimeto; una mujer realmente afable, curiosa, y cariñosa en extremo. Se le daba bien la cocina, con manjares diversos, sobre todo dulces, que nos servía de merienda. No olvido su limonada, con un equilibrio sutil entre acidez y azúcar, ni tampoco unos ponquecitos con pasas, que comíamos salidos del horno y se derretían en la boca. Eran dos las hermanas de Eduardo: Jeannette, inolvidable, y Silvia, que en el recuerdo siempre es una niña. De Jeannette Fuentes, con los años, llegamos a estar todos enamorados. Tenía un rostro lozano, de mejillas levemente coloradas, y un cabello castaño, ondulado, que caía sobre sus hombros; pero eran sus ojos estriados, de un gris gatuno, los que podían paralizar al más indiferente. Llegaba Jeannette al cine, o a un cumpleaños, con una faldita floreada, y todo era miradas o comentarios. Belleza extraña en medio del petróleo, llegué siempre a pensar, belleza que fijaba otros horizontes. Algo del padre, quién sabe si una cierta ascendencia francesa, gravitaba en sus tobillos, en sus brazos, en sus mismos pies desnudos cuando corría alrededor de la piscina del club. La casa de los Fuentes, por lo demás, quedaba en Las Delicias, un conjunto de residencias exclusivas que era apéndice de Campo Carabobo, y para llegar allí se atravesaba un puente bajo el cual corría un río muerto, más petróleo que agua. Con el tiempo, cruzar ese puente sólo significó para muchos de nosotros postrarse ante una princesa: Jeannette de Las Delicias.

Yo podía pasar el día entero en casa de Eduardo, o él en la mía. Esto cuando no había expediciones o aventuras riesgosas. Su casa era más grande, con un jardín trasero poblado de árboles, pero la mía era elevada, tipo palafito, lo cual nos permitía disponer de toda la planta. Adicionalmente, la mía estaba más cerca del muro, al que teníamos expresamente prohibido ir. Y el muro, dique alargado y hecho con rocas traídas de los ríos de Trujillo, era en verdad un muro de contención, un dique concebido por ingenieros holandeses para evitar que el lago inundara los suelos deprimidos por la extracción. Bueno es recordar que Lagunillas toda, con Ciudad Ojeda y otras ciudades lacustres, formaba parte de esa depresión. Cuando nos parábamos sobre el muro y veíamos hacia el sur, podíamos ver cómo las aguas del lago, en nuestro flanco derecho, estaban

muy por encima de Campo Carabobo. En aquellos tiempos se hablaba de unos siete metros de diferencia entre lago y campo, y recuerdo haber escuchado al ingeniero Fuentes decir que en un ensayo de simulación, roto el dique en un punto, las aguas llegaban hasta las inmediaciones de El Menito. Para nosotros nunca estuvo clara esta situación, que convertíamos en juego incesante, pero con el tiempo la eventual rotura del muro se prestaba para todas las fantasías. ¿Estaríamos o no en el momento de la fractura? ¿Serviría treparse al árbol más alto? Bajo este impulso, que llegamos a sentir bajo la piel, nos dio por armar casas en los árboles y establecer guaridas. Allí construiríamos nuestro fin de mundo: con víveres, latas, cajas de herramientas, colchonetas y atalayas para divisar el lago, que nunca terminábamos de avistar. En los momentos más críticos, cuando nos daban noticias de una inundación inminente, subíamos con máscaras (las mismas de los renacuajos) y chapaletas, previendo un mundo oceánico en el que pescaríamos corvinas para siempre. Las guardias nos las turnábamos, pero más de una vez el gordo Sánchez, a quien ya se le dificultaba subir por las ramas, se nos durmió en pleno ejercicio de simulación: más que dar voz de alarma a la vista de la primera ola gigante para que todos subiéramos, al gordo sólo le interesaba resguardar los víveres. «La comida es lo primero», gruñía en su defensa cuando lo reprendíamos por no seguir el manual de salvamento.

Si de verdad pienso en roturas, siento que la primera que tuvimos entre nosotros, tan dolorosa como inexplicable, fue mi mudanza a Caracas. Estábamos en primer año de bachillerato, con catorce años ambos, más interesados en las niñas que en las torres, cuando traje la noticia de casa. A mi padre lo transferían, temporalmente, para una posición ejecutiva. Eduardo y yo callamos, al unísono, y por largos seis meses, que era el tiempo que mediaba para el viaje, nos concentramos en compartir o jugar como nunca. Temiendo la despedida, temiendo un horror mayor que el propio muro deshecho y con cadáveres flotantes, nos sumergimos en un mar de complicidades mayores. En el club descubrimos una cancha a la que de niños no teníamos acceso —la de *squash*—, y durante tardes sucesivas, en campeonatos interminables, golpeábamos la pelota de goma contra la pared. Buscábamos quedar exhaustos, en el borde de la agonía física, pues era preferible experimentar ese vértigo que el propio de la separación. En la escuela, la maestra Lugo organizó una fiesta de despedida, más tristeza que celebración, y dos días antes del viaje, convocando a todos los amigos de Campo Carabobo y Las Delicias, Beatriz, la madre de Eduardo, desplegó en mesones y manteles bordados una merienda inolvidable. Tal variedad de dulces y postres sólo buscaba

un efecto: que mi corazón, que no mi paladar, quedara clavado en esas caras, en esas casas, en esos árboles. Y Beatriz lo logró, no cabe duda, pues todavía creo ver a Jeannette mordiendo un ponquecito de pasas con sus dientes muy blancos. Cada vez que Jeannette muerde, mi piel queda marcada con el arco exacto de sus dientes.

Al año siguiente, mi padre asintió a dejarme disfrutar las vacaciones en casa de los Fuentes. Llegar a Lagunillas un año después de mi partida no me mostraba un paisaje diferente. Comenzaba a percibir que los cambios eran enteramente míos, reflejo de la nueva vida en Caracas. Iba a buscar a Eduardo, pero Eduardo era también el pasado, inmovilizado con sus mismas señales. Las casas en los árboles, los torneos de *squash*, las caminatas por el muro, no me interesaban tanto como antes, y creo que Eduardo lo advertía con pesar. La novedad mayor, casi perturbadora, fue encontrarme a Jeannette convertida en una adolescente muy bien proporcionada. Su belleza era la misma de antes, pero un trazo grueso de sensualidad le raptaba el cuerpo. No nos pudimos saludar como lo hacíamos de niños; tan sólo nos miramos de arriba a abajo para reconocernos como seres del sexo opuesto. Mostrar mayor interés por Jeannette que por Eduardo nos colocaba en una situación incómoda, inédita. Eduardo se quedaba sin compañero de juego, sin cómplice, pero Jeannette ganaba un verdadero pretendiente. Los días transcurrieron, mayoritariamente, en el cine, en la piscina, en un jardín con bancos. Veíamos televisión hasta altas horas de la noche, mientras Eduardo dormía, y en algún momento, creo, llegué a tomarle la mano y acariciarla. Si me preguntan por el significado de la palabra *clóset* diré que es besos, besos sucesivos. Pues hasta allí me llevó Jeannette, en el medio de sus propios vestidos, para besarnos una noche. Recuerdo la fragancia, el aire quieto, una cierta humedad. Nos besamos en ese espacio estrecho, entre telas diversas, y en un punto, brevísimo, Jeannette metió la lengua en mi boca. Todavía la sujeto entre mis labios, como un pez salido del agua, todavía la sujeto y me erizo. Beatriz volvió a preparar otra merienda de despedida, esta vez con menos gente, y yo no hacía otra cosa que mirar a Jeannette a los ojos, desde la distancia. Ella me evitaba y se volvía, apenada, sabiendo que había despertado a un monstruo. El abrazo que me dio Eduardo al final fue una señal extraña, fue como decirme: «Te quiero mucho, hermano, pero vete de aquí, por favor». Quién sabe si en ese alejamiento estuvo la raíz, el aroma, de lo que vino después.

Las noticias de Eduardo en Caracas me sorprendieron. Las recibía con expectativa, con alegría, aunque Lagunillas fuese para ese entonces un horizonte cada vez más remoto. No se trataba de negar la edad de

oro, sino de identificar cómo nos relacionábamos con ella siendo adolescentes. Tratando de afirmarnos, de estar a la altura de las circunstancias, echamos al cesto lo que no nos interesa. Y el adolescente, en general, tiene la memoria corta, vive más bien por impulsos. Yo no quería aparecer como un provinciano ante mis amigos caraqueños, y debo admitir que adaptarme a la gran urbe no fue cosa fácil. Tenía otras maneras, pero un poco largo y quizás una jerga que nadie entendía. Pero a los tres meses, como mucho, los obstáculos eran prueba superada. En esos años cultivé la amistad con tres amigos que, a la larga, han resultado entrañables. Eduardo en Caracas se explicaba porque al ingeniero Fuentes lo habían transferido para una posición doble: por un lado, lideraba un grupo de ingenieros expertos en extracción de fosas bituminosas; por el otro, le encomendaban la tarea amarga de cerrar operaciones de producción en la Guayana Francesa. Fue una época en la que el padre viajaba mucho, ausentándose por largos períodos. Una leyenda negra admite que el carácter de Fuentes se agrió, que la combinación de tareas duras con el reconocimiento de la geografía patrimonial creó un cóctel explosivo. Para colmo, el manejo de una batallada huelga sindical lo retuvo en Paramaribo un año más de la cuenta. Fuentes siempre fue tan amable como riguroso, pero en esos tiempos la amabilidad de su carácter debió de haber sido pisoteada por unos cuantos envalentonados. El rigor que siempre transfirió a Eduardo como su único hijo varón, que en Lagunillas se traducía en un seguimiento semanal de las calificaciones, fue lo único que le quedó en sus años postreros. Al menos así lo recuerdo. Quizás ello explique por qué a Eduardo lo inscribieron en un liceo caraqueño exclusivo, de pocos alumnos y con fama de exigente. Lo natural es que hubiera coincidido conmigo, en el colegio al que todos los de Lagunillas llegábamos por convenio suscrito con la compañía, pero esa especie de apartamiento sólo trajo a la larga separación y no pocas dosis de dolor. Para el momento de su llegada, yo entraba en tercer año de bachillerato, y un remate de estudios juntos, siempre lo he pensado, nos hubiera reunido de otra manera, en otra instancia, reconociéndonos ya como adultos, o casi. Yo lo sabía en un punto de la ciudad y él me sabía en otro, pero nuestros grupos, intereses y ambientes distaban de ser los mismos.

Felizmente, la universidad nos reunió cuando menos lo esperábamos. Yo tomaba una carrera que nadie transitaba —Física pura, decían los legos— y él también. Descubrirnos el primer día de clases en la primera materia —una electiva que llamaban Lenguaje Uno, como para dotar de expresión a los inexpresivos científicos— fue una sorpresa inolvidable. No sabíamos cómo actuar, porque sólo atinábamos a vernos y sonreír,

pero nos ayudaba saber que nuestra promoción era de apenas once estudiantes y que a lo largo de toda la carrera los miembros de este grupo estaban destinados a dormir y sufrir juntos. En poco tiempo, Eduardo y yo compartíamos cafetín, biblioteca, sesiones de estudio bajo los árboles y hasta trotes vespertinos que nos despejaban la mente. Tenía en ese entonces un carrito de segunda mano, y más de una vez, entre nieblas, me bajó de Sartenejas. Lo curioso era identificarnos en el presente, en el puro e instantáneo presente, aunque en el fondo hubiera un territorio común que palpitaba. Los suyos, me contaba alguna vez, seguían todos igual, en sus rutinas, con la sola excepción de Jeannette, de estudios en Francia. El Eduardo que yo redescubría después de unos años me resultaba muy serio, más que aplicado, con poca vida social. Estudiaba y estudiaba, sin más, y se desvelaba por tener las mejores notas. Era más flaco que antes, el pelo menos ensortijado, sin una gota de sol en el rostro. Miraba fijamente, aunque a veces no se supiera qué miraba. La carrera fue para él un desafío, una espada de acero que debía doblar a su antojo. No terminaba el primer año sin que supiéramos que Luis Alfonso y él eran los más destacados de la promoción. Pero Luis Alfonso, especie de geniecillo al natural, se presentaba a las pruebas sin repasar una línea, mientras Eduardo llegaba derrotado por los trasnochos. En poco tiempo, para su infortunio, la competencia era un hecho que todos comentábamos. El transcurrir de la carrera le reservaba a Eduardo un más que digno segundo lugar: una posición que siempre lo hizo infeliz.

Lo curioso era identificarnos en el presente, en el puro e instantáneo presente, aunque en el fondo hubiera un territorio común que palpitaba.

La noticia de mi abandono —dejaba la carrera entre problemas familiares y dudas vocacionales— no pareció afectarlo demasiado. En momentos difíciles, en los que necesité mucha compañía, Eduardo estuvo presente, pero a la vez lejos. Descubría que para él los problemas reales eran siempre los suyos, y nunca los de sus semejantes. Estaba en una zanja —la zanja de los renacuajos, pensé— porque lo único que le interesaba era la pesca, la caza, tener una presa en la mira del rifle, sin saber que la presa de sus días finales pudo haber sido él mismo. Fueron los últimos momentos que recuerdo haciendo vida con mi gran amigo de infancia; momentos de ruptura para mí, de cambio. Veo su rostro en la lejanía, quieto, adosado a un pupitre, y la imagen me genera un sentimiento doble: por un lado, debo decirlo, amor puro, devoción, pero por el otro extrañeza, sufrimiento. Creo que la noción de compartir, de saber que nada de lo que hacemos lo hacemos a solas, nació en compañía de Eduardo. Las personas desaparecen, mueren, pero lo que dejan, lo que han hecho, prevalece para beneficio de los otros. Busco siempre la carne del sentido, lo que nos sostiene, lo que nutre la conciencia, y en ese recorrido siempre está Eduardo como un elemento fundador: sigo pescando renacuajos con él, sigo tirando de las corvinas con él. Son imágenes que vienen en mi auxilio, que nunca podré borrar porque de hacerlo me borraría a mí mismo. Es así y no sé explicarlo de otra manera. Nazco con Eduardo cada vez que lo evoco, y en parte también muero. Me pregunto si en aquel momento de nueva separación morimos del todo para entrar en una fase más cercana al recuerdo. Me pregunto si lo que hago ahora es rescatarlo de la memoria para también rescatarme a mí. Me pregunto si lo que en verdad murió fue mi presencia en lo hondo de su sentimiento o memoria. Ciertamente, yo me alejaba de la escena, pero Eduardo se alejaba de una escena mayor: la del mundo y sus seres partícipes. No lo volví a ver, al menos no físicamente, y lo que supe después siempre fue por personas interpuestas.

En este punto debo hacer la salvedad de que todo lo que sigue puede ser enteramente especulativo. Me hubiera gustado tener a Eduardo a mi lado, aclarando o desmintiendo, pero incluso contando ahora con el dato cierto de su paradero no sé si su testimonio sería de ayuda. Sólo tengo versiones a la mano, algunas de los propios familiares, otras de amigos comunes, otras más de compañeros de universidad. Las he enhebrado con el tiempo, agregando o descontando capas, en encuentros diversos, azarosos, una vez conversando con la bella Jeannette, otra vez topándome con una afligida Beatriz en un supermercado. Mi padre traía noticias del ingeniero Fuentes, noticias de la oficina, y hasta el viejo contendor

Luis Alfonso, buen amigo al final de la ruta, parecía estar más informado que muchos de nosotros. Eduardo se graduó de físico con honores, eso es lo que sabemos, pero su padre adelantaba en secreto —ignoramos si para premiarlo o castigarlo— los trámites de inscripción para seguir un doctorado. El mes del acto de graduación en Sartenejas, septiembre, fue el mismo mes de su ingreso en la Universidad de Montpellier. De manera que Eduardo dio un salto de geografía, mas no de materia. Seguía en lo suyo, buscando especializaciones, y todo parecía indicar que la vida corría como un torrente vigoroso. Es allí, en Montpellier, infundadas o no, donde comienzan las versiones sobre el uso de estimulantes o anfetaminas. Las voces nobles hablan de que Eduardo las ingería para poder estudiar de corrido, sin interrupción, asegurando concentración total; las no tan nobles hablan de otras necesidades, de debilidades del cuerpo o del alma. Chantal, su futura esposa, desmiente la especie con el rigor que le da haber compartido con él todos esos años. Hablan de una mujer de Provenza, hermosa hasta donde he podido ver las fotos, firme y decidida. Fue su compañera de estudios, y al poco tiempo su asistente, maravillada como estaba ante un profesional que ya tenía estatura de maestro. Se casaron en una ceremonia familiar, con los padres de ambos, y Fuentes y Beatriz aseguraban tener la mejor nuera del mundo. Eduardo repitió la escena al cabo de unos años y se volvió a graduar con honores: Fuentes viajó para abrazar al hijo con toga y birrete, Beatriz se secaba las lágrimas con un pañuelo, Chantal le besaba los ojos y la frente. De Montpellier, sin embargo, prevalece una nota oscura, desconocida. Es como si nunca supiéramos lo que realmente aconteció, es como si faltaran informantes. La estampa que nos refieren es de dicha, de realización, pero según lo que vino después es difícil no pensar que allí estuviera la raíz del mal. Cobra entonces realce la especie de las anfetaminas, la tesis de un comienzo de adicción que después se hizo incontrolable.

Estrella ascendente en el campo de la astrofísica, Eduardo hizo vida profesional nada menos que en Stanford. Chantal siempre estuvo a su lado, diligente, y le ofreció como prueba máxima de amor dos hermosas hijas. En el encuentro del supermercado, Beatriz me mostraba una foto de cartera con dos nietecitas enteramente rubias. La vida académica para Eduardo no era más que una caminata diaria entre el claustro y el observatorio, donde pasaba horas y horas midiendo con instrumentos sofisticados el espacio interestelar. Los viajes a Caracas escasearon, y la funcionalidad del Norte se fue imponiendo contra viejos hábitos y rutinas. Sin embargo, es en el capítulo estadounidense, ya establecidos con unos cuantos años, cuando ocurre el primer o único evento trágico,

irremisible, que le parte la existencia en dos pedazos irreconciliables. Y de las muchas versiones que me han narrado, opto por ensamblar la que sigue. Es otoño tardío, llueve sin parar, y viene haciendo desde hace días un frío invernal. Chantal y Eduardo atraviesan la ciudad de noche. Vienen de una cena con colegas universitarios, en la que han departido hasta la una de la madrugada. La calle está mojada, con charcos en los bordes. Caen dardos sobre el parabrisas, nublando la visibilidad. En el asiento trasero vienen las niñas dormidas, hombro contra hombro, y en el delantero Chantal comienza a acurrucarse contra la ventanilla. Está solo Eduardo, solo frente a la lluvia, y es el único que se mantiene en vigilia. Un impacto inusitado, con un poste o una base de puente, proyecta a Chantal contra el parabrisas. Tiene el filo del vidrio bajo el cuello y su cabeza oscila hacia afuera. Ésa es la imagen que Eduardo rescata al despertar con el volante oprimiéndole el pecho. Las niñas lloran, agitadas, y la lluvia moja la cabeza de Chantal: agua y sangre se mezclan hasta bajar por el cuello. Eduardo recuerda haber salido forzando su puerta y ahora debemos verlo intentando abrir la de Chantal. Golpea, golpea sin parar, tratando de destrancarla, pero en verdad golpea porque Chantal es ya un cuerpo inerte, desangrado. La toma finalmente entre los brazos, casi degollada, y camina bajo la lluvia, buscando cualquier calle. Da voces, pide auxilio, grita, pero por única respuesta obtiene los picotazos incesantes de la lluvia. Ésta es la imagen terminal que más ha querido fomentar Eduardo: Chantal muerta entre sus brazos, bajo la lluvia, mientras las niñas desamparadas lloran para que nadie las escuche.

Está solo Eduardo, solo frente a la lluvia, y es el único que se mantiene en vigilia. Un impacto inusitado, con un poste o una base de puente, proyecta a Chantal contra el parabrisas.

Dos meses después del accidente, recibo para mi extrañeza una carta de Eduardo. No habíamos tenido contacto desde mi fuga universitaria y pensaba que nunca más lo tendríamos. De manera que esa carta se me ha vuelto con el tiempo un testimonio final, un epitafio. Nunca le contesté, nunca supe cómo o por qué contestarle. Parecía una carta espejo, en la que yo era el pretexto para que él pudiera reflejar su dolor, su descorazonamiento. Puede entenderse que sea una carta desmembrada, de párrafos inconexos, más impulso que otra cosa. A su manera, me describía el accidente, con tanta sangre derramada que me obligaba a saltar las líneas para ahorrarme la desventura de Chantal y preservar la lozanía de su rostro. Sólo un párrafo final, reflexivo, es el que me atrevo a transcribir. Lo sigo leyendo cada vez que puedo para extraerle la savia que todavía me niega. Las palabras de Eduardo hablarán mejor que las mías:

¿Cuándo se hace ciego el dolor? ¿Cuándo el cuerpo ya no lo expelle y se vuelve contra ti, socavándote la carne? Veo astros en el telescopio y sólo veo el rostro de Chantal, desfigurado. Las niñas crecen bien, creo, o no crecen sin la madre. Están con psiquiatras, sesiones diarias. Huyo de la lluvia, cada vez que puedo, huyo de los postes. No quiero manejar, estar al frente de un volante. Sólo autobuses públicos, si acaso, de ahora en adelante. No dirijo tesis, no acepto investigaciones a mi cargo. Me hundo, creo que me hundo, y ni siquiera hacia la muerte, que ya tendría un sentido, sino hacia la disolución. Mi mente se apaga, debería apagarse, porque no tolero las imágenes que me ofrece. ¿Puedes entender que la carne amada se desprenda de ti, no respire más bajo tu regazo? ¿Puedes entender que tus hijas sean seres prescindibles? ¿Puedes entender que tu vida sea una verdadera condena? Quisiera sangrar, lentamente, y mantenerme en agonía perpetua. Que no me lleven al borde, innecesario. Que más bien me mantengan en el umbral. Necesito un suplicio, lento y venerado suplicio: un torniquete, unas laceraciones, unos clavos entrando lentos en las palmas de mis manos. Sangrar con los ojos abiertos, mirando al cielo, pues nada vendrá del cielo, salvo luz cegadora. Sangrar y no esperar nada a cambio. Sangrar y a diferencia de Chantal no apagarse en el sangramiento. Le debo este ritual, le debo esta agonía. No se trata de no estar con ella, que nunca podré, sino de reproducir siquiera un ápice de su dolor, un dolor que no se extingue con los días, un dolor que es el grueso de los días.

El relato del accidente se fue desmoronando con los días porque había hechos conexos que debilitaban la especie. Los padres de Chantal, por ejemplo, exigían la custodia de las niñas en tribunales franceses. A Eduardo le retiraron la licencia de conducir y, meses después, tras reñida discusión en Stanford, le suspendieron la cátedra y los fueros universitarios. Fuentes y su esposa Beatriz viajaron para tratar de remendar lo que ya era una situación extrema, insalvable: nadie entendía por qué se hablaba de condena, de presidio. Eduardo estuvo en un sanatorio, en manos de médicos confiables, pues un diagnóstico de insania incurable podía mitigarle la pena. Noticias de avances y retrocesos se siguieron durante dos o tres años hasta que la historia se esfumó del tiempo, de los amigos, de los mismos familiares. Convenía ocultar el desenlace, sepultarlo, sacar a Eduardo de circulación. No tener noticias de él, concluíamos, era ya como la muerte misma.

Pero las historias, aun enterradas, salen a flote tarde o temprano. Y ésta que concluye debe sus últimas aristas a Jeannette, la bella Jeannette. Me la volví a encontrar, después de muchos años, en un café de París, y su historia podía resumirse a un oficio de traductora, con esposo francés y dos hijos varones. Volvía poco a Caracas, tan sólo de vacaciones, para ver a los padres, más que acabados bajo el hundimiento de Eduardo. No sé en qué punto de la conversación, recordando los besos en el clóset, retomó la confianza y se abrió. Lo hacía con no poco dolor, queriendo compartir con un amigo de niñez lo que estaba convenido fuese un secreto de familia bien guardado. Del relato de Eduardo sólo podían darse como datos ciertos la noche, la lluvia, el carro y las niñas. Donde hay una inflexión es en el accidente en sí, con un choque y un degollamiento que nunca fueron. Esto último es de su invención, la invención de una mente atormentada, hundida desde los tiempos de Montpellier en un caldo diario de anfetaminas que Chantal siempre quiso evitar, aun con su propia muerte. No hubo corte sangrante en el cuello, pero sí disparo hecho por el propio Eduardo al abdomen. Los impulsos de un adicto, y más en situación de abstinencia forzada, pueden trocar el amor en un hecho de sangre. Y sangre hubo esa noche, sobre el asiento de Chantal y también disuelta bajo la lluvia. Las niñas vieron a la madre morir, y en el relato trastocado de Eduardo sólo el llanto de amor pudo haber sido real •

Sitiado por huracanes

FEDERICO VITE

Los motivos que llevaron a mi padre al hundimiento fueron tres: el país, el alcohol y el recuerdo de mi abuelo.

En aquella estancia grisácea del cuarto, el televisor iluminaba mi rostro esa tarde dominical; la lluvia golpeaba con fuerza el techo, opacó la voz del conductor presagiando el inicio de una goleada. «*Bebeto* coloca el balón en el punto penal», dijo.

Papá entró de golpe a la casa. Con la mano que tenía libre sujetó el brazo del sillón. Traía una lata de cerveza en la diestra; sus pantalones acampanados presumían manchas de licores baratos y la camisa de manga larga —estampada con palmeras soleadas y mulatas bailando ritmos ancestrales— conservaba únicamente dos botones. Su cabello largo, chino, cubría parte de la frente; su barba cerrada me hizo pensar en la posibilidad de ser hijo de un pirata, de un hombre fuera de borda.

—A ver, cabrón. ¿Qué haces?

Tuve la idea de huir, pero la lluvia y el televisor eran buenos motivos para estar en casa.

—Aquí —contesté sin mirarlo, y enfoqué mi atención en descubrir qué marca de *shorts* usaban los brasileños.

Se desplomó en el sillón; cerró los ojos.

—¿Quieres escribir una carta? —preguntó llevando sus labios al bote de aluminio, y sin tirar ninguna gota de cerveza se acabó la bebida—. Trae una hoja. ¿Oíste, güevón? Una hoja y un lapicero.

—Orita —respondí, esperando el movimiento de *Bebeto* en la pantalla. Papá mantuvo el cuerpo rígido, sin esa blandura característica de los castigados por el alcohol.

—Mira, es cosa importante, hijo —se puso en pie y obstaculizó las imágenes del televisor—. Ándale —aún no abría los ojos, lo cual realmente me hizo creer en los poderes mágicos de la cerveza—. Muévete,

chingá —arrojó el bote contra el sillón y dio un par de palmadas breves, pero autoritarias.

Fui a regañadientes por mi cuaderno. Saqué un lapicero de mi mochila y regresé, con la peor de las caras, a sentir el contundente olor del alcohol en el cuarto.

—Dime, Papá —el locutor hablaba de la contundencia del extremo derecho brasileño al golpear el balón—. ¿Qué pongo?

—¡La fecha, hijo, la fecha! —gritó apretando los párpados para evitar el llanto; abrió la boca para soltar un quejido corto, agudo.

—¿Y luego? —vi el televisor para hacerme fuerte, para evitar el contagio de la tristeza. Gracias a Dios anotaron un gol.

—Primero te voy a regalar una frase: Es importante ser agradable, pero es más agradable ser importante —limpió su rostro con la manga de la camisa, después sujetó la barbilla con el pulgar e índice para emular filósofos de pensamientos trágicos—. No. Es agradable ser importante, pero es más importante ser agradable. Bueno, anota: Yo quiero decir...

Yo quiero decir, escribí.

—¡No! —por fin abrió los ojos—. Quiero pedir; sí, eso es. Quiero pedir que no se culpe a nadie de mi muerte.

—No te creo, Papá —respondí, y anoté: *Nada más te veo en las vacaciones de verano*—. No te creo nada.

—Discúlpame, hijo.

Puse los ojos en el monitor porque sabía la continuación de la escena: llorar, siempre llorábamos mientras él informaba de su pasado, de sus viajes por Estados Unidos; yo, que he peleado con varios niños porque se burlaban de mi mechón de pelo blanco, pero esta vez cambió la rutina.

Besó mi frente; nos miramos durante minutos: ojos enrojecidos los de ambos. Regresó al sillón exigiendo que pusiera mi nombre en el documento; luego estampó su firma: caligrafía grande, neurótica y profundamente enigmática.

—Bien —se dirigió trastabillado a la cocina.

Escuché que abría cajones, tiraba platos, y el ruido de su ebriedad de nueva cuenta evitó que oyera el grito del locutor al caer el tercer golazo de *Bebeto*. Arreció la lluvia. Giré la cabeza: descubrí a mi padre con el cuchillo en la mano. Una orfandad terrible lo hundía en sus palabras:

—Dios, perdóname.

—¿Qué haces, Papá? No agarres cosas filosas.

—Es que ya no puedo, hijo —se desplomó en el comedor. Con una mano se cubría el rostro; de la otra colgaba el arma.

Escuché sus gemidos. Fui a la mesa: le acaricié la frente, como él lo hacía conmigo.

—Vamos a estar bien. Te lo prometo. Voy a ir más seguido a la escuela, voy a ganar más dinero boleando zapatos. No te preocupes. Cálmate, cálmate —rogué.

Y siento que nunca he dicho frases tan llenas de sabiduría, nunca he logrado que alguien controle su llanto con mis palabras, sólo esa vez. Papá, viéndome desde sus ojos vidriosos, se estabilizó un poco.

—Siéntate —dijo.

Asentí con la cabeza, tembloroso.

Frente a él, su mano con mi mano, mis ojos en sus ojos, supe que no quería ser así.

—Creo que no puedo. Ayúdame, hijo. Ten —extendió el cuchillo hacia mí; al sentir el mango de madera lisa imaginé que yo era el capitán de la nave; en ese momento necesitaba decir algo importante, pero el reflejo de mis ojos en la hoja de metal me desnudó: yo era como mi padre.

—Papá, creo que yo soy el que estorba.

—¡Que no, hijo!

—Es que siempre estoy solo y ahora tú quieres morirte. Eso no, entiendes, eso no, Papá.

Y corrí hacia la calle. Afuera estaban *Coqui* y *Güero*. Mi abuela platicaba con una vecina. Se guarecían de la lluvia bajo un tenderete. Sentí cómo me seguían con la mirada. Abuela gritó:

—Regresa, chamaco, regresa. ¿Dónde llevas el cuchillo cebollero, hijo del diablo?

Y siento que nunca he dicho frases tan llenas de sabiduría, nunca he logrado que alguien controle su llanto con mis palabras...

La lluvia enturbiando todo, mis pisadas, mi respiración. Corrí. El camino hacia el arroyo nunca estuvo tan vacío y enlodado. El sonido del agua martillando las piedras me hizo pensar en una tempestad. Apreté el cuchillo: cortaba el aire, mis pensamientos, el mundo.

—Padre nuestro que estás en el cielo... —dije una y otra vez—: Padre nuestro...

Cada palabra resonaba en mi pecho. Oí los pájaros graznando lejos, allá en la corona de las palmeras. Sentí el frío del cuchillo rozando mi cuello. El bombeo acelerado de mi corazón era un tambor anunciando pelea. Grité con todas mis fuerzas el nombre de Papá.

Regresé a casa completamente mojado. Mi madre, blanca y enfurecida, al descubrirme en el umbral de la puerta movió la cabeza negativamente.

—No es posible que le des tantas ideas a tu hijo. Estás volviendo loquito a este niño. ¡Carajo! Pero la pendeja soy yo. Mira, pedazo de hombre que tengo. Vengo de trabajar y tú... ¡Mírate, cabrón! —vociferó rabiosa.

Mamá me dio una gran bofetada.

—No vuelvas a hacer esto, hijo. No, que si lo haces me muero. Tira esa chingadera. ¡Tírala! —el tintineo de la hoja del cuchillo me hizo pensar en la moneda que cae cuando uno pierde un volado.

Y Papá seguía llorando. Ahí, todo solo el pobre, me dijo que la próxima vez no me pediría ayuda. Mi abuela entró a casa, regañó a mi madre, a Papá, a mí.

—Me duele —decía Papá apretando su pecho—. Me duele.

Ahora tengo la impresión de que veía fantasmas en ese momento.

«Una demostración espectacular de *Bebeto*», despidieron la transmisión del partido.

Salí a la esquina en silencio, con *Güero* y *Coqui*, intentaba reírme de algo; ellos eran magníficos para eso. Estuvimos callados viendo cómo se apareaban los perros bajo la lluvia fina. Aún sentía el frío del metal arañando mi cuello; el miedo, otra vez el miedo nació.

—¿Por qué ibas a matarte? —preguntó *Coqui*.

—Si no estoy loco.



—¡Ahhh! —dijo *Güero* abriendo la boca mientras contemplaba los movimientos rítmicos de los canes en pleno apareo.

Los perros gemían, evidenciados como amantes; se despegaron, cada uno huyó en dirección contraria: el macho a un lote baldío y la hembra rumbo a un tenderete.

Regresé a casa. Papá dormía en su hamaca; vestido con una bermuda era la imagen de un hombre sin tesoro; mamá fumaba. Mi abuela contaba una y otra vez el dinero que había sacado de su alcancía en forma de cerdo para comprar una máquina de coser.

—¿Cómo estuvo, hijo? —preguntó Mamá.

—Pues llegó y me dijo que escribiera. Así nomás, me dijo que escribiera. Y no le di ninguna idea. Ni lo había visto en meses. Tú sabes, Mamita. Tú sabes que casi no nos vemos.

Me ardió el cuello.

—¿No lo quieres, Mamá?

—Sí, pero no sé cómo quitarle tanta tristeza de encima. No sé. Me preocupa que tú seas igual. Las mujeres no queremos hombres todo el tiempo tristes, perdidos.

Y a lo lejos vi un grupo de luciérnagas. Creí en buenos presagios: mi vida estaría llena de lucecitas.

—Vamos a estar mejor, Mamá. Voy a ir a la escuela más seguido, voy a traer más dinero —dije con seriedad y acaricé su frente.

Ella, con sus mejillas blancas de princesa europea, suavizó mi mano. Frunció el ceño mientras mi abuela contaba su dinero bajo el resplandor del televisor, donde un tipo con lentes hablaba del hermoso programa familiar que nos esperaba.

—Te quiero, hijo —balbuceó; estuvo recargada en mi hombro por mucho tiempo.

Escuchábamos los grillos; el agua del arroyo y la lluvia fina mojando de nueva cuenta la calle. Pensé en cuál era la única manera de evitar el sufrimiento, pero no se me ocurrió ninguna respuesta.

—Voy a ser futbolista, Mamita. Vamos a estar mejor.

—Hijo, debes estudiar. No fútbol ni nada, sólo estudio. Quiero platicar con tu abuela. Sé bueno conmigo, anda, vete a dar una vuelta.

Las dejé a solas. Desde la azotea vi las nubes encima de la bahía y pensé que mi Papá era más o menos así, un puerto sitiado por huracanes. Sentí la brisa anunciando más lluvia, escuché pisadas y apareció mi padre con un cigarro encendido. Enjugaba sus ojos con el dorso de la mano. Sonrió cuando me vio bajo el lavadero.

—Va a llover muy fuerte, hijo.

—No te creo.
—No me acuerdo qué te dije —comenzó a llorar cuando la fuerza del viento hablaba de una tormenta—. De nada, hijo. No recuerdo.
—Querías que te matara porque tú no podías.
Su puño golpeó la pileta.
—No sé —dijo con la pausa necesaria de quien se sabe arrinconado—. No sé nada.
—Yo menos, Papá.
—La vida no es fácil, hijo, hay cosas complicadas; cuando uno bebe se aclaran los malos pensamientos. Mi padre se mató, ¿sabías?
—¿Me odias, Papá?
—Naciste de mí. Te veo y veo a mi padre, eres igual que él.
—¿Si me emborracho me vas a querer?
—Aunque no bebas te quiero.
Se recargó en la pileta.
—Te quiero —dijo mientras aventaba el humo del cigarro, y bajó la mirada.

Su llanto fondeó mi descenso por las escaleras. Ahora pienso que le cerré la escotilla. Tomé un poco de leche, ya en la sala, para ver una película en la que un gato negro presagiaba la muerte violenta de una muchacha. Dormí arrullado por los diálogos de aquellas misteriosas escenas. Cuando abrí los ojos pensé que Mamá seguía viendo al felino y las tragedias que desataba. «Tu padre se regresó al Norte», dijo.

Un mes después llegó una carta que mi abuela no pudo descifrar. Guardó el sobre color *beige* en el mandil. Ni siquiera intentó abrirlo. Movié el dedo índice de izquierda a derecha para indicarme que no entendía palabra alguna de esa carta. «Mira, Pico, nomás aprendí a poner mi nombre: cinco letras. Eso es todo», afirmó antes de preparar la salsa que acompañaría la sopa de fideos.

Esperamos a Mamá toda la tarde; ella desnudó la hoja frente al comedor y al posar sus ojos en aquellas letras enmudeció por completo. Así estuvo semanas.

Abuela me contó que Papá estuvo en una balacera. «Lo confundieron con alguien; a final de cuentas, todos los latinos se parecen, Pico», dijo apretando el matamoscas y atacó sin piedad a los insectos. Nunca tuvimos el cadáver; sólo aquel sobre.

Veo la bahía oscurecida por las nubes grisáceas. Escribo: Odio este país, me gusta el alcohol; nunca conocí a mi abuelo. De nueva cuenta pienso en los motivos que llevaron a mi padre al hundimiento: fueron tres •

La pequeña OLIGARQUÍA de los vivos

ÁNGEL OLGOSO

Cuatro días hace que llegué a la costa por cierto asunto. Como me ocupa sólo las tardes, dedico las horas de la mañana a pasear desde los últimos pinos del pueblo hasta los riscos puntiagudos del espigón, a recorrer la playa muy despacio y con la cabeza vacía, a dejar que la brisa salobre limpie de parásitos mi alma, encarado al mar. Y, como es invierno, nadie suele molestarme. Ayer, cuando alcancé el suave promontorio donde muere el camino, intuí un mar desacostumbradamente silencioso, sombrío de tan pajizo, como si la luz del sol luchara sin ímpetu para abrirse paso entre las nubes o les pidiera licencia para reflejarse en el agua. Pero el cielo no estaba cubierto, excepto unas migajas sueltas color rosa vinagre que punteaban el norte. Acerté a pensar que esa luz cargada de tristeza, el silencio estéril, el opresivo horizonte, la naturaleza compacta del agua a lo lejos, la ausencia de salpicaduras en el ribete de la playa, todo conspiraba para imaginarme en la costa de otro país. Según salvaba los doscientos metros que separan el promontorio de la orilla, no parecía sino que una especie de toldo infinito, de color ceroso y abullonado por una amalgama de pólipos u hongos, cubriera la superficie entera del mar. A decir verdad, sólo cuando estuve a varios pasos pude cerciorarme de lo singular de la visión: aquel mar era una apiñadísima masa de cuerpos inertes mecida por la marea, una maraña humana tan entrelazada que no permitía ver el agua por intersticio alguno. Levanté la mirada y comprobé que ese tumultuario aluvión, esa prieta esponjosidad de cadáveres desnudos, continuaba hasta perderse de vista en el horizonte. De pronto, una tímida ola que comenzó a pronunciarse mar adentro avanzó elevándose poco a poco, se dilató en los flancos y se adensó dispuesta a acometer la playa. En el cenit de su impulso, mientras se sustentaba pesadamente en el aire, advertí con claridad que su cresta se componía de personas vivas, como una espuma vehemente que se moviera con un frenesí un tanto pueril, como una delirante guirnalda de burbujas

que eran cabezas embestidoras, ojos en alegre desafío, bocas que mostraban tesón o desdén, extremidades que braceaban al unísono, cientos de torsos jóvenes, elásticos, que se sostenían victoriosos arriba por un instante antes de derrumbarse, con una exhalación más sorda que bronca, entre la cinta pedregosa de la orilla y la superficie grávida de cuerpos. Allí quedaban, a la deriva, muertos ya e indistinguibles del resto de despojos, adormecidos para siempre en el placentario vaivén de un regazo ilimitado. Poco después, una nueva ola despuntó al fondo, inició la infatigable fuga hacia delante, fue creciendo lentamente alentada por la premiosa resaca, y volví a ver esa onda colectiva, esa voluta donde bullían protuberancias tersas y peludas, ese festón horizontal de humanos vivos que, deslizándose sobre la base de difuntos, se esforzaban ciegamente, casi con arrogancia, con una engañosa vocación de eternidad, por ganar el rompeolas. Luego, a medida que se desplomaban contra las piedras de la playa con un blando golpeteo de rodamiento, con un roce viscoso, el múltiple cabeceo se debilitaba, la tenacidad desplegada cedía, las figuras vivas eran ganadas por una melancolía irreversible antes de morir, antes de sumergirse y volver a emerger y reintegrarse a los demás, a la miríada de prójimos, al tapiz de pieles, a la saturación animal de pellejos biliosos e hinchados, para no turbar un proceso que parecía incubarse a sí mismo sin descanso. Tardé en aceptar la evidencia de un pensamiento tan elemental: no se trataba de cadáveres desnudos flotando arracimados en el agua; esos cuerpos innumerables eran el agua, eran el mar mismo, eran sus corrientes, constituían cada una de sus moléculas, desde la superficie hasta los confines de las profundidades abisales, eran el turbión alimentado con el acúmulo de cien generaciones, el rompiente donde se engolfan todos nuestros antepasados. Comprendí también por qué razón las gaviotas sobrevolaban, sin precipitarse nunca, aquel mar incierto y pútrido. A fin de cuentas, en la distancia, en las alturas, la suplantada extensión acuática quizá se percibiera como la mole escamosa de un armadillo inabarcable, meciéndose morosamente, con su opacidad color badana, frente al litoral. De hecho, hasta donde alcanzaba la vista, no se distinguía ninguna embarcación, y el perfume del aire no traía el menor indicio de sal o de yodo. Mientras tanto, el sol hacía vano alarde de fuerza. Nada podía su luz velada contra el mórbido resplandor que despedía la palidez amarillenta de los cuerpos, de ese piélago silencioso y cárnico, frío y mortecino, de espeso reflujo, donde sin cesar, como obedeciendo a una llamada, nacían nuevas olas formadas por concentraciones de criaturas de fugacísima existencia, ajenas por completo a la playa final, a su agónico desencuentro con la tierra, a la extinción de su breve reinado, a su veloz regreso, resignado y definitivo, al vasto mar de los muertos •

Tierra serás

GUSTAVO MADE

COLORES QUE SUBEN y bajan, cereal que verdea en paños desparejos, rastros arados que se cruzan y redondean en el capricho del monte que comienza, rectángulos que chocan o se ponen en paralelo, se pierden y reaparecen más allá; hay una paleta desprolija de brotes tiernos sobre la tierra roja, amarillos intensos se convierten en oscuros calizos sobre los bordes donde terminan los cultivos, toscos vericuetos, bardenas áridas de extrañas formaciones.

De traje negro, ajado y lleno de arrugas, camina el hombre, la camisa abierta sin cuello. Lleva una maleta pequeña atada con un viejo cinturón y un sombrero en la otra mano. Encuentra allí a una chica joven, sucia, bonita. Es extraño que esté sola en medio del campo. Se para frente a ella.

—De dónde vienes —le pregunta.

—Vivo aquí.

—Dónde. Aquí no hay nadie, por lo que veo.

—Detrás de aquellas rocas.

—Allí no hay nada. Lo he visto desde el tren.

—El tren no pasa por ahí.

—¿Y eso no es acaso la vía?

—Sí, pero no pasa por allí.

—Por dónde.

—Por donde yo vivo. Por ahí no pasa.

—No hay ninguna casa en kilómetros.

—La mía sí.

—¿Cuántos años tienes?

—Diecisiete.

—¿Qué?

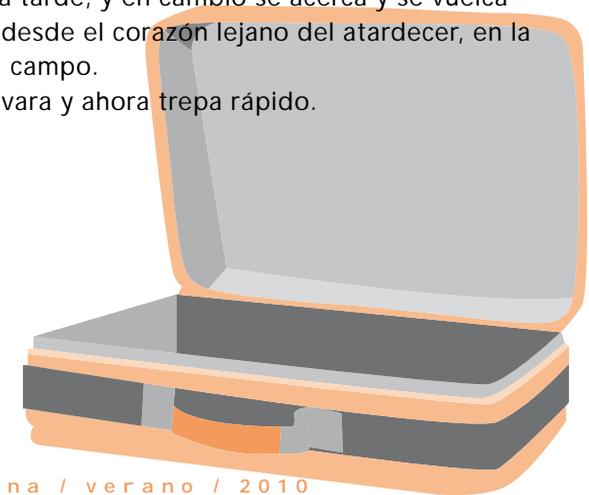
—Quince.

—Sanguijuela. ¿No te han enseñado a no mentir?
 —Cumplo trece.
 —¿Y no te bañas?
 —Sí, siempre.
 —¿Y la última vez?
 —Un mes, o dos.
 —¿Sabes leer?
 —¿Qué?
 —Si sabes leer.
 —Un poco.
 —¿Cuánto?
 —Los cuatro Evangelios.
 —Mentir es pecado.
 —No miento. Lo juro.
 —Y ahora también blasfemas.
 —Los cuatro Evangelios y el Eclesiastés.
 —¿Qué sabes de eso?
 —Poco. ¿Qué lleva en la maleta?
 —Mi Biblia.
 —¿Es usted cura?
 —No. Pero rezo siempre.
 —¿Le pesa?
 —¿La maleta? No.
 —Entonces está vacía.
 —Está llena.
 —¿Y qué hay dentro?
 —Lo que tú, niña, deseas tanto.
 —¡Un bonito vestido!
 —Sí. Y más.
 —¡Unos zapatos!
 —Lo que tanto querías. ¿Con quién vives?
 —Con mi madre.
 —¿Alguien más?
 —Mi abuelo murió hace tiempo.
 —¿Conoces hombre?
 —El de mi madre.
 —¿Es tu padre?
 —No. A veces llega del campo.
 —¿Te acaricia?
 —Me mandan afuera.

—¿Está allí ahora?
 —Hace mucho que no.
 —¿Y no hay ningún otro?
 —No. Pero ¿qué me toca?
 —No soy yo, es la vara.
 —Me da vergüenza.
 —Tu vestido es muy corto.
 —No lo levante.
 —¿Llevas algo debajo?
 —No... no me mire.
 —Qué es ese ruido.
 —Un arroyo.
 —¿Entre las rocas?
 —Sí. El manantial
 —¿Es agua limpia?
 —Claro.
 —Vamos allá.
 —¿Tiene sed?
 —Vas a bañarte.
 —Para qué.
 —Para mí. Para lucir tu vestido nuevo.

En una altura cercana se ve una fortificación derruida, hay peñascos que desde lejos parecen rebaños inmóviles. Detrás de las primeras rocas encuentran una veintena de cabras dispersas. En el medio de ellas hay un hermoso carnero de pelaje castaño, casi dorado; está erguido, las patas delanteras apoyadas sobre una roca, los cuernos en espiral. Mira altivo, los ojos amarillos, inquisidores. El sol declina, y la luz y la tarde, y en cambio se acerca y se vuelca un violáceo persistente, desde el corazón lejano del atardecer, en la tristeza que cae sobre el campo.

La niña ha tomado la vara y ahora trepa rápido.



—Suba por aquí.
 —No te alejes.
 —Usted adelante.
 —¿No te animas por ahí?
 —Yo paso siempre. Cuidado con el musgo.
 —¡Pero qué has hecho!
 —Oh, te has caído...
 —¡Maldita, me has trabado el pie!
 —No he sido yo.
 —¡El costado, me duele!
 —Tropezaste con la vara.
 —Creo que me he quebrado las costillas... Ayúdame.
 —¿Cómo ayudarte?
 —¡Sácame de este pozo!
 —¿Dónde está mi vestido?
 —Por favor. Tengo cosas para ti.
 —Pero tu maleta está vacía.
 —Esta niebla me empapa.
 —No hay ningunos zapatos.
 —Todo, todo lo que quieras.
 —Déjame ver tu frente.
 —¿Qué es ese ruido?
 —Sólo sangre, no hay marca que te salve.
 —Tengo frío.
 —«Oí detrás una gran voz, como de trompeta...».
 —¿Qué es lo que dices? Eso no es el Eclesiastés.
 —«...y cayó del cielo una gran estrella ardiendo».
 —Me arde el pecho. No puedo respirar...
 —Claro que no es el Eclesiastés.
 —¡Sácame, hay alimañas!
 —Es el Apocalipsis.
 —¡Te daré lo que tú quieras, todo lo que quieras!
 —Imbécil. ¿No te das cuenta que ya tengo de ti lo que quiero?

Es la trompeta del tercer ángel que suena: «Se abrió el pozo del abismo, y del pozo subió humo como de un gran horno. Del humo salieron langostas y se les dio poder, como el poder que tienen los escorpiones de la tierra».

—¡No los dejes!

La niña ya no escuchó más nada. Miró por última vez, en silencio dio media vuelta y empezó a caminar monte abajo ●

Lección inaugural de la ESCUELA PERIPATÉTICA

HIPÓLITO G. NAVARRO

Se puede considerar al hombre como un animal de especie superior, que produce filosofía y poemas, poco más o menos como los gusanos de seda producen sus capullos y las abejas sus colmenas.

HIPÓLITO TAINÉ

«Ensayo sobre las fábulas de La Fontaine» (1853)

Un día de primavera en Atenas, a las 11:22 a.m.

Bajo la sombra de unos árboles no clasificados aún en las Botánicas que por esos días se preparan, tiene lugar la lección inaugural de una nueva escuela filosófica, escindida de la Academia.

Su flamante director, Aristóteles, estrena túnica y un recortado de barbas muy discreto.

Se han elegido para esta primera clase los jardines del Parque Anaximandro sólo por el mayor cuidado que presenta su césped, una variedad de grama oronda, y porque por ellos atraviesan los jóvenes que van camino a la Academia, por si alguno que otro se quisiera matricular.

Asisten desde el comienzo los discípulos más aventajados. Pocos, pero incondicionales:

Eudemo de Rodas, editor de la obra moral completa del maestro. Tanto insistió Aristóteles durante los pasados días para que estuviera presente hoy, que no ha tenido más remedio que dejar por unas horas el taller en manos del encargado, muy a su pesar. ¿Se atreverá a pronunciar unas palabritas sobre lógica? Tal vez unos tragos de licor de nardos lo animen, ¿qué dice?

Teofrasto de Lesbos, que ha sido tremendamente crítico con algunos puntos de la doctrina aristotélica, permanece no obstante fiel a las enseñanzas fundamentales de su maestro y ahí está, preguntándose si se va-

lorará en su justa medida el madrugón que se ha pegado para llegar el primero, dos minutos antes de las once. La noche anterior ha trabajado intensamente en la redacción de su última obra, de título provisional *Los caracteres*. Considerados como definitivos ya los capítulos que se ocupan del vanidoso, del fanfarrón y el inoportuno, estuvo corrigiendo hasta bien tarde las parrafadas que quiere dedicar al descontento. Hasta las cejas de infusiones de anacardos, se puede decir que no ha dormido ni tres horas.

Por descontado que seguirá el de Lesbos en sus trece en esta nueva escuela, rebatiendo algunos puntos que quedaron en suspenso cuando aún pertenecían todos al personal de la Academia. Contra la doctrina del intelecto activo, por ejemplo, ha pensado objetar que el error y el olvido son incompatibles con la función de ese intelecto, si bien para no pecar desde la primera clase de impertinente trae preparada una disertación menor sobre las heridas y cicatrices ajenas, una especie de prólogo a una investigación mayor en la que ya también trabaja y que pretende intitular ringorranosamente como *Del ombligo del mundo y sus alrededores*.

Es la presencia del editor Eudemo de Rodas la que anima inconscientemente a Teofrasto a largar de sus proyectos, a magnificarlos, a convertir incluso en trabajos muy avanzados, en fase poco menos que correctora, lo que aún no es más que vaga y deshilachada inspiración. Sí es cierto en cambio que para esta clase primera trae *ex profeso* una enorme sorpresa, en forma de material altamente inflamable: el desaparecido librito de versos de Protágoras, seis rollos numerados, descubiertos por Platón hace unos días en el último rincón de su caverna.

De más sabe Teofrasto que no lo valen, pero ha pagado con gusto tres dracmas por cada uno de los pergaminos. («Las desavenencias entre filosofía y poesía vienen de antiguo, querido amigo Teo», llegó a afirmar el vendedor al desprenderse sin pena de los rollos). Un aprovechado, ese Platón, que no pudo siquiera disimular su regusto mientras guardaba tan pequeño capital entre los pliegues de la túnica (una de las monedas es, además, jocosa y consumadamente falsa).

¿Será necesario señalar que tanto Aristóteles como los demás presentes sospechan que Teofrasto de Lesbos acaricia de cerca y en secreto la dirección de esta nueva escuela? La lógica se impone. El maestro jamás suelta prenda de su edad, pero ahora, al aire libre, se le ve verdaderamente envejecido; ni el muy cuidado recorte de barbas ni el atuendo consiguen disimular en algo los estragos que sobre su persona han dejado el tiempo y la filosofía.

De la apenas disimulada lentitud de reflejos del viejo maestro se percata sobre todo Aristoxeno de Tarento, un consumado especialista en la

observación de la decadencia de las grandes figuras del pensamiento. Los datos que obtiene Aristoxeno de esa penetrante observación, como es sabido, le sirven para componer más tarde magníficas y muy adobadas biografías, tan enormemente solicitadas que no dan abasto los talleres de copistas, sobre todo los ilegales. Está de moda el chismorreó pre y postsocrático.

Aristoxeno de Tarento, sin embargo, asiste a esta clase inaugural de chiripa (por casualidad), porque se ha encontrado de sopetón con la sede de la nueva escuela cuando paseaba en un descanso de su trabajo, la redacción de la que va a ser primera biografía oficial (autorizada) de Pitágoras.

Discípulos en sentido estricto, matriculados de antemano, con bártulos preparados para tomar notas si fuese menester, son también Estratón de Lampsaco y Dicearco de Mesina. Discretos, comedidos, permanecen a la espera de la primera disertación en silencio, sentados en la hierba. Constatan que el césped del Parque Anaximandro es quizá excesivamente bueno: conserva como pocos las gotas de rocío hasta bien entrada la mañana.

Tras ellos, en labores de espionaje para la Academia, el cínico Crates, acompañado de su muy bello y jovencísimo discípulo Zenón. Podrían los dos boicotear la clase, de proponérselo, haciendo uso de una falsa, explosiva información sobre los macedonios.

Entre las 10:58, momento exacto en que llegó al lugar de la cita Teofrasto de Lesbos, y las 11:17, cuando el biógrafo Aristoxeno de Tarento se ha unido al grupo, sólo se ha hecho tiempo, llegando a conseguirse una cosecha de diecinueve minutos. Ahora, contados los asistentes y comprobado el mínimo quórum necesario, deciden guardar cinco minutos de silencio, para la concentración, y dar así comienzo, como se dice en la primera línea, a las 11:22 a.m., un fragmento horario inmejorable para inaugurar, ¿no?

Discretos, comedidos, permanecen a la espera de la primera disertación en silencio, sentados en la hierba.

Poco duchos aún en las técnicas narrativas, toman la palabra por turnos, como en el teatro:

TEOFRASTO DE LESBOS (como al descuido, mientras habla, enrolla y desenrolla los pergaminos del poemario de Protágoras): Para ser ésta una primavera bastante loca, en exceso entreverada de nubes y de claros, se ven muchos ombligos al aire. Muchísimos, yo diría. Ya reparamos en ellos durante las jornadas más limpias y calmas del invierno, pero parece que es ahora cuando aquella tímida vanguardia se reproduce de manera osada e incontrolable, a «tutti plan».

DICEARCO DE MESINA (interrumpiendo): ¿Escuela políglota tenemos?

TEOFRASTO DE LESBOS (contrariado, hace sin embargo como si no hubiese oído): Veo, miro, remiro, contemplo y admiro, pues, esta primavera muchos, muchísimos ombligos. Ombligos al aire a veces emparejados, formando en otras ocasiones triunviratos, cuartetos y sextetos, octetos, nonetos y dodecaptanos, hasta chaparrones de ellos simultáneos todos perdidos los veo también, lo que se dice vulgarmente arrebuja-dos y a la vez. ¿Demasiados ombligos quizá?, ¿excesivos ombligos tal vez? *Chí lo sá!* Mejor sería no levantar la vista del espantoso poemario que leemos en la mañana del parque. (Con la mano haciendo visera sobre los ojos recorre en semicírculo el espacio del parque que queda tras los discípulos y el maestro. En efecto, algunas jovencitas pasean la furiosa moda de las túnicas sesgadas, que dejan ver ombligos, senos, cosenos... Teofrasto se abanica el sofoco con los pergaminos abiertos como paipáis). No me refiero por supuesto a ombligos exentos, a ombligos que pudiesen circular sin dueño, por su cuenta y riesgo, atravesando la mañana como peligrosos guiños anónimos. ¡Qué más quisiéramos! Me refiero, es claro, a ombligos acompañados de una franja más o menos generosa de cintura, a ombligos que añaden a su eterna condición de andrógino una oblicua cinta de piel con el género muy a las claras resaltado. Son, por tanto, y como no podía ser de otra manera, ombligos con propietario —con propietaria, quizá mejor—, ombligos como aquel que dice con nombre y apellidos. Son, para fijar la idea de una vez por todas, sin tanto titubeo, ombligos-rúbrica, ombligos-firma. Un firmamento de ombligos es lo que esta primavera se nos viene encima, maestro.

ARISTÓTELES (aprovechando el guiño): Muchos ombligos ciertamente, Teofrasto; ¿y la lección para cuándo?

TEOFRASTO DE LESBOS (sin disimular el enfado por la ofensa del maestro, que ha dudado en voz alta de su introducción): En ella estamos, maestro.

ESTRATÓN DE LAMPACO: ¡Hmm!

TEOFRASTO DE LESBOS (un ojo puesto en Estratón y el otro en el maestro, forzando un estrabismo divergente de cierto atractivo, seductor incluso, continúa): Un firmamento de ombligos es lo que se nos viene encima. Más que nunca entonces andamos rodeados de ombligos de toda clase y condición. Lo que no deja de ser una suerte mayúscula por otro lado, pues una abundancia olímpica hace pensar enseguida en algunos tipos de deporte, ¿y qué deporte más sano y recomendable que el de mirar ombligos ajenos?

CRATES (en un susurro): ¡Brillante trenzado!

TEOFRASTO DE LESBOS (cerrando la mirada a convergente): Por de pronto atender a tantísimo ombligo reclamando la atención trae consigo una consecuencia inesperada que se hace agradecer apenas lo piensa el pensador: hay que dejar en un aparte el imposible, el equivocado atadizo de poemas que pretendíamos leer (tira por los aires los rollos de poemas de Protágoras; uno de ellos cae sobre la cabeza del editor Eudemo de Rodas; éste lo recoge con una sonrisa). Son ahora estos ombligos los que exigen nuestra mirada como poemas recién paridos. Su único verso, más o menos redondo, más o menos estrecho y alargado, pretende sugerir el poema entero, y la mayoría de las veces, demonios, lo consigue. Poco bricolaje u ortopedia necesitan estos ombligos de última generación para convencernos por completo: un aro diminuto, una perla azul...

EUDEMO DE RODAS (leyendo los versos de Protágoras que le cayeron encima): ¡Coño, coño, coño...!

TEOFRASTO DE LESBOS (comenzando a arrepentirse de su ingeniosa burla, pues el editor de Rodas se levanta del sitio, se separa la túnica empapada de las nalgas y recolecta los pergaminos esparcidos por el césped) (y levantando la voz): ¡Repito!: un pequeño arete, un abalorio de cristal...

ARISTOXENO DE TARENTO (a Dicearco): Demasiada interrupción.

Son ahora estos ombligos los que exigen
nuestra mirada como poemas recién
paridos.

TEOFRASTO DE LESBOS (enfilado, sin atender a nada): Ahora bien, diferenciamos: no es lo mismo mirar que mirarse. El deporte más común de mirarse uno su propio ombligo es ejercicio obviamente onanista, perverso, empobrecedor. (Risas). Adviértase que el ombligo, tenue montaña a veces, breve caverna con escaso misterio en su interior en ocasiones, por más que se adorne con aretes, perlas o tatuajes, no deja de ser otra cosa que una muy camuflada cicatriz. (Rumor de voces, que no atiende). Mirarse el ombligo viene a ser entonces lo mismo que respirar por la herida. (Más risas). Mirarse el ombligo propio es una soberana pérdida de tiempo, habiendo como hay en derredor miles de jugosas y prometedoras cicatrices ajenas invitando a su contemplación. (Un chaparrón de carcajadas). (Se levanta, cede el lugar de orador al próximo a intervenir. Aguanta estoicamente una mirada atravesada del maestro Aristóteles.)

Se cruzan entonces Teofrasto y Eudemo de Rodas. Una casualidad que podría estudiarse a fondo de manera psicoanalítica (llegado el día) hace que los dos se saluden en silencio, guiñándose mutuamente.

EUDEMO DE RODAS (tomando asiento en el césped que han secado las posaderas de Teofrasto de Lesbos): Muy buena disertación sobre las heridas ajenas, Teo; no te olvides al final de pasarme esos papeles. Por mi parte (sonríe con descaro Eudemo de Rodas mirando al maestro, y levanta a modo de saludo una generosa petaca de licor de nardos, de la que toma un par de tragos), por mi parte, apenas unas palabritas sobre lógica, quizá ya escuchadas por ustedes en alguna clase extraordinaria de la Academia durante el curso pasado... (murmillos generalizados lo interrumpen; se echa al colete otro par de lingotazos).

ZENÓN (en un susurro a su maestro Crates): ¡Hostias, las verrugas otra vez!

EUDEMO DE RODAS (sin levantar la mirada de los rollos de Protágoras, como si leyese en ellos lo que tiene que declamar, comienza finalmente): La lógica, no se sabe muy bien por qué, suele ser a menudo una cosa verdaderamente aplastante. Uno se engaña y reconforta a ratos suponiendo que quizá la lógica sólo es aplastante en la misma medida en que las sequías son casi siempre pertinaces, o incipientes las calvicies, es decir, meras combinaciones de sustantivos y adjetivos requetegastadas por el uso y el abuso —y dejad, dejad que vengan los romanos—, pero en el fondo uno baraja otras sospechas. De poco sirve la coexistencia de excepciones. Ya aparezcan de vez en cuando sequías imaginativas, lógicas matemáticas o calvas que en justicia son

poco más que un último bigote posado en la nuca, en poco adelgaza la magnitud de mi primera tesis: la lógica suele ser casi siempre, me ca-chis, terca y aplastante. Pongamos, para verlo, un ejemplo peregrino y censurable: las verrugas.

Algunos murmullos y tímidas risas llegan a las orejas de Eudemo de Rodas. Los comentarios que pueda cosechar su conferencia, que imparte, como es lógico, de forma gratuita, le importan un comino. Eudemo no tiene ninguna necesidad de hacer méritos en este primer día de clase de la nueva escuela; antes al contrario, son el maestro y el resto de discípulos y oyentes quienes deben comportarse al atender a su discurso, que para algo es Eudemo el editor más grande de Atenas y de más de la mitad del Peloponeso. Si hay alguien hoy en el parque sin ningún compromiso de continuidad para con la escuela, ése es Eudemo.

ARISTÓTELES (suspirando claramente, según puede constatar el perspicaz observador Aristoxeno de Tarento): Continúa, hijo mío, que no te detenga el rumor del viento entre las hojas.

EUDEMO DE RODAS (sin mirar al auditorio): Las verrugas, decía... Yo mismo, antes de lanzarme a la peligrosa aventura de editar (y muestra con un guiño los rollos con los versos de Protágoras), fui corrector de pergaminos durante años —¿o fueron lustros?—, y me empleé a fondo en varios talleres para idéntico menester, así que no me caben dudas al respecto: las verrugas, y en esto abundan todos los diccionarios hasta la fecha, se escriben con uve, por más que una lógica aplastante haga suponer que las verrugas podrían escribirse con be. O sea, las verrugas, excrecencias anatómicas de importancia relativa, extremidades menores del individuo, habitan, además de en la epidermis, en los rollos últimos de los diccionarios, cuando cierta lógica podría haberlas situado en los primeros, con el mismo rango de privilegio que ostentan palabras sin embargo menos útiles tales como *apsiquia*, *bragadura* o *carriocinesis*, por poner tan sólo ejemplos que comienzan con a, be y ce.

Ciertamente los murmullos pueden confundirse con el rumor del viento entre las hojas, de tan leves; sin embargo, Eudemo y Aristoxeno los registran, cada uno a su manera, por si hubiese que tirar más tarde de esa falta de respeto.

EUDEMO DE RODAS (continúa como si nada): Nadie discutirá a estas alturas que el redondelito de la be sujeta mucho mejor el contenido que se

supone alberga la verruga. La uve de la verruga, se comprenderá pues, no procede de etimología alguna, sino de la lógica. Es tan aplastante la lógica que hace imaginar berrugas con be que esa misma presión es la que termina por reventar la forma de la letra, hasta convertirla en uve, generando entonces verrugas venidas muy a menos, vacías de contenido, sucedáneas perdidas. Quizá por esta misma razón los estudiosos de la materia, los discípulos dermatólogos de Galeno, insistan en apellidar a las verrugas como papilomas, una manera sencilla y discreta de regalarles un par de bes invertidas, a falta de una.

DICEARCO DE MESINA (interrumpiendo, ahora sí): ¿Escuela policlínica tenemos?

EUDEMO DE RODAS (a palabras necias..., hace como si no hubiese oído nada): Pero vayamos más lejos con el ejemplo: si uno contabiliza en la superficie de su cuerpo, pongamos por caso, seis berrugas con be, cierta lógica permite suponer la intención de pasarse más tarde o más temprano por donde el especialista de la dermis y epidermis. Es el inquilino supersticioso de nuestra cabeza quien nos desanima con sus advertencias: «Las verrugas ni tocarlas».

ESTRATÓN DE LAMPSACO (carraspeando previamente): Ya se sabe: la lógica de la superstición explica de manera muy clara que por cada verruga eliminada aparecen luego siete nuevas, ¿o eso eran las canas?

EUDEMO DE RODAS (agradeciendo a Estratón con una sonrisa verdadera): Justo. Bastará entonces una simple operación de multiplicar para comenzar a alarmarse: seis por siete cuarenta y dos, ¿no es verdad, maestro?

Aristóteles, pillado en el comienzo de una siesta, no atina a responder. Crates y Zenón aprovechan para levantarse. Acaban de recordar que peligrosas tropas macedonias podrían tomar el parque, la ciudad, en cualquier momento. Así lo expresan a los ahí reunidos. Todos se levantan. Urgen a Eudemo con los ojos.

EUDEMO DE RODAS (apurando el argumento, a la desesperada): Una piel con cuarenta y dos verrugas nos aboca a una lógica aún mayor: no somos nosotros los que debemos ir al dermatólogo, es el dermatólogo el que debería venir a estudiarnos a nosotros. (Tira los pergaminos, se levanta para irse también, pide disculpas a una chica con ombligo en forma de verruga que escuchaba su disertación, y concluye): Se observa uno las verrugas mientras constata otras realidades: la incipiente calvicie, la pertinaz sequía, la lógica aplastante de que alguna vez había que terminar •

Canción de Salomón

LIZ LOCHHEAD

Hueles bien, dijo,
¿qué es?
¿Miel? Olfateó un rastro de jabón
en el hueco de su clavícula.
¿Las hierbas en su cabello?
¿Sal? Lamió
el lecho de un río entre sus pechos.

(Parecía hasta cierto punto
convencido con el absoluto de rosas
químico en su axila. Ella trató
de relajarse de tener confianza absoluta en
las caras secreciones de gato de algalia excitado de
tener fe en el almizcle de sus puntos pulsátiles
nunca pensar en el vaho
a leche agria de su ombligo
los grumos de queso entre los dedos de los pies
el olor a sangre seca de varias pequeñas heridas
el tufo a pescado en su entrepierna).

Pues nada, que ahí estaba él sobre ella, al parecer
tan contento como un cerdo hozando trufas.
Lo acarició detrás de la oreja
con el ajo de su pulgar cocinero.

Cerró los ojos por completo
esperando que no oliera su miedo.

VERSIÓN DE UNA PÉREZ RUIZ

EL COLECCIONISTA DE Piel

MAURICIO MONTIEL FIGUEIRAS

SONG OF SOLOMON

You
smell nice he said
what is it?
Honey? He nuzzled a soap-trace
in the hollow of her collarbone.
The herbs of her hair?
Salt? He licked
a river-bed between her breasts.

(He'd seemed
not unconvinced by the chemical
attar of roses at her armpit. She tried
to relax have absolute faith in
the expensive secretions of teased civet to
trust the musk at her pulse spots
never think of the whiff of
sourmilk from her navel
the curds of cheese between the toes
the dried blood smell of many small wounds
the stink of fish at her crotch).

No there he was above her apparently
as happy as a hog rooting for truffles.
She caressed him behind the ear
with the garlic of her cooking-thumb.

She banged shut her eyes
and hoped he would not smell her fear.

Azufre.

Ése, recuerda Silva mientras recorre una avenida que luce bañada en sangre bajo el atardecer, era el olor del que se quejaban los vecinos que cinco años atrás solicitaron la intervención urgente de la policía en un edificio de departamentos del centro de la ciudad.

Ésa fue la tarjeta olfativa, intangible, con que el Coleccionista de Piel se presentó ante el mundo.

—Apesta a azufre —dijo la mujer que habló desde un teléfono público, la voz entrecortada por el tráfico vespertino—. Es insoportable. Y sabemos de dónde viene: del R. Ya lo comprobamos. El tipo que vive ahí lleva tres días encerrado a piedra y lodo. No contesta, no abre la puerta; sólo se oyen risas, ruido de televisión. Es un vicioso, mi hijo lo vio una vez fumando droga en las escaleras. A lo mejor se murió. ¿No es así como huelen los muertos?

Si la memoria no le falla —vaya modo de aceptar que los recuerdos son inestables como las nubes—, Silva acudió al llamado difundido por la radio policial por dos razones: no estaba en servicio y la clave usada por el despachador en turno —209, sujeto atrincherado en vivienda— se le antojó anacrónica, parte de una época arrumbada en un archivero de cerrojos oxidados que quiso abrir con la llave de la curiosidad. O del morbo, admite al dar un volantazo para permanecer en su carril.

En su mente se empieza a perfilar con nitidez toda la escena. Ahí está el edificio de departamentos: un decrepito sobreviviente del terremoto que devastó varias zonas de la ciudad —el centro fue una de las más afectadas— a mediados de la década anterior, una construcción de cinco pisos cuya fachada parece mimetizarse con el ocaso que se desploma sobre calles y tejados con la pesadez de un paquidermo. Eso, justo eso semeja el edificio: un elefante que hubiera decidido agonizar entre viejas

vitriñas pobladas de maniqués que contemplan con añoranza el fulgor juvenil de bancos, bares y restaurantes. La gente que camina ante el inmueble absorbe su tristeza sin advertirlo, un contagio que se traduce en un enturbiamiento de la mirada y una súbita lentitud en el andar. Pero el momento pasa y el peatón recupera el lustre, alejándose a toda prisa rumbo al siguiente renglón de la agenda.

Azufre, en efecto.

Como una presencia azul, el olor baja por el cubo de las escaleras y se extiende hasta el vestíbulo iluminado por focos tartamudos donde Silva se topa con dos agentes que interrumpen su charla con una mujer de rasgos contrahechos, la autora de la llamada, para observarlo con extrañeza.

—¿Qué hace aquí, detective? —pregunta el agente más joven—. Es un 209, todavía no hay...

—Andaba cerca —ataja Silva— y quise darme una vuelta por si algo se ofrecía. No se preocupen, ustedes continúen. Es su asunto.

—Se agradece la mano extra —dice el segundo agente, conciliador—. Incluso ahorramos tiempo si la cosa se pone fea, aunque creo que nos las arreglaremos. Nomás le pido que nos deje trabajar, sabemos qué hacer. ¿De acuerdo?

Guiados por la mujer que no para de refunfuñar entre dientes, algo sobre vecinos que uno nunca acaba de conocer, los tres policías comienzan a subir las escaleras hundidas en una penumbra oleaginosa. El olor, cada vez más intenso, serpentea como si quisiera remedar los diseños vagamente *art déco* que adornan el barandal, la sinuosidad del *graffiti* que puede vislumbrarse en los muros. En cada piso se repite el mismo panorama: corredores alumbrados por una suerte de grasa de bajo voltaje, flanqueados por puertas que se abren revelando figuras que se asoman para esfumarse con rapidez y rematados por vitrales por los que se escurre la sustancia del crepúsculo. De un sitio impreciso se desprende el llanto de un bebé, un vagido que remite a un ciervo atrapado en un cepo en el corazón de un bosque; Silva imagina el forcejeo de la criatura, las dentelladas al aire, la piel que se desgarrar, el hueso reventando en astillas fosforescentes. En un rellano de la escalera una sombra gorda se separa de sus compañeras y reptar pegada a la pared, pero no tarda en reintegrarse a las tinieblas.

En el cuarto piso el olor ya es un bozal que provoca arcadas a los dos agentes, obligándolos a llevarse una mano a la boca y la nariz. Silva los imita; siente escozor en los ojos.

—¿Qué les dije? —dice la mujer, la mitad inferior de la cara cubierta por un pañuelo sucio—. Llevamos tres días aguantando esta pestilencia, y hoy se puso peor. Así no se puede vivir. Es por aquí.

Sujeta por un solo tornillo, la R metálica que cuelga de cabeza en la puerta frente a la que los cuatro se detienen hace pensar en un jeroglífico egipcio. Debajo de la letra hay una mirilla bloqueada desde dentro por un objeto negro. Cinta aislante, se dice Silva, constatando que el olor emana en oleadas regulares del interior del departamento. Con las facciones descompuestas, el agente más joven llama a la puerta tres veces. Le responde el sonido amortiguado pero inconfundible de risas que estallan, seguidas de aplausos y el rumor de voces catódicas.

—Policía, abra ahora mismo —al tono del segundo agente se filtra un timbre nervioso, pero su puño no flaquea al aporrear la R torcida.

Al cabo de un minuto de silencio puntuado por risas apagadas, los agentes piden a la mujer que se aparte. Mientras su compañero lo cubre, el más joven se lanza a patear la puerta, que termina cediendo con un crujido óseo: el chasquido de la pata que se rompe cuando el ciervo abandona el cepo para desangrarse entre los inmensos árboles de la noche.

Con las facciones descompuestas, el agente más joven llama a la puerta tres veces.



Bienvenidos, recuerda haberse dicho Silva, a la fuente de la que brota todo el azufre del mundo, al manantial de la fetidez primera. Bienvenidos a la guarida de la bestia que ha preferido hibernar para no caer en ninguna trampa. Bienvenidos al imperio de la podredumbre.

Los despojos orgánicos e inorgánicos acumulados en montículos que parecen obedecer un orden premeditado, casi geométrico; el murmullo de alimañas que circulan a sus anchas entre la basura y los escasos muebles; las ventanas selladas con cinta aislante para impedir una mínima fuga de oscuridad; las paredes llenas de vocablos y nombres que comienzan con R, escritos con una caligrafía que evoca dibujos primitivos —*relámpago y rubí, Rabelais y Ruanda*—, y el olor, antes que nada el olor, amo y señor de la pocilga: todo, aun el burdo bosquejo de algo similar a una galaxia que se adivina en el cielo raso de la estancia principal, contribuye a crear la impresión de una tumba hermética, una cripta faraónica presidida por una butaca colocada en el centro de un círculo trazado con tiza roja en el suelo.

El círculo de Giotto, recuerda haber pensado Silva, el mensaje de perfección que recibió el papa Benedicto XI de manos de un cortesano que visitó el taller del pintor en Pisa. Un círculo sublime, exacto, poderoso, sin un solo titubeo.

Sentado en la butaca que hace las veces de trono desvencijado se encuentra el soberano de ese reino de detritos: un hombre de edad y rostro indefinidos —un rostro, sí, que es más bien la primera imagen que viene a la mente cuando alguien dice la palabra *rostro*—, un verdadero saco de huesos que no obstante mantiene la espalda erguida, la mirada fija en el televisor que perfora las sombras con un brillo espasmódico, el oído atento a las risas que surgen de la pantalla en ráfagas periódicas, el olfato ajeno al hedor del que pende —más débil pero innegable— el aroma a *crack*.

—Policía —dice, venciendo una nueva arcada, el agente más joven—. Los vecinos se han quejado de la peste que sale de aquí... ¿Me oye?

Las pupilas dilatadas del hombre se desvían casi imperceptiblemente del televisor, deambulan alrededor del aparato y se detienen en algún punto encima de la antena. Su voz, como su rostro, es de una neutralidad que eriza el vello del cuerpo.

—¿Estás ahí? ¿Dónde estás? ¿Adentro o afuera? —susurra, y entonces una explosión de carcajadas vuelve a reclamar todo su interés.

—Está ido, ¿no ven? —dice la mujer desde el umbral del departamento, sin despegarse el pañuelo de la cara—. No puede ni hablar, pinche vicioso. Púdrete si quieres, ¿me oíste?, pero no pudras a los demás.

El segundo agente la interrumpe y asíéndola del brazo la conduce al corredor, donde la mujer se deshace en una retahíla de insultos ahogados por la puerta que Silva cierra con cautela para luego dirigirse al policía más joven:

—Encárgate de dar una buena revisada, a ver si localizas de dónde viene el olor. Yo trataré...

—¿Qué es esto? —lo ataja el agente, movido por la náusea—. ¿Qué es esta mierda?

Entre los dedos agita un frasco con algo que de golpe remite a un pedazo de papiro, quizá un trozo de cuero apergaminado. Silva parpadea y su vista, habituada ya a la penumbra del departamento, registra los envases de cristal de distintos tamaños alineados sobre el piso que centellean a la luz del televisor, entre los cerros de basura, como si fueran la instalación de un artista conceptual. Extrae de un bolsillo los guantes de látex que suele llevar consigo y al cabo de ponérselos toma uno de los frascos, que examina —hay restos de una etiqueta de mayonesa— para luego destaparlos. Con un leve mareo descubre que el papiro es en realidad piel humana, un triángulo cutáneo cuya irregularidad delata que fue arrancado con los dientes. Una colección de piel, se dice, este tipo se colecciona a sí mismo desde hace varios días. Curioso que la droga despierte el afán coleccionista, al museógrafo del organismo humano que todos traemos dentro. La droga, y las risas pregrabadas de los *sitcoms*.

—¿Qué es, carajo? —insiste el policía joven.

—No sé... No sé —contesta Silva, cerrando el envase y regresándolo a su lugar—. A ver qué dicen los del laboratorio, pero no creo que haya que preocuparse. —Inhala profundamente—. Anda, revisa el departamento y yo me ocupo del vecino incómodo. Ojalá pueda sacarle algo.

En cuanto el agente entra en una de las habitaciones posteriores Silva se acerca al hombre de la butaca, que en todo ese lapso ha mantenido su parálisis de roca; la respiración acompasada y el pestañeo ocasional son las únicas pruebas de que no es un sedimento, un cadáver atado al mundo por el flujo catódico. Silva se agacha y le pasa los dedos frente a los ojos; al no obtener respuesta, levanta las mangas de la camisa que parece colgar de un gancho. Aunque confirma sus sospechas, la visión de manos y brazos amoratados, en carne viva, no deja de provocarle un escalofrío: imagina los dientes que roen la piel con lentitud, el dolor disuelto en una niebla donde despuntan carcajadas mecánicas, la meticulosidad requerida para guardar cada jirón de uno mismo en la urna improvisada que le corresponde. Y entonces alza la mirada para toparse con unas pupilas que lo estudian desde el fondo de un túnel de vidrio licuado mientras el

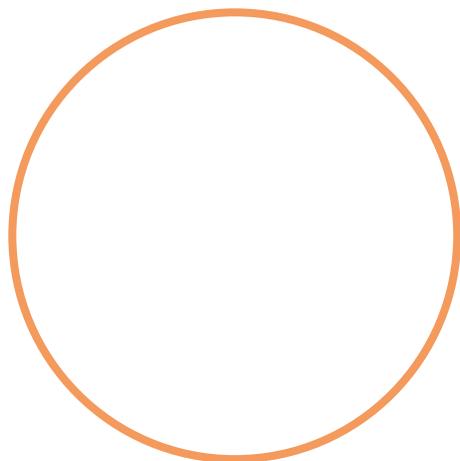
olor a azufre se intensifica.

—¿Quería una cogulla, señor, un sombrero de peregrino, una máscara? —murmura el hombre, esbozando una mueca que pretende ser sonrisa.

Esa voz, piensa Silva, esa voz. ¿Por qué, pese a ser tan neutra, suena tan familiar? ¿Por qué evoca transmisiones oídas entre la estática del sueño, diálogos en un idioma desconocido que semejan más bien intercambios de pulsaciones eléctricas? Incapaz de elevar sus palabras por encima del balbuceo, dice:

—Es la policía. Los vecinos se han quejado de usted, por eso estamos aquí. Lleva tres días metido en este basurero que apesta en todo el edificio. ¿Entiende lo que le digo? Soy el detective...

—A mí no me engañas, ¿sabes? —ataja el hombre, el intento de sonrisa atornillado a su rostro—. No importa que hayas desobedecido y te hayas involucrado: eres un peregrino como yo y entre peregrinos no nos leemos las manos, por eso he preferido comérmelas y guardarlas. Quiero llevarme aunque sea un trozo de este cuerpo cuando vengan a recogerme. Un *souvenir*, ¿sabes?, un recuerdo de este mundo que uno nunca acaba de conocer. Como a los vecinos. —La sonrisa se desvanece cuando un nuevo estallido de carcajadas surge del televisor. La voz del hombre es ahora el jadeo del ciervo que expira en el bosque—. Están por llegar. Puedo sentirlos. Vendrán pronto. Muy pronto. Tengo ganas de verlos.



Los he extrañado. Pero ya vienen. Me dijeron que los esperara aquí. Éste es el lugar. Si me muevo se olvidan de mí.

—Será mejor que se levante —Silva sacude la cabeza, luchando contra el mareo que empieza a invadirlo—. No sé de qué habla.

—Claro que lo sabes, sólo que no quieres aceptarlo —el hombre devuelve la mirada a la pantalla como si buscara apoyo—. Pero no importa. Al principio es difícil y luego te vas haciendo a la idea, créemelo. Con la energía oscura pasa lo mismo. Cuando te enteras que se conoce únicamente el veinticinco por ciento del universo y que lo demás es silencio, sombras sobre sombras, juras que vas a enloquecer. ¿Cómo, te preguntas, he podido vivir rodeado de tres cuartas partes de oscuridad sin darme cuenta? ¿Cómo es posible que mi universo se haya reducido a una cuarta parte en un abrir y cerrar de ojos? ¿Quiénes habitan el resto? —El hombre suelta un cloqueo metálico—. La cosa es aprender a diferenciar entre ellos y nosotros. Ése es el *quid* de la cuestión. Ellos deben hacerse las preguntas mientras nosotros nos mantenemos al margen. Observar, catalogar y reportar: ése es nuestro trabajo, por eso estamos y estaremos aquí. Obedecemos órdenes: no involucrarse, no reproducirse. Somos los observadores, un porcentaje de la incógnita del setenta y cinco por ciento. Ellos temen que nosotros les arrebatemos su cuarta parte y para defenderla se pasan la vida haciendo ciudades, barrios, manzanas, calles. Perímetros, les dicen, vamos a proteger nuestros perímetros. Hay quienes hasta construyen empalizadas donde clavan cabezas, creyendo que así ahuyentarán las tinieblas. Pero las tinieblas las traen aquí abajo, en el corazón, no allá arriba. Mejor deberían clavar corazones en sus empalizadas, corazones que todavía sangren y palpiten. ¿Entiendes lo que te digo? Dentro del perímetro, todo. Fuera del perímetro, nada.

Como desde el fondo de un pozo, Silva escucha que una voz lo llama por su nombre. ¿Quién eres?, piensa, ¿dónde estás? En ese momento para él no hay más voz que la que se desliza con la sinuosidad de una boa entre las carcajadas catódicas, el único cirio en medio de la penumbra que amenaza con devorarlo.

—No se puede prever qué encuentros nos estarían destinados si estuviéramos menos dispuestos a dormir, ¿sabes?, por eso he preferido vivir despierto. Para esperar la señal. Para oír la risa de los muertos —el hombre apunta al televisor con un dedo carcomido—. Parecen felices, ¿verdad?, sin apuros. No fue fácil admitirlo: primero pensé que me equivocaba, que la falta de sueño me la estaba cobrando. Pero una noche distinguí la risa de una mujer con la que me acosté durante algunos meses y que murió en un picadero, pobrecita, y se hizo la luz: los muertos

seguían en contacto con los vivos gracias a la televisión. ¿Te imaginas? Por un lado estaba la gente que había muerto al cabo de grabar su risa, y por otro, aquellos que no la habían grabado pero que se lograban colar a los mismos programas: una fiesta en grande. Y le dicen la caja idiota. ¿Quién iba a decir que los muertos se reunirían en los reestrenos de madrugada para reír hasta reventar? —El hombre se interrumpe para atender una ola de aplausos—. ¿Oyes cómo se divierten? También son parte del setenta y cinco por ciento. No son visibles como nosotros pero ahí están, pasándose de lujo. Ellos me darán la señal cuando llegue la hora. Cuando vengan a recogerme. Pronto. Para volver.

—¿A dónde? —la pregunta de Silva es un rasguño en el aire viciado—. ¿Volver a dónde?

—¿Qué podría atraerme en esta tierra, salvo el deseo de quedarme? —el hombre se muerde los labios—. Pero se acabó el tiempo. Ése es el trato: para el peregrino no hay prórrogas. El intruso es harina de otro costal, otro rango; su estancia es indefinida porque su responsabilidad es enorme. Y terrible. A nadie le gustaría ser intruso. Al menos a mí no. He visto demasiadas cosas y sé de qué hablo. Mi trabajo terminó y ya me voy, pero tú seguirás aquí hasta que te llamen, así que te falta mucho por ver. El problema es que no sabes cuándo te llamarán. Pero te das cuenta, eso sí. A mí me ayudó su risa. Hay que aprender a reírse con los muertos. Nuestra salvación es la muerte, pero no ésta —el hombre cambia de golpe a un tono de súplica—. Por eso no me debo mover. No me muevas, por favor. Éste es el lugar. El perímetro que me tocó. Aquí van a venir a recogerme. Pronto. Ya me voy, te lo juro. Estoy trabajado y cargado y quiero descansar. Aquí me quedo quieto. Por favor.

—¿Detective? Estoy hablándole desde hace rato. No hallé más que basura. La peste... ¡Hey! ¿Me oye?

La voz del policía joven es la sogá a la que Silva se aferra para dejar bruscamente una negrura horadada por los ojos del hombre de la butaca, que ha recuperado su parálisis mineral. El televisor es de nuevo el foco de su atención.

—Así que basura —dice Silva, y se sorprende de lo seco que suenan sus palabras. Se aclara la garganta—. ¿No sabemos de dónde viene el olor?

—Pues no, la verdad —dice el agente—. ¿No será que el tipo ya se está muriendo, como dijo la señora?

Nuestra salvación es la muerte, pero no ésta.

—No lo sé —dice Silva—. Está desnutrido y desvaría, aunque no lo veo... De otro modo no podría...

—Ah, ¿le dijo algo? —el agente mira a Silva con interés—. ¿Qué le dijo?

—Cosas sin sentido... No importa. A lo mejor alcanzaste a oír... Pero olvídale, es la droga.

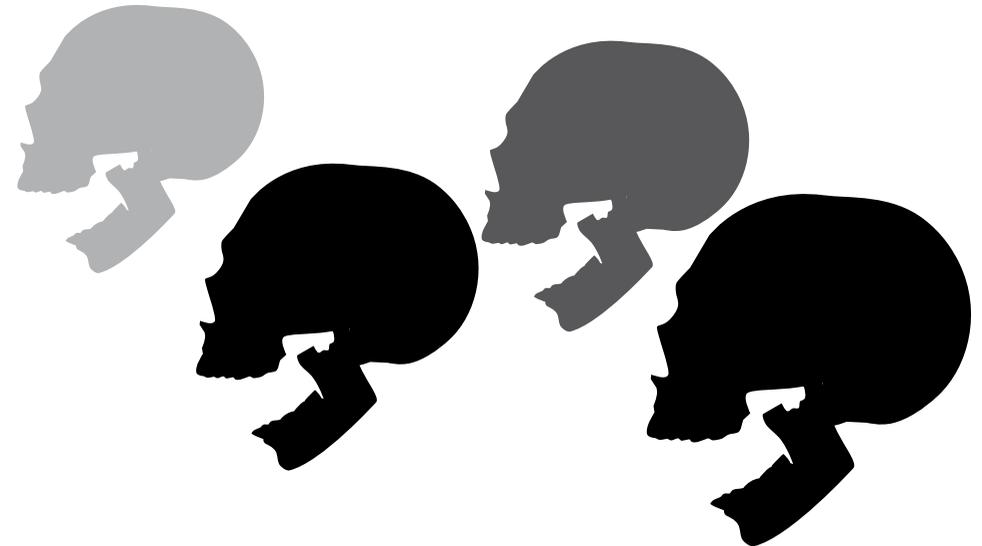
—Pues no, no oí más que la televisión y lo que usted decía. Qué paciencia para hablar con las piedras, yo que usted...

—¿Cómo? —el mareo ronda otra vez a Silva—. ¿Oíste que hablaba yo pero no él?

—Pues sí, usted era el que lo interrogaba, ¿no? —el agente señala el televisor—. Y luego las risas.

Hay que aprender a reírse con los muertos.

—Está bien... Está bien —Silva se pasa una mano por la frente—. Hay que llamar una ambulancia, ¿te encargas de eso? El tipo necesita un hospital, tenemos que sacarlo de aquí. Yo me ocupo de lo demás.



En cuanto el agente abandona el departamento para buscar a su compañero, Silva se dirige al televisor y lo apaga. ¿Por qué no lo hice antes, piensa, eones antes de enterarme de empalizadas y muertos que ríen? Una súbita presión en la vejiga lo distrae. Ve una puerta entreabierta al otro lado de la estancia y enfila hacia ella, pero algo se interpone en su camino: una garra en carne viva que salta de la butaca y se le hunde en el antebrazo, una voz similar a una pulsación eléctrica que formula su despedida.

—Nunca conocerás al hombre —murmura el Coleccionista de Piel—. Por más que te esfuerces, nunca lo conocerás.

Atravesando calles convertidas por el ocaso en arterias que surcan otras urbes, otros mundos, Silva recuerda ahora el colofón del episodio ocurrido cinco años atrás.

La irrupción de los paramédicos en el departamento transformado en sepulcro por decreto del faraón que lo habitaba. La mirada de los vecinos alineados en el corredor, en la que se alternaban el asco y el asombro. La camilla donde fue colocado lo que quedaba del faraón que expiraría a bordo de la ambulancia, sin decir una palabra, mucho antes de llegar al hospital. La evaporación del olor a azufre a las pocas horas de la salida de la camilla. La colección de frascos que se desechó en cuanto el laboratorio confirmó que el contenido era piel arrancada con los dientes, perteneciente al hombre cuyo cadáver nadie reclamó. La identidad del faraón reducida a un par de credenciales y unos cuantos papeles y disuelta en el apodo otorgado en el cuerpo de policía.

Su nombre comenzaba con R. Su nombre o su apellido.

El remedo de galaxia dibujado por una mano casi infantil en el cielo raso del departamento.

La butaca apostada en el centro de un círculo de tiza roja.

Entonces Giotto, que era un hombre muy gentil, tomó una hoja de papel y, con un pincel impregnado de color rojo, después de apoyar el brazo en uno de sus costados, trazó a pulso un círculo tan perfecto que todos los allí presentes quedaron llenos de asombro.

Como los vecinos alineados en el corredor.

Eres más redondo que la O de Giotto, piensa Silva, o lo que es igual: eres más importante de lo que suponía.

El proverbio lo sorprende porque ignora su origen. ¿En qué rincón de la memoria habrá permanecido oculto? ¿Es suyo ese dato o se trata de un implante mnemónico, activado por un programador de recuerdos ajenos? ¿Qué recuerdos le pertenecen?

Un recuerdo de este mundo que uno nunca acaba de conocer •

Fisiología del cuento

ARTURO VALLEJO

I. BOCA ARRIBA

Cuando la princesa encontró un sapo suficientemente verde y feo, decidió no dejarlo escapar.

No te fijas en las apariencias, le dijeron los reyes, sus padres; con un solo beso, la consolaron, se convertirá al instante en un hermoso príncipe que te hará feliz por siempre.

Y jamás.

Princesa abre las cortinas de su habitación: codo, palma, mentón, ojo, ventanal, gente, edificios, autos, gente, departamentos, gente, nube: eso se llama ensoñación.

Desde pequeña, Princesa había decidido guardarse para su príncipe, y soñaba con ese beso —húmedo, viscoso, verde— que transformaría su vida.

Así que se puso a leer libros y revistas y a ver películas para saber cómo era que se daba ese beso.

Princesa y Sapo se casaron y él la llevó a vivir a la torre más alta de su castillo.

BIEN ILUMINADO, SALA, COMEDOR, DOS RECÁMARAS ALFOMBRADAS CON CLÓSET, BAÑO CON CANCEL, COCINA EQUIPADA, ZOTEHUELA, EN TERCER PISO, CON ELEVADOR, BUENA UBICACIÓN.

Emocionada, Princesa no podía esperar.

Y cuando estuvo lista, cuando llegó el momento del beso, recordó lo que había aprendido en libros y revistas y películas. Se arrodilló y abrió la bragueta de Sapo. Tomó su pene y lo abarcó con las cinco yemas de cada mano. Sintió el calor, la textura, de la piel flácida, el glande prominente. Lo acarició hacia arriba y hacia abajo. Suavemente. Cerró los ojos, apretándolos fuerte. Acercó sus labios hasta la punta y se la metió a la boca. La metió y sacó rítmicamente. Sincronizó el movimiento de las dos manos. Su lengua acarició el glande, que le pareció una fresa. Princesa probó el líquido preseminal que salió por la uretra. Le supo amargo. Pero no estaba mal. Cogió la base del pene y subió y bajó.

Y subió y bajó.

Y succionó.

Succionó una y otra vez.

Suena el tráfico afuera. Suenan los enseres de cocina de los vecinos mientras lavan los trastes. Suena un programa de televisión allá, en la estancia.

Princesa abrió de nuevo los ojos y miró el mentón de Sapo. Miró después el cuello y el estómago. Después miró hacia el mentón otra vez. Sapo bajó la cara: su mirada daba hacia el infinito.

Entonces, Sapo la tomó por los hombros, la levantó, la llevó a la cama, la puso boca arriba y la penetró.

Muslos, pelo, sudor, manos, pechos, lunares, pezones, nalgas, semen; acariciar, meter, sacar, lubricar, extraer, mirar el techo: eso se llama sexo.

Eso fue todo.

Princesa sabía que debía ser paciente.

Sapo sentado en el sofá; a su lado: plato con chicharrones, cerveza y Princesa.

El partido está por comenzar.

Pues en el interior de Sapo vivía un príncipe. Esperando salir.

Sapo toma el control remoto de la televisión: apunta, presiona POWER, enciende.

Por eso Princesa siguió preparándose con libros y revistas y películas.

Intentaba besar a Sapo en la cocina, en la sala, en el patiecillo de lavado, hasta en el estacionamiento. Dentro y fuera del auto. Y no sólo chupaba el glande y agarraba el pene con la mano, pues sabía bien por sus lecturas que ésa no era la práctica favorita de los príncipes, se lo metía entero a la boca.

Y cada vez Sapo la tomaba por los hombros, la levantaba, la llevaba a la cama, la ponía boca arriba y la penetraba.

Inclinadamente, concentradamente, desordenadamente, titubeantemente, apresuradamente, distraídamente.

¿Dolorosamente?

Así que Princesa esperó...

Sapo mira televisión. Princesa lo mira a él.

...y esperó...

Princesa le da un furtivo beso en la mejilla a Sapo. Pone la mano en su pantalón, sobre el bulto de su pene. Voltea para ver el resultado.

...y esperó...

...y esperó...

Y esperó.



II. ALEJAMIENTO

Cuenta Robert Darnton que los campesinos franceses contaban esta versión alrededor del hogar:

Cuando la niña (no hay caperuza, ni roja ni de ningún otro color) llega a casa de su abuela (que no estaba enferma), la recibe un lobo disfrazado con un camión, quien le da a comer la sangre y la carne de la anciana haciéndola pasar por vino y carne de algún animal (un animal que no fuera un ser humano, se entiende). El gato de la abuela le grita entonces: «¡Cochina, has comido la carne y bebido la sangre de tu abuela!». Y uno no puede menos que preguntarse por qué la niña sigue comiendo. Cuando termina, el lobo le ordena que se quite la ropa. Ella se quita el

delantal, primero, y lo quema en la chimenea. Se quita el corpiño, luego, y lo tira también. Sigue la falda. La ropa interior. Las calcetas. La niña se mete desnuda a la cama, con el lobo, y todas sus prendas van a parar al fuego.

No las necesitará más.

III. TRANSGRESIÓN

Hay tantos elfos, que no hay princesas para todos: Fernando Pessoa

IV. UNA CALCOMANÍA EN FORMA DE BALLENA

Para salvarse, la sirenita tenía que enterrar un cuchillo en el corazón de su amado.

Era la más joven de la casa. Como todas las sirenas, sus botas mineras estaban decoradas con una calcomanía en forma de ballena.

Para los demás era una persona extraña y pensativa.

Sirena estaba aburrída de tomar, besar, lamer, acariciar y tallar peces. Se había enamorado de un príncipe de la tierra seca, pero sabía que pertenecían a mundos diferentes.

Decidida a enamorarlo, guardó sus botas mineras en el armario. Se puso una minifalda. Se peinó el cabello. Se pintó los labios. Cuando Sirena se miró al espejo, encontró la imagen de alguien más. Alguien que dejaba ver sus piernas. Alguien que no se veía mal.

Para terminar, Sirena se puso zapatos de tacón.

Un. Dos. Tres. Un. Dos. Tres.

Con cada paso, mil cuchillos en las plantas de sus pies.

Sirena había conocido a Príncipe cuando estaba atrapado en una terrible tormenta.

Sentada frente a Príncipe, estaba Prometida. Discutían. Prometida levantó una copa de vino, blanco. Prometida tiró el contenido hacia el rostro de Príncipe. Prometida tomó su bolsa y se alejó de este cuento.

Y así fue que Sirena había decidido salvar a Príncipe.

Príncipe llevó a Sirena a su castillo.

DOS NIVELES. ACABADOS DE ALTA CALIDAD. PISOS DE MADERA DE BAMBÚ. BAÑOS DE MÁRMOL. COCINA INTEGRAL. TERRAZA AGRADABLE. METROS CUADRADOS: 107. RECÁMARAS: 3. BAÑOS: 2. VISTA PANORÁMICA. 2 ELEVADORES. CASI NUEVO.

Sirena sintió que algo le tocaba la pierna y subía por dentro de la minifalda hasta sus nalgas. Era la mano de Príncipe que acarició y apretó. Príncipe rodeó su cintura, acarició sus piernas de nuevo. Ella podía sentir un bulto en medio de su región pélvica. Sus lenguas trazaron círculos una alrededor de la otra, como peces; con la punta le acarició el paladar y los dientes. Ella abrió la bragueta, tomó su pene húmedo y jugó con él. Él metió un dedo en medio de los muslos y lo hizo girar hasta que ella se mojó completamente. Príncipe volteó a Sirena: subió la falda y bajó la ropa interior.

Mordió el cuello de ella. Sirena estaba que escurría. Príncipe apretó el pene contra las nalgas de ella y buscó una entrada. Sirena se agachó contra el piso y se puso de rodillas. Sintió la punta en su vagina y cómo entraba, poco a poco el himen se fue desgarrando. Cerró los ojos. Al poco rato ya lo tenía muy adentro. Sirena se arqueó, quiso gritar y no pudo. Un hilo de sangre bajó por sus piernas. Príncipe entró y salió, navegando dentro de ella. El vientre de él pegaba una y otra vez contra sus nalgas, cubiertas de un vello delgado como durazno.

Flexionar, presionar, tallar, encender, apagar, abrir, cerrar, respirar, temblar, voltear, abrazarse, meter, sacar, ¿sobar?

Sobar.

Eso también se llama sexo.

Poco a poco, los objetos personales de Sirena ocuparon un lugar en el castillo: algunos cambios de ropa, un repuesto de desodorante y un champú.

Sirena amaba a Príncipe profundamente. Él la quería tanto como podía.

Una vez a la semana Sirena se metía a la tina, se sumergía en el agua y retozaba. El dolor en sus pies cedía. En su memoria, el océano cada vez estaba más lejos.

Cuando estaba suficientemente limpia y fresca Príncipe se desnudaba y se zambullía. Tomaba a Sirena de la cintura y la besaba. La lengua

de Príncipe la penetraba, ella mordía. Con una mano él le acariciaba las nalgas, con la otra le amasaba los pechos, pellizcaba sus pezones. A través del agua ella podía ver cómo crecía la erección, sus testículos se veían oscuros. Ella bajaba la mano para tocarlos. Jalaba el pene, lo exprimía. Lo soltaba. Así permanecían minutos enteros: él pinchando el clítoris, ella apretando el pene. Entonces la punta se acercaba a su vagina. Sirena levantaba las piernas y rodeaba con ellas el cuello de Príncipe, el glande no tardaba en estar dentro. Escapaban de su garganta sonidos secos, indescifrables, mientras levantaba la pelvis para dejar que él entrara lo más posible y luego se retirara, para después volver, en repetidas embestidas hacia delante y hacia atrás.

Sirena por fin podía emitir un profundo gemido.

Afuera, el ruido de los autos al pasar se asemejaba al que hacen las olas de mar al romper.

Una de esas noches, entre el meter y sacar, Sirena escuchó a Príncipe murmurar el nombre Prometida.

En ese justo momento Sirena sintió que el pene de Príncipe se convulsionaba y eyaculaba. Estaban ambos todavía dentro del agua.

Sirena abre los ojos.

Sirena sintió que se moría. Sabía que, para salvarse, tenía que enterrar un cuchillo en el corazón de Príncipe, antes de que amaneciera.

Incapaz de asesinar al hombre que amaba, la sirenita decidió sacrificarse a sí misma.

Príncipe duerme plácidamente entre sus sábanas. El lugar junto a él está vacío.

Sirena decidió desaparecer para siempre.

Como espuma en el mar.

Mientras tanto, Príncipe siguió dormido.



V. TRANSFIGURACIÓN

Al igual que las entradas y las salidas, los principios y los finales están sobrevalorados •

Pavura

ANTONIO ORTUÑO



¿Que sean otros los que esperen? Jamás.

Cierro el turno a la hora precisa, confiero el control del escáner corporal a mi relevo, lo dejo entregado al tecleo de las claves kilométricas que debe ingresar al sistema para comprobar su identidad. Hay, siempre, una suerte de aprensión, de duda, al cederle la consola, el escáner, la silla. Mientras me marchó y él toma en su poder los registros, la línea de seguridad que atendemos en el aeropuerto se cierra al tránsito de pasajeros. No es por ese lapso de titubeo (previsto) que temo. No. Lo que me atenaza es el miedo a ceder mi parcela de observación; a dejar de ser, al menos por unas horas, el encargado de tutelar la puerta del país.

Mi esposa, si la desazón me hace despertar en mitad de la noche, recuerda que hay cientos, miles de líneas de seguridad iguales a la mía en decenas de aeropuertos, sin contar con que mi propia trinchera depende de tres guardas diferentes (cada turno se prolonga por ocho horas) y que los fines de semana se hace cargo de las instalaciones una empresa de seguridad distinta, con sus propios turnos y métodos, incomprensibles para mí. Me enfada que vea las cosas de ese modo tan simplón, la poseo furiosamente cada vez que me lo recuerda. Ella parece comprenderlo. No es imposible que lo propicie, incluso.

¿Que sean otros los que esperen la llegada? No.

Cierro mi turno a la hora precisa y entrego el control del escáner corporal a mi relevo. Se detendrá admirando las formas de ciertas mujeres o, arrastrado por una curiosidad temblorosa, de ciertos hombres; descubrirá quién se ha injertado metales o inyectado silicones en la carne; podrá comprobar el desastroso efecto de la inspección de seguridad sobre la lozanía de los miembros masculinos. Me irrita la poca solemnidad con que pulsa en la máquina principal las claves que probarán su identidad. Mientras me retiro, el muy negligente saluda a grandes

voces a los guardas de las líneas vecinas, que no son sus compañeros, pues cada línea reemplaza a su controlador cada ocho horas, pero en términos no coincidentes (la mano derecha debe vigilar a la izquierda). Experimento un malestar indefinido, perpetuo sin embargo: un zumbido de cabeza. Nunca he descubierto, entre los equipajes y seres que cruzan por el alcance visual de mi aparato, nada más sospechoso que un reloj despertador o el vibrador eléctrico de una pareja. Aún así temo. Alguien, en algún momento, una mañana impávida o hastiada noche, penetrará el cerco, nos destruirá. Mi mujer recuerda que hace años que ningún aeroplano es desviado o tomado por malandrines, que es más la gente que se mata, sucede a diario, en las carreteras, y nadie refuerza los controles por ello. Toma las cosas de un modo tan cínico que cierro los ojos, la poseo ferozmente. Ella ríe.

¿Que otros esperen a que el rostro señalado, pérfido, del mal, los contemple? Nunca. Soy yo quien debe encararlo.

Me he acostumbrado a esperar a que mi relevo entre en funciones, al final de mi turno. Lo acompaño durante la primera hora de labor. Lo he orillado a teclear con diligencia y apuro sus claves de identidad, lo he convencido de omitir las cortesías y chanzas para con los colegas, de desmenuzar con el escáner corporal las carnes y entrañas de todo lo que se deslice a través de nuestra línea de seguridad aérea. Imagino que el niño de brazos que portean dos padres risueños puede haber sido atiborrado de algún líquido corrosivo y pernicioso que envenene la atmósfera; concibo posible que la matrona de cabellos nevados transporte un supositorio nuclear metido en el ano; doy por sentado que el turista de ojos sulfurados y pantalones cortos es, apenas, la caracterización de un despiadado cualquiera, uno que espera la señal de un colega, igualmente camuflado, para actuar, para poner en marcha una maniobra de horror incontestable. Antes de que el supervisor alcance nuestra posición y sospeche de mis intenciones (es del todo anómalo permanecer en el puesto más allá de la hora establecida), me retiro. Para justificar el retraso, digo a mi mujer que he decidido caminar a casa para fortalecer tendones y músculos, alistar los reflejos. Ella me invita a comprobárselo en la cama, la prestancia la intoxica. Es, a veces, una aduana más formidable que la que custodio.

No puede, no debe ser que otros resistan lo que me corresponde a mí.

Me ha dado por presentarme a trabajar una hora antes de lo necesario, contagio mi angustia inquisidora a quien sea que me anteceda en la línea. Aconsejo segundas revisiones de bolsos y bolsillos; asesor

ángulos insólitos en que las cámaras deban ser inclinadas para obtener distintos panoramas de lo que se escaquea a la mirada; atesoro la ambición de que sea mi línea la de más lento avance entre todos los controles de seguridad del aeropuerto y del país: la que represente un obstáculo insalvable, la que cualquiera que desee contrabandear armas o explosivos sepa que debería evitarse a cualquier costo. Porque, una vez que ese prestigio se asiente de modo incuestionable, los peores miserables del planeta querrán buscarme, darán por pensar que eludirme garantizará el éxito de sus planes. Me provoca tal entusiasmo la idea de que mi línea sea una carnada para los mayores bagres del río que he perdido la claridad mental: no sé ya si el chico que me releva es el mismo de siempre. Lo miro cetrino, hosco, amenazador. Permanezco a su lado las primeras dos horas de su turno y convenzo a los supervisores que me cercan de que tan sólo espero a que mi mujer venga a buscarme. Me creen, entienden que soy un profesional, un patriota. A mi esposa, en cambio, no hay modo de persuadirla de que la tardanza es normal. Teme a tal grado que le esté siendo infiel que debo revolcarme con ella cada noche y mostrarle que no he prodigado mis energías en las entrañas de otra.

No: que no sean otros los que esperen.

Los supervisores han terminado por entender mi lealtad, me han habilitado como instructor de los custodios novatos. Cumplo ahora un turno de ocho horas, extendido una antes y otra después, y los fines de semana acudo a las instalaciones de la empresa, a un par de kilómetros de casa, para charlar con los reclutas e indicarles las mejores tácticas para enfrentar lo inminente. No es infrecuente que, apenas logro agotar a mi mujer por las noches, me dedique a preparar materiales visuales o escritos que puedan resultar útiles para novicios. También he concebido y presentado, para gran júbilo de la empresa, un sistema añadido de seguridad que nos permitirá saber de antemano si alguno de los voluntarios que solicitan empleo es, en realidad, un infame que pretenda infiltrarnos. Espero lo peor: he conseguido que mi empresa comparta mi postura. Dejo mi rutina diaria, adopto la de un planeador de horrores. Analizamos los antecedentes raciales, religiosos, familiares, morales, intelectuales y físicos de los solicitantes. Les aplicamos cuestionarios-trampa y pruebas simuladas, les ofrecemos espacios de queja (falsos solicitantes comprensivos los invitan a hablar mal de la empresa o el gobierno) para conocer los resortes de su voluntad. Los obligamos a confesar, lágrimas y vómito por medio, sus pobres secretos y nos apoderamos de ellos: aquel fue incapaz de cursar estudios superiores; aquella otra ha abortado los descuidos de todo un equipo de *hockey*. De tanto

pisarlos y comprimirlos, conseguimos que se conviertan en sabuesos irritados, que olfateen cada culo que pase frente a sus morros como si, necesariamente, ocultara entre sus circunvoluciones el Apocalipsis. Por las noches, mientras me arrellano con mi mujer y nos tocamos, fantaseamos con los experimentos que puedan sugerírseles a los novatos para aplicarles a los pasajeros que lleguen a sus líneas de seguridad. Noches abrasadoras, ésas.

En otoño, la empresa me comisiona para asistir a una convención nacional de guardas de aeropuerto. Mi salario ha mejorado, puedo comprar un traje azul y una corbata de origen vagamente italiano en el supermercado. Dedico las cinco noches de víspera a afilar una ponencia que deje en claro hacia dónde es necesario que camine nuestra profesión, en dónde habremos de golpear si es que vamos a defender hasta el final las atalayas que nos han sido delegadas. Mi mujer me acompaña a la capital (dormitamos once horas en un autobús) y permanece todo el día en la habitación del hotel, en espera de mi regreso. Soy el penúltimo comisionado que toma la palabra en la clausura. Bramo de manera encendida: estamos hartos y tememos que los colegas que han ocupado provisionalmente nuestros puestos no hayan estado a la altura de la responsabilidad. Resaltan en las ojeras, en ranuras que se marcan en frentes y comisuras el temor de que nuestra reunión (que ha sido comentada por un par de diarios y un *show* televisivo) propiciara que nuestros repugnantes enemigos acudieran en tropel ante nuestras puertas inermes.

Subo tanto la voz que no sé si he resultado comprensible, pero veo que mis gritos han despertado la simpatía de los asistentes, que mis propuestas y consejos descienden sobre sus cabezas como un maná precioso. Siembro claridades y cosecho ovaciones. Decenas, cientos de colegas conmovidos me palmotean la espalda y me arrastran al bar del hotel. Hago doscientos brindis. Uno de los más exaltados, funcionario de una empresa multimillonaria (fue oficial en el ejército y sabe lo que hace) me parece digno de acompañarme a mi habitación. El amanecer se acerca. Hermano, me dice golpeándome una y otra vez el hombro, hermano, vamos a levantar esta patria, hermano, hermano. Mi esposa no ha dormido un minuto. Su pecho da un brinco cuando enciendo la luz y descubre que tenemos visitas. Se ha bebido la mitad del minibar, me revela, pronto estamos los tres cómodamente juntos en la alfombra.

No sólo pasamos la mejor noche de nuestra vida desde la Universidad, sino que el colega, el hermano, me ofrece empleo. Dice, y pide que lo llamemos el capitán, que es raro toparse con una pareja tan ge-

nuinamente patriota como nosotros. Dice además que mi claridad para concebir y ejecutar la seguridad aeroportuaria del país debe ser mejor pagada y considerada de lo que ha sido por mi vieja empresa. No un mero guarda de aeropuerto: ahora seré el consejero y supervisor de todos, me promete.

Recorro el país, muestro a contratistas y capacitadores mis flamantes hallazgos en cuanto a obstaculización del tránsito, exploración, voluntaria o no, de pasajeros, mesmerismo y dominio psicológico del agresor. Mi esposa me acompaña en mis expediciones, en un principio, pero pronto decidimos que debe permanecer en casa (hemos comprado una propiedad rural con alberca y caballos) para atender las necesidades, cada día más volcánicas, del capitán. He encontrado un cierto consuelo para la soledad del éxodo en la buena calidad de los aparatos electrónicos que me acompañan: agendas animadas, teléfonos coloridos, reproductores de películas y canciones.

Que no sean otros los que esperen.

Disfruto, sí, de las líneas de seguridad en cada aeropuerto que visito; gozo cuando soy detenido y maltratado, cuando soy orillado a desnudarme, a despojarme de zapatos y calzoncillos frente a los compañeros de fila, cuando mis documentos personales no son tomados por verdaderos, cuando se me escolta a un cuarto cerrado y se me empuja y escupe. Procuero dejarme encima anillos, cadenas, hebillas, todo lo que sea metálico y haga saltar las alarmas. He conseguido un arma y la oculto entre calcetines o camisetas para ver si la descubren. Me distraigo, a veces, seleccionando qué líquidos prohibidos, qué objetos punzocortantes deberé portar en el equipaje para ser más seguramente detenido. Insulto y empujo al negligente que me franquea el paso sin reparar en el peligro que represento. Y aunque bastaría con identificarme y mostrar la credencial que me acredita como asesor en seguridad para que todos los controles se abrieran a mi paso, prefiero demorarme y perfeccionar su inspección.

Temo, debo confesarlo, volver a casa y encontrar a mi mujer ocupada con el capitán. Temo a los apetitos desmesurados de mi amigo. Por eso recorro el mapa entero, hago saltar los controles de seguridad, recuerdo a todos que el enemigo, el mal, la demencia infinita está ahí, afuera, y pretende colarse a nuestras entrañas. Si dormimos durante la guardia, si parpadeamos siquiera, entrará a nuestra casa. Y se instalará entre nosotros el miedo y no volveremos a dormir. Jamás.

Espérenlo, esperen siempre la llegada del miedo. Que no sean otros los que esperen •

Manifiesto del cuento mutante

ALBERTO CHIMAL

1

EL CUENTO es antiguo pero no es una idea fija. El cuento cambia: se modifica: se adapta. Lo adaptan, a sus condiciones siempre distintas, quienes lo escriben y quienes lo leen. Habrá un momento en el que lo maten, también, o decaiga de manera irrecuperable, o desaparezca por indiferencia o por descuido. Por supuesto.

Pero todavía no. El cuento sigue vivo porque no se ha quedado aún sin un solo lector (evidentemente) y porque su forma no se ha agotado. He aquí parte de lo que ocurre ahora con esa forma.

2

LAS PRECEPTIVAS y teorías del siglo XIX, que son todavía las bases de la discusión sobre el cuento actual, transformaron el género pero no lo inventaron. Hubo un tiempo en el que los cuentos —los más remotos antepasados de lo que hoy llamamos «cuento»— no se escribían siquiera: se memorizaban y se repetían de viva voz. El cuento no es breve para distinguirse de la novela, que es extensa, sino para aprenderse y repetirse más fácilmente: heredó la cualidad que lo define más claramente del tiempo anterior no sólo a la novela sino a la escritura, el de los orígenes del lenguaje, cuando comenzaron a inventarse y difundirse las primeras historias. Y ahora el cuento conserva esa brevedad aunque la brevedad haya perdido su sentido inicial, del mismo modo en que el cuerpo humano aún conserva —en el pelo que no lo abriga, en las capas profundas del cerebro— vestigios de sus antepasados animales. Más aún, la brevedad ya no puede perderse, como tampoco podría el cuento volver a ser oral ni a publicarse como se publicaba en el siglo XIX. O en el XX.

La imagen más popular del cuento publicado es, en efecto, una idea obsoleta. La gran época de las historias individuales difundidas por medio de la prensa —las que dieron de comer a Edgar Allan Poe y a F. Scott Fitzgerald,

las que completaron la fama de J. D. Salinger en los años sesenta— pasó y no va a volver. No es exactamente que el cuento se lea menos: de hecho todo se lee menos y la época se expresa, sobre todo, mediante imágenes: las historias escritas tampoco recobrarán jamás su antigua posición de privilegio.

Pero todo esto implica un cambio en nuestra relación con las historias breves. Antes, los libros de cuentos eran muchas veces reuniones de esas historias ya aparecidas en otros sitios, ya conocidas —incluso— por quienes las buscaban y las revisitaban. Ahora lo más probable es que el primer encuentro de cualquiera con un cuento sea en un libro o en otro tipo de serie, de colección, de reunión, que será percibida como tal. El medio no importa y ocurrirá lo mismo en los libros impresos que en los electrónicos, en las antologías académicas y en los archivos de un *blog*: en todos los casos la acumulación de los textos individuales, la impresión producida por el conjunto, puede llegar a contar tanto como el de cualquiera de los cuentos aislados.

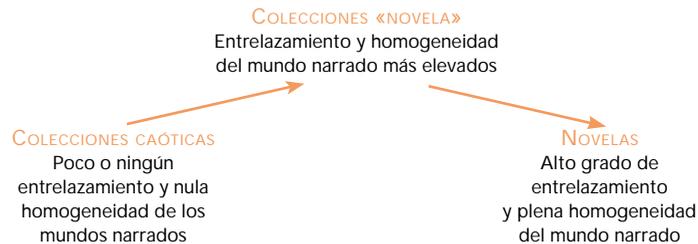
Los cuentos como parte de un conjunto, como segmentos de un todo mayor, son una posibilidad de lectura distinta que trasciende, sin afectarla, la forma del cuento individual. El todo, como se dice, puede ser más que la suma de las partes. No importa si, al escribir una por una sus historias, el creador utiliza las reglas del cuento clásico al modo del siglo XIX o si prefiere cualquier otra forma o técnica.

Los primeros pasos para utilizar este potencial expresivo se dieron durante el siglo XX. Hasta hoy, sin embargo, la mayoría de los ejemplos disponibles se valen, sobre todo, de una técnica que proviene de los orígenes de la novela actual en la Edad Media: el *entrelacement* (entrelazamiento), que consiste simplemente en introducir referencias o ecos de una historia en otra: intentar unificarlas todas en un solo mundo narrado que las abarque y en el que se pueda hallar —o inferir— cierta consistencia.¹ La diferencia entre una novela y un libro de cuentos trabajado de este modo es que el segundo carece de una trama única y, en cambio, cada una de sus partes —cada cuento— puede, al menos en teoría, leerse aisladamente. A estos proyectos narrativos se les ponen a veces etiquetas («novelas-en-cuentos», «cuentovelas») que sugieren una fusión o una aproximación: las colecciones de cuentos se estarían convirtiendo en novelas, homogeneizando sus mundos narrados y a veces llegando a convertirlos en uno solo.

Para aclarar más la distinción entre las que podríamos llamar colecciones caóticas de cuentos (las más convencionales, que reúnen simplemente una serie de textos de un mismo autor, sin atención a su efecto como conjunto)

¹ El *entrelacement* se utiliza, por ejemplo, en el ciclo de la Vulgata artúrica, para ligar y unificar los materiales de diversas procedencias que lo forman (y que inspiraron, a la vez, la redacción más unificada —más novelesca— de *La muerte de Arturo* de Thomas Malory).

y las «colecciones-novela», se puede considerar el entrelazamiento entre los diferentes segmentos del texto —que sería, evidentemente, notable en estas colecciones nuevas y más aún en las novelas convencionales, cuyos capítulos son divisiones de una única historia— y de la homogeneidad del mundo narrado. Se puede incluso intentar un esquema:



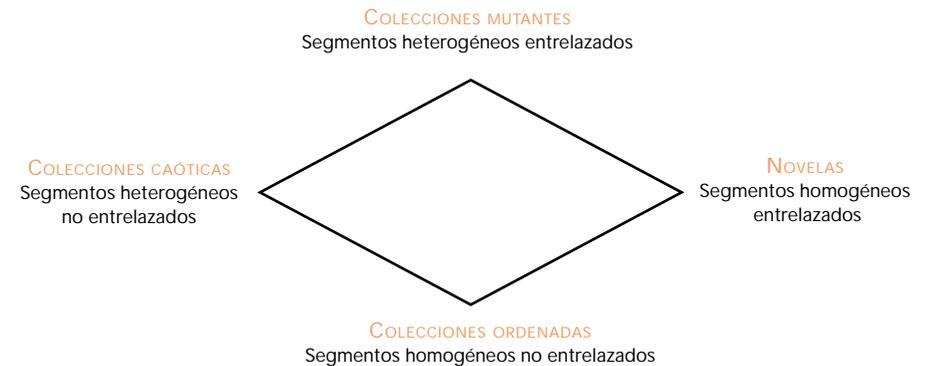
Esta división, sin embargo, tiene desventajas: no sólo sugiere una especie de «progresión» o gradación lineal del cuento a la novela (imposible, además, de medirse con precisión), sino parece implicar que el entrelazamiento es inseparable de la homogeneidad (o incluso la unicidad) de los mundos narrados; una lectura ingenua podría llegar hasta la conclusión de que ambos son lo mismo. En cambio, es posible considerar otra posibilidad: las colecciones de historias en las que hay entrelazamiento pero no homogeneidad de los mundos narrados.

3 **LAS PODEMOS** llamar colecciones mutantes: aquellas que en vez de acercarse a la forma convencional de la ilusión novelesca, con toda su solidez y su fuerza mimética, prefieren conservar la variabilidad de las colecciones de historias breves. Entre ellas no se crea la impresión de un «mundo común», fijo, anclado en descripciones, caracterizaciones y cronología consistentes, y el entrelazamiento se da en cambio por medio de temas, ideas, símbolos a partir de los cuales se crean variaciones. Claramente delimitados, los diferentes cuentos producen más fácilmente resonancias intertextuales porque éstas no se agotan en la tarea de reforzar una representación (o en la sugerencia de una representación, que de hecho es lo más que la literatura puede lograr). Además, se intensifica también el que podríamos llamar efecto de eco, que tiene lugar en toda narración breve: el vislumbre de implicaciones y asociaciones

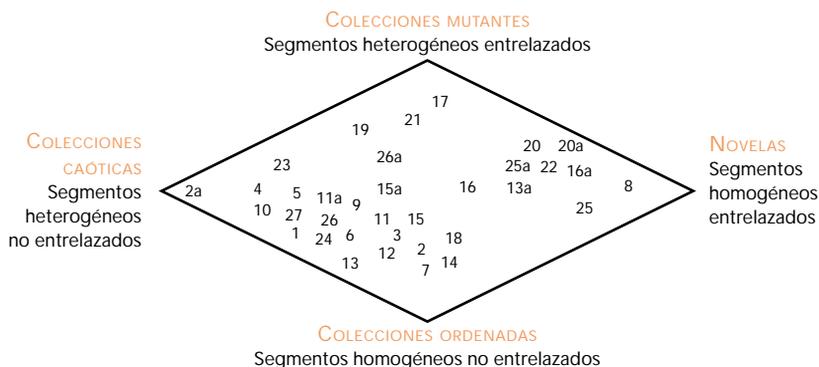
más allá de lo escrito que sólo puede llegar mientras las palabras escuchadas o leídas siguen aún en la conciencia del lector.²

Las colecciones mutantes sugieren un espacio no físico sino conceptual que agrupa a las historias y que se encuentra en constante transformación: un espacio donde las ideas y el lenguaje pueden tener primacía sobre la representación «realista» sin necesidad de abandonarla. A la vez, considerar este tipo de colecciones permite modificar el esquema mostrado previamente y sugerir con él no un movimiento sino un campo: un mapa de las posibilidades de una colección de segmentos narrativos. En este nuevo esquema se puede suprimir la categoría de las «colecciones-novela» y adoptar, con más ventaja, la idea de las «colecciones ordenadas»: aquellas que tienden a sugerir un solo mundo ficcional pero no recurren al entrelazamiento.

² El cierre perceptivo que Edgar Allan Poe llamaba «unidad de efecto» es un caso particular de este eco, que reconcentra la percepción del lector en elementos explicitados por el propio texto. En la minificción, por el contrario, el efecto de eco nos proyecta hacia *afuera* de ella, a partir de lo poco que nos dice. Los grandes autores de minificción pueden controlar el eco, o por lo menos encauzarlo por un camino particular de asociaciones, seleccionando qué ideas se destacan en el texto.



Lo que se revela es un campo: un mapa de las posibilidades de una colección extensa de segmentos narrativos, en el que diferentes obras pueden situarse y diferenciarse. En él no sólo pueden compararse las diferentes orientaciones de las colecciones convencionales —o las variaciones entre libros de un mismo autor—, sino que es posible percibir acercamientos de la novela al cuento (y no al revés) e incluso descartar la jerarquía convencional. Diferentes textos «híbridos», o difícilmente categorizables por medio de la división binaria y tajante más utilizada (cuento/novela), pueden apreciarse más claramente:

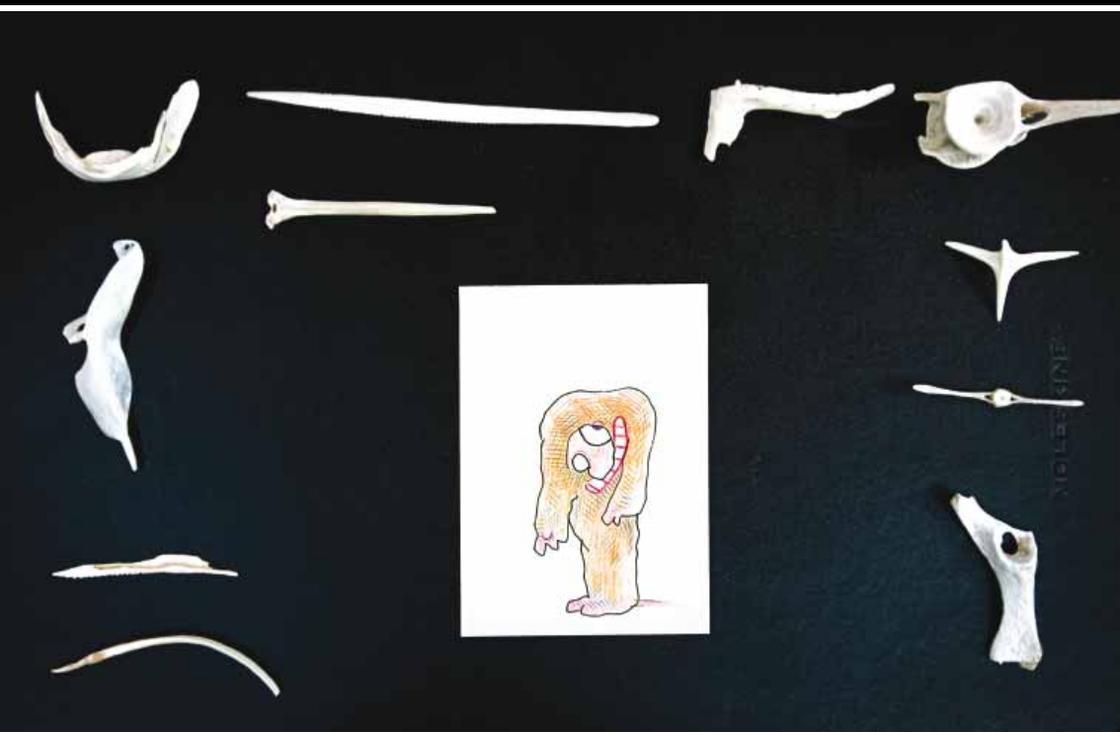


Ejemplos:

- | | | |
|--|---|---|
| <ol style="list-style-type: none"> 1. <i>Phantasus</i>, Ludwig Tieck et al. 2. <i>Narraciones extraordinarias</i>, Edgar Allan Poe
a. <i>Cuentos completos</i>, Edgar Allan Poe 3. <i>Cuentos (primera colección)</i>, Hans Christian Andersen 4. <i>Cuentos de San Petersburgo</i>, Nikolai Gogol 5. <i>Cuentos del día y la noche</i>, Guy de Maupassant 6. <i>La señora del perrito</i>, Anton Chejov 7. <i>Dublineses</i>, James Joyce 8. <i>Orlando</i>, Virginia Woolf 9. <i>La metamorfosis</i>, Franz Kafka 10. <i>Hombres sin mujeres</i>, Ernest Hemingway | <ol style="list-style-type: none"> 11. <i>Ficciones</i>, Jorge Luis Borges
a. <i>Antología de la literatura fantástica</i>, J. L. Borges, A. Bioy Casares y S. Ocampo 12. <i>El negro artificial y otros relatos</i>, Flannery O'Connor 13. <i>Mi confabulario</i>, Juan José Arreola
a. <i>La feria</i>, Juan José Arreola 14. <i>El Llano en llamas</i>, Juan Rulfo 15. <i>Historias de cronopios y de famas</i>, Julio Cortázar
a. <i>Último round</i>, Julio Cortázar 16. <i>Las ciudades invisibles</i>, Italo Calvino
a. <i>Si una noche de invierno un viajero</i>, Italo Calvino 17. <i>Caza de conejos</i>, Mario Levrero 18. <i>¿Quieres hacer el favor de callarte, por favor?</i>, Raymond Carver | <ol style="list-style-type: none"> 19. <i>Los sueños de la Bella Durmiente</i>, Emiliano González 20. <i>Historia abreviada de la literatura portátil</i>, Enrique Vila-Matas
a. <i>El mal de Montano</i>, Enrique Vila-Matas 21. <i>La sueñera</i>, Ana María Shua 22. <i>Diccionario Jázaro</i>, Milorad Pavić 23. <i>Breves entrevistas con hombres repulsivos</i>, David Foster Wallace 24. <i>Creía que mi padre era Dios (antología)</i>, Paul Auster 25. <i>Shiki Nagaoka, una nariz de ficción</i>, Mario Bellatin
a. <i>Flores</i>, Mario Bellatin 26. <i>Putas asesinas</i>, Roberto Bolaño
a. <i>La literatura nazi en América</i>, Roberto Bolaño 27. <i>Sauce ciego, mujer dormida</i>, Haruki Murakami |
|--|---|---|

4

COLECCIONES como *Caza de conejos*, *La sueñera* o *Los sueños de la Bella Durmiente* proponen estructuras y tratamientos inusitados: las tres mencionadas, respectivamente, son: una serie de variaciones —a veces contradictorias, a veces excluyentes— sobre una sola premisa fantástica; un conjunto de minificciones que toman como pretexto y lazo de unión la lógica de los sueños, y una serie doble —poemas y cuentos— entrelazada alrededor de muy precisas influencias de la literatura del *fin de siècle*. Además, son textos menos conocidos, incluso, que otros ejemplos de literatura experimental o vanguardista de la segunda mitad del siglo xx. Su relativo aislamiento en el mapa, como en las historias literarias, significa que el terreno del cuento mutante sigue siendo poco explorado: entre otros, éste es uno de los caminos que todavía queda por explorar para la narrativa breve. Puede intentar ese viaje el narrador que no esté interesado exclusivamente en reaccionar y acomodarse a los prejuicios actuales: las «muertes del cuento» que aparecen con frecuencia •

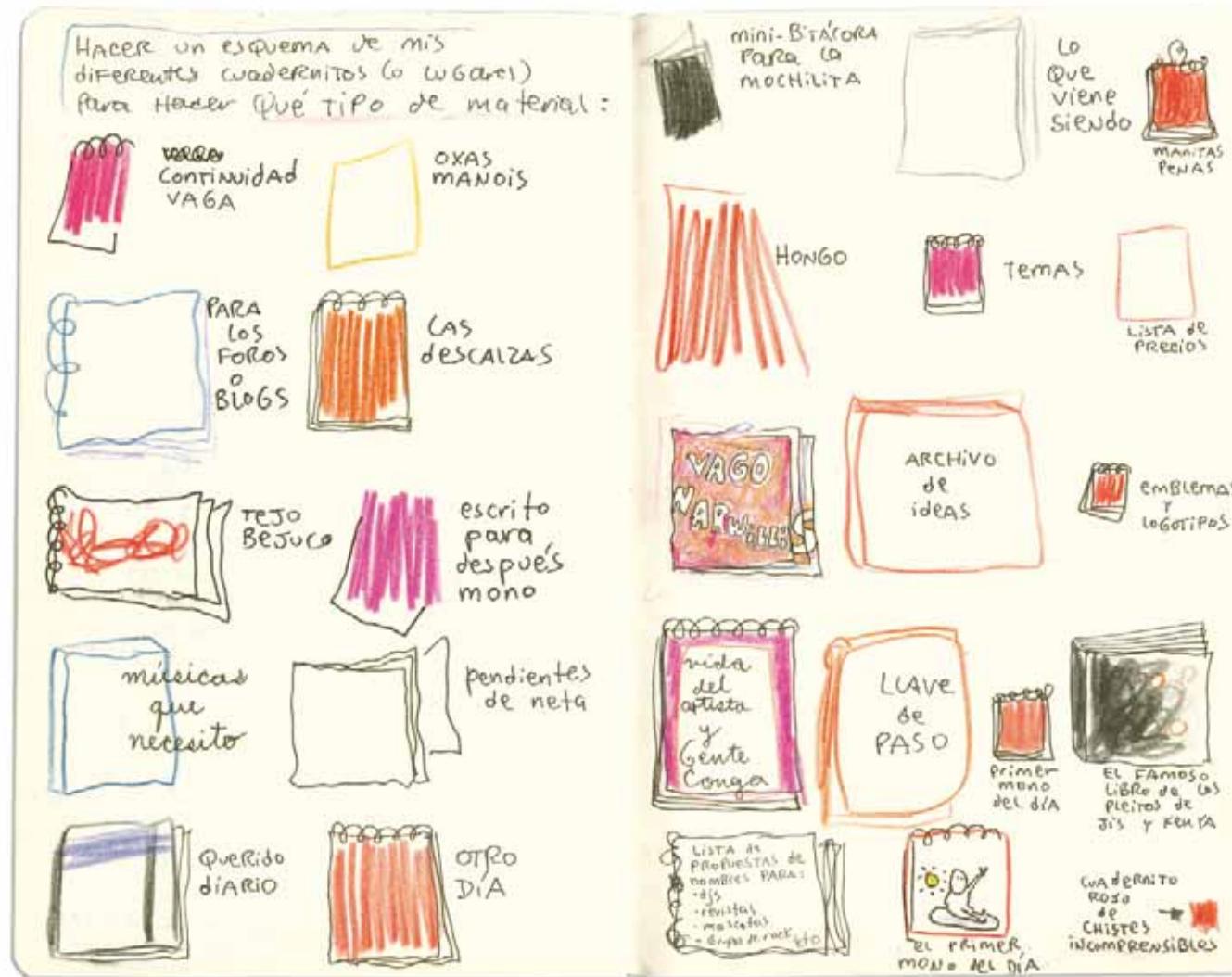


Huesitos, 2010.
Huesos y dibujo
sobre libretita
Moleskine

JIS

El arte de ver monos
en todas partes

Hacer un esquema de mis diferentes cuadernitos (o lugares)...
Lápiz de color sobre papel



Un ojo pequeño es una o y un ojo saltón de conejo es el 0. Una esponja amarilla es Bob Esponja y la Señora Pots es una tetera. Las tragedias son crueles cuando se inmiscuye un pequeño ciervo dibujado, quizá los políticos son simpáticos cuando se convierten en monos y los niños juegan con sus perros. Hasta aquí todo parece asunto de cuerdos.



W0188C I0028B



W0188C
Lápiz de color
sobre papel

pendientes.



Pendientes 1
Lápiz de color
sobre papel

Konrad Lorenz explica que los animales se tornan cordiales, tiernos y amorosos cuando el humano que los observa les confiere algo de su humanidad, algunos rasgos o actitudes. Un mono es simpático cuando se rasca (actividad que en los humanos resultaría algo bochornosa); un conejo resulta gracioso con un sombrero de copa y un feroz oso implica ternura si se le agrega un ramo de flores en la «mano» derecha. El padre de la etología añoraba un mundo donde los animales resultaran simpáticos, tiernos y amorosos desde su propia animalidad. «El perro Snoopy conduce a la última frontera metafísica de neurosis de adaptación fracasada», dice Umberto Eco.



Diamanda Galás
Tinta sobre papel



*Organizando
peleas de perros
y Oxas makai*
Intervención a
fotografía con tinta



Oxas baloŋ
Lápiz de color
sobre papel

Luvina / verano / 2010

VIII



Oxas eules
Lápiz de color
sobre papel



Oxas patui
Lápiz de color
sobre papel

Luvina / verano / 2010

IX



Como aquella vez
Tinta sobre papel

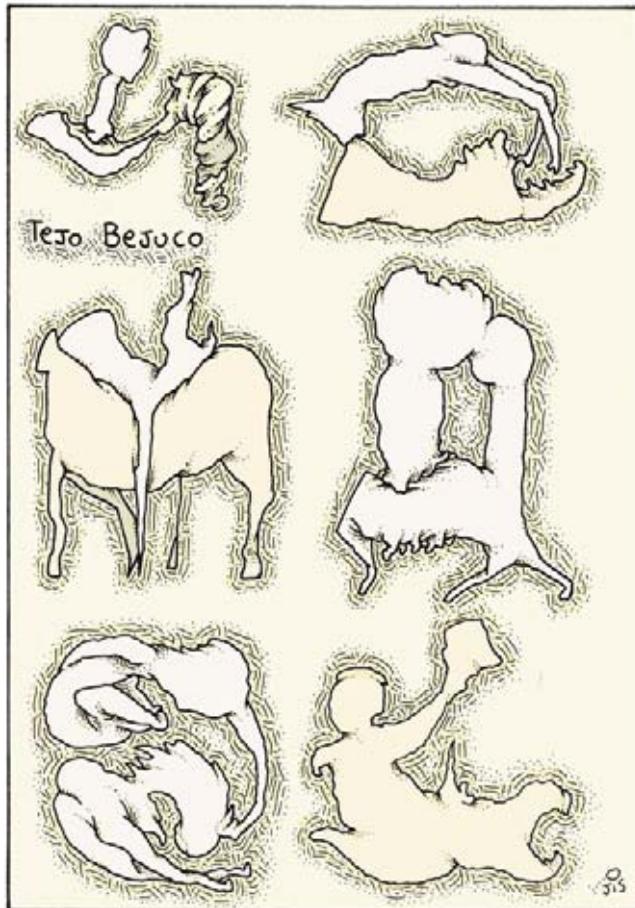
«Le chien du commissaire aboie» (El perro del comisario ladra) es la frase utilizada por A. J. Greimas para ejemplificar que la inmensa mayoría de los chistes consisten en oposiciones isotópicas: «El chiste considerado como género literario eleva al nivel de la conciencia las variaciones de las isotopías del discurso, variaciones que se aparenta camuflar, al mismo tiempo, por la presencia de un término conectador». El chiste consiste en alteraciones lingüísticas. El mono es la isotopía del discurso visual: altera en sus líneas los modos de observar la naturaleza de las cosas o las cosas de la naturaleza, por eso en mono lo gracioso aumenta sus posibilidades, incluyendo diputados y el hambre en África.



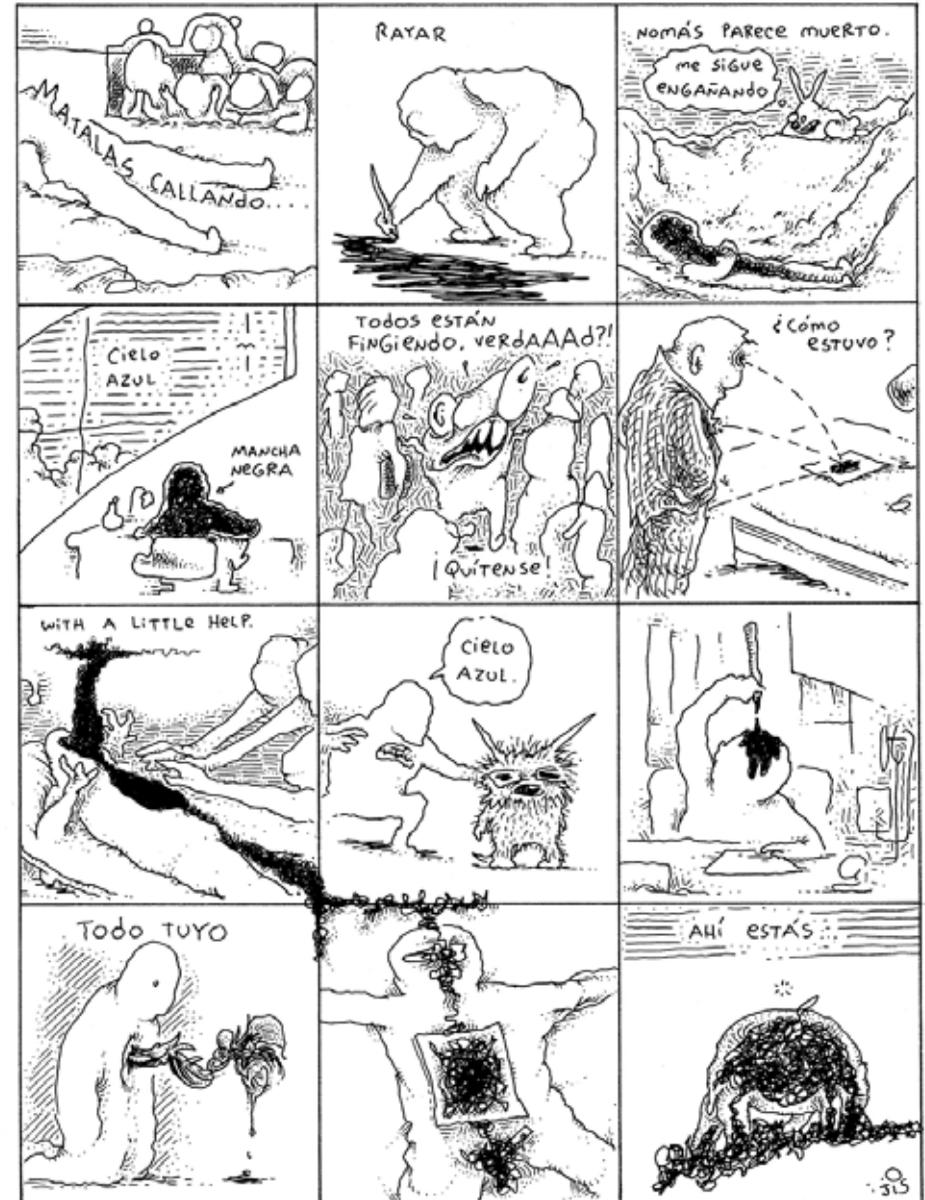
Sobre el hombro
de mi nana
Intervención a
fotografía con
tinta



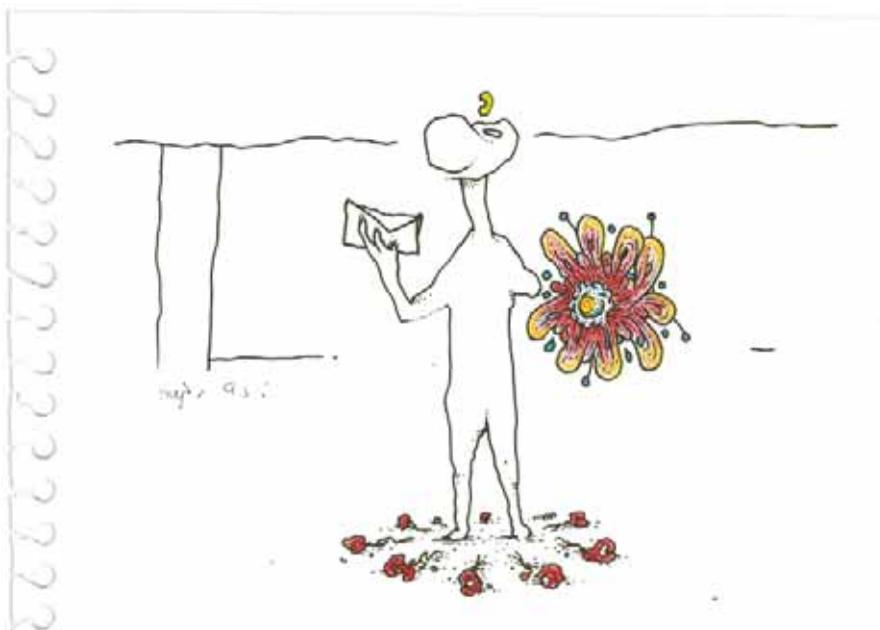
La mente de un monero con lápiz, tinta o un programa de diseño es un diccionario: «Los hijos de las parejas en las que ahora se fomentan las minusvalías cacográficas nacerían con igados en lugar de hígados. No sabemos cómo funcionan los *igados*, pero lo más probable es que segreguen *vilis* en lugar de bilis, lo que dispararía el gasto hospitalario para sacarlos adelante», dice Juan José Millás. Lo mismo para los moneros, pero en dibujitos; el artista encuentra los monos que no vemos y algunas veces y sin pudor alguno los exhibe en diarios, revistas o por la radio. Hasta aquí seguimos cuerdos.



Tejo Bejuco 11
Tinta sobre papel



Mátalas callando 12
Tinta sobre papel



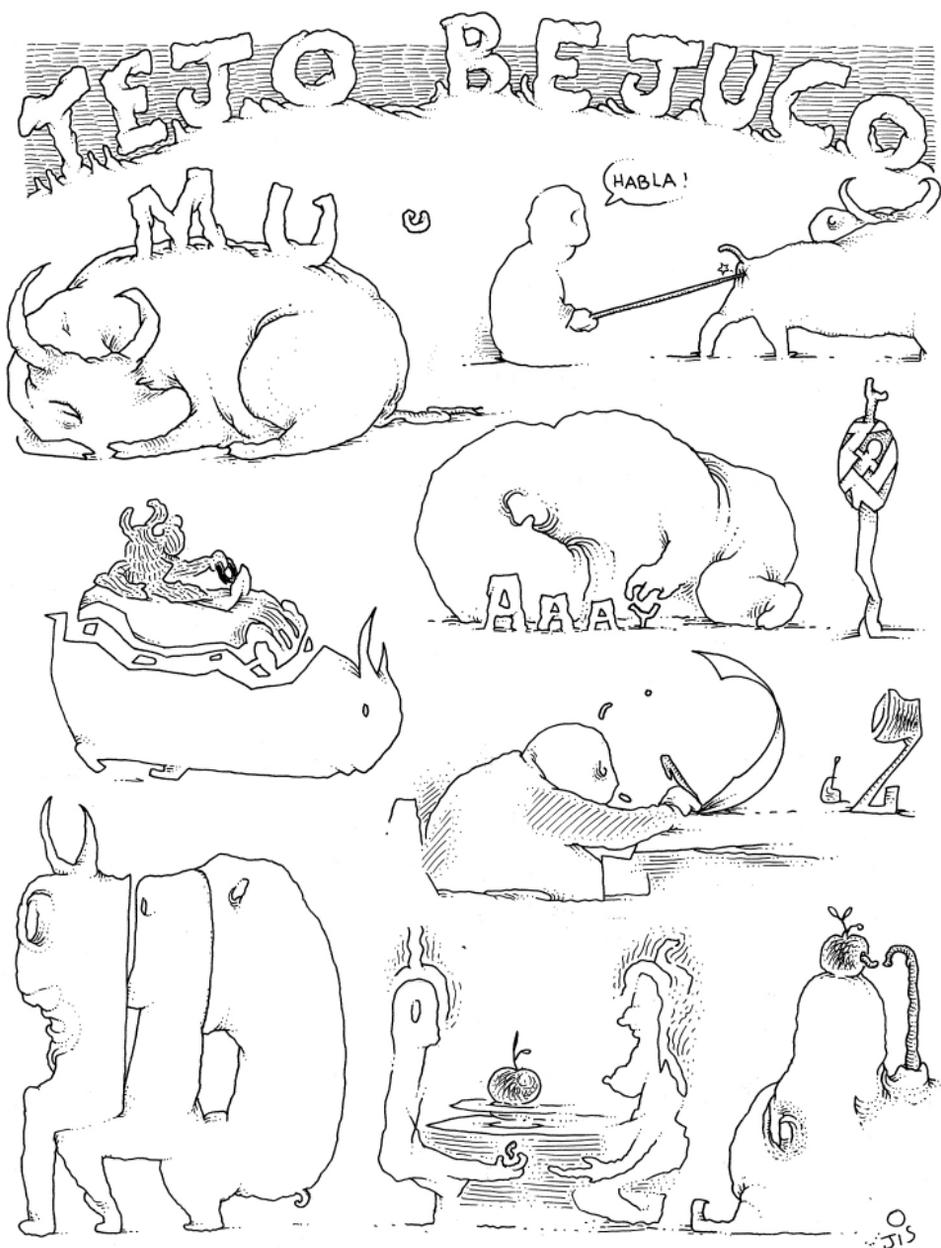
Mejor así

Tinta y lápiz
de color sobre
papel

Vemos formas en las nubes y normalmente encontramos monos: un algo dibujado que nos explica mucho del mono que somos. Ahora se nos cae la piel y terminamos en círculos y cuadrados. «Un cuadro es una colección de manchas de color que se unen para formar un plano y finalmente forman el objeto, el fragmento sobre el cual el cuadro vaga sin intervenir», decía Pierre Bonnard. El mono está allí siempre, sólo hay que unir las manchas de color en cualquier plano: dos ojos saltones aquí (oo), una sonrisa en la corteza del árbol, un ejército de tapaderas de champú cantando poemas de Lorca. Suena el timbre y es un oso bañado en lágrimas con flores en la mano, cruza la avenida un perro pensando en el peón aislado de dama, la preocupación de la araña del baño cuando se enciende la regadera, la voluntad que Édgar olvidó por aquí en la borrachera del domingo, la rodilla que se queja y la ardilla del tronco que Jis levantó para encontrarle más monos, el detonador de monos disfrazado de juguete que robó a un niño la semana pasada, las patitas colgando del disco de Pixies arriba del montón de colegas.

En ocasiones, Jis no puede cerrar los ojos debido a la muchedumbre de monos suspendidos de sus globos oculares. Borges sólo veía al zahir. La lección de hoy es la sensatez de la mirada monera, casi ordinaria, casi normal. Es de cuerdos encontrar monos en todos lados, ya las acciones de cada mono conciernen sólo al diván. «Qué empresa fácil no pensar en un tigre...».

Detrás de la moneda de Borges está Dios. Entonces es de artistas ordenar la monería universal. Qué gusto encontrar un mono en una bolsa de papas fritas. *South Park* los encierra en Imaginolandia y Jis organiza el caos animado en cuadernitos. Reciba las flores del oso y regístrelo por tema en una de las siguientes libretas de Jis: *Continuidad vaga*, *Para los toros o blogs*, *Tejo Bejuco*, *Músicas que necesito*, *Querido diario*, *Oxas manois*, *Las descalzas*, *Escrito para después del mono*, *Pendientes de neta*, *Mini bitácora para la mochilista*, *Otro día*, *Hongo*, *Vaço narwilli*, *Vida del artista y gente conga*, *Lista de propuestas de nombres para DJs / revistas / mascotas / grupos de rock*, *Lo que viene siendo*, *Temas*, *Archivo de ideas*, *Llave de paso*, *Manitas penas*, *Lista de precios*, *Emblemas y logotipos*, *El primer mono del día*, *El famoso libro de los pleitos de Jis y Kenya*, o en el *Cuadernito rojo de chistes incomprensibles*. «¡Non fuyades, cobardes y viles criaturas, que un solo caballero es el que los acomete!».



Tejo Bejuco mu

Tinta sobre papel



No sólo de cortos

● HUGO HERNÁNDEZ VALDIVIA

Así como a menudo se hace un símil entre la novela y el largometraje, se ha hecho el correspondiente entre el cuento y el corto. El símil surge de la extensión: en páginas y metros, la novela y el largo avanzan empujados por un aliento que precisa de paciencia para lanzarse a historias que acumulan numerosos episodios y que, por lo general, reservan más de un giro de tuerca. El corto, como el cuento, no renuncia a los giros, mas ha de resolver en pocas páginas o minutos tramas que en ocasiones apenas llegan a serlo.

Es sano y conveniente, por lo pronto, recuperar este nexo que se establece casi en automático, que es un lugar común. Y es que, no por manidos y manoseados, los lugares comunes dejan de apuntar a razones frecuentemente atendibles. Y más si tomamos en cuenta otro símil, el que Julio Cortázar ubicó entre el corto y el boxeo. Comentaba el argentino que, mientras la novela apostaba por una estrategia de largo alcance, algo así como a ganar la pelea por puntos, el cuento había de lanzarse al *knock out* (claro que, ahora que el boxeo es

un truculento y deshonesto espectáculo, habría que buscar comparaciones en otras conflagraciones). En sus cuentos es posible apreciar la contundencia de su *punch*, el buen provecho que puede sacarse de la estrategia en corto, y vale la pena regresar sobre sus procedimientos, en particular sobre los que ponía en práctica para los finales. Por lo general, el argentino nacido en Bruselas se mandaba en la última frase un *upper cut* fulminante, capaz incluso de desmentir o darle un giro sustancial a lo antes expuesto. Los ejemplos abundan, pero sirvan a modo de ilustración «Continuidad de los parques», en donde las ficciones se unen, o «La noche boca arriba», en donde las peores sospechas se confirman para el narrador.

Ahora bien, aun cuando el corto cuenta con poco tiempo (los hay de menos de un minuto), es fácil constatar que en ellos también se puede detectar, como en los largos, el afán por concebir relatos en tres actos. Es posible ubicar en una buena cantidad de ellos dos puntos argumentales (*plot points*) o eventos que cambian el curso de los acontecimientos (que bien pueden calificarse de «giros de tuerca») y que sirven como frontera a los actos: en *El libro del guión*, nos recuerda Syd Field, maestro del manual de guión (que no del guión), que la aparición del primer punto marca el final del primer acto y el principio del segundo; el segundo punto se ubica en la frontera del segundo acto y del tercero. Y aquí es donde la estrategia cortazariana prueba sus virtudes, pues es muy frecuente que el segundo punto argumental esté prácticamente al final del corto; incluso cuando sólo es perceptible un punto

argumental, como se puede constatar en muchas «minipelículas», éste se localiza sobre el final. De esta manera se multiplica la fuerza de lo expuesto y se despide al espectador con material para seguir en el corto cuando éste ya concluyó.

El cortometraje pone a prueba la capacidad narrativa de un realizador, su destreza técnica; y en corto es donde mejor se aprecian estas virtudes. No es extraño, así, que sea la prueba que un debutante debe «pasar» para aspirar al paraíso soñado del largometraje. Y aquí cabe hacer notar lo que, a mi juicio, es un mal del oficio. Por razones de economía monetaria y narrativa, los jóvenes que estudian en escuelas de cine se van ejercitando en corto, y un corto también es su «tesis». Y no pocas veces asistimos a la proyección de cortometrajes sólidos, redondos; y a menudo somos testigos de debuts prometedores. Pero para estos jóvenes cineastas el corto sabe a poco, y no es más que una estación en el camino a la meta del largo, adonde apuntan todos sus empeños. Y no faltan los que lo consiguen, y abundan aquellos que dejan ver que saben manejarse en corto pero no tienen el aliento para sostener un largo. Pero se empeñan, porque acaso creen que si no hacen largos no hacen cine. Una lástima. A modo de ejemplo, es conveniente citar a Carlos Salces, quien entregó un puñado de cortos extraordinarios (como *En el espejo del cielo* y *Las olas del tiempo*) y después dio el salto al largo, con *Zurdo* (2003), cinta que fue un fracaso y luego de la cual no ha vuelto a filmar. No muy distante es la experiencia de Eva López Sánchez, cuyo corto *Objetos perdidos* (1992) ponía en evidencia virtudes atendibles (y que tenía el

atractivo suplementario de Cecilia Toussaint en uno de los roles protagónicos), pero ya en su primer largo, *Dama de noche* (1993), se empezaban a malograr las promesas (con todo y la presencia de la Toussaint en el elenco); el camino ha sido tortuoso en adelante, pues en *Francisca* (2002) y *La última y nos vamos* (2009) hay muy poco positivo que consignar.

Acaso por la dinámica comercial del cine, que ha acostumbrado a sus consumidores a productos de alrededor de dos horas, el cortometraje es pronto abandonado por los cineastas. Con algunas excepciones (principalmente en festivales), sólo en paquete sobrevive, como sucede en las películas «temáticas» al estilo de *París, te amo* (*Paris, je t'aime*, 2006) y *11' 09" 01* (2002). Justo es comentar que estas cintas representan la vuelta al corto de cineastas que ya han tenido experiencias en el largo, y que no es raro atestiguar que sus aportaciones a estos títulos son discretas, por decir lo menos (por ejemplo, el segmento que realizó el egipcio Youssef Chahine para la segunda). Ahí es posible constatar que la destreza técnica desarrollada en el largo no necesariamente garantiza un buen producto en corto.

Sirva este pequeño regreso al lugar común para concluir con una constatación: es muy poco probable que el cine nos entregue (para seguir con el símil anotado al inicio) un Jorge Luis Borges. Un autor que de principio a fin construyera su filmografía con cortometrajes sería casi inimaginable, pues si hay escritores que pueden vivir del cuento, un cineasta difícilmente alcanzaría la continuidad sólo con cortos: la industria se ha encargado de limitar el oficio, y nos

ha hecho creer que no sólo de cortos vive el hombre de cine. Y esto es un cuento... ●



Cohecito

● VÍCTOR CABRERA

Cuando, hace algunos meses, la editora universitaria Carmina Estrada me pidió que le sugiriera a alguna poeta joven con un libro inédito que pudiera dar título al siguiente volumen de las Ediciones de Punto de Partida, entre los tres o cuatro nombres que mencioné estaba el de Xitlalitl Rodríguez Mendoza —Sisi, como la llamamos afectuosamente. Confieso que había leído apenas tres o cuatro poemas de ella desperdigados en el ciberespacio, aunque sabía que acababa de concluir su periodo como becaria del programa Jóvenes Creadores del Fonca, lo que me hizo sospechar que tenía un libro nuevo en espera de publicación. Fuera de estos detalles y del origen tapatío de su autora, cuya simpatía había podido constatar en algunos encuentros fortuitos con amigos mutuos, nada sabía de ella.

De entre aquellos poemas cibernéticos que recordaba vagamente, resonaba en

mi cabeza el eco de uno publicado el año pasado en el *Periódico de Poesía* de la UNAM, un juego, o mejor, un ingenioso juguete verbal fundado en las similitudes sonoras y semánticas de algunas palabras y tópicos literarios y editoriales con la jerga tecnologizante de la época. A caballo entre la escritura automática, el cadáver exquisito y los muñecos de cuerda del Tío Gamboín, el poema, para decirlo francamente, no es sino una divertida lista de ocurrencias y hallazgos fonéticos que alude de pasada al espíritu fragmentario y atomizante de la era del *messenger*, el Facebook, el iPod y lo que algunos ociosos han dado en llamar la literatura *wiki*: «times new rima / bislexia / miss lexia / Pita Amor Cortés / [...] iLunes / [...] iPoe / ouliPod / sintaxis driver / [...] dealers que no me maten».

Debo decir que en cierto momento llegué a temer que toda la propuesta poética de la autora se redujera a este tipo de artificios verbales sin demasiada profundidad, tan socorridos por cierta poesía juvenil destinada principal y casi exclusivamente a suscitar el asombro instantáneo, más que de un lector, de un escucha ideal: tintineos, ruiditos como de... mucho *pop* y pocas nueces. Lo que encontré en las páginas de *Datsun* fue, en cambio, algo extraño y distinto: un curioso artefacto que evoca las cajas-rompecabezas Himitsu-Bako, esos caprichosos enigmas de marquetería japonesa cerrados herméticamente y cuya apertura exige de nosotros constancia e imaginación, los movimientos precisos para desentrañar su constreñido misterio, que no es otro que el del vacío que contienen.

Detrás de la sencillez aparente, del engañoso candor de este pequeño objeto

motorizado llamado *Datsun*, reposa una voluntad discursiva que va más allá de la mera pirotecnia verbal o sonora; una voluntad, hay que decirlo, siempre en riesgo de desbocarse, de precipitarse en el abismo del sinsentido, pero temperada por la ironía —ese rifle de la inteligencia—, el humor y una sensibilidad infantiloides —en el sentido literal del término, esto es: de apariencia infantil— que confieren al libro ese raro y precario equilibrio y hacen de éste (del volumen y de la sección que lo nombra) uno de los títulos más entrañables de la novísima poesía mexicana.

Modelo 2010 de tres puertas, este vehículo es una pieza única de desenfado y extravagancia equiparables con los que otrora exhibieron el psicodélico Rolls Royce de Lennon, el Cadillac dorado de Elvis y el añorado Batimóvil de Adam West. Como aquéllos, el Datsun de Sisi resulta un ejemplar tocado por la paradójica belleza del exceso. La primera sección —la puerta del conductor— está conformada por una pieza que evoca sin nostalgia la gracia y la rareza de las líneas de modelos clásicos de nuestra modernidad literaria como la oweniana *Novela como nube* y *El café de nadie* de Arqueles Vela. Si atendemos a las definiciones y los límites propuestos por Luis Ignacio Helguera en el prólogo de su famosa *Antología...* del Fondo de Cultura Económica, *Datsun* es un poema en prosa narrativo que relata las improbables peripecias de un niño con un nombre igualmente improbable, que no es otro que el de la antigua compañía automovilística japonesa. Es este detalle el que potencia la atmósfera incoherente en que se funda el poema y por la que transita

su protagonista. Niño *freak* medio lerdito y medio loco, condenado a la incompreensión y en última instancia a la incomunicación, a la imposibilidad de nombrar, el desvalido Datsun resulta un antihéroe tragicómico, grotesco, ridículo desde su nombre: francamente encantador. Si, como sostuvo Freud, los niños son perversos polimorfos, la criatura que habita estas páginas se traviste en planta o en niña para evidenciar su condición de *outsider*, y, al adoptar las múltiples formas del desvarío, evade el sentido aparente y las significaciones superficiales y apela a algo más profundo e importante: devolvernos —con esa perversidad que en él sospecharía «el brujo de Viena»— al demorado hastío de ciertas tardes de la infancia en que el crecimiento y el aprendizaje resultaban particularmente dolorosos. Peligrosamente lindante con la banalidad y la cursilería, desde el absurdo de sus evidencias primigenias, *Datsun* nos enfrenta con ese otro vasto sinsentido que conocemos bajo el sospechoso nombre de realidad.

La segunda parte es la puerta trasera que abre el maletero, en cuyo interior se guarda «La cajita feliz», especie de cajón de sastre (cajuela desastre) donde caben chistes, bromas y vaciladas («Un, dos, tres por mí / que estoy leyendo esto»): ingenios poéticos (incluido aquel descrito en los primeros párrafos de esta reseña), una «Lista de palabras favoritas» bastante anodina que no desvela hasta su último verso su naturaleza poética. Aquí, un lago que cuando «sube al aire, se convierte en aire» finge un abolengo zen; acá, un ondulante vestido se infla de un aire metafórico con cada pedaleo; más allá, una

piscina azul azulejo invita a ahogarse en la reflexión ociosa. Poemas en verso, poemas en prosa, pequeños ensayos disfrazados de poema, de todo hay en esta botica cuyos dos mejores remedios contra la excesiva solemnidad poética se exhiben en sendos frascos ambarinos. La etiqueta de uno advierte de antemano de las consecuencias de su abuso: «Muertes absurdas»; el otro no dice nada, pero dentro trae un recado para que el lector, siguiendo puntualmente las instrucciones, prepare y se tome una sopa de su propia medicina («Por favor, al salir, cierre el paréntesis»).

Al final, desde la puerta del copiloto, el Tío Venancio —oficio: salt(e)ador de trenes— mira pasar el paisaje de su absurda vida ferroviaria en las líneas de un imposible guión cinematográfico que alguien le *sopla*, alguien capaz de sentir «el indicio de un relato en un muro, un *graffiti*, una esquela, una lámina con nombre, una novela escrita en un rollo de papel higiénico»... Incluso en un poema. «Apuntador» es una joya de humor, una breve alhaja anómala, de una bella imperfección, como la de aquellos sueños que nos perturban pero que quisiéramos seguir «viendo», como la de esas películas que «soñamos».

«Todas las grandes novelas de nuestra época comenzaron por hacer exclamar al lector: “¡Esto no es una novela!”», declaró alguna vez Lezama Lima. También muchos de los poemas más aventurados y propositivos de nuestro tiempo levantan la ceja de más de un custodio de esa entelequia llamada tradición para hacerlos señalar con dedo flamígero: «¡¡¡Eso no es poesía!!!». Sin duda, *Datsun* hará que se alcance más de una de esas cejas. Xitlalitl Rodríguez

lo sabe y corre el riesgo: dueña de un ánimo bien templado, en *Datsun* juega sus cartas sin *bluffear* y apuesta su resto sabiendo que, en realidad, hay mucho que ganar ●

● *Datsun*, de Xitlalitl Rodríguez Mendoza. UNAM / Ediciones de Punto de Partida, México, 2009.

Línea de fuga

● CHRISTIAN BARRAGÁN

Línea de sombra. *Ensayos sobre Sergio Pitol*, reúne diversos textos que oscilan entre la crónica y los apuntes, abarcando entre estos dos polos la disertación, el diario y el divertimento. No es, sin embargo, un volumen de ensayos como anuncia el subtítulo. *Línea de sombra...* es en realidad, y así lo reconoce su compilador, el poeta José Homero (Veracruz, 1965), un testimonio. Declara él mismo en el prólogo: «Nada más grato para un escritor que descubrir que sus lectores son jóvenes. Hay una permanencia asegurada, demostración y asentimiento de la vitalidad de una narrativa que, como en el universo asimétrico, no envejece sino que al contrario es cada día más joven. Éste es el testimonio con que un grupo de nueve autores [...] abordan a Sergio Pitól.

Y al hacerlo nos confían un secreto: la indeclinable juventud del maestro». Mostrar la presencia de la vida y obra de Sergio Pitól deviene la verdadera acción emprendida por los autores congregados, mas no — según Homero— el escenario desde donde lo abordan sus autores, ya que «abordarlo», ¿encontrarlo?, implicaría necesariamente trasponer la confesión, el apunte o la crónica para establecer un diálogo con la obra y sus lectores. Entrañaría, absolutamente, ensayar un medio a través del cual conocer, ¿redescubrir?, la vida y obra del autor.

Línea de sombra... es testimonio, a un mismo tiempo, de la permanencia de la narrativa de Sergio Pitól y del proceso de madurez de los autores reunidos en torno a él: Magali Velasco Vargas (1975), Rafael Toriz (1983), Elisa Corona Aguilar (1981), Marco Antúnez (1984), Karla Olvera (1981), Ignacio Sánchez Prado (1979), Vicente Alfonso (1978), Édgar Valencia (1975) y Alejandro García Abreu (1984). Un homenaje de la juventud, de los escritores, a la juventud, de la obra de Pitól. Así lo aclara Homero a la luz de *La línea de sombra*, la célebre novela de Joseph Conrad: «...la línea de sombra señala que estos jóvenes, algunos apenas escapados diríase de esa etapa luminosa de la inconsciencia, han comenzado a madurar. [...] la línea de sombra significa, para mí, también el momento en que se encuentran la madurez de un escritor y la juventud de sus lectores».

Es innegable que el volumen acierta en sus propósitos y falla en la concepción de los escritos; pero, de igual manera, debe dejarse en claro que el trabajo emprendido por José Homero, al parecer inadvertida

e involuntariamente, es un ensayo —en tanto sea visto como proyecto múltiple encaminado a tender hilos entre las diversas lecturas que autores contemporáneos tienen de la vida y obra de Pitól. La incertidumbre que habita el volumen, sin embargo, reside en la ambigüedad interna que genera su artífice sobre la configuración de la colección (con textos propios de la crónica o el diario pretendidos como ensayos) y la apreciación que sobre dichos escritos manifiesta (textos que no se asumen como ensayos, sino como *tags*). Y con esto no se quiere decir, de ningún modo, que los trabajos incluidos no posean las cualidades necesarias para estar presentes en la muestra, ni que ésta no cumpla su cometido de reconocer al narrador mexicano —que tampoco está en discusión—, sino señalar la posibilidad que permite entrever el trabajo de José Homero respecto al ensayo en la actualidad.

El alcance de dicha falta no se limita al traspí del subtítulo, sino que representa una acción creciente en el medio literario mexicano: no saber cuándo un texto (como la crónica, la memoria o, incluso, el pie de foto) es un ensayo. Desconocer, Homero lo indica certeramente, que un ensayo implica «tomar un ritmo antiguo, un fraseo ancestral, para componer una melodía inaudita». En cuanto a *Línea de sombra...*, ninguno de los escritos contenidos, siguiendo esta certeza, compone una melodía inaudita para acercarse a Pitól, si bien todos (re)toman elementos propios de la escritura de él. Lo que hay es simulación a través de la copia, la remembranza, la cita y el préstamo. El error también reside en el origen del libro, cuando su artífice

justifica si es necesario ensayar o basta con el *tag*. «Enmendemos: quien sea capaz de etiquetar con *tags*, desista de desarrollar un entimema». La pregunta, sin embargo, queda abierta: ¿el ensayo es un *tag*? ¿Una etiqueta?

Homero aclara su percepción en torno a la figura del ensayo y el ensayista: «Actualmente, diría que a merced de la sincronicidad y la dispersión de cabos que inducen paralelepípedos conformados por las redes de asociación espontánea, el ensayista no propondría hilos de lectura sino *tags*». Declaración que da pie a una nueva pregunta: ¿qué se entiende por *tag*? Al respecto, el autor ofrece su acepción: «[el] *tag* configurado en remembranza de la nube —enjambre, diría yo, es la imagen que se asemeja». En otros momentos recurrirá, indistintamente, a los términos «señales» y «temas» como expresiones del *tag*, de modo que el ensayo deviene enjambre donde confluyen a un mismo tiempo señal y tema. Y acaso ¿no estamos nuevamente ante la clásica —y polémica— relación entre la forma y el contenido conciliados en un solo gesto? Evidentemente sí, pero no en el mismo sentido pretérito.

Homero, lector atento de la obra de Sergio Pitól, no es ajeno a la palabra «fuga». Sabe que significa de manera corriente «huida», salida precipitada; pero también que es un tipo de composición musical que abrevia de las fuentes populares (*doxa*) no para recrearlas en versiones modernas —en este sentido, el mayor cuerpo de ensayo y crítica literaria en la última década en México es completamente una remasterización de dos actos, esencialmente: el halago y la afrenta—,

sino para crear una nueva, inaudita melodía través de una forma igualmente original. La fuga, en la música y en la literatura, es una forma de creación, pero al mismo tiempo es la búsqueda de la forma misma. Y por ello, un estilo. De ese modo se explica la presencia inolvidable de Sergio Pitól: su obra como la práctica misma de la escritura, el ejercicio empecinado en conformar una forma inédita de nombrar, reuniendo en una sola voz diversos géneros. No un coro, sino un canto de múltiples voces.

Y es ahí, precisamente, donde *Línea de sombra...* encuentra su mejor ámbito: entre «la remembranza de la nube» y la informidad del «enjambre», pues ambas metáforas poseen la capacidad para convocar y hacer converger lo plural en un trazo sin atraer la dispersión. Es ese espacio, también, el que debe ocupar el ensayo en la actualidad y que todavía no reclama como suyo. Y así, siguiendo esta vía latente en *Línea de sombra...*, es que se puede decir —sin que la sentencia represente ninguna osadía como un acto sincero— que la obra de Pitól es la persistencia más depurada de la fuga durante el siglo xx y aun sobre los días que corren en nuestra lengua ●

● *Línea de sombra. Ensayos sobre Sergio Pitól*, de José Homero (comp.). Fondo Editorial Tierra Adentro, México, 2009.

Ecós en la ausencia

● JORGE LUIS HERRERA

Este rezo a solas, en ningún tiempo solo.
Esta sombría danza columpiada.
DANIEL TÉLLEZ

Cielo del perezoso es el título del más reciente poemario publicado por el escritor Daniel Téllez, quien nuevamente pone de manifiesto su afán por experimentar con el lenguaje y, así, encontrar otras formas de asir su realidad.

A través de este libro, escrito en prosa poética, Téllez dialoga consigo mismo; establece vínculos comunicativos con la tradición literaria que lo precede y en la que está inserto; adopta una postura crítica ante su entorno y frente al hecho poético; y evoca imágenes y recuerdos que le permiten cincelar parte de su original visión de la realidad.

Las emociones subjetivas son los puntos de partida del autor, quien se vale de casi cualquier motivo para expresar sus impresiones y reflexiones. Los motivos tienen un carácter simbólico y son utilizados como vehículos de la subjetividad primigenia; éstos son, además,

representaciones de situaciones, espacios o personajes particulares que conforman los «elementos concretos» sobre los que reposa el significado general de los poemas, pero se transmutan, remitiendo al lector a experiencias más abstractas y universales.

Resalta la fascinación que Téllez manifiesta hacia la experimentación en la sintaxis y su espíritu vanguardista y arriesgado, pero partiendo siempre de la tradición literaria, evitando así, como el explorador que va bien preparado a una expedición, un destino fatal.

Para aproximarse a *Cielo del perezoso* puede resultar útil poner atención especial en los títulos, pues en algunos de ellos el autor da claves que orientan la decodificación del texto; sin embargo, los títulos no se limitan a la función fáctica, sino que se mueven dentro de un universo simbólico; por ello muchos se tornan enigmáticos, lo que incita a que el lector tenga una disposición más activa frente a los poemas, que en ocasiones aparentan ser fragmentos de un diálogo inagotable.

Respecto a los epígrafes y a los nombres de las secciones, éstos remiten a los motivos y a distintas actitudes frente a la poesía; también sirven como referencias temporales o espaciales, aunque, es preciso remarcarlo, tienen un carácter simbólico que orienta la mirada del lector hacia significados o elementos formales.

Cada una de las secciones del poemario y de sus correspondientes epígrafes entabla una relación intertextual con diferentes autores y visiones de la realidad y la poesía; entre los poetas están, por ejemplo, el peruano Reynaldo Jiménez (1959), el mexicano Víctor Hugo Piña Williams

(1958), el nicaragüense Carlos Martínez Rivas (1924-1998) y el español Leopoldo María Panero (1948); asimismo se vale de un fragmento de la canción «Signos» de Soda Stereo, la banda argentina de rock surgida en los años ochenta del siglo xx. Estos diálogos impregnan el significado del poema, aluden a la forma e inciden en los motivos y los tonos.

En cuanto a las partes en que está dividido el libro («Acápíte», «Bordón», «Dactilares», «Acertijos» y «Lifestyle»), podemos decir que todas poseen un sello particular. A continuación destacaré algunos elementos que podrían orientar su lectura.

«Acápíte», el nombre del primer apartado, significa «desde el principio», lo cual marca la pauta tanto de la sección como del libro. Vale la pena subrayar el hecho de que los supuestos títulos de los poemas de este apartado están entre paréntesis y comienzan con minúscula, aspecto que adquiere relevancia si revisamos otra de las acepciones del término *acápíte*: «texto breve, incluido después del título, que señala el contenido del texto que encabeza». Si utilizamos este concepto como punto de partida, podemos darnos cuenta de que los acápites otorgan pistas sobre el motivo de los poemas, que son abordados por medio de formas variadas como una postal, una tonada o una crónica, y evocan, valiéndose de un tono críptico, remembranzas o presencias específicas. Así, es posible encontrar, por ejemplo en «(quedarse en cuadro)», una especie de recuerdo fijo, doloroso, lleno de añoranza y resignación, que destaca por su fuerza expresiva: «Francamente no

hubo consanguíneos. Jamás inauguramos la matatena. No latimos en la costilla del ajeno. [...] En la vida. Sólo una aorta ingenua el área galáctica de un monouniverso. Una charada frena la alteración del destino, dictaban los crecidos: no hay hambre de quitar el hipo los fraternos son tan infecciosos. El libreto cerebral así lo quiso, escaló su tiempo. Siempre hay penuria. Se palpa fondo [...]».

«Bordón» es el título de la segunda sección, donde el ejercicio poético se centra en el beisbol como motivo generador. El mundo beisbolístico se convierte en el eje del discurso y, con un aliento lúdico, su autor desarrolla una serie de ingeniosos poemas que parecieran surgidos del pensamiento y del raciocinio, aunque esto no implica que carezcan de emoción. «Una casa en un parque» es un buen ejemplo de ello: «Una casa en un parque / Una casa llena en un parque lleno / Un parque es siempre un diamante / Unas colchonetas en la terraza / Un desierto en la antesala Un infierno / Florido Un punto expandido apenas / Un compás separado adentro / Adentro de la caseta donde el romance / Conyugal ha de barrerse [...]».

«Dactilares», el nombre del tercer apartado, remite al adjetivo *digital*, es decir, a aquello perteneciente a los dedos o a una impresión dactilar que, tras la lectura global de los poemas, podría sugerir el hecho de conocer y/o reconocer, a través del sentido del tacto, algunas situaciones, sitios o emociones tan particulares y personales como una huella digital. Los poemas de esta sección poseen cierto aire épico, donde el yo primero se sitúa frente al mundo «exterior» y luego lo aprehende

a través de la palabra. «Dactilares» describe los periplos, imaginarios o reales, del yo lírico, quien evoca paisajes, lugares, sentimientos, sensaciones y actividades; por ejemplo en el texto titulado «Yodocono»: «avisparamos por el día once una triada de rocosas / peñas les citan / peñas que rematan la capilla que son de tributo / y con ellas retornó nuestro garbo postremo del miedo / último nos gusta recordarlo / filigrana senda / no digas autopista, taladra chocante, / como a pudor y añoranza / corea invariablemente [...]». Los poemas de «Dactilares» están correlacionados y existe entre ellos una secuencia temporal, no sólo indicada por el orden en el que aparecen los textos en el libro, sino por la reiteración de elementos e imágenes como un ojo de agua, los paisajes montañosos o el constante movimiento del yo lírico, que comienza su viaje en Magdalena Yodocono de Porfirio Díaz, una región de la sierra sur de Oaxaca, y termina con el trayecto en automóvil rumbo a la Ciudad de México.

«Acertijos» es el cuarto apartado. El epígrafe, tomado de una canción de Soda Stereo, indica el espíritu lúdico, lúbrico, irreverente e incluso sicalíptico de los poemas que precede. A través de éstos, el yo lírico reta al lector a acertar frente a los enigmas que propone, y sugiere un diálogo por medio de algunos cambios tipográficos y accidentes gramaticales. El espíritu de «Acertijos» lo marcan el tono, los tópicos y, en general, el lenguaje popular, que incluye alburas, juegos de palabras y frases en doble sentido. Para ejemplificarlo transcribo un segmento de «Diferencial»: «El onanista cazador sabe al dedillo / dotar de hermosura cuanto mira.

/ Ora seráfico diferencial de mujer / ora buena percha / ora catar un mapamundi / en misa dominical de 9 am. / Me acuso agujijón de las muchachas. / Señor, despeja en nosotros la pretensión de la venida / de Cristo. Oración colecta. / Señor, despierta mi venida. Oración de buena prensa [...]».

«Lifestyle» es la única sección conformada por un solo poema (de cuatro páginas). Éste se centra en la descripción y análisis de un estilo de vida cada vez más común en el siglo XXI: la sexualidad y la sensualidad canalizadas a través de internet y la tecnología. El yo lírico reflexiona e ironiza en torno a ese fenómeno; para ello recurre a la creación de originales términos e imágenes como: «esfínteres metálicos», «ciborg-fausto», «robocopulación» o «la raja mecánica». A continuación un fragmento de este poema: «la mujer indemniza / (extremosamente tecnopagana) / su software adulterado / acopla una entelequia darwiniana de fingimientos / ascenso armónico láser de inflexión posthumana / [...] / Yo Stelare yo calabozo / avivado por la tecnoevolución confina de ginecodroide / ideal / de uso hombruno / espejo de las esposas que soy



como arquetipos / del registro informático pródigo de mi Narciso / [...] / proposición que culturiza la braveza del cuerpo / máquina / comportados androides del “living large” / ciñendo su mole biomórfico / en baboseos / así se tasa la atalaya pía / en una biósfera robótica / anverso al ornamento y el puño [...]».

Los poemas de *Cielo del perezoso* se distinguen por tener un lenguaje rico y variado, que incluye expresiones y palabras tanto «cultas» como «populares». Están presentes el dolor, el humor, el erotismo, la añoranza, la ironía, la curiosidad, la sorpresa, el juego, la cotidianidad... y muestra una visión de la realidad que se caracteriza por ser rica, interesante, críptica, intrincada, contundente y lúdica.

Es necesario remarcar que Daniel Téllez rehúye a la escritura fácil, hecho que queda de manifiesto en todas sus obras, incluida *Cielo del perezoso*. Por ello el lector debe saber que, contrario a lo que dice el título, el libro demanda atención y exige un rezo solitario, concienzudo y dinámico; el lector perezoso no encontrará fácilmente la gracia para ingresar al cielo que ofrece este poemario, pero seguro que cuando lo logre será capaz de disfrutar de sus bondades.

Por último, vale la pena hacer un breve comentario sobre el objeto-libro, pues *Cielo del perezoso* destaca también por su diseño amigable y original y por su cuidado editorial. Salta a la vista el hecho de que la edición se ajustó a las necesidades del propio libro y no al revés, como ocurre usualmente ●

● *Cielo del perezoso*, de Daniel Téllez. Bonobos / Conaculta, México, 2009.

La caricia del fantasma, según Rose Mary Espinosa

● ANDRÉS VARGAS REYNOSO

Con la primera frase de su novela *Mi cuerpo en tus manos*: «Vivo en una casa de la que nadie se ocupa», Rose Mary Espinosa parece coquetear con el intrínquilis de la historia: la mujer narradora se refiere, en efecto, al sitio en el que habita (o habitó), o bien habla de sí misma, de su cuerpo, ese cuerpo que alguna vez estuvo entre *aquellas* manos del título. Si nos montamos en el tren de las suposiciones inmediatas y leemos la cuarta de forros, nos encontraremos con la efervescencia de una historia de ausencias. Quien narra —suponemos debido a tantas pistas— no existe pero existió, y se pregunta, con base en esa urgencia de reconocimiento tangible, si en algún momento podrá sentir de nuevo. Sin embargo, con ese afán maquiavélico que muestran los que se saben dueños de sus personajes y su historia, la autora no permite saber, de entrada, si aquella ausencia responde a la muerte o a la desatención.

El desenvolvimiento de la narración onírica, constantemente envuelta en la bruma, un velo imprescindible para

dibujar el carácter de histeria contenida de la narradora, nos remite a dos obras de imaginería similar: *Casa tomada*, de Julio Cortázar, y *De la infancia*, del mexicano Mario González Suárez, en donde dos mundos paralelos pero de significación opuesta se funden para dar contexto a una confusión de espacios, compartiendo, en los tres casos, una casa de cuyos interiores es imposible, aparentemente, desembarazarse. ¿Quién es en realidad el invasor? ¿Quién en realidad está muerto?

A diferencia de las dos obras referidas, *Mi cuerpo en tus manos* apuesta por la carnalidad y deja de lado, aunque no en gran medida, lo subjetivo. Desde el título, Rose Mary Espinosa le confiere a su obra un carácter de mero erotismo, y nada más erótico que la relación entre un artista y su modelo, un acercamiento aparentemente lejano en donde conviven ciertas sensaciones. La tensión sexual entre el artista y el objeto a plasmar juega como catarsis para la narradora que observa cómo quien antes posaba sus manos sobre ella, ahora que ha «desaparecido», osa continuar el ejercicio con otras mujeres provocando en ella un sentimiento dicotómico, de placer y celo. Una dualidad tangible que se toca —nunca antes mejor utilizado el término— durante las revisitaciones que la narradora hace al pasado y en las que conocemos, con esa entonación vibrante que se percibe por la construcción de tiempos y palabras, el juego erótico entre dos amantes con fines distintos: amor y dominio. Inclusive, desde el primer avistamiento de la imagen que acompaña la portada, podemos observar el cuerpo decapitado de una mujer sentada

en un sofá, con las piernas abiertas y las manos en el vértice de su cuerpo, en actitud de paciente espera, dejando que el tiempo pase y retrasando el clímax de la llegada de su amante, o bien dispuesta a recetarse, ella misma y sin pudor, aquel placer inacabado. Quien diga que la esencia de un libro no puede conocerse por la portada, bien puede ir borrando la frase de su diccionario personal. La conjunción de elementos (portada, título y cuarta de forros) sugiere muchas cosas, todas referentes al carácter erótico del asunto, y obra como gancho para el lector curioso que desea saber, de inmediato, quién es aquél en cuyas manos reposó (o se alteró) ese cuerpo. Tocar y acariciar no son la misma cosa: lo primero es frío y maquinal, mientras que lo segundo contiene cierta dosis de cariño. Es nuestro deber descubrir, conforme avanzamos en la lectura, cuál de ambos verbos domina la historia, o si bien la autora se refiere a ambos que, aunque opuestos, se dirigen a un mismo fin. Inclusive, la osadía nos lleva a preguntarnos, ya más adentrados en la obra, si todo aquello ocurre en sueños, en la realidad, o en ese mundo alterno que parece asomar cada tanto.

Mi cuerpo en tus manos es una obra para lectores exigentes consigo mismos, y aun así resulta fresco. La narración de Rose Mary Espinosa, a quien cuesta trabajo no ver en el texto, fluye con la densidad de un jazz primigenio, oscuro y sutilmente engañoso. A pesar de ello, a pesar de la bruma y de la eterna navegación en la mente de la narradora, es simple montar la espiral de su ritmo. La sencillez con la que se expresa la autora es sorprendente, tanto que por momentos podemos sentirnos hermanados

con las palpitations y el deseo de la mujer fantasma. El ambiente aparentemente inoperante en la realidad se contrapone a la vivacidad (valga el término) de la narradora, una mujer dulce y soñadora, la mar de atractiva y tan curiosa como la autora. El mejor ejemplo aflora cuando la mujer sale en busca de una marioneta de princesa para montar una obra de guiñol con la marioneta de un pirata y detalla la manera como va librando al corsario de la maraña de hilos que le coartan la vida, de la misma manera como una escritora va dotando de vida a sus personajes. Es en ese instante cuando se devela la personalidad de ambos personajes representados por las marionetas, y la necesidad de una escritora como Rose Mary Espinosa, una mujer de ojos vivaces que hurga y rasca hasta hallar diversos significados para un mismo sentimiento. ¿Los fantasmas pueden ser tocados o acariciados? ¿Sienten en ellos esa urgencia que proviene de la costumbre de ser queridos, amados o necesitados? La tarea de responder a esas y otras preguntas nos toca sólo a nosotros, los lectores. Rose Mary Espinosa hace el trabajo rudo, que es precisamente ponernos a pensar y gozar con esta novela que se disfruta como una apasionada relación de amor entre dos —o bien en soledad ●

● *Mi cuerpo en tus manos*, de Rose Mary Espinosa. Terracota, México, 2009.

Un montaje exiguo

● MIJAIL LAMAS

En 1997 se publicó en México el *Hospital británico* de Héctor Viel Temperley, una modesta *plaque* en un tiraje de 500 ejemplares. El cuadernillo cuenta con dos someros comentarios sobre la personalidad esquiva y la obra del autor argentino, escritos por Ernesto Lumbrellas y Eduardo Milán, respectivamente. Once años tuvieron que pasar para que esa personalidad soterrada de Viel Temperley se develara y para que su poesía anterior a ese libro —ya desde entonces «libro de culto»— se editara en México.

Lo que en 1997 parecía una figura nebulosa que revolucionaría la poesía latinoamericana en general y la poesía mística en particular, ahora se nos muestra como una poesía con rostro, con una búsqueda muy definida de la comunión con el dios cristiano, donde la experiencia espiritual es indisoluble del cuerpo.

Cuando Eduardo Milán afirma en ese lejano 1997 que «la travesía mística de Temperley es una buena lección de honestidad a toda una literatura de pseudomística que recorre el continente

escrita *a la usanza de*, que en vez de repetir *estadios repite metros*», es evidente que el crítico uruguayo no conocía el trabajo anterior del poeta argentino, tan lleno de esa rigidez del metro y hasta en ocasiones con un aire al padre Alfredo R. Placencia: «Al que me ame, donde esté, le pido / que ruegue por mi alma y por mi vida / que pida a Dios por éste que ha vencido», pero sin su vehemencia.

La de Viel Temperley es una poesía del canto, muy ceñida al heptasilabo y al endecasílabo y que utiliza recurrentemente la rima asonante («Yo no grito tu nombre / cuando *sueño* / que he perdido las botas / o que *muero*. / Ahora las busco sólo / por el *suelo* / como cuando buscaba / gateando mis soldados»), recurso identificado con la poesía popular y que fue poco apreciado por la poesía culta apegada estrictamente a la preceptiva poética, pero que algunos poetas del siglo xx incorporan a su poesía —en México, por ejemplo, Jaime Sabines la utiliza magistralmente.

En el yo lírico de estos poemas el cuerpo es el vehículo efectivo para el encuentro con la divinidad: «Señor mira mi cuerpo. / Mira mi cuerpo, torre de la infancia, / mira mi cuerpo cueva a la que vuelvo / siempre / a sentarme solo / ante tu fuego», o «Soy el hombre que quiere ser aguada / para beber tus lluvias / con la piel de su pecho». Esa divinidad, como podemos ver, se expresa en la naturaleza al modo del naturalismo franciscano, de ahí que las sensaciones parecen no ser registradas del todo por el pensamiento y pasan directamente de la epidermis a la página; es una especie de sensacionismo rudimentario, pero que es propio del arrobamiento místico que el yo poético de

Viel Temperley persigue. Por eso es común encontrar lo rural, la pampa argentina y sus personajes: el cholo, las muchachas que no conocen el mar, el guardafaunas, que son el símbolo de la pureza que se opone a la ciudad como el doble negativo. De tal manera que a los parajes rurales y marinos de la Argentina, así como de otros países de Sudamérica, se traslada ese halo bíblico, pero sin los alcances monumentales que se encuentran en la obra de Raúl Zurita y su relación con la geografía chilena.

A pesar de esta vitalidad del yo lírico, no es raro encontrar cierta poesía de la convalecencia que adelanta lo que será su obra más comentada, el *Hospital Británico*: «He decidido no morir en cama / por muchas cosas importantes, / porque tengo malos recuerdo de cama / por el asma en la cama...»

Estas características que he comentado hasta aquí corresponden esencialmente a sus libros publicados entre 1956 y 1982, donde, si bien en *Carta de marear* (1976) y *Crawl* (1982) hay una ruptura con la forma rígida de la disposición del poema en la página a la que la poesía tradicional somete, no abandona del todo la cadencia acentual del verso medido que le da identidad a su poesía.

Es *Hospital Británico* el libro que catapultó a nivel latinoamericano a Héctor Viel Temperley; este libro representa una anomalía en la linealidad de un discurso eminentemente conservador: es el libro de un enfermo. Más allá de una planificación de ruptura, lo que hay es atrofia, atrofia en la organización del discurso, que es candorosamente extraña; atrofia también del ritmo, que ya se había vuelto una marca personal y que es sustituido por fragmentos

de prosa poética donde la reiteración le permite desplegar su trance doloroso sin dispersarse de manera más caótica.

El yo lírico se vuelve fragmentado en la conmoción de estar quedando fuera del mundo; de ahí el montaje arbitrario de los poemas escritos durante y después de la enfermedad; también encontramos poemas y fragmentos de poemas, muchos de ellos ya publicados, que son incorporados y ordenados aquí en prosa, pero sin mayor alteración en su estructura y contenido, dada su vinculación temática; estos textos adquieren una nueva dimensión en comunión con los poemas más actuales del libro, ya que desligados de su primer contexto vienen a incorporarse a la trama extática del poema y apuntalan con su estructura conservadora el *corpus* del libro.

Es interesante observar cómo los comentarios que existen sobre *Hospital Británico* se han centrado en el montaje estructural del libro (las fechas y títulos de los fragmentos que suelen repetirse y ordenarse de manera aparentemente caprichosa), pero no se han comentado de manera atenta los poemas en sí, tal vez porque el montaje es lo que realmente resulta original. Sin embargo, no podría asegurar lo mismo de los poemas; éste es un libro de altibajos, con recurrencias muy identificables como el abuso de la enumeración, la asonancia machacona: «Alguien me odió ante el sol al que mi madre me arrojó. Necesito estar a oscuras, necesito regresar al hombre. No quiero que me toque la muchacha, ni el rufián, ni el ojo del poder, ni la ciencia del mundo. No quiero ser tocado por los sueños». Salva a este fragmento la recomposición del ritmo

del verso final, que le otorga contundencia.

Hay fragmentos en que la tensión mística se apoya de manera recurrente en la fórmula surrealista muy identificada con la poesía de Breton: «Tu Rostro como sangre muy oscura en un plato de tropa, entre cocinas frías y bajo un sol de nieve; Tu Rostro como una conversación entre colmenas con vértigo en la llanura del verano; Tu Rostro como sombra verde y negra con balidos muy cerca de mi aliento y mi revólver...».

Me gustaría terminar con lo siguiente: en la poesía de Sudamérica existe un muy difundido impulso de experimentación y ruptura que resulta ya tradicional para su propia concepción de la poesía; la influencia de poetas como Rodolfo Hinostroza y Raúl Zurita, para mencionar a dos de los más importantes, da cuenta de ello y trasciende el hemisferio sur; pero hay cierta crítica que se esfuerza en elevar algunos atisbos de desarticulación del discurso como verdaderos prodigios de ese proceder sudamericano: esto ha sucedido con *Hospital Británico*. La obra de Viel Temperley nos enfrenta más a una visión poética eminentemente conservadora y católica que a una poesía vanguardista; poesía de ánimo deportista y militar, maravillada ante la obra de Dios que es Dios mismo; poesía territorial y adánica, de piscina y balneario, de jinetes y regatas; y finalmente una poesía que en un impulso creativo logra trascender su propio registro melódico en un solo momento, a través del extrañamiento de la condición anómala del padecimiento y la descomposición ●



Novelas en tres líneas

● MARIO SZICHMAN

Balzac se preguntaba en *La piel de zapa* si podía encontrarse sobrenadando, en el océano de las literaturas, un libro que pudiera competir con estos tres renglones: «Ayer, a las cuatro de la tarde, se arrojó al Sena una joven desde el Puente de las Artes».

La respuesta está en Félix Fénéon (1861-1944), un misterioso escritor parisino cuya inmortalidad quedó asegurada con sus *Novelas en tres líneas*, que publicó en el periódico *Le Matin*, de París, durante el año 1906, y que fueron divulgadas en fecha reciente por la editorial The New York Review of Books.

Esos exquisitos, mínimos textos, son uno de los numerosos proyectos que Fénéon emprendió en su vida. Fue también editor de la *Revue Blanche*, una de las más influyentes revistas que circularon en Francia (1893-1903), y conoció y frecuentó a algunos de los escritores y pintores más famosos. Se lo considera el descubridor del puntillista Georges Seurat, y fue un promotor de artistas del calibre de Signac, de los Pissarro (padre e hijo), de Toulouse-Lautrec, Bonnard, Vuillard, y Maurice Denis.

Uno de sus escasos artículos firmados se relacionó con el «peligro amarillo», la supuesta conquista de Occidente por parte de los asiáticos, especialmente japoneses y chinos. Como parte de su investigación, Fénéon entrevistó a tres gigantes de su tiempo: el novelista Jules Verne, el frenólogo Césaire Lombroso —responsable de teorías raciales sobre la criminalidad que fueron aplaudidas con entusiasmo en la Alemania nazi y en la Italia fascista— y el gran geógrafo y teórico anarquista Élisée Reclus. Reclus se burló de esas ideas conspirativas y dijo que era más probable que Occidente se dedicara a explotar la población china.

Fénéon también fue *marchand* de arte en la galería Bernheim-Jeune, e incluso creó una editorial, Éditions de la Sirène, donde apareció, en 1924, la primera traducción al francés de James Joyce (*Dédale*).

Surrealistas como Guillaume Apollinaire y Alfred Jarry, así como el simbolista Rémy de Gourmont, rindieron homenaje a su talento. André Breton dijo de Fénéon tras su muerte: «Aunque lo conocí y quedé asombrado por él, y lo admire y amé, nunca lo entendí completamente. Su caparazón era dura, y resbalosa».

Tal vez la incompreensión de Breton está relacionada con las muchas máscaras que revistieron las actividades de Fénéon. Sus tareas más famosas se concretaron en el anonimato, como sus *Novelas en tres líneas*, o fueron encubiertas por pseudónimos; inclusive muchas de sus cartas las firmaba con sobrenombres.

Es posible que esas precauciones no estuvieran dictadas por la timidez, sino por razones políticas: Fénéon era un anarquista que creía en las bondades de la acción

directa y, por una de esas casualidades del destino, trabajaba en el ministerio de Defensa. Llegó a ser sometido a proceso, en 1894, luego que uno de sus compañeros colocó una bomba en el restaurante del Hotel Foyot. En la oficina de Fénéon en el ministerio de Defensa encontraron una ampolla con mercurio y 11 detonadores. Sus amigos no creyeron la acusación, y el poeta Stephan Mallarmé dijo: «Los únicos detonadores que carga Fénéon consigo son sus artículos». Pero otros suponen que Fénéon era un activista, y su respuesta ante el fiscal que le exigió que explicara la posesión de esos detonadores fue ambigua. Según Fénéon, los detonadores habían sido hallados por su padre, en la calle. Como el padre de Fénéon acababa de fallecer, era imposible verificar si el acusado estaba diciendo la verdad. El fiscal trató de acorralar a Fénéon preguntándole si no hubiera sido mucho más fácil arrojar esos objetos por la ventana de su oficina, en vez de guardarlos. La respuesta de Fénéon parece salida de algunas de sus *Novelas de tres líneas*: «Si es tan fácil arrojar detonadores a la calle desde una ventana», dijo al fiscal, «también debe ser fácil encontrarlos en la calle».

LA RESURRECCIÓN DE UN GENIO

La razón por la cual las *Novelas de tres líneas* han sido redescubiertas es casi tan bizantina como sencilla y epigramática fue su producción. Camille Plateel, compañera de Fénéon durante medio siglo, guardó esos textos en un álbum, que fue descubierto tras el fallecimiento de ambos por Jean Paulhan, albacea del escritor.

Alrededor de mil 220 de esos breves textos fueron publicados por Fénéon en

Le Matin. En Francia, esas breves historias son denominadas *faits-divers*. Antes que Fénéon se encargara de la columna de *faits-divers* en *Le Matin*, el contenido era insípido, anodino; un ejemplo: «El funeral del gendarme Refeveuille, asesinado por un ladrón, se llevó a cabo ayer. La ciudad de Evreux pagó por la ceremonia fúnebre». Fénéon cambió totalmente el estilo de esos *faits-divers*.

He aquí algunas de las novelas creadas por Fénéon:

«La señorita Fournier, la señora Vouin, y la señora Septeuil, de Sucy, Tripleval y Septeuil, se ahorcaron: neurastenia, cáncer, desempleo».

«Eugène Perichot, de Pailles, agasajó a la señora Lemartrier en su hogar. Eugène Dupuis vino para recogerla. Ambos lo asesinaron: amor».

«Vital Frérote, una lavadora de platos de Nancy, que había retornado de Lourdes curada para siempre de tuberculosis, falleció el domingo. Por error».

«Cuando jugaba a las bochas, el señor André, de 75 años, oriundo de Levallois, sufrió un ataque al corazón. Mientras la bocha seguía rodando, él se iba alejando de esta vida».

«El señor Scheid, de Dunquerque, le disparó tres balazos a su esposa. Tras errar cada uno de los disparos, decidió apuntarle a su suegra, y acertó».

Luc Santé, quien tradujo *Novels in Three Lines* para The New York Review of Books, dijo en la introducción al libro que «en la precisión del lenguaje, en su seco humor, en su ternura, en su crueldad», esos textos «son *La Comedia Humana* de Fénéon» ●



«Los chistes son un componente secreto de la poesía»: Fabio Morábito

● ÉDGAR VELASCO

En los tiempos actuales todo mundo corre. Corre el peatón para alcanzar el camión, para llegar a salvo a la siguiente esquina. Corren los automovilistas, toreando el tráfico, buscando llegar a tiempo —o al menos no tan tarde. Corren los días, uno tras otro, plagados de citas, compromisos, quehaceres. Corren los autores, buscando publicar sus libros. Corren todos, o casi todos. Fabio Morábito se toma su tiempo y se da el lujo de escribir, con calma, una novela. Para el escritor, el tiempo pasa en otro ritmo y los años se acumulan. Cinco, diez, quince. Hasta llegar a su ineludible destino: *Emilio, los chistes y la muerte* (Anagrama, 2009), primera novela de un autor que ya ha dado sobradas muestras de su oficio literario en el cuento, la poesía y el ensayo.

La novela presenta la historia de Emilio, un pequeño con una memoria prodigiosa y dos pasatiempos: memorizar los nombres de un panteón y buscar chistes. También está Eurídice, una mujer madura que recién perdió a su hijo y que encuentra en Emilio la reencarnación de éste. Con eso, Morábito

(Alejandría, 1955) construye una trama donde el ritmo hace pensar que se trata de uno de sus cuentos. Pero no: es una novela.

¿Cómo te fue en esta primera incursión en el género?

Fue muy trabajoso. Es un libro que he escrito a lo largo de muchos años, casi quince. Siempre regresaba a él buscando la solución a muchos problemas que me planteaba la historia. Ha sido un trabajo largo, espaciado, alternado con otros libros. En quince años no me abandonó la historia, hasta que pude, por fin, terminarla.

¿Cuáles fueron esos problemas?

Tenía muchas trabas de tipo psicológico, sobre todo al tratarse de una historia centrada en la relación entre una mujer madura y un niño de doce años. Una relación que llega a tener para los dos un significado distinto, pero muy intenso. Siendo una relación centrada en el erotismo, tuve primero que vencer mis propios tabúes. El tono y la forma los encontré bastante rápido, y ese hecho fue lo que me impulsó a seguir escribiendo la historia.

¿Por qué aventurarse con una novela?

En realidad no quería hacer una novela. Empecé a escribir una historia que pintaba para ser un cuento para niños. Rápidamente se convirtió en una historia de carácter no infantil y que se empezó a extender poco a poco. No estaba interesado particularmente en escribir una novela. Al contrario: esquivaba esa posibilidad. Cuando

vi que ya estaba en una novela, dije: bueno, ya estoy aquí.

¿Cuál era el principal tema que buscabas abordar?

En realidad todo surgió de una cosa bastante banal: el instrumento que tiene Emilio, el detector de chistes. Los chistes me llevaron al sexo, a la muerte, a los nombres de los muertos. Y también me llevaron a la poesía. Creo que los chistes son un componente secreto de la poesía, en la medida en que tanto la poesía como los chistes suponen un uso anómalo del lenguaje. Pero no quería comprobar nada.

En estos tiempos acelerados, ¿cómo darle quince años a un texto?

Muchas veces estuve a punto de tirar la toalla porque sentía que no podía con esa historia. Creo que es preciso dejar descansar los textos un tiempo largo para adquirir cierta perspectiva. Supongo que en virtud de esta prisa constitutiva, sobre todo a la hora de escribir y publicar, hay muchos escritores que quizá no se den el tiempo necesario para decantar lo que hacen. Quizá a eso se deba que hay tanta literatura mediocre publicada, sobre todo en la novela.

¿Hubo cambios en la historia original, considerando el tiempo que te llevó hacerla?

De todo tipo. Desde probar con un narrador en primera o tercera persona, luego las vicisitudes concretas de la trama. Los personajes han pasado por todas

las posibilidades narrativas que tenían. Pero los personajes siempre fueron más o menos éstos. Lo que tuve que cambiar mucho fue lo que ocurría entre ellos. Siempre me importó, y quizá por eso fue tan difícil la hechura, que no hubiera actos en seco. Es decir, quería que cada cosa que le ocurriera a un personaje rebotara en los demás de alguna manera. Eso creaba la necesidad de hacer una caja de resonancia múltiple. Y eso me creó dificultades para armar la trama.

¿El ritmo requirió un trabajo particular?

Me obligó a quitar muchas cosas. A renunciar, a despojarla lo más posible de escenas y diálogos inútiles. Quité una serie de excesos que se fueron quedando en el camino para dejar la historia como yo aspiraba. Quería hacer una historia que se pudiera leer de un solo tirón. Para mi temperamento narrativo, sobre todo de cuentista, aspiré a que la novela tuviera esta velocidad de lectura.

Entonces, al final, ¿quedó plasmada la huella del cuentista?

Creo que sí. Escribí la novela como hago con los cuentos, sin saber a dónde va la historia, descubriendo los vericuetos de la trama. Y corrigiendo muchísimo: corrigiendo, corrigiendo, quitando, modificando. En la novela ocurre que uno debe tenerse más fe, un poco más de paciencia, porque muchos nudos o situaciones quedan como suspendidos, y es mejor que queden así para que otros ramales de la historia provean la

solución. En el cuento no es posible: tienes que resolver todo y dejar la espalda limpia para seguir avanzando. En la novela puedes dejar cuentas pendientes y esperar a que se ajusten más adelante. Eso es lo que aprendí y creo que es la mayor diferencia entre un género y otro ●



Favores recibidos

Luna, islas, cabras

● ANTONIO DELTORO

1. «¿CÓMO SE LLAMA LA LUNA?»

LA LUNA SE LLAMA LUNA»

Hace ya muchísimos años, vivía en un lugar por la carretera al Desierto de los Leones, con vista a la ciudad, formado por un conjunto de cuartos distribuidos, aquí y allá, a lo largo de un jardín alargado y enorme. Tenía mi dormitorio al final, y mi estudio al principio del mismo. Una noche iba hacia este último cuando a mitad del jardín me encontré a una vecina con una niña de la mano, hija de una amiga, y que, perpendiculares a mi paso, estaban viendo una luna blanca muy grande: «¿Cómo se llama la luna?», preguntó la niña, y mi vecina sin pensar le contestó: «La luna se llama Luna». Después siguieron en silencio,

y yo mi camino, sin atreverme a decir las buenas noches.

Entre las dos hicieron un poema: dos octosílabos y una verdad poética; la niña preguntaba por el nombre propio de la luna que, además de ser luna —una mujer, como ella—, pensaba que debía de llamarse Isabel, Laura o María, y la muchacha contestándole: «La luna se llama Luna». La muchacha, en otra ocasión —estudiaba ciencias políticas—, le hubiera propinado toda una clase, pero esa noche, ante la luna, vino la poesía, y de su boca brotó un sencillo octosílabo que le dio la mano al de la niña: la niña supo al momento que en ese caso correspondían el nombre familiar y el cósmico. Este breve poema, que recogió mi oído como un notario, está lleno de repeticiones, como redonda y repetitiva es la Luna, que no se deja nombrar con otro nombre.

2. «LAS ISLAS MÁS VIEJAS SON LAS MÁS VERDES»

Oigo en un programa televisivo algo que me llena de júbilo: «Las islas más viejas son las más verdes». Ésta fue la hipótesis que, después de comprobarse, estableció la edad relativa de las islas hawaianas: en medio del océano Pacífico surgieron desde el fondo del mar volcanes que poco a poco se fueron poblando de flora y de fauna traídas de los continentes lejanos por la fuerza de ciclones y tsunamis. Después me doy cuenta de que es un verso que se extiende por el mar: en él también la lava se va cubriendo de hierbas, poniendo su lomo inhóspito como base de la vida. Lo siento como una salvación; une lo viejo a lo verde en lo superlativo, me da un sentido esmeralda que se recorta sobre el mar y, de

manera sucesiva, el descubrimiento de la verdad simétrica del verso, que dice, de alguna manera, que después de una erupción todo mejora con el tiempo: las islas más despobladas y estériles son las más recientes.

«Las islas más viejas son las más verdes» es una traducción del inglés en un programa de divulgación científica; es un endecasílabo con acento en quinta y me pone en contacto con una verdad: «Las islas más viejas son las más verdes», a condición —agrego yo— de que sean de origen volcánico, para que el viento y las olas las colonicen de semillas traídas de muy lejos.

3. «LOS HERALDOS DE LAS NUBES, LAS CABRAS DEL MONZÓN»

Esto también lo oí en un programa televisivo. Se refería, claro, a la India y a los Himalayas, pero anidó en mi oído de tal manera que nunca he intentado saber a qué se refería eso de «las cabras del monzón»: ¿nubes que aparecían como cabras por las cumbres? ●



Visitaciones

Bonobos. Fichero telegráfico

● JORGE ESQUINCA

Wide Screen. Pocas veces se diseña un libro para establecer un diálogo con su contenido. Un formato que recuerda una pantalla de cine. Fondos blancos o negros. Rectángulos de tinta sobre los que se cala una tipografía. El movimiento es permanente: ninguna página es igual. Cinco películas de Jim Jarmusch. Cinco secciones en el libro de Víctor Cabrera. ¿Una misma búsqueda? «Todo adquiere la condición de un símbolo aparente». En el mejor de los casos, la penetración de una mirada. Y el azoro de aquello que aparece detrás de las apariencias. Los otros escenarios, los fotogramas que recrea el espectador, los derroteros posibles de cada historia. El sitio donde sucede el pensamiento es también una pantalla de cine. Hermandad súbita del filme zen con el *western* metafísico. William Blake es un pistolero del *wild west*. Un samurái vive en un palomar de Nueva Jersey. Víctor Cabrera cierra los ojos para inventar estas imágenes.

Litane. «Si una palabra cambiara el mundo», pero no. O quizás. Una palabra puede

hacer que un mundo nazca: *Fiat*. Habría que desmenuzar la andadura teológica en este libro de Alejandro Tarrab, su vocación de abismo. La familia como dínamo generador de una averiguación esencial. Un pulso que desconoce la extensión de la órbita que genera. Una escritura que deviene trayectoria, deriva que se contempla en el espejo de su propia imantación. Se comienza por el apellido o por la denuncia. Marcas, pasajes, pastiches. Wittgenstein. Lucifer. Disueltos en el éxtasis de Teresa. Fotografías como la huella o la concreción de algo que está siendo cifrado por la escritura. Puntos de tensión que alternativamente se iluminan, se oscurecen. Pecios. Escritura de imágenes-vórtice. Y la plegaria ramificándose, hundiendo raíces, alimentándose de un cielo otro. El abierto delirio. Una ejemplar vocación de abismo.

Pastilla camaleón. De la historia personal a la historia patria. El sueño de un domador de caballos. Montado en el pura sangre del poema. Los caballos se arrojan por la borda, como en aquella versión de *El aro*. Y Julián Herbert se tira con ellos. Los monta a pelo. ¿Los amansa? El centauro es aquí centella. Relincho. La fusta y la carrera a contraviento. Cada pezuña se encaja y marca, registros del habla rescatados en la polvareda. Cruzas de lo nimio con lo arcano. San Francisco en Atlixco: una voluntad de consunción. Y la Dueña de África: «cómo te llamas cuando dejas de leer». Giros en un eje móvil. Caracoleos. Salidas de emergencia que desembocan en el precipicio doméstico. Aterrizajes en la línea fronteriza. Del cuchitril a los regios aposentos. «Vine a América porque me

dijeron que acá había mucha plata». El insuperable arte del camuflaje. Como quien abre de un solo golpe de gong todas las recámaras de la realidad.

Minoica. El toro de Minos. ¿Cabeza humana y cuerpo de bestia? Así lo vio Dante. En todo caso: un híbrido: este libro. Un linaje perdido. Cómo emanciparse de un linaje perdido. Cómo sabotear un palacio en ruinas. Del pánico a la carcajada. No se hallará aquí un manual de instrucciones. Cada quien en lo suyo: Eduardo Padilla (*Serpens Kaput*) escribe su propio obituario «purificándolo de toda ficción». El fuego evocativo es el juego de la insolencia teledirigida. Apunta. Dispara. Da en el blanco o se desvía. Lo que importa es el disparo, la velocidad de la bala. Ángel Ortuño (*Ilécebra*) talla esculturas de hielo con un bisturí. Para ver a través. ¿Hay ahí un corazón? Mejor aún: su néctar. Desde el lomo escamoso de Godzilla contempla la lepra de la santidad. «Es de hierro y de hule el alfabeto que calzará los gritos». Dice, con certidumbre que pasma. Con la serenidad de quien ha visto al pulpo agazaparse. Ahí, en el tibio mar de una boca ●



SEMANAL **Día Siete**

312 MIL EJEMPLARES CADA SEMANA EN 19 DIARIOS

SÓLO POR PLACER

PUBLICIDAD
(0155) 52•11•07•96

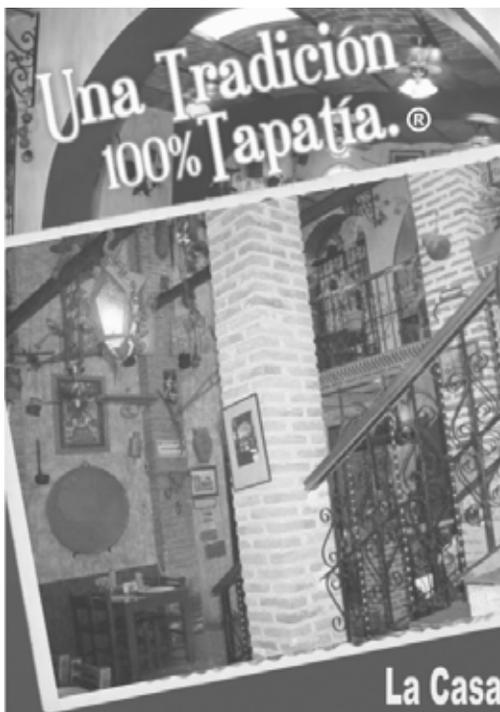
HOJÉALA | DIASIETE.COM



HOJÉALA | TODOS LOS DOMINGOS



Una Tradición
100% Tapatía.®



J. Clemente Orozco N.333
Barrio de Santa Teresita
Guadalajara, Jal.
Tel. 01 (33) 3825 7869
Estacionamiento Propio

La Casa de la Carne en zu Jugo®